CUÉNTAME UN SECRETO



EL PRIMER THRILLER DE LA AUTORA

LOLA TORO

CONTENTS

Copyright
CUÉNTAME UN SECRETO
PRIMERA PARTE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
SEGUNDA PARTE
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
TERCERA PARTE

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Copyright © 2024 Lola Toro

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.cedro.org
o por teléfono en el 91 702 19 39 / 39 292 04 45

Cuéntame un secreto
© Lola Toro, 2024
© de esta edición, Ediciones Hic Sic, 2024
www.hicsic.com | @edicioneshicsic

ISBN formato impreso: 979-83-026176-0-6
Primera edición: marzo 2024

CUÉNTAME UN SECRETO

PRIMERA PARTE

FRIDA KAHLO DIJO:

«Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte
a que te devore desde el interior».

CAPÍTULO 1

Se miró las manos sabiendo que las encontraría manchadas de sangre.

Intentó gritar. Solo pudo soltar un gemido que despertó a Chester, el cual se levantó raudo de la cama que tenía en un extremo de la habitación y se acercó a su dueña con un gemido lastimero.

Ella estaba soñando.

En el sueño, Chloe seguía mirándose las manos manchadas de sangre.

—¡Has sido tú! ¡Lo has hecho tú!

Era lo único que oía en su cabeza.

Sentía un peso muerto sobre su cuerpo que le impedía moverse, y sabía que era el de su marido cuando se desplomó sobre ella en un momento de la pelea.

Sentía el miedo atenazándole las costillas y empezó a gimotear en sueños.

Sus piernas se habían enredado en la ropa de cama durante la noche y eso conseguía darle más realismo al sueño.

Podía sentir el dolor de los golpes de su marido en las costillas y el sabor metálico de la sangre en la boca. Apenas podía abrir el ojo derecho por el puñetazo que le había dado al principio, cuando empezó la disputa entre ellos, y el dolor de las costillas hacía que cada vez que intentaba respirar, miles de astillas se le clavaran en el pecho.

El ojo se le había cerrado casi por completo.

La garganta le ardía donde le estaba apretando para asfixiarla.

Eso fue antes de caerse al suelo, arrastrando el mantel de la mesa con todo lo que había encima.

«¡Me matará, me matará!»

Esa realidad se abrió paso por su mente cuando sintió que seguía apretándole la garganta, incluso después de caer al suelo con él encima.

—¡Eres una zorra! ¡Esta vez acabaré contigo!

Volvió a gimotear en sueños y Chester gimió a su lado.

No supo que había cogido un cuchillo de los que se habían caído de la mesa. Solo supo que comenzó a golpearlo con lo que fuera que encontró, y que se lo hundía en su piel una y otra vez, hasta que dejó de presionarle la garganta.

Empezó a respirar con dificultad mientras sollozaba, histérica y aterrada.

No supo que la policía había entrado en su casa, solo unos segundos después.

¡Estaba claro que el botón del pánico había funcionado!

¡Benditos fueran por haberle salvado la vida!

Ni siquiera se enteró de que había matado a su marido hasta dos días después, en el hospital, donde se recuperaba de todos los golpes recibidos.

Los lametazos de Chester en una de sus manos fue lo que la despertó, sobresaltada y aterrada.

Estuvo manoteando en la pared, desesperada, hasta dar con el interruptor de la luz para comprobar que todo había sido una pesadilla. Observó todo a su alrededor, esperando encontrárselo en la habitación. Empezó a calmarse un poco cuando comprobó que en ella solo estaba el perro, que la miraba junto a la cabecera de la cama.

—Estoy bien, estoy bien… — Acarició de pasada al perro, que seguía gimiendo junto a la cama—. ¡Dios!

Sentía el vómito subiéndole hasta la garganta y se incorporó un poco por si terminaba sacándolo.

Se destapó dándole torpes patadas a la ropa de la cama para intentar refrescarse un poco con el aire fresco de la habitación, ya que estaba pegajosa por el sudor frío que la bañaba, como si acabase de salir de la ducha. Se retiró el largo pelo negro de la cara y del cuello, molesta con la sensación

Chester, su grandísimo Terranova negro, le volvió a lamer la mano en un inequívoco gesto de apoyo.

Ella le acarició el suave pelo del cuello y de ese modo se empezó a relajar un poco mientras iniciaba ejercicios de respiración para intentar relajarse, como le enseñaron en la terapia.

—Gracias por despertarme.

El perro le lamió la mano y ella le rascó tras las orejas sabiendo lo mucho que le gustaba.

Miró el amanecer que empezaba a abrirse paso con lentitud a través del horizonte y llenando su habitación con débiles rayos de luz, como si le pidieran permiso para alumbrar el nuevo día poco a poco. Sabía que tras la pesadilla no volvería a dormirse, así que decidió levantarse y ponerse a trabajar para aprovechar mejor el día. Pero antes se tomó unos minutos mirando cómo el sol asomaba lentamente por el horizonte. Algunas gaviotas empezaban a sobrevolar la playa, buscando algo para desayunar con sus estridentes gritos que rompían el silencioso amanecer.

Podía oír sus chillidos desde la habitación.

Los minutos de calma contemplando la grandeza de la naturaleza lograron calmarla lo suficiente como para animarse a afrontar el nuevo día, relegando la pesadilla al rincón oscuro donde solía estar para salir de noche y atormentarla cuando dormía y mantenía sus defensas bajas.

Se duchó a conciencia frotándose con fuerza las manos, como si aún las llevase manchadas de sangre, y bajó a comprobar sus cámaras perimetrales antes de entrar en la cocina y darle de comer al perro. Se dio cuenta de que se le acababa su pienso gourmet, lo que le hizo pensar que tenía que acercarse al pueblo para comprarle más.

Bajaba aproximadamente cada dos semanas, nunca en el mismo día.

Intentaba evitar una rutina.

Pasar desapercibida era su intención, y para ello evitaba hablar con nadie. Bajaba al pueblo a comprar en la única tienda gourmet que había y le ofrecía lo que necesitaba. El dueño hacía tiempo que había dejado de hacerle preguntas porque sabía que ella nunca se las contestaba. Bajaba, compraba sin relacionarse con nadie, pagaba siempre en efectivo y volvía a su casa, en el extremo más alejado de la isla, para seguir con su vida.

Se había mudado allí hacía ya más de seis meses, después de haber estado cambiando de sitio continuamente durante los últimos cuatro años. Desde que murió su marido. O cuando ella lo mató, para ser más concretos.

Allí nadie la conocía, excepto que se llamaba Chloe, que tenía un perro gigantesco, que vivía sola en el rincón más alejado de toda la isla y que jamás recibía visitas ni se relacionaba con nadie. La gente posiblemente tampoco supiera que solía ir armada, por supuesto, tampoco sabían que ella había matado a su marido hacía más de cuatro años ni que ese no era su verdadero nombre.

Gabriela Durán.

Ese había sido su nombre hasta la semana después de que enterraran al que fue su marido y a ella la dejaran en libertad.

Defensa propia y enajenación mental. Eso fue lo que dictaminaron en el juicio y ni siquiera tuvo que pisar la cárcel.

¡Defensa propia!

En ese momento había sido verdad. La hubiese matado unos minutos más tarde si ella no hubiese encontrado el cuchillo en el suelo.

Aunque la familia de su marido no pensase igual y la hubiesen estado acosando después de su muerte, hasta que ella ya no pudo aguantarlo más y se largó.

Se cambió el nombre y se tiñó el pelo.

Su amigo del FBI le facilitó una identidad falsa y un pasado nuevo, y estuvo dando tumbos hasta llegar a esa pequeña isla, el único sitio que le gustó después de recorrerse medio mundo, buscando un lugar que considerara seguro para esconderse de él. Estaba alejada de todo y todos, y decidió a empezar de nuevo.

No conseguía dejar de sentirse culpable. Cuando salió del hospital estuvo asistiendo a terapia para mujeres maltratadas. Y aunque se suponía que ella era la víctima y no la culpable, no

conseguía convencerse del todo ni quitarse esa soga al cuello que llevaba como un San Benito.

Vivía con el terror de que la encontraran.

Tenía un máster en informática y seguridad privada, y era ingeniera en telecomunicaciones. Aprendió a ocultarse y a ganarse la vida con su trabajo. Se negó a tocar el dinero de su marido, solo quería que su familia se olvidara de ella y la dejasen vivir en paz.

El abogado íntegro y el perfecto esposo que fingía ser de puertas para afuera, pero de puertas para adentro… era un completo monstruo.

Suponía que la familia de él la seguía buscando y que nunca la olvidarían. Por eso se mantenía escondida, sin relacionarse con nadie, intentando pasar desapercibida allá donde estuviese.

Como si fuese una sombra.

Se abrigó para bajar al pueblo antes de que la gente empezara a levantarse y, de ese modo, poder volver temprano para trabajar en el nuevo proyecto laboral que tenía, que lo llevaba bastante avanzado.

Se guardó su *Beretta* de 9 mm en la parte trasera del pantalón, se puso una chaqueta con capucha encima para taparla y bajó al pueblo.

CAPÍTULO 2

Desde el ventanal de la cafetería donde estaba desayunando después de acabar su primera ronda diaria hacía apenas una hora, Hugo Valenzuela vio llegar el inmenso todoterreno negro con los cristales tintados.

Se lo quedó mirando curioso.

Abrió los ojos, sorprendido, al ver bajarse a una mujer morena con el pelo recogido en una coleta alta, vestida de negro y con gafas de sol, que se puso a mirar a los lados de la calle, como si comprobase la seguridad del perímetro, tal y como hacía la policía antes de entrar en un edificio para un registro.

No conocía a la mujer. De hecho, estaba seguro de que la recordaría si la hubiese visto antes, pero cayó de inmediato en quién era, porque indudablemente había oído hablar de ella más de una vez.

Después de todo, era una isla pequeña y tarde o temprano todo el mundo se conocía.

Y él era el jefe de policía de allí, así que más motivo para conocerla mejor.

Había estado fuera unos meses, desde el infarto de su padre, así que, entre una cosa y otra, se le había pasado el tiempo sin ver a la misteriosa mujer morena que vivía en la casa del acantilado, como la llamaban en el pueblo, porque estaba justo delante de la orilla, en el rincón más apartado de la isla.

Era, sin lugar a duda, un sitio privilegiado.

Luisa, la dueña del bar, se acercó a preguntarle si deseaba algo más, y decidió que ella era una fuente inagotable de cotilleos, así que seguramente podía decirle algo de ella.

—¿Admirando las vistas, jefe?

Él sonrió, enseñando sus blancos dientes. La conocía de toda la vida, era amiga de su madre, y le tenía un gran cariño. No se ofendió con su pregunta.

—¿Qué sabes de ella? —La siguió con la mirada cuando entró en la tienda gourmet de la esquina, vigilando la retaguardia con detenimiento.

—Es la chica que compró la casa de la playa. Dicen que vive allí sola con un perro gigante, que nunca recibe visitas y que no tiene familia o, al menos, nadie la ha visto con ella. Creo que tiene alarma —dijo, como si eso la convirtiera en un bicho raro, y todo porque en la isla, la mayoría de los habitantes ni siquiera cerraban la puerta con llave al salir.

—Bueno, si vive allí sola… —Él seguía mirando la puerta del local por si la veía salir—, es comprensible.

—Es muy misteriosa. Solo baja a comprar de vez en cuando y jamás habla con nadie. Aunque suele ser educada si alguien le pregunta algo. ¡Pensaba que tú ya la conocías! —añadió, dándole un toque en el hombro de forma amistosa.

Se sentó junto a él en la mesa y también miró por la ventana por si aparecía el blanco de sus cotilleos.

—No. Oí hablar de ella cuando llegó, pero, con lo de mi padre, he estado fuera mucho tiempo. Es la primera vez que la veo.

—Quizás deberías ir y presentarte. Viviendo sola es posible que pueda necesitarte alguna vez.

—Bueno, en eso tienes razón.

Hugo decidió levantarse y echarle un vistazo más de cerca a la misteriosa morena que había llamado su atención.

Se aprendió la matricula del todoterreno, admirando el modelo que parecía nuevo, para buscar información en tráfico más tarde. Mantener a la gente de la isla a salvo era su trabajo, así que estaba más que justificado que investigara a la gente nueva que llegaba.

Entró en la tienda y saludó al dueño, que hablaba por teléfono en ese momento, sentado junto a la caja.

—Buenos días, Andrés.

—Jefe.

El otro hombre siguió hablando sin prestarle más atención. Si se sorprendió de ver al jefe de policía entrar a comprar a su tienda, cosa que casi nunca había hecho con anterioridad, no se le notó en absoluto.

El comercio no era demasiado grande. Solo tenía algunos pasillos, así que le bastó con mirar desde la entrada para deducir dónde estaba ella.

Se encaminó hacia allí hasta que oyó la voz del recién elegido alcalde de ese año hablando con alguien, justo allí, donde se suponía que estaba ella.

Valentín San Jorge no le caía especialmente bien, aunque tenía su misma edad y prácticamente se conocían desde que iban juntos al colegio. Pero esa costumbre suya de creerse superior al resto de los demás y de mirar a todo el mundo por encima del hombro como si fuesen seres inferiores, solo por ser el alcalde e hijo del anterior alcalde, no lo hacía el hombre más preciado de la isla. Aunque fuese el único que no se diese cuenta.

En ese momento estaba hablando con alguien y, al estar la tienda prácticamente vacía, según podía comprobar a simple vista, debía ser la mujer a la que él buscaba.

—¿Me deja ayudarla con el saco de pienso?

—No, puedo sola, gracias.

—Venga ya, es demasiado pesado para usted.

—Le he dicho que puedo sola. En el carro no pesa nada.

—Lleva seis meses viniendo aquí cada semana y aún no se ha dignado a hablar conmigo —repuso ofendido.

Que el alcalde la tuviese tan controlada hasta para saber cuándo bajaba al pueblo, le puso sobre aviso.

—No tengo nada que decirle —replicó ella, tirante.

«Solo que me dejes en paz de una vez, pesado» pensó.

—Quizás debería saber que soy el nuevo alcalde.

Ahí estaba, otra vez presumiendo.

—Sé quién es. Felicidades.

Hugo estaba seguro de que Valentín había percibido el sarcasmo de su voz.

«¡Bien por ella!» pensó el policía.

—Debería ser más amable conmigo. Es bueno tener amigos influyentes en todas partes.

Si pensaba que su tono ofendido le ayudaría, se equivocó.

—No necesito amigos influyentes, gracias.

La voz de ella parecía estar perdiendo la paciencia por momentos.

—Vive muy sola en ese rincón. Puedo ir a hacerle una visita cuando le vaya bien. Esta tarde la tengo libre.

«Esto se pone interesante» pensó Hugo, divertido, sin perder detalle de la conversación.

—Estoy muy ocupada para hacer vida social. Si me disculpa…

Hugo se puso a mirar los artículos que había en la estantería cuando ella apareció con un carrito de la compra y un inmenso saco de pienso para perros que, por lo menos, pesaba veinticinco kilos. De momento, solo llevaba eso.

Pasó junto a él sin echarle más que una leve mirada irritada de ojos verdes, que podía ver sin las gafas de sol, y se marchó a la caja con rapidez.

«¡Adiós a disfrutar de mis minutos de relax cuando compro!» pensó Chloe. No entendía por qué tenía que encontrarse al idiota del alcalde esa mañana para estropearle el mejor momento de la semana, Disfrutaba mucho saliendo a comprar. Era el único momento en que fingía tener una vida normal y se relacionaba con el resto de la gente de la isla, de un modo ficticio, claro estaba. Ella apenas saludaba si podía evitarlo.

Valentín salió detrás de ella suspirando cuando vio que se alejaba de él, sin volverse a mirar si la seguía o no.

—¡Oh! ¡Hola, jefe! No sabía que también venías por aquí.

—He venido a echar un vistazo. —Aunque no dijo a quién.

Podía sentir los ojos de ella mirándolo con frialdad desde la distancia, y al alcalde con desagrado.

No parecía de humor.

Chloe miró hacia ese pasillo y se encontró con dos pares de ojos que no le quitaban la vista de encima. Decidió que prefería volver otro día, antes que volver a acercarse al idiota del alcalde y al jefe de policía. Aunque no se lo hubiesen presentado formalmente, sabía perfectamente quién era, ya que lo investigó cuando llegó al pueblo. Que todavía no se hubiese acercado a ella ni a su casa era algo que le agradecía mucho más de lo que se podía imaginar.

Sabía que su padre había estado enfermo.

—¿Qué tal tu padre jefe? —le preguntó el alcalde.

—Mejor —oyó que le respondía el jefe de policía mientras terminaba de pagar para coger el saco de pienso y salir de allí—. Le acaban de dar el alta. Discúlpame, tengo mucha prisa —farfulló.

—Claro.

Salió detrás de ella, le enseñó las manos a Andrés para mostrarle que no había cogido nada y salió a la calle.

Decidió que conocerla ese día sí parecía buena idea, después de todo. No pensaba perder la oportunidad que tenía, ya que no había coincidido con ella en ningún otro momento. Lo cual resultaba extraño, ya que la isla era pequeña.

—Espere.

Ella no quiso darse por aludida.

—Espere. —La alcanzó a las pocas zancadas con sus largas piernas, antes de que ella hubiese llegado a su coche. Le puso la mano en el hombro para pedirle que se detuviese y notó cómo todos los músculos del cuerpo de la mujer se tensaban.

Se volvió con brusquedad sin soltar el saco.

—¿Qué quiere?

Su pregunta tan grosera le sorprendió, y sus ojos verdes, grandes y rasgados que lo miraban impacientes, le encantaron.

Parecía un duende con la cara llena de pecas como una constelación infinita y esos enormes ojos verdes. No le extrañó que el alcalde fuese tras ella.

—Espere un momento, ¿quiere? Aún no nos han presentado. —Intentó que ella bajase el saco de pienso al que se aferraba como un salvavidas y consiguió el efecto contrario; lo aferró con más fuerza todavía, como si le sirviese de escudo ante él.

—Sé quién es. —Ante su cara de sorpresa, añadió—: Es el jefe de policía.

—¿Por qué no suelta el saco? Debe pesar mucho.

—No. Y ahora deje que me marche, tengo prisa.

Esa hostilidad tan abierta sí le extrañó, pensaba que le hablaba al alcalde de ese modo porque era muy pesado, pero no esperaba que lo hiciera con él también. La gente solía ser

amable con él, pensaba que tenía don de gentes, aunque con ella no parecía funcionarle demasiado.

—Espere un momento. —Volvió a cogerla del hombro, cosa que le molestó aún más y no lo disimuló—. Llevo tiempo queriendo hablar con usted.

Lo miró entrecerrando los ojos con suspicacia.

—¿Por qué conmigo?

Decidió que el puñetero saco empezaba a pesarle demasiado. Lo dejó en el suelo con un suspiro cansado y volvió sus enojados ojos verdes hacia él de nuevo.

«Mejor quitármelo de encima cuanto antes» pensó.

—Es nueva en el pueblo y siento no haberme acercado a su casa antes. He estado fuera unos meses por motivos personales.

—Lo sé, su padre ha estado enfermo.

No le preguntó por él y supo que lo hacía a propósito para demostrarle que no le interesaba la vida de los demás. Mientras la estudiaba con atención, pensó que ser grosera o maleducada a conciencia requería de un cierto arte.

De constitución delgada, uno setenta de estatura, más o menos, cabello moreno y largo recogido en una cola alta, ojos verdes, felinos y rasgados, impresionantemente intensos, grandes y bonitos, y unos labios perfilados y carnosos. Piel blanca con un sinfín de pecas en la cara. Se la imaginó de repente con el cabello pelirrojo, del mismo color que sus pecas.

Ante el descarado escrutinio de él, en los ojos de ella apareció una sombra de preocupación que le hizo pensar en el motivo por el que le gustaba tan poco la gente.

—Si ha terminado… tengo mucha prisa —dijo, e intentó volver a coger el saco.

Él suspiró, cansado de tanta frialdad, y volvió a cogerla por el brazo, esa vez con algo más de brusquedad.

—Espere un minuto. Quería decirle que si necesita mis servicios puede llamar a la oficina a cualquier hora del día o la noche. —Sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta de su uniforme azul y se la ofreció—. Este es mi número personal, también puede llamarme a cualquier hora.

—Soy muy capaz de cuidarme sola, pero gracias.

«Se amable con él y no levantes sospechas, Chloe» se recriminó.

—Estoy seguro de ello, pero está allí sola y es una zona muy alejada y solitaria.

Se preguntó qué podía ocultar. Porque estaba claro, al menos para él, que había algo en ella que despertaba su instinto policial al que había aprendido a hacer caso con el paso de los años.

—Estaré bien. —Volvió a coger el saco y esta vez él se lo permitió—. Pero gracias por su preocupación.

—Entra en mi sueldo, Chloe. Cuidar de usted es mi responsabilidad.

—No, no lo es.

Entró en su todoterreno y se alejó, dejándolo allí, observando cómo se alejaba.

Pensó que tendría que ir a hacerle una visita de vez en cuando a la misteriosa morena con la cara de pecas más bonita que había visto nunca.

CAPÍTULO 3

—Jefe, tiene una visita.

Hugo levantó los ojos de los papeles que estaba revisando y miró a María, que era la encargada de la centralita. Era casi la hora de irse a comer, de hecho, estaba pensando que acabaría el informe que tenía delante y se marcharía a comer algo.

Le extrañó que alguien fuese a verlo a esas horas.

—Es el alcalde —añadió.

Esas palabras lo hicieron mirar sobre su hombro, asombrado de ver a Valentín detrás de ella con cara de muy mala leche.

«¿Qué cojones ocurrirá ahora?» pensó.

—Dile que pase.

La mujer se hizo a un lado, le dio paso y le hizo un gesto con la mano para que entrase.

El alcalde entró con paso ligero. Aunque su cargo estaba prácticamente ligado con el de Hugo, aquel hombre no le gustaba demasiado.

Lo miró con curiosidad cuando se sentó nervioso en la silla delante de la mesa de su despacho

—¿Qué ocurre? —No tenía demasiada paciencia para él.

Estaba cansado, tenía hambre y sabía que al alcalde le gustaba quejarse por casi todo.

—Esa maldita mujer es un peligro —soltó, tan de repente, que se ganó su atención de inmediato.

—¿Quién? ¿Hablas de Rosi y su coche sin carné?

No era la primera vez que alguien se quejaba de que la mujer más longeva de la isla iba pisando huevos por la carretera con su coche sin carné. Por más veces que la había avisado, ella hacía oídos sordos.

—No hablo de Rosi —dijo brusco—. Hablo de Chloe, la mujer de la casa de la playa. ¡Está loca!

Lo miró totalmente desconcertado. Lo había visto intentando ligar con ella esa misma mañana, y ahora venía con esas.

«¿Qué coño me he perdido?» pensó el jefe.

—¿De qué estás hablando?

Se adelantó en la silla y cruzó los brazos sobre la mesa para mirar con interés al alcalde.

Parecía nervioso, o asustado, sí, eso era lo que parecía, y algo avergonzado también. Solía

ser bastante bueno leyendo las expresiones de la gente. Una especie de don innato en él que normalmente le facilitaba mucho su trabajo.

—Estuve en su casa hace un rato… De hecho, vengo justamente de allí — rectificó con rapidez—. Tiene un arma y me ha amenazado con azuzarme al gigantesco perro que tiene.

—¿Qué? —No entendía nada—. ¿Has estado en su casa? —le preguntó sorprendido.

Ella le había pedido expresamente que no fuese.

Él no parecía haber captado el mensaje.

—Sí, claro que he estado en su casa. y me ha amenazado con el maldito perro. ¡Y con la pistola! ¿Es que no me escuchas? —replicó indignado.

—¿Por qué has ido a su casa si te dijo claramente que no fueras? —replicó Hugo, molesto.

—¡A ti no te importa! —le soltó muy digno, y sus mejillas se sonrojaron, por lo que tuvo claro que se le había vuelto a insinuar y ella le paró los pies.

Se guardó la sonrisa divertida, ya que supuso que al alcalde no le gustaría saber que se divertía con la situación.

—Valentín, cuéntame exactamente qué es lo que ha pasado, por favor. No te saltes nada.

El alcalde se atusó su pelo rubio y se irguió en la silla, poco, porque medía algo menos de un metro sesenta. Y se cruzó de brazos en un gesto claramente defensivo.

—Intenté llamar a su puerta hará una media hora, más o menos. Me preocupa que esté allí sola —dijo para justificarse. Hugo asintió sin decir nada, escuchándolo con atención—. Salió de repente con el arma en la mano y el perro ante ella gruñéndome amenazador. —Se estremeció un momento al recordarlo—. Tiene un montón de cámaras de vigilancia por todos lados, debió de haberme visto llegar porque ni siquiera me dio tiempo de darle al timbre. —Entendió que lo que parecía ser un cortejo si ella hubiese querido, se acababa de convertir en una afrenta. Ella acababa de ganarse un enemigo, aunque no lo quisiera—. Me apuntaba con el arma y me dijo que no quería que me volviese a acercar a su casa o la próxima vez azuzaría al perro, el cual no dejaba de gruñir. Ni siquiera me dio tiempo a darle las buenas tardes. ¡Está loca y es peligrosa!

«Y todo porque no quiere nada contigo» pensó Hugo, molesto.

Con ese hombre siempre era lo mismo. «O estás conmigo o estás contra mí». Y estaba demasiado acostumbrado a coger lo que quería porque pensaba que lo podía conseguir todo con dinero, aunque, al parecer, en ese caso, ella no estaba interesada.

—Hablaré con ella. —Era lo mínimo que podía hacer.

—Hazlo, y aclárale que esa no es manera de tratar a la gente de este pueblo.

«Querrás decir a ti» volvió a pensar Hugo, todavía molesto porque estaba seguro de que le importaba una mierda cómo ella tratase a los demás. No podía tratarlo a él así y punto.

—Imagina que un crío pasa por ahí, tiene a ese perro suelto y le ataca o algo. Es muy peligroso. Es casi tan alto como yo.

—Hablaré con ella, Valentín.

—¿Cuándo?

—Cuando pueda. —Lo miró molesto porque quisiese presionarle de ese modo. Ya no se dejaba presionar por nadie para hacer su trabajo, por muy alcalde que fuese—. Confía en mí.

—Dile que pienso denunciarla por ese perro.

—¿Ponerle una denuncia? ¿Te ha atacado? —No parecía herido, así que no entendía tanto jaleo.

—No, pero no puede amenazarme y quedar impune.

—No puedes poner una denuncia si no te ha atacado. —Empezaba a estar molesto de verdad con él y a perder la paciencia.

«¡Maldita mujer!» pensó Hugo.

Que tuviera problemas con el alcalde era lo último que necesitaba. Y esa mujer tampoco se pondría muy contenta si se ganaba una enemistad con el alcalde. Tenía los brazos muy largos, y aunque Hugo dudase de que fuese solo por ser quien, sabía que tenía unos contactos bastante importantes. Lo bastante importantes como para complicarle la vida a alguien si se lo proponía de verdad.

—Te digo que es muy peligroso.

—Valentín, en su casa puede tener lo que quiera, y en su terreno también. No podemos hacer nada para impedírselo si no ataca a nadie. Hablaré con ella lo antes posible, de verdad.

Hugo se levantó para que entendiera que la conversación había acabado. El alcalde también lo hizo y estiró los pantalones de su traje. Iba impecable, como siempre, y Hugo pensaba que se veía obligado a ir de ese modo por el cargo que ostentaba.

—Por favor, mantenme informado.

Le estrechó la mano con rapidez y salió del despacho sin mirar atrás.

Hugo ya tenía el motivo que necesitaba para ir a visitarla.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Chloe se quedó mirando las cámaras cuando le sonó la alarma perimetral que le indicaba que se acercaba un coche, sin sorprenderse demasiado de ver el coche patrulla con el jefe de policía dentro.

Iba solo.

—¿Y este qué quiere ahora?

Lo primero que pensó fue que el alcalde se había quejado.

No le pasó inadvertido que aparcara justo detrás de su coche para evitarle la huida en el caso de que pensara hacerlo. Siempre podía salir por detrás sin que la viera.

No quería hablar con él. Sabía que le preguntaría por las armas, que le haría preguntas de todo tipo, porque la policía siempre las hacía y no quería ni podía contestarle.

Lo vio salir del vehículo despacio mientras miraba con calma la cámara del camino y luego a las que rodeaban la casa.

Él ya sabía que ella lo había visto.

Por un momento se quedó mirando la casa que había en el borde del acantilado. Un pequeño camino bajaba hasta la playa.

Supo que ella había adquirido esa casa porque tenía un único acceso directo desde la carretera.

Luego miró la playa, que quedaba debajo, y después de evaluarlo todo se encaminó a paso tranquilo hacia la puerta delantera para tocar el timbre.

Chloe no le quitó ojo. Observó su paso calmado, como si tuviese todo el tiempo del mundo. Y lo vio acercarse despacio hacia la casa.

Ya sabía lo que iba a decirle. Imaginó que el alcalde había ido a quejarse de su recibimiento esa mañana y que había ido a advertirle.

«¡Maldito alcalde!» pensó. «¿Por qué los hombres no entienden un *no* cuando se lo dicen?»

No le gustaba el alcalde y ese aire de estar por encima de todo y de todos, tan solo por el cargo que tenía. Y tampoco le gustaba el jefe de policía y su modo tan tranquilo de observarlo y evaluarlo todo.

Chester gruñó un poco y la miró, a la espera de sus órdenes. Ella lo decidió en un momento; cogió su arma, se la puso en la cintura de los pantalones, le pidió silencio al perro y decidió sobre la marcha que saldría por detrás.

No pensaba enfrentarse a él en ese momento.

Le hecho un último vistazo a la cámara para mirarlo de cerca. Mediría sobre metro ochenta y cinco, cuerpo fuerte y musculoso, piernas largas, pecho fuerte. Cabello moreno, espeso y abundante, con las puntas más claras por el sol. En ese momento llevaba puestas unas gafas de aviador que le tapaban los ojos azules, de un celeste claro, como el color del cielo en un día despejado. Tenía barba de varios días que le daba aspecto muy sexi y varonil a su rostro. Rasgos duros, nariz larga y algo torcida, la cual daba a entender que se la había roto en algún momento de su vida. Labios carnosos, aunque en ese momento parecían severos.

No le gustaba el jefe de policía.

Los policías se entrometían en todo y se pasaban la vida haciendo preguntas.

Aunque esa mañana intentaba ser agradable, también le demostró que era un hombre insistente. No la dejó marcharse hasta que le dijera lo que quería saber, y era consciente de que

no se marcharía sin conseguir lo que había ido a buscar.

Lo último que necesitaba era tener a un policía haciendo preguntas o investigando su pasado.

—Nos vamos —le dijo a Chester cuando el timbre de la puerta volvió a sonar.

Se encaminó con rapidez a la puerta trasera y la abrió sin hacer ruido.

No había nadie.

La cerró con cuidado, odiándose por tener que salir de su casa como si fuese una delincuente.

—¿Vas a alguna parte?

Le dio tal susto que cuando quiso darse cuenta le había sacado la pistola y lo apuntaba con ella sin titubear.

—¡Eh, tranquila! —Él levantó las manos, sorprendido por su rapidez. Miró la pistola y al perro alternativamente, valorando cuál podía ser más peligroso—. Baja la pistola, Chloe.

Ella solo sentía el loco galopar de su corazón.

Se lo quedó mirando con ojos aterrados.

«Como un animal atrapado» pensó Hugo, algo sorprendido.

—Chloe, soy yo. —Levantó un poco la voz para que le hiciese caso—. Baja la pistola. —Ante su inmovilidad añadió en un tono más suave—: Por favor, no voy a hacerte daño. Chloe… —Ella respiró hondo antes de bajar el arma y volver a metérsela en los pantalones—. Dámela.

Dio un paso hacia ella y el perro se le acercó amenazante, gruñéndole, a solo unos pasos de él.

—No. —Ella volvió a respirar, disfrutando por un momento de la cara de susto de Hugo por el perro—. Tengo permiso de armas.

—Dile al perro que se calme.

—Me has dado un susto de muerte —acusó ella mientras cerraba la puerta trasera.

—No te habría asustado si hubieses abierto la puerta delantera y no intentaras huir como los delincuentes. —Miró al perro de nuevo que no dejaba de gruñir—. Chloe…, el perro.

—Chester, amigo, ya está.

El perro la miró un momento antes de dejar de gruñir y enseñarle los dientes. Como si le preguntase «¿estás segura de que no quieres que le muerda un poco?»

—Gracias. Es un perro precioso. ¿Cuánto pesa?

Aún seguía un poco pálida, pero el miedo de sus ojos había cambiado para convertirse en una mirada molesta.

—Unos setenta kilos o así.

Él silbó admirado y volvió sus ojos hacia ella.

Estaba claro que no se alegraba de verlo. Lo cual era una pena, porque él sí se alegró de

volver a verla. Aun con arma y susto incluidos.

Era una mujer preciosa y su cara llena de pecas no le restaba atractivo, de hecho, la llenaba de más personalidad. Como un pequeño duende travieso.

—¿Qué hace en mi casa? Esta mañana me dijo que solo vendría si lo necesitaba.

—No —aclaró Hugo con calma—, te dije que vendría si necesitabas ayuda. En este caso ya sabes por qué vengo. Dame la pistola.

El perro notó su tono y volvió a acercarse, advirtiéndolo de que se controlara un poco, aunque esta vez no le gruñó.

—Tengo permiso para ella.

—Bien, vayamos dentro y me lo enseñas.

—No. —Ante la mirada de él añadió—: No entrarás en mi casa.

—Chloe, soy el jefe de policía. —Se lo recordó porque ella no parecía verlo—. No voy a hacerte daño. Mi profesión es la de cuidar y proteger, ¿recuerdas?

—Da igual, no te conozco. Te traeré los putos papeles. Espera aquí. —Miró al perro antes de entrar—. Vigílalo, Chester.

El animal se colocó frente la puerta de la casa cuando ella entró y entornó la puerta para que no pudiese ver el interior.

—Esto es ridículo —le dijo al perro, totalmente frustrado.

No entendía qué le ocurría a esa mujer. Vivía en una fortaleza. Tenía un perro que era mejor que un guardaespaldas e iba armada en su propia casa. Todo eso le trajo un montón de preguntas que sabía que ella no iba a querer responder.

Y su manera de reaccionar cuando la asustaban había sido muy reveladora.

Bueno, él quería que respondiera a todas sus preguntas, las cuales tenía muchas, y estaba claro que ella no confiaba en él ni en nadie. Sabía que, si quería llegar a ella, tendría que ganarse su confianza.

Iba a ser cuestión de tiempo y él era un hombre paciente.

CAPÍTULO 4

Chloe volvió a salir llevando consigo todos los permisos para sus armas, porque tenía algunas más. Se sacó un máster en seguridad privada, lo cual le aclaró a Hugo lo de las cámaras de seguridad. También le llevó esos papeles para no tener que responder ninguna pregunta sobre eso.

—Bien, todo parece en regla. —La miró un segundo mientras le devolvía los papeles—. Como no me dejas pasar, y puedo conseguir una orden si me lo propongo… —advirtió, y volvió a ver esa mirada preocupada de sus ojos—. Tengo que hablar contigo, así que tú dirás dónde.

—Puede decirme lo que tenga que decir aquí fuera. No vamos a entrar en mi casa.

Hugo observó esa mirada alerta y la tensión de su cuerpo. Estaba claro que no le gustaban las preguntas y eso solo aumentaba todas las que él tenía sobre ella. Deseaba verla sin que estuviese a la defensiva con él, así que decidió cambiar de estrategia.

—Bien, si no quieres dejarme pasar, podemos ir a dar un paseo por la playa. Que sepas que eres muy mala anfitriona. —Se lo dijo en tono de broma, pero ella no se inmutó.

Lo vio entrecerrar los ojos y fruncir el ceño.

—Valentín quiere ponerte una denuncia por Chester. Dice que es peligroso —dijo Hugo, suponiendo que eso sí le podía interesar.

—¿Qué? —En efecto, se sorprendió—. No le ha hecho daño, jamás ha hecho nada a nadie. Está muy bien educado.

No se había dado cuenta que cuando él empezó a andar despacio, bajando hacia la playa, ella se había puesto en movimiento junto a él.

—Acabo de comprobarlo. Me ha contado lo que sucedió esta mañana. —Ella lo miró expectante. Al ver que no iba a decirle nada, añadió—: No le ha gustado tu recibimiento.

—No conozco a ese hombre, se presentó en mi casa sin avisar cuando le dije expresamente que no viniese, y no quería irse cuando se lo pedí.

—¿Te ha hecho daño?

Lo preguntó porque el tono de voz de Chloe parecía realmente preocupado. Ella lo miró algo sorprendida. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por ella.

—No, no… No iba a dejar que se acercara a mí. Pero Chester jamás atacará a nadie si no se lo ordeno o ve que alguien quiere hacerme verdadero daño.

—Bien, hablaré con él. No te preocupes.

Ella se giró un poco para mirarlo.

Aunque no le gustase por ser quien era, algo en su tono de voz le dio a entender que parecía tomarse su trabajo en serio. Y que haría cumplir la ley por encima de todo.

—¿Tendré problemas con el alcalde?

Hugo sabía que no se refería solo al perro, sino por haberlo rechazado como lo hizo.

—No, yo me encargo de él.

O eso esperaba, al menos.

Pensó que lo último que ella necesitaba era tener a un hombre acosándola por haberlo rechazado. Se decía que Valentín era de esa clase de hombres que no aceptaban un no por respuesta.

Se recordó que había estado huyendo los últimos cuatro años y, si en algún momento se viera amenazada de alguna manera, no tendría ningún inconveniente en volver a marcharse. Sabía que a esas alturas todo el mundo la conocía en el pueblo, sabían que siempre estaba sola, que vivía aislada, que tenía un perro más grande que algunas personas y que apenas hablaba con nadie en la isla. Y como parecía que se habían acostumbrado a ella y a sus rarezas sin hacerle preguntas, era por lo que ese pequeño pueblo de pescadores le empezaba a robar el corazón. Eso y su necesidad de querer pertenecer a un lugar fijo para poder dejar de huir de una vez por todas.

Se dieron la vuelta después de unos minutos más. La playa estaba desierta. En invierno apenas había turistas en la isla y hacía demasiado frío incluso para pasear a esa hora.

—Tener la playa para ti sola es todo un lujo.

Ella lo miró un momento antes de acercarse más a su casa. Después de todo, sí habían dado ese paseo por la playa.

—Sí que lo es. Me encanta la playa cuando está desierta.

—Aunque veo que sabes cuidarte sola, quiero que me llames a mi teléfono personal si alguien viene a molestarte. Sea quien sea, ¿de acuerdo?

Ella no respondió. No lo llamaría para tenerlo revoloteando por su casa. Pero saber que seguía preocupándose por ella empezó a… gustarle un poco.

—Vendré para que demos una vuelta de vez en cuando —dijo Hugo antes de subir a su coche patrulla—. Espero que la próxima vez no me apuntes con un arma. Y me gustaría que fueses algo más sociable. No sé…, para empezar, ofrecer un café a tus visitas podría estar bien.

Los dos sabían a lo que él se refería.

—No quiero que venga aquí, jefe. No es una buena idea.

Sabía que él entendería a lo que se refería. Igual que ella lo había entendido.

—Da igual, me pasaré de todas formas. Servir y proteger, ¿recuerdas?

Hugo pasó la tarde investigando a Chloe. Su historial delictivo estaba vacío. Ni una multa de tráfico. Limpio como una patena. El todoterreno tenía seis meses, justo cuando llegó al pueblo. Había vivido en algunos lugares antes, aunque nunca estuvo más de cuatro meses.

Tenía estudios en seguridad privada y era licenciada en telecomunicaciones, de ahí todos los conocimientos sobre las cámaras. También parecía dedicarse a la seguridad de las empresas por internet. Era dueña de un perro llamado Chester y de varias armas cortas, y no pudo encontrar absolutamente nada más de ella.

Parecía no tener padres ni parientes cercanos.

Sabía que había pagado la casa en efectivo, porque la noticia corrió como la pólvora por la isla. La inmobiliaria donde la había comprado no era precisamente discreta.

Al ser policía, su trabajo consistía en hacer preguntas y buscar pruebas, y con los datos que tenía de ella solo se le ocurrían un montón de preguntas.

Estaba claro que no confiaba en nadie, que tenía miedo y que estaba huyendo. Y como buen policía, pensaba enterarse de todo lo que ella escondía. Poco a poco, porque estaba claro que no confiaba en él ni, al parecer, en nadie más. Y se cerraría en banda si se enterase de que estaba investigándola.

Intentaría acercarse a ella para poder preguntárselo directamente.

Al menos le había avisado de que iría a visitarla a menudo, aunque le dijese que no era buena idea. No pensaba darse por vencido con facilidad. Esa mujer era un enigma y estaba seguro de que, aunque no quisiese, saber que podía contar incondicionalmente con él, debería darle algo de tranquilidad. O eso esperaba. Parecía que huía de alguien y esperaba poder saber de quién, para ayudarla de un modo más eficaz.

Volvió a pasar por su casa varios días después, cuando estaba a punto de acabar su turno. Esperaba que ella le abriera la puerta y lo invitara a un café, así podía estar un rato con ella sin preocuparse de que lo llamaran por el trabajo, pues llevaba un par de días bastante liado.

El coche de Chloe seguía aparcado en el mismo sitio. Él podía jurar que no lo había movido durante ese tiempo. Estuvo uno minutos en el coche, esperando si ella decidía abrir la puerta y si no lo invitaba a entrar. Al menos esperaba volver a pasear con ella por la playa.

No sabía qué tenía esa mujer que tanto le atraía. Quizás fuese la tristeza de sus ojos o saber que siempre estaba sola, que no parecía tener a nadie más en el mundo o no quería tenerlo… Lo único que sabía era que le despertaba la necesidad de acercarse a ella, de hacerse su amigo, de conocerla un poco más.

Viendo que no pensaba salir, aun sabiendo que lo había visto, arrancó el coche y se marchó a su casa. Por allí todo parecía tranquilo y, al fin y al cabo, era lo que quería comprobar.

Decidió ducharse e ir a ver a sus padres, que habían vuelto a la isla hacía solo unas horas. En principio, su padre parecía haber superado el infarto. ¡Gracias a Dios!

Esperaba que lo invitaran a cenar.

Valentín fue a verlo al día siguiente.

Hugo lo vio entrar en la comisaría y saludó a María, le preguntó por su marido y sus hijos y le aceptó el café que ella le ofreció. Luego saludó a Ezequiel, el policía que trabajaba con él desde hacía casi cinco años, que acababa de volver de patrullar por la isla. No oyó lo que le decía, pero sí los oyó reírse.

Sabía que era un hombre con don de gentes, por eso lo habían elegido alcalde hacía poco. De todos modos, todo el mundo se conocía en esa isla y parecían aceptar que se creyese superior al resto de los mortales. Hacía bien su trabajo, se preocupaba por los problemas de las personas y defendía a la isla e isleños por el resto de la geografía española.

No era mala persona. Solo un poco idiota.

Lo estuvo siguiendo con la mirada hasta que entró en su despacho y cerró la puerta con suavidad.

—¿Querías verme?

—Claro. —Se sentó en la silla frente a su mesa y dio un largo trago al café que aún no se había tomado.

—Tú dirás. —Estiró sus largas piernas bajo la mesa y se reclinó en la silla, en busca de una postura más cómoda. Tenía un bolígrafo en la mano y se puso a darle vueltas entre los dedos, en esa costumbre de no poder estar nunca completamente quieto.

—Supongo que has hablado con *esa mujer*.

El tono de voz le molestó, y que se refiriese a ella por *esa mujer* en vez de por su nombre, aún más.

—Te dije que lo haría. —Entrecerró los ojos, pensando adónde quería llegar.

—Bien, supongo que le advertiste que ese no es modo de tratarme. Bueno… —se corrigió de inmediato—, no es modo de tratar a nadie en la isla. Por aquí todos nos conocemos y somos como una gran familia.

En eso tenía razón. La isla apenas tenía unos mil habitantes durante todo el año, aunque en verano la población casi se triplicaba y tenía que contratar a varios agentes más, que lo ayudaban

cuando llegaba la temporada de verano.

—Bueno, hablamos un poco del tema.

No pensaba contarle mucho más. Si él creía que había ido a allanarle el camino, se iba a llevar una gran sorpresa.

—¿Le has dicho que puedo ir por allí cuando quiera sin que me reciba con el arma en la mano?

Ahí estaba. No se había equivocado con él.

—No. —Lanzó una mirada fría a sus ojos claros—. Fui a comprobar que tuviese permiso de armas y que ese perro gigantesco no supusiera un peligro para nadie, como me distes a entender. Y puedo garantizarte que está todo en regla.

—Pero puedo denunciarla por tener a ese bicho suelto. De hecho, lo haré si hiciera falta.

Hugo tuvo que aguantarse las ganas de levantarse y cogerlo de su impecable traje de Armani, Gucci o de quien coño fuese y sacarlo por la ventana, por gilipollas. Pero no pensaba callarse lo que pensaba.

—Es muy miserable utilizar el cariño que le tiene a ese perro para intentar algo con ella.

El alcalde abrió los ojos al escuchar el tono asqueado en su voz.

—Bueno, en el amor y en la guerra todo vale —se justificó muy digno.

—Lo que intentas hacer es chantaje y sabes que no te lo permitiré en mi isla. Y ella no te entrará al trapo.

Su cara se puso roja por la indignación y, posiblemente, por la vergüenza.

—Te recuerdo, jefe, que trabajas para mí. ¡Harás lo que se te diga, y en este caso te digo que harás la vista gorda con este asunto!

No se amilanó ante sus gritos, de hecho, se irguió en la silla y lo miró con tanta ira bullendo en su interior que el otro hombre se acojonó de verlo tan enfadado.

—No te equivoques, alcalde, no trabajo para ti, trabajo para las personas de la isla y no permitiré que la amenaces ni acoses. No te creía tan cobarde.

—Entonces le pondré una demanda por el puto perro. Veremos si le gusta tener que sacrificar a esa maldita bestia.

—No aceptaré ninguna demanda contra ese perro porque he podido comprobar por mí mismo que no le hará daño a nadie.

Al menos, eso esperaba con todas sus fuerzas.

—Ahora lo entiendo… —Entrecerró los ojos para mirarlo con desconfianza—. Lo que pasa es que la quieres para ti y no aceptas que yo la haya visto primero.

—No seas ridículo, ella no es ningún premio —bufó, removiéndose en la silla—. No tiene nada que ver con quién la haya visto primero. Es una mujer, por Dios bendito, y deberías aceptar que no le gustas y que no quiere tener nada contigo.

—No tienes ni idea —soltó orgulloso—. Deberías saber que a las mujeres les encanta que les vayamos detrás.

A Hugo le resultaba increíble que hubiese una persona tan pagada de sí misma para no darse cuenta de que alguien podía no estar interesado en él, por más dinero y poder que tuviese.

—Valentín —exhaló, intentando controlar su mal humor—, te lo dijo el otro día cuando te pidió que te fueses, te apuntó con su arma y amenazó con azuzarte al perro si no te marchabas. ¿Qué más pruebas necesitas para entender que no le gustas ni quiere tener nada contigo?

Para sorpresa de Hugo el alcalde sonrió, como si no hubiese pasado nada entre ellos.

Hugo pensó en lo bien que le sentaba el dicho popular de «no hay más ciego que el que no quiere ver».

—¡Oh, bueno! No hay que tomarse sus palabras al pie de la letra. Ya sabemos lo que significa el *no* de las mujeres la mayoría de las veces.

—Te garantizo que de esta en particular sí debieras tomarte al pie de la letra sus noes y amenazas. Estás advertido, alcalde. Le dije que me llamara si alguien se acercaba a molestarla. No me gustaría tener que ir a detenerte.

—Eres un gran desagradecido, hijo de puta. —Se levantó de la silla y se dirigió a la salida con rapidez. Se giró frente a la puerta justo antes de abrirla—. Tendrás noticias de mi abogado, y esa mujer también. Cuando acabe con ella, tendrá que matar a ese chucho asqueroso y largarse de este pueblo. Y tú tendrás que dejar el puesto en el que te puse.

—Cuidado, alcalde, no te equivoques.

El tono de sus palabras le puso el vello de punta.

Acababan de declararse la guerra.

CAPÍTULO 5

Hugo volvió a casa de Chloe varios días después.

Había estado esperando noticias de Julio, el abogado del ayuntamiento. Era el encargado de defender todas las denuncias que se le ponían a la casa consistorial, ya fueran de urbanismo, tráfico o de cualquier otra cosa. Pero era sabido por toda la isla que era amigo íntimo del alcalde, de ahí el puesto que representaba, y también sabían que era su perrito faldero.

Esa vez sí pensaba hablar con ella para enterarse de si alguno de ellos había intentado acercarse por allí o si había tenido alguna noticia referente a la denuncia contra el perro.

No le dio importancia al hecho de que quisiese verla por el mero placer de contemplarla.

Era una mujer fascinante y punto.

Se bajó del coche y se encaminó hacia la puerta delantera. Imaginó que ella ya lo había visto, porque seguramente sus alarmas perimetrales habían saltado para avisarla.

Oyó unos ladridos que provenían de la playa y se asomó al pequeño acantilado para ver al perro que ladraba divertido mar adentro, mientras iba a por una pelota de tenis que parecía que ella le había lanzado para jugar.

Podía oír la risa de ella mientras lo animaba desde la orilla.

Decidió bajar en vez de esperarla allí. Prefería pillarla con la guardia baja.

Acudió al sonido de su voz como los marineros embaucados por el canto de las sirenas.

Ella lo vio acercarse y lo miró desde donde estaba, oteando tras él para comprobar si estaba solo.

«No debería ser tan atractivo» pensó Chloe cuando lo vio acercarse a ella con ese andar pausado, como si le sobrase todo el tiempo del mundo.

Sus ojos se encontraron mientras se acercaba a ella.

Esa manera lenta que tenía de mirarla conseguía que sus tripas se encogieran y su respiración se acelerase.

—No sabía que fuese tan buen nadador.

Miró al perro, que se había alejado de la orilla una distancia considerable. Ella lo miró de nuevo, sonriendo por primera vez ante él.

Hugo se sintió un poquito más fascinado ante sus ojos verdes donde se reflejó el humor del momento y el amor incondicional con que miró al perro que ya había alcanzado la pelota y nadaba de nuevo hacia la orilla.

—Los de su raza con excelentes nadadores. Si quisiese enseñarlo, podría ser un perro de rescate marítimo. Las aptitudes y el amor al agua son innatos en su raza.

—Ya lo veo.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Por qué ha venido, jefe? Dudo que sea para ver a mi perro nadando.

Él le sonrió para tranquilizarla, ya que sus ojos volvían a mirarlo con desconfianza.

—Bueno, está visto que vosotros dos sois un binomio, así que, si vengo a verte, indudablemente también vengo a verlo a él. Es difícil no verlo —murmuró cuando el perro salió del agua y se sacudió con fuerza para quitarse el exceso de agua en su pelaje negro.

Agradeció que estuviese alejados de ellos cuando lo hizo.

—No me ha respondido, jefe.

Ella intentó ver sus ojos azules bajo las gafas de aviador, las cuales se puso para protegerse del sol.

—Quería saber si has tenido noticias del alcalde.

En ese momento el perro se acercó a ellos y, tras mirarlo un momento y decidir que era digno de dejarle su juguete, soltó la pelota a sus pies para que se la lanzase.

—¿Puedo?

—Claro.

Hugo la lanzó tan lejos como pudo y el perro salió tras ella, ladrando divertido. Se movía bastante rápido para ser un perro tan grande.

—Ahora querrá que se la lance y juegue con él cada vez que lo vea.

A él le gustó que ella diese por sentado que aparecería por allí de vez en cuando. Tan a menudo como pudiese o ella le dejase.

Se quedó mirándola pensativo.

Llevaba unos vaqueros oscuros y una sudadera roja con capucha que colgaba en su espalda. Era tan amplia, que imaginó que llevaría su arma tapada con ella. Llevaba unas deportivas blancas llenas de tierra por haber estado jugando con el perro.

—¿Vas armada?

No pudo evitar la pregunta.

Se preguntaba qué podía asustar tanto a una persona para tener que ir siempre armada, aunque estuviese a escasos cien metros de su casa.

Ella lo miró seria.

—Nunca salgo sin ella, jefe, ya debería saberlo.

—Puedes llamarme Hugo.

Le lanzó una sonrisa que sabía que derretía a más de una fémina, pero solo consiguió que ella lo mirase con más desconfianza. Estuvo a punto de soltar una carcajada ante su ceño

fruncido.

Era una mujer dura de roer, de eso no había duda.

Y totalmente inmune a sus encantos.

Parecía que tenía o quería tener su corazón a buen recaudo y no se fiaba de nadie.

—No quiero tutearle. Le llaman así por ser el jefe de policía, ¿no?

Decidió dejarlo y no discutir con ella. Estaba claro que se sentía más segura con él en su papel de policía. Nada de trato personal.

«¡Poco a poco!» pensó Hugo.

Quería demostrarle que podía confiar en él, con uniforme o sin él.

—No me has contestado cuando te he preguntado por el alcalde.

—Ayer estuvo aquí.

—¿Qué quería? —Ella alzó una ceja ante su tono de voz—. Chloe, ¿qué te dijo?

Suavizó el tono para que no lo mirase con miedo que la caracterizaba.

—Nada, porque no le abrí. Estuvo un rato llamando al timbre y cuando se aburrió se fue.

—Te dije que si alguien venía a molestarte me avisaras.

—Y yo te dije que no necesito ni quiero que nadie venga a protegerme, sé cuidarme sola.

Suspiró frustrado y se agachó para volver a lanzarle la pelota al perro.

—¿Vino solo?

Eso sí llamó la atención de la mujer porque no entendía por qué debería haber ido acompañado de alguien. Chloe pensó que estaba claro que él sabía más de lo que le estaba contando.

—¿Con quién tenía que venir?

Con esa pregunta, Hugo supo que el alcalde sí fue solo. Él tampoco había tenido noticias de ninguno de los dos y sabía que para poner una denuncia tenía que pasar por sus manos.

—Jefe, ¿qué me está ocultando?

La sintió temblar a su lado. Él intentó cogerla por el hombro y ella se apartó con un brinco, mirándolo más asustada todavía.

—Chloe…

—No me gusta demasiado que me toquen. Lo siento. —Hugo bajó las manos y suspiró—. No me ha respondido.

Tuvo que sonreír cuando ella utilizó sus mismas palabras.

—Me dijo que hablaría con su abogado para ponerle una denuncia por el perro.

—¿Por Chester? ¿Por qué? Él no ha hecho ni hará daño a nadie. Además, nunca sale solo de casa.

Lo miró para poder ver en su cara, ya que era muy buena leyendo el estado de ánimo de los demás. Siempre sabía cuando su marido tenía un mal día y pensaba descargarlo contra ella. Se

estremeció al recordarlo y desplazó la mirada hasta el perro, que en ese momento volvía a paso más lento de tanto correr tras la pelota.

—Piensa pagarlo contra mi perro porque no quiero nada con él. Es eso, ¿verdad?

Su tono apagado le entristeció.

—Sí. Le avisé que tuviese cuidado. No admitiría chantajes ni acosos en mi isla.

—Ya, bueno, es el alcalde —recordó encogiendo un hombro.

Chloe se puso a acariciar al perro a la vez que él la cogió del antebrazo. No se esperaba que se agachara intentando alejarse y levantara sus brazos para protegerse de lo que se suponía iba a ser un golpe. El miedo de sus ojos le removió las tripas.

—¡Chloe… joder!

Le cogió la mano y la incorporó con suavidad, ver el miedo en sus ojos le aclaró lo que sus gestos ya le dejaban entrever de vez en cuando.

—No voy a hacerte daño, tranquila.

Se la quedó mirando porque estaba claro que ella no permitiría que se acercara más.

—Lo siento. Me ha asustado, lo siento... —murmuró angustiada e intentó alejarse de él, avergonzada por su reacción.

—Puedo enfadarme mucho y jamás… ¿Me oyes? Jamás pegaría a una mujer. Me ofende y me mosquea que tengas miedo de mí.

—Lo siento. No me gusta demasiado la gente. Me ha asustado. Además, no lo conozco.

—¿Estás huyendo de ese hombre que te maltrató?

Lo miró sobresaltada.

Hugo no necesitaba ser demasiado listo para sumar dos más dos, y en ese caso era policía, por lo que estudiarlo y analizarlo todo, parecía venirle de serie.

Ella decidió que era hora de irse.

—¿Ni siquiera vas a contestarme?

Su tono decepcionado le hizo contestarle.

Al fin y al cabo, estaba muy lejos de imaginarse la verdad.

—No, no huyo del que me maltrató.

Al menos, ya no. Ahora era incluso peor.

Eso sí lo dejó fuera de juego.

—Entonces, ¿de quién?

—Vamos a casa —le susurró al perro, que lo miró cuando pasó por su lado con ojos de «¡ya jorobaste el juego!»

Hugo la siguió.

Podía darse de hostias por lo que había pasado, pero no se esperaba que reaccionara así. Pensaba que por fin ella estaba abriéndose un poco ante él. Y de repente…

—Chloe, por favor, puedes hablar conmigo, puedo ayudarte… —Subieron las escaleras en silencio y ella abrió la puerta trasera. Pensaba entrar sin despedirse—. Chloe…

Se pasó las manos por el pelo con frustración.

«¡Oh, joder!, ¡qué mal todo!» pensó.

—Ya se lo he dicho, jefe, no necesito ni quiero su ayuda. Por favor, déjeme en paz usted también.

Entró con el perro tras ella, que todavía llevaba en la boca la pelota de tenis.

Hugo fue a ver a sus padres el domingo, cuando acabó su turno. Le habían dicho que se pasara a comer con ellos, ya que también iría su hermana con su marido y su sobrino Rodrigo que, a sus dos años, era un completo torbellino y parecía tener debilidad por él.

El sentimiento era mutuo.

Verlo siempre le recordaba que le gustaría tener sus propios hijos algún día. El tema de encontrar una mujer adecuada era más complicado.

Dio un beso a las mujeres que estaban en la cocina liadas con la comida y cogió una cerveza de la nevera.

—Llévate a tu sobrino fuera, que ya ha comido. Papá y Mario están en el jardín. Diles que comemos en veinte minutos o así.

—¿Cómo está? —le preguntó a su madre.

Prefería preguntárselo a ella por si tenía alguna noticia de las últimas pruebas que le habían hecho antes de darle el alta.

—Está bien, cariño, cansado, lo cual es normal, no te preocupes. —Su madre le alborotó el cabello, como le solía hacer en un gesto cariñoso—. Vuelves a llevarlo largo.

—Tengo que cortármelo, a ver si saco un hueco.

—Tendrías más tiempo si no fueses a ver a la mujer de la playa. Chloe se llama, ¿no? —Miró a su hija, que asintió en silencio—. La mayoría de las tardes, después de tu turno, según me han dicho.

Miró sorprendido a las dos mujeres de su casa.

Era increíble que supiesen dónde pasaba las tardes.

Ya le gustarían a él que fuesen más ocasiones en vez de las dos veces que había podido hablar con ella.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que investigar a dónde voy por las tardes?

Su hermana le guiñó el ojo, divertida.

—Esto es una isla pequeña, hermanito. Si vas a ligar, el resto del pueblo se entera. Ya deberías estar acostumbrado.

—No he ido a ligar.

Porque ella no ha querido, le faltó decir.

—Bien, ¿cómo es la casa de la chica? —Su madre se secó las manos en el delantal que llevaba y lo miró con curiosidad—. Dicen que la tiene llena de cámaras.

—No he entrado en su casa, mamá. —Miró a su hermana, señalándola con la cerveza—. Lo cual deja claro que no he estado ligando, sino trabajando, que para eso me pagan.

—¡Ja! —Su madre le guiñó el ojo.

—No vas a casa de nadie cuando terminas tu turno, ni siquiera a la mía.

—Te tengo muy vista —le soltó a su hermana. Cogió al crío y se lo puso en los hombros mientras salía al jardín con los hombres—. Salgamos de las dependencias de las gruñonas de la casa —le dijo al crío, sabiendo que eso encendería a las mujeres.

—¿Gruñonas? Si fuese mamá te dejaría sin comer.

Pero ambas se echaron a reír ante la broma de él.

CAPÍTULO 6

Volvieron a sacar el tema cuando llegaron al postre. Hugo sabía que, por supuesto, no iban a dejarlo pasar. Que se supiera que intentaba acercarse a Chloe no le molestaba. Como bien dijo su hermana, estaba acostumbrado a que en la isla todo se supiese tarde o temprano.

—Al final no nos has contado nada de ella.

Hugo siguió removiendo su café mientras miraba a su sobrino, que se había quedado dormido en sus brazos. Miró a su hermana de nuevo, que se acercó a cogerle al crío de los brazos para acostarlo dentro. Le dio un beso en la sien al pequeño. Olía a galletas, a colonia infantil y a inocencia, y le encantaba ese olor.

¡Adoraba a ese enano!

—No tengo nada que contar. Todo el mundo sabe lo que ella quiere que se sepa.

—¿Qué es? —Su madre era terca como un perro con un hueso.

Nunca cesaba en su empeño de presionar hasta que le contaras lo que quería saber.

—Que vive sola en esa casa del acantilado, que tiene un perro de setenta kilos… —Se guardó lo del arma, porque estaba seguro de que eso no lo sabía todo el mundo, al menos, todavía. Seguro que el alcalde no guardaría silencio sobre ese detalle por mucho tiempo—, y que tiene cámaras en el camino de acceso, lo cual es lo normal porque está allí sola.

Su hermana volvió de acostar al niño y se sentó para tomarse su café con ellos.

—¿No tiene a nadie ni recibe visitas de la familia ni nada? —preguntó mientras tomaba asiento.

Siendo tan familiar y viviendo en la misma isla, entendía que su hermana no pudiese hacerse a la idea de lo que era estar sola.

—No lo sé, Megan, he hablado cuatro veces con ella. No es una mujer muy comunicativa.

—¿No me digas que aún no ha caído bajo tu embrujo seductor?

—Qué chistosa eres.

—Ayer me encontré con Susan. —Su hermana levantó las cejas, a la espera de su reacción

—¿En serio?

No quería hablar de ella con su familia. Susan no aceptaba que solo era un entretenimiento puntual en su vida y que la *no relación* que mantenían terminó mucho tiempo atrás.

—No te hagas el tonto —le recriminó su hermana—. Me preguntó si no habías vuelto todavía porque no has ido a verla.

—No tengo que darle explicaciones a nadie sobre mi vida, hermanita. Susan ya lo sabe.

—Pues no parece entenderlo así.

—Nuestra relación no llegó tan lejos.

Porque él no quiso. Esa mujer nunca le ofreció lo que estaba empezando a echar de menos en su vida: una mujer e hijos que le alegrasen sus días.

—Y yo me alegro —intercedió Emma, su madre—. Nunca me gustó demasiado esa mujer. Estaba claro que quería pescarte como su segundo marido.

—No es algo que entre en mis planes, así que quédate tranquila, mamá. —Le cogió una mano por encima de la mesa y le apretó los dedos con cariño.

—Bueno, ¿qué pasa entonces con Chloe?

Su hermano suspiró exasperado.

Megan era tenaz cuando se traía algo entre manos. Igual de pesada que su madre, y no había duda de quién era hija.

—No pasa nada con Chloe. Apenas consigo que me abra la puerta. ¿Qué perra has cogido con ella? Esa chica no le hace daño a nadie.

—No lo digo por eso —replicó indignada—. Es que creo que le podría venir bien una amiga. Me la imagino allí sola un día tras otro… Me da pena, es todo.

—No creo que ella piense lo mismo.

De hecho, a Hugo le encantaría ver la cara de ella si su hermana y su madre se acercaban por su casa en una visita de buena vecindad.

—Me han dicho que el alcalde va tras ella.

Hugo miró a su cuñado, que también trabajaba en el ayuntamiento con el alcalde, así que imaginó que allí se había corrido la noticia. No sabía cuánto sabía su cuñado del tema.

—Eso parece.

Él no pensaba contar nada más.

—Ese baboso… Dudo mucho que sea hombre para esa chica —comentó el padre.

Eso hizo reír a todos.

Su padre rara vez intervenía en una conversación que no fuese importante o que no afectase a su familia directamente, nada que ver con el resto de los miembros de la familia. Era un hombre serio y discreto, y que opinase sobre el alcalde le indicaba lo poco que le gustaba ese hombre. Hugo no pudo estar más de acuerdo con él.

—Creo que tiene un problema con ella y, al parecer, también contigo. —Su cuñado lo miró divertido—. ¿No es así?

Después de todo, sí parecía estar al tanto de lo sucedido.

—Yo solo le dije que pensaba hacer mi trabajo y que no se le ocurriese atosigar a esa mujer.

—¿Por qué el alcalde tiene un problema contigo? —Su padre se incorporó en la silla y lo miró con sus ojos azules preocupados.

A Hugo le gustó que todavía estuviese dispuesto de salir para defender a su hijo si hiciera falta, aunque este fuese el jefe de policía del pueblo.

Ese gesto lo enterneció.

Hugo contó a todos lo sucedido días atrás, para que su familia no se preocupase por él. Y rieron al imaginarla con la pistola y el perro acorralando al alcalde.

—Ese idiota no se cansa de hacer el ridículo. Debería saber aceptar un *no* por respuesta y dejar a la chica en paz. —Su padre soltó la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, lo que indicaba que le molestaba el tema especialmente.

—Sé que Julio, su abogado, le ha dejado claro que no le puede poner una denuncia por el perro si no lo ha atacado, y eso lo puso de peor humor todavía. No le gusta que se rían de él sin poder hacer nada para vengarse, así que te aviso de que alguna cosa se le ocurrirá para vengarse de ella.

Su cuñado se acabó su taza de café.

—Lo sé. —Miró a su cuñado para que supiera que sabía muy bien todo lo que tramaba el alcalde contra ella.

Eso era lo que de verdad temía. Que pudiese cogerla desprevenida y pudiera asustarla. Bastante asustada y triste parecía ya, sin necesidad de tener al alcalde dándole la lata.

Él también pensó que le podía venir bien un amigo… o algo más, y se le ocurrió cómo conseguir acercarse a ella. Bueno, a los dos, porque no daban ni un paso uno sin el otro.

Varios días después volvió a pasarse por su casa. Esa vez sacó un inmenso hueso de ternera que le había comprado al perro en la carnicería de la isla y se plantó ante la cámara de la puerta delantera, enseñándoselo con una sonrisa para asegurarse de que lo viera bien.

Hugo estaba seguro de que a lo mejor no le abriría la puerta por ser él, pero no podría resistirse a un regalo que le hicieran a su perro.

No se equivocó.

Oyó una cerradura de triple cerrojo de seguridad y la encontró mirándolo con sorpresa en su rostro.

Miró el hueso y a él alternativamente, hasta que sonrió y abrió un poco más la para dejar salir al perro, que le movía el rabo, reconociéndolo y, seguramente porque también podía oler el hueso gigantesco que tenía en la mano.

La mujer no esperaba ese detalle para su perro.

—¿Ha matado a un elefante? —bromeó.

—Algo así. —Sonrió con dulzura antes de agacharse para darle el hueso a Chester—.

¿Puedo?

—Claro. Chester, coge tu regalo.

El perro se acercó a Hugo, cogió de sus manos el enorme hueso que le daba con gran cuidado y se tumbó bajo los escalones para comérselo con calma.

—¿Qué le trae por aquí, jefe?

—Le he traído un regalo a mi amigo. —La miró con esos ojos azules chispeantes de diversión—. Te hubiese traído flores o algo, pero sé que no me hubieses abierto la puerta.

Ese hombre la sorprendía continuamente y tenía que reconocer que con ese detalle para con su perro, se había ganado su corazón.

Empezaba a gustarle verlo aparecer por su casa de vez en cuando.

—Como agradecimiento puedo invitarle a un café, si quiere. Si no interrumpo su trabajo —dijo con rapidez.

—No, mi turno acaba de terminar. ¿Quieres tomarte el café aquí en el porche? Hace una tarde muy agradable.

Ella prefería tomarse el café fuera antes que dejarlo entrar en su casa.

Todavía no estaba preparada para eso.

—Sí, aquí estará bien. ¿Leche y azúcar?

—Solo, por favor.

—Vuelvo enseguida. ¿Le gustan las magdalenas con pepitas de chocolate?

Se le iluminaron los ojos y ella se echó a reír divertida.

—Las hice esta mañana. Le traeré algunas.

—Yo borraré lo que dije de ti. Eso de que eras muy mala anfitriona. Vas ganando puntos —le dijo divertido.

—Hoy se lo ha ganado. Enseguida vuelvo.

Entró en la casa, esa vez sin cerrar la puerta, lo cual le dio a Hugo la oportunidad de mirar un poco y cotillear.

La entrada de la casa daba directamente a un salón, todo de madera. Estaba limpísimo y ordenado, con algunas notas de color que daban los cojines en el sillón.

La casa era preciosa y muy grande.

Admiró el triple cerrojo de seguridad de la puerta e increíblemente no tenía cámaras dentro de la vivienda. Suponía que con las que había por fuera era más que suficiente.

La oía trajinar en la cocina mientras la máquina hacía los cafés. Miró sonriendo al perro, que seguía entretenido con su hueso, sin mirarlo siquiera. Se alejó un poco de la puerta de entrada y se sentó en una de las sillas del porche trasero, admirando el atardecer en la playa.

Era un lugar privilegiado, no cabía ninguna duda.

Ella apareció con una bandeja en la que llevaba dos tazas grandes de café, el azucarero,

servilletas y un plato con varias magdalenas grandes como puños, con enormes pepitas de chocolate.

—Sírvase las que quiera, hoy se ha ganado una dispensa especial.

—Puedes empezar por tutearme, Chloe.

Eso sí la sorprendió

Él echó azúcar a su café y atacó el plato de las magdalenas. Estaban buenísimas. No se la imaginaba de repostera, pero parecía que era una caja de sorpresas.

—Espero que te des cuenta de que no voy a hacerte daño, y aunque aún no te fíes de mí, al menos espero haberme ganado un poco de tu confianza para que puedas tutearme. Pareces necesitar un amigo.

—Los amigos están sobrevalorados hoy en día.

No hizo caso de su seriedad y siguió comiéndose la magdalena con calma. No tenía prisa por conseguir su confianza. Poco a poco.

—De todos modos, creo que tú no vienes a buscar mi amistad, y el alcalde tampoco.

Ese comentario le dolió.

—No me compares con el alcalde, Chloe —le dijo serio—. Y las parejas, al fin y al cabo, no son más que amigos compartiendo momentos de sexo e intimidad de vez en cuando. Y las magdalenas están buenísimas, no te imaginaba de cocinera.

Cambiar de tema podía conseguir que no volviera a cerrarse en banda. Si hablaban de algo que tuviera que ver con el trato personal, ella se cerraba, así que le iba a tocar tener paciencia con esa mujer.

—Cocinar me relaja y tengo mucho tiempo al cabo del día. —Dejó de tomarse el café para mirarlo con atención. Ese hombre era todo un misterio. No conseguía encajarlo en ningún sitio concreto, y con lo que le había dicho de las parejas…, aún menos—. Bueno, creo que eso que dices de las parejas es verdad. De todos modos, no voy a acostarme contigo.

Él sonrió perezosamente y siguió con su café.

Poco a poco. No quería que se sintiera acosada. Quería poder ganarse su confianza y eso, en principio, no parecía ser tarea fácil.

—Bueno, aún no estás preparada para un acoso y derribo en condiciones. En principio me conformo con que confíes un poco en mí, me tutees y me dejes traer la cena algunas noches. Después podemos ver a dónde nos lleva la amistad. No me gusta acostarme con alguien a quien no conozca al menos un poco y tenga suficiente confianza en mí como para que me tutee, por lo menos.

—Nosotros no somos amigos, así que no te molestes, porque no pienso coger confianza contigo… de ningún tipo.

—Ya veremos.

Su teléfono comenzó a sonar en ese momento. Lo cogió esperando que no fuese una emergencia, porque estaba manteniendo una conversación muy interesante con Chloe.

Bueno, más o menos.

—¡Hola, bombón! —saludó una mujer al otro lado de la línea cuando él descolgó.

«¡Mierda!» pensó.

Miró el teléfono de nuevo y se sorprendió de no tener registrado el número que lo llamaba.

—Susan…

No pudo decirle nada más. no se esperaba que ella lo llamase desde un número desconocido. Imaginó que ya se había cansado de que no le devolviese las llamadas cuando reconocía su teléfono.

—No voy a enfadarme porque me cojas el teléfono cuando no sabes que soy yo. Te perdono si vienes esta noche. Te he echado mucho de menos.

—Escucha, estoy ocupado. Te llamo luego, Susan, de verdad.

Miró de reojo cómo Chloe fingía mirar al perro. Estaba claro que estaba oyendo la conversación con claridad.

—No me cuelgues y prométeme que vas a venir luego. He comprado carne para hacerla a la barbacoa y una lencería muy pequeña y sexi, como sé que te gusta.

Chloe se levantó y entró en la casa con su taza vacía.

Ahí se acababa la agradable charla que estaban teniendo.

Adiós a intentar convencerla de llevar algo para cenar con ella una noche de esas.

—Escucha, Susan, no es buen momento. Hablamos otro día, ¿vale?

— Entonces, ¿cuándo?

—Intentaré pasar para hablar contigo cuando pueda. —No pensaba dejarse arrinconar—. Últimamente estoy muy ocupado. Ya te llamaré para hablar, ahora tengo que dejarte.

Colgó cuando Chloe volvió de la cocina y se puso a recoger el resto de la mesa.

—Deja que te ayude.

Se levantó para coger su taza, pero ella se le adelantó.

—Escuche, jefe, váyase a cenar con su amiga. Al menos se garantizará el polvo esta noche.

Había dejado de tutearlo…, otra vez.

—Echar un polvo no es primordial esta noche. —Y para que lo tuviera claro añadió—. Al menos, no con Susan. Nunca tuvimos nada serio.

No quería explicarlo así, pero ella había vuelto a cerrarse en banda y no sabía bien cómo volver a recuperar la poca confianza que se había ganado hacía solo unos minutos.

—Ella parece no saberlo.

—Ella no quiere darse por enterada, que es distinto.

La vio terminar de recoger la mesa y supo que su oportunidad de hablar algo más con ella se

fue cuando recibió esa llamada.

Llamó al perro para entrar en la casa y se giró hacia él.

—Gracias por el hueso, ha sido todo un detalle.

—¿Tu perro me arrancará alguna parte importante de mi anatomía si me acerco más a ti?

Lo miró con recelo, como acostumbraba a hacer cuando lo tenía cerca.

—No, ahora eres su amigo.

—También quiero ser el tuyo. —Se acercó un poco más a ella, que lo miró con sus ojos verdes entrecerrados y pudo comprobar cómo su cuerpo se puso en tensión. Preparado para escapar si se sentía acorralada.

—No me gusta que me toquen —le avisó para intentar frenar la intención que podía ver con claridad de acercarse a besarla.

—Bueno, vas a tener que irte acostumbrando a que me acerque a ti, porque pienso hacerlo mucho a partir de hoy.

Su corazón comenzó a latir más rápido por la expectación y se dio cuenta de que quería que la besara, porqué hacía mucho tiempo que nadie la besaba, la abrazaba ni se preocupaba por ella. Ni como amigo ni como hombre.

De verdad que ese tipo moreno de ojos azules como el cielo en un día de verano, de sonrisa perezosa y apariencia tranquila y agradable, había conseguido ganarse a su perro y empezaba a ganarse su corazón, aunque su cabeza le gritase que estaba loca si lo dejaba entrar en su vida.

«Solo un beso» se dijo en un intento de convencerse.

Como no se apartó de él en ese momento, Hugo decidió actuar.

Se acercó aún más, le tomó la cara entre las manos con cariño y observó sus ojos verdes con esa preocupación que siempre podía ver en ellos. Admiró el sinfín de pecas de su cara. Deseó poder contarlas una a una y recorrerlas con la punta de sus dedos. Le pasó el dedo pulgar por sus labios en una erótica caricia que consiguió arrancarle un escalofrío.

No podía evitarlo, quería sentir su suavidad y se moría por besarla y probar su sabor.

Soñaba con ella desde el primer día que la vio.

—Y…, por favor, tutéame —susurró él antes de besar sus labios con cuidado, como la caricia de una mariposa.

No quería asustarla. Quería que confiara en él, pero necesitaba besarla. Al menos una leve caricia que lo dejó con ganas de más, pero sabía que debía darle tiempo para acostumbrarse a él.

Ella pudo haberse apartado, ya que él se acercó despacio, dándole tiempo a rechazarlo si quería.

Miró sus ojos azules antes de cerrar los suyos cuando sintió que le sujetaba la mejilla con suavidad y que sus labios rozaban los suyos.

No sabía qué esperar de un beso de él, pero ese roce suave de sus labios y una leve caricia de

su lengua en ellos antes de apartarse consiguieron que su corazón se parase un segundo por la expectación y luego empezara a latir más rápido.

Ella suspiró y abrió los ojos cuando él se separó de ella y le soltó la cara.

—Y llámame si alguien viene a molestarte, por favor. —Cuando iba a negarse, añadió—. Aunque creas que no lo necesitas, llámame.

—Esto no es buena idea.

No hacía falta que aclarara a lo que se refería.

No era buena idea dejar entrar en su vida a un jefe de policía que acabaría enterándose de lo que pasó con su marido unos años atrás.

— Ya veremos a dónde nos lleva.

Comprobó que el perro había entrado y cerró la puerta detrás de ella.

CAPÍTULO 7

Se la encontró en el pueblo dos días más tarde.

Estaba terminando de desayunar en la cafetería donde solía ir siempre.

Era su día libre y llevaba pantalón corto, camiseta térmica y deportivas para ir a correr. Solía hacerlo de vez en cuando, sobre todo, cuando el trabajo se lo permitía y el tiempo acompañaba.

Se quedó mirando el todoterreno negro de ella, aparcado delante del ventanal del restaurante de la cafetería, el cual ya estaba allí cuando llegó para desayunar y no había ni rastro de ella. Y sabía que el supermercado gourmet no abría sus puertas tan temprano, así que se puso a desayunar mientras esperaba a que regresase de donde quisiera que se hubiese metido. Como no tenía su número de teléfono, tuvo que esperar a que apareciese de donde estuviese metida a esas horas de la mañana.

Sintió esas mariposas en el estómago que sentía últimamente cuando la veía.

No había querido presionar apareciendo en su casa todos los días. Esperaba que poco a poco se acostumbrara a su presencia y, para eso, aparecería por allí de vez en cuando.

Si el alcalde no se había quejado de nuevo y ella no había llamado a la comisaría, quería pensar que todo seguía tranquilo.

Allí llegaban.

Se quedó sorprendido cuando la vio con el perro, que llevaba un arnés y se quedó parado a su lado tranquilamente mientras ella abría la puerta del coche.

Hugo sonrió ante la imagen. La cabeza del perro le llegaba al estómago y sabía de sobra que, si el animal tirara de la correa, ni ella ni nadie podría sujetarlo.

Pero el perro miraba a su alrededor con cara de entusiasmo. Parecía encantado de estar en la ciudad.

Hugo pagó el desayuno y salió andando con rapidez antes que desapareciera de su vista.

Que ella llevase al perro al pueblo era nuevo, a juzgar por las miradas asombradas que la gente comenzó a lanzarle cuando la vieron parada en la acera.

No parecía que nadie hubiese visto a su perro en persona.

—Buenos días.

Chester lo miró y soltó un único ladrido de reconocimiento antes de comenzar a mover el enorme rabo con alegría.

Chloe lo estudió detrás de sus gafas de sol.

—Hola, campeón —saludó Hugo al perro—. Supongo que puedo tocarlo.

—Claro, creo que es su único amigo. Se ha alegrado mucho de verle. Posiblemente esté esperando otro hueso como el del otro día. Pero no es aconsejable que coman huesos crudos a menudo

Hugo le rascó al animal tras las orejas, lo que hizo que su cola se moviese más deprisa.

—¿Hay algún problema? No sabía que lo traías al pueblo. —Buscó sus ojos frunciendo el ceño, sin tener claro el motivo de su visita.

—Hemos tenido revisión con su veterinario.

—¿Podemos tocarlo?

Chloe miró a los tres críos que iban al colegio, a juzgar por las mochilas que llevaban a la espalda, y se acercaron con precaución a ellos.

—Claro. —Mirando al perro, añadió—: Amigos, Chester.

Los críos se acercaron primero con timidez y observaron al perro con algo de recelo, cosa normal ya que tenía el tamaño de un poni. Se relajaron visiblemente cuando comprobaron que Chester era inofensivo, y lo rodearon entre risas a la vez que el animal los lamía de manera cariñosa.

—¡Qué pasada de perro! ¿Eres la mujer que vive en la casa de la playa? —Ante la mirada curiosa de Chloe, añadieron—: Habíamos oído que había una mujer nueva en el pueblo y que tenía un perro grande.

La inocencia de los niños y sus preguntas le aclararon a Hugo el motivo de esa extraña visita.

—Vale colegas, ahora marchaos al colegio o llegaréis tarde.

—No se preocupe, jefe, aún es temprano.

Los críos se alejaron lanzando miradas alucinadas al perro.

—Si lo has hecho para demostrar a todo el mundo que es inofensivo y dejar sin argumentos al alcalde para futuros problemas, he de decirte que te ha salido bien la jugada. —Hugo le sonrió mientras seguía acariciando al perro.

Ella se lo pensó un poco antes de contestarle.

¿Por qué él parecía inmune a su intento por mantenerlo alejado?

Analizó sus piernas musculosas y abdomen plano que podía discernir cuando lo miraba de perfil. Tenía un porte digno de admirar, alto, fibroso y arrogante, sabiendo muy bien el efecto que tenía en las mujeres, del que se mostraba totalmente indiferente, lo que lo hacía aún más interesante.

—No ha sido la idea principal. Es cierto que le tocaban las vacunas. Digamos que tú me has ayudado un poco y esos críos han hecho el resto. —Se encogió de hombros, divertida.

No lo engañó en absoluto.

—¿Puedo invitarte a desayunar?

Ella miró a través de los cristales del ventanal y se encontró con que todo el mundo que estaba desayunando allí los miraba con atención.

«¡Pasar desapercibida!» se recordó Chloe. Ese era su principal objetivo. Aunque ya parecía algo tarde para eso.

Negó con la cabeza, molestándose porque, por un momento, había deseado aceptar.

—Gracias, pero voy tarde. ¿Saldrás a correr ahora? —aunque llevaba gafas de sol podía notarse que le estaba dando un buen repaso con la vista.

—Sí, estoy esperando para bajar un poco el desayuno. No puedo hacerlo todos los días, así que aprovecho los pocos huecos que tengo. ¿Sueles salir a correr por la playa?

—Correr no es lo mío. Prefiero los deportes de interior.

Comenzaba a estar cansada de encontrarse siempre sola, recluida, sin amigos y sin nadie con quien hablar

Aunque se pasaba la mayor parte del día trabajando y salía todas las tardes un rato con Chester, echaba de menos relacionarse con mujeres de su edad e irse de compras y pasar un rato divertido, como una persona normal.

Antes de conocer a Hugo, no lo había echado en falta, pero, desde que lo conoció y supo que estaba interesado en ella… algo estaba cambiando en su vida. Y mucho se temía que no pudiese dar marcha atrás y recuperar su vida solitaria de nuevo.

—¡Qué casualidad! Si está aquí mi hermano favorito.

Hugo dio la vuelta al escuchar la voz de su hermana. Venía sola, por lo que supuso que había llevado al crío a la guardería.

Megan sonrió divertida al ver a su hermano con Chloe. Y tuvo que reconocer que el perro era una preciosidad. En cuanto a la mujer de la playa…, sí, era muy guapa, tenía buen cuerpo y a su hermano le brillaban los ojos al mirarla, como hacía mucho que no se los veía brillar por nadie.

—Tú debes ser Chloe, ¿verdad? —Mirando al perro con una sonrisa, añadió—: Y el grandullón debe ser Chester, supongo. Mi hermano me ha hablado de vosotros. ¿Puedo saludarte sin que tu perro me coma de un mordisco?

Chloe observó a Megan en silencio, era físicamente parecida a su hermano, tenían el cabello moreno y los mismos ojos azules, aunque sus rasgos físicos eran más suaves que los de él.

Se preguntó de qué habrían hablado. No pudo evitar la mirada de suspicacia que apareció en sus ojos y que los dos hermanos pudieron ver antes de que desapareciera.

—Chester, amiga.

Se acercó a ella y se sorprendió cuando iba a darle la mano, pero Megan le dio un suave beso en la mejilla.

—Me alegra haberte visto aquí. Estaba deseando conocerte. Y tu perro es impresionante. —

Alargó la mano para acariciarlo con cuidado—. Eres un chico muy guapo y muy grande.

—¿Dónde has dejado al crío?

A Hugo le daba pánico que la intensidad de su hermana la agobiara. Aunque la adoraba, reconocía que a veces se volvía un poco intensa y Chloe no estaba preparada para eso todavía.

—Está en la guardería. ¿Tenéis tiempo de tomar un café?

Chloe se removió nerviosa.

—Yo tengo que irme —dijo apresurada e intentó montarse en el coche sin que se dieran demasiada cuenta de que estaba huyendo.

Aunque ambos lo sabían.

—Espera, pensaba que podrías acompañarme un momento al supermercado, sé que sueles comprar ahí y quería pedirte opinión sobre algunas cosas que quería probar. —Megan le puso la mano en el codo para intentar que no se marchara todavía.

—Bueno…, es que…

No quería ser grosera con ella. Era la hermana de Hugo y estaba claro que quería conocerla un poco más. Por norma general no le importaba ser grosera, pero aquella mujer la miraba con ojos esperanzados y no pudo evitar que le cayese bien. Debía ser el encanto de los Valenzuela.

No consiguió encontrar una buena excusa con suficiente rapidez.

No la dejó continuar. Hugo evitó la sonrisa que indicaría lo mucho que le gustaba la idea de su hermana. Sabía lo que intentaba hacer. «Creo que le podría venir bien una amiga», recordó del fin de semana en casa de sus padres.

—Mi hermano puede quedarse un momento con Chester. No tardaremos mucho. ¿Te importa?

—Por mí, no. Me lo llevo a pasear un rato por aquí, si quieres.

—Pero querías ir a correr —le recordó Chloe, intentando escabullirse de los planes de la otra mujer.

—Puedo salir luego, aún es temprano. Ve con ella si tienes que hacer la compra, mientras tanto, yo estaré por aquí. Posiblemente dando una vuelta por el puerto con él. Por cierto, ¿qué hago si intenta saludar a algún otro perro o ve una gaviota o algo? Difícilmente pueda sujetarlo si decide tirar de la correa.

—Está muy bien educado —replicó ofendida—. Él no tira de la correa.

Hugo soltó una carcajada.

—Bueno, me alegra saberlo. Iros ya. Yo me encargo de él.

—¿Estás seguro? —No estaba convencida de que fuera buena idea.

—Ve, anda. Sobreviviremos un rato sin vosotras. Tendremos nuestro momento de chicos.

—Vamos, ahora no habrá nadie en el supermercado —insistió Megan—. Acaba de abrir y podremos mirar las cosas con calma. Te llamo cuando acabemos —le dijo a su hermano.

—Chester, ve a pasear con Hugo y sé bueno.

Megan sujetó a Chloe del brazo para dirigirla al supermercado y evitar así que pudiese cambiar de idea.

Le guiñó el ojo a su hermano en el último momento.

Acabaron mucho más tarde de lo que pensaba.

Megan era muy extrovertida y tenía un encanto natural bastante irresistible. Consiguió que le cayese bien de inmediato. Y por un rato se sintió una mujer normal que iba de compras con una amiga.

Ya sabía que el encanto a Hugo le venía de familia, y también se sintió literalmente avasallada por los dos hermanos cuando después de la compra semanal, insistieron en tomarse algo en la terraza de una cafetería. Chester se sentó junto a ellos, tomando el sol tranquilamente.

—¿A qué te dedicas, Chloe? —preguntó Megan mientras esperaban a que les sirvieran el café.

—Tengo una empresa de seguridad por internet.

No era un secreto, aunque no se sintiese cómoda hablando de ello con nadie.

El alcalde pasó junto a su mesa y no se molestó en disimular la mirada de odio que le lanzó a Chloe cuando la vio sentada con ellos. También miró al perro con recelo.

¡Tendremos más problemas! Pensó Hugo al verlo acercarse a ellos.

—Buenos días.

A nadie pasó desapercibido el odio de sus ojos al mirar a Chloe.

—Hola, alcalde. ¿Quiere tomarse algo con nosotros?

—Gracias, Megan, pero no. —Miró al perro, que seguía tumbado junto a ellos—. Quería saber por qué el perro no lleva bozal puesto. —Mirando a Hugo, añadió—: Deberías cumplir con tu deber y haberla multado en cuanto la viste. Al fin y al cabo, para eso se te paga.

—Alcalde… —Chloe no pudo guardarse el malhumor que ese hombre provocaba en ella. Estaba cansada de esconderse y de poner la otra mejilla para no llamar la atención—, el perro no es peligroso, así que no tengo obligación de llevarlo con bozal —Chloe no levantó la voz, pero el tono frío que usó le hizo saber a Hugo que estaba bastante enfadada. No le dejó siquiera que él le contestara al alcalde—, por lo que nadie ha incumplido su deber, porque no se me puede multar por algo que no está legislado como tal. Que el perro sea grande no significa que sea peligroso. Usted debería informarse mejor antes de culpar a nadie de negligencias en su trabajo, ¿no cree?

No pudo callarse, incluso sabiendo que sus palabras solo iban a empeorar la tirante situación entre ambos, pero no quería que Hugo tuviera problemas. Ella no se relacionaba con nadie,

precisamente, por eso: para evitar encontrarse en esas situaciones.

Valentín la miró.

En sus mejillas aparecieron dos círculos rojos que se fueron expandiendo hasta sus orejas.

Hugo pensó que parecía una tetera al fuego antes de empezar a hervir.

La risita sofocada de Megan no hizo más que alterarlo todavía más.

—Si me entero de que ese monstruo, por Ley, debe ir con bozal, me encargaré personalmente de ponérselo y de que el jefe de policía aprenda a hacer su trabajo de una vez.

Hugo intentó ponerse de pie, pero Chloe se lo impidió poniéndole una mano en el brazo.

—Alcalde, váyase y no se ponga más en ridículo —le soltó Megan.

Que el alcalde se fuese sin decir nada más, les indicó a todos que los problemas no habían hecho más que comenzar.

CAPÍTULO 8

—Tengo que irme. —A ninguno de los dos hermanos les dio tiempo a evitarlo. Ella sacó su cartera y se negó en redondo a dejarse invitar—. De hecho, hace mucho que debería haberme ido. Esto es lo que pasa cuando me relajo un poco.

Comenzó a respirar deprisa por los nervios que le atenazaban el estómago. Se sentía amenazada. El alcalde no iba a dejar pasar una humillación pública. Podía ir contra el perro solo por vengarse de ella. También podía investigarla con el único fin de poder joderla, o podía ir contra Hugo, solo por defenderla. Y ella no iba a tirar por tierra todo lo que había conseguido, solo porque el jefe de policía se interesara por ella.

Se sintió mal por haber dejado que las cosas llegasen a ese extremo. No tenía que bajar la guardia.

Se levantó para marcharse. No se había dado cuenta de que prácticamente estaba jadeando.

Necesitaba alejarse y esconderse en su casa, allí nadie le haría daño. Comenzó a sentir una fuerte presión en el pecho que apenas la dejaba respirar.

—Chloe, cálmate. —Hugo veía cómo se ponía cada vez más pálida según empeoraron sus nervios. Maldijo al alcalde por haberlos devuelto al punto de partida. Pensaba que había conseguido una pequeña victoria con ella, después de haberse sentado con ellos a tomar un café y, en un momento, había vuelto a levantar sus defensas para escudarse tras ellas. Le cabreaba mucho el amasijo de ansiedad en el que se convertía ante cualquier pequeño incidente.

—No quiero calmarme —le soltó irritada—. Tú no lo entiendes. No quiero enfrentamientos, y menos con él, esto es lo que pasa cuando me alejo del plan inicial de permanecer al margen de todo.

—Él no va a molestarte, ya te lo dije —intentó tranquilizarla Hugo.

—No hagas caso a ese idiota —intervino su hermana—. No puede tocar al perro. Si pudiera, ya habrías tenido noticias del tonto de su abogado.

Chloe miró apenada a Megan. Ahora que pensaba que había hecho una amiga… «Es un precio demasiado alto», se dijo pesarosa. Era mejor mantenerse alejada de todos. Así no tenía que preocuparse de incluir a más personas en sus mierdas.

—Vosotros no lo entendéis. —Se puso en pie y agarró la correa con fuerza—. Nos vamos a casa, Chester.

—Chloe… —Hugo le cogió la mano libre para que le hiciese caso—. Chloe, no te irás en

ese estado de nervios. Vas a sentarte un momento y respirar despacio. Ve por una botella de agua —le ordenó a su hermana sin mirarla.

La mujer entró en silencio a la cafetería.

—Tú no me das órdenes.

Lo miró irritada cuando quiso soltarse de su mano y no lo consiguió.

Sus pulmones comenzaban a dolerle por la falta de aire, pero solo quería alejarse y no estar expuesta de nuevo.

Miró a Hugo de malos modos por no dejarla marcharse mientras seguía resollando al intentar llevar aire a sus pulmones.

—No te estoy dando órdenes. —Se acercó a ella con cuidado y le tomó la cara para que lo mirase—. Siéntate un minuto y respira tranquila. Chloe, por favor, respira.

—Todo es un desastre. Este pueblo me gustaba.

Hugo la miró preocupado, había conseguido que se sentase de nuevo, pero seguía hiperventilando y podía ver el miedo en sus ojos verdes.

Las palabras que ella estaba manteniendo casi consigo misma le indicó lo que sospechaba: que huía de algo, de ahí que hubiese estado en tantos sitios en los últimos años.

—Chloe, respira despacio. Bebe un poco de agua.

Le pasó la botella, a la que le quitó el tapón cuando su hermana se la entregó.

—¿Qué? —Miró la botella un poco sorprendida.

Dio un pequeño sorbo e intentó devolvérsela a Hugo.

La presión de sus pulmones no había menguado apenas.

—Bebe un poco más, por favor, y respira despacio.

Volvió a acercar la botella a sus labios, al ver lo mucho que le seguían temblando las manos. La vio algo mejor mientras intentaba respirar profundamente para calmarse.

—¿Estás mejor?

Miró sus ojos de nuevo y suspiró más tranquilo al ver que esa mirada de pánico desaparecía un poco. Aunque había vuelto de nuevo la precaución. Hugo pensó que rara vez la había visto sin ella. Estaba claro que nunca se relajaba lo suficiente como para dejarse llevar y vivir sin estar preocupada por todo.

Pero comenzaba a respirar más despacio, así que algo sí había conseguido.

—Sí, gracias. Tengo que irme. —Le apretó la mano que él aún tenía entre las suyas, en un gesto de agradecimiento.

—Chloe, el alcalde no se acercará a ti.

Esa vez ella lo miró largo y tendido antes de contestarle.

Le gustaba ese hombre, al menos, lo poco que conocía de él. Pero no iba a meterlo en medio de una lucha con el alcalde ni a enfrentarlo con nadie de ese pueblo por ella. Esperaría un poco

para ver cómo evolucionaba el tema y, si se sentía acosada, no dudaría en vender la casa y marcharse de nuevo, lo cual era mucho más fácil si no tenía ningún lastre emocional.

—Bueno, eso lo iremos viendo.

—No tenías ninguna necesidad de intentar defenderme. Sé hacerlo solo —le dijo Hugo al pensar que ese había sido el motivo de haber mosqueado todavía más al alcalde.

—No lo dudo, pero no voy a dejar que te enfrentes a él por mí. Tú tienes que vivir aquí. Yo sigo siendo una extraña y me marcharé si el alcalde no se calma un poco.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Creo que tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Tengo que irme. —Megan se levantó de inmediato, sabiendo que en ese momento sobraba —. Me ha encantado conocerte. —Le dio un rápido beso en la mejilla—. Hablamos luego —le dijo a su hermano, dándole otro beso fugaz.

Se marchó sin mirar atrás. Esperaba que la tranquilidad con la que su hermano solía afrontar los problemas fuera suficiente para tranquilizar a Chloe, aunque lo dudaba mucho. Nunca hubiese esperado que la situación con el alcalde fuese tan tensa. Todos conocían lo suficiente al alcalde como para saber que no era aconsejable tenerlo en contra. No iba a dejar pasar lo que fuera que hubiese pasado entre él y Chole.

—Escucha, no tengo que darte ninguna explicación, pero ya te habrás dado cuenta de que estos años he estado huyendo, precisamente, para evitar esto. Y volveré a hacerlo si me siento acosada en algún momento.

—No vas a marcharte de nuevo —le soltó sorprendido por lo poco que ella parecía necesitar para tomar una decisión así—. No permitiré que nadie te asuste ni te haga daño.

Él no sabía lo que significaba que el alcalde comenzase a hacer preguntas o la gente se interesara en ella.

—Hugo… no soy buena para ti. De verdad, no malgastes tu tiempo conmigo.

Era mejor que lo entendiese de una vez por todas, así todo sería más fácil.

—Eso creo que debería decidirlo yo, ¿no crees?

—No sabes nada de mí.

Sabía que no la miraría igual si se enteraba de todo lo que había pasado en su vida.

—No sé nada de ti porque tú no me lo cuentas. ¿Aún sigues sin confiar en mí?

La frustración podía con él.

No había forma de acercarse a esa mujer sin que se cerrase en banda.

—No es cuestión de confianza. —Le volvió a apretar la mano que aún estaba entre la de él —. Es mejor así.

—Chloe, dime que no vas a marcharte.

No tenía claro qué haría si ella se marchaba.

¿Sería capaz de ir a buscarla?

El pánico que sintió al pensar que ella podía desaparecer de un momento a otro le dejó mal sabor de boca.

Ella suspiró cansada, los ataques de pánico siempre le provocaban dolor de cabeza. En ese momento solo deseaba acostarse un rato y acurrucarse en su cama para olvidarse de todo.

—No lo sé. Al menos no inmediatamente. —Esperaría a ver qué hacía el alcalde—. Tengo que marcharme, de verdad, me duele mucho la cabeza.

Esa vez se soltó de su agarre y acarició al perro, que se había levantado del suelo, a la espera de ver qué hacía.

—¿Puedo invitarte a cenar luego?

Ante la mirada sorprendida de ella, añadió.

—Puedo comprar la cena y comemos en tu casa. O puedo sorprenderte y llevarte a cenar por ahí.

—Salir a cenar no es buena idea.

Dejarse ver y que todos hablaran del nuevo ligue del jefe de policía tampoco era buena idea.

—Tú solo ponte unos vaqueros y unas botas. Te recojo a las ocho en tu casa.

Hugo le dio un rápido beso en los labios que consiguió que el corazón le aleteara de nuevo.

—Ve a descansar un rato. Luego te veo.

Ella se marchó sin saber realmente si había hecho bien o no.

A las ocho menos cinco Chloe ya estaba mirando las cámaras de la entrada para ver si lo veía venir. No se asomaría a la puerta para esperarlo como si fuese una quinceañera en su primera cita, aunque tenía que reconocer que se sentía justo así. Hacía mucho que no tenía una cita romántica. Bueno, que no tenía una cita con nadie, para ser realista. Había estado dando tumbos de un lado a otro en los últimos cinco años, y no le había dado tiempo de conocer a prácticamente nadie. Tampoco lo necesitó. Había estado escondiéndose, lamiendo sus heridas y recomponiendo un poco su ego de mujer maltratada, el cual debía reconocer que lo tenía por los suelos. Aunque últimamente se sentía mejor consigo misma.

Hasta que recordaba que había sido capaz de matar a un hombre.

Recordar que ese hombre llevaba más de un año maltratándola tanto física como psicológicamente, no ayudaba demasiado. Y saber que la hubiese matado si ella no se hubiese defendido, y que ni siquiera fue un acto consciente, tampoco le aliviaba demasiado el sentimiento de culpa. Pero, incluso así…

Como ya no podía echarse atrás, miró con atención la cámara del camino cuando vio y oyó

perfectamente a alguien que se acercaba a la casa con una moto roja.

Se lo quedó mirando sorprendida, porque, al llevar un casco, no podía verle la cara, y no sabía a ciencia cierta quién podía ser. Hasta que Hugo se detuvo ante la luz de la cámara al final del camino, apagó la moto y se quitó el casco para mirar directamente a la cámara.

Y le sonrió.

Y ella se lo quedó mirando embobada, como una tonta que también sonreía. Pensó que era muy guapo.

No sabía que tuviera una moto y entendió el motivo por el que quería invitarla a cenar. Nadie se enteraría si cenaban fuera del pueblo.

Su corazón dio un pequeño saltito de felicidad ante la idea de salir a cenar con un hombre como él sin temor a que todos la reconocieran.

Cogió su cazadora vaquera. También decidió coger una mochila para poder colgársela a la espalda y meter en él su móvil y las llaves de la casa, junto con la cartera.

Se acercó a la puerta cuando él llamó al timbre y le abrió, sonriendo.

Hugo se sorprendió de la sonrisa deslumbrante con que lo recibió. Sintió su corazón acelerarse y parecía que daba un brinco en su pecho, hasta que volvió a ralentizarse de nuevo.

Admiró sus largas piernas bajo los vaqueros estrechos que llevaba y la cazadora a juego. Llevaba el largo pelo suelto, y apenas se había maquillado, así que podía admirar el sinfín de pecas que tenía en la cara y que tanto le gustaban.

Estaba preciosa. Y la sonrisa deslumbrante de su cara, podía encender una ciudad entera.

—¿Estás lista?

—No sabía que tenías una moto.

Ella comprobó que todo estaba en orden y miró al perro, que, al oír a Hugo, se había acercado a la puerta para saludarlo.

—Cuida de la casa y pórtate bien.

Salió y cerró la puerta con llave.

Hugo sacó de la maleta de la moto un casco para Chloe, exactamente igual que el que él llevaba.

—Espero que no te importe viajar así. Como imaginé que querías privacidad, supe que la moto cumpliría con tus exigencias.

Le mostró una sonrisa llena de disculpas. Hacía una noche fría para viajar en moto, pero suponía que ella le podía agradecer el gesto.

—Ha sido una idea fantástica. —Chloe se puso el casco y esperó a que él montase primero para subir.

—¿Estás cómoda ahí detrás?

Chloe se sorprendió al oírlo por el casco. Le gustaba escuchar su voz ronca y sensual

hablándole al oído.

—Sí.

—Tendrás que agarrarte fuerte a mí.

Ella no se lo pensó y se abrazó a su espalda, pasándole las manos por la cintura. Podía oler el sutil perfume que se había puesto. Pegó la cara a su espalda y se acomodó mejor a su cuerpo.

Hugo sonrió al sentirla abrazada a él.

Pensaba disfrutar de esa noche tanto como pudiese.

—¿Adónde vamos a cenar? Tengo hambre.

—He reservado en una marisquería de un pueblo cercano. Es un sitio tranquilo y me han hablado muy bien de él.

—Perfecto.

—Bien, agárrate fuerte, que ya nos vamos. ¿Prefieres el camino corto o panorámico por la costa?

—El largo, por favor, que hace una noche preciosa para pasear un rato.

Hugo arrancó la moto y dio la vuelta por el camino con cuidado, luego, al llegar a la carretera, aceleró y ella se pegó más a su espalda, disfrutando de la carretera bajo sus pies. Podía ver el cielo estrellado sobre ellos y el mar bajo los acantilados de la carretera por la que fueron. Hugo le estuvo contando algunas anécdotas curiosas de la isla y de los lugares por donde pasaban.

Ella nunca había montado en moto, así que la experiencia le encantó.

Y Hugo subió un par de puntos por estar pendiente de todo.

Chloe deseó de verdad que el camino durase más tiempo. Podía sentir cada movimiento de la espalda de Hugo bajo su cara. Y, si quisiera, podía tocar su abdomen y acariciarlo sin ningún pudor.

Solo tenía que meter las manos bajo la chaqueta de cuero que llevaba.

Sentir la piel tibia de sus abdominales y subir por su pecho… O bajar e investigar un poco bajo el botón de los vaqueros.

Hugo tenía un cuerpo magnífico, alto y musculoso. Con todo ese cabello moreno y sexi, y esos ojos azules de mirada limpia y tranquila.

«Demasiada sequía sexual», pensó ella.

Echaba de menos acariciar a un hombre y suponía que Hugo no la golpearía a traición si decidía acariciarlo, y debía reconocer que tenía mucho donde acariciar. Intentó no pensar en que se sentiría defraudado cuando descubriese que no era buena en la cama, tal como le había dicho su marido tantas veces. Como no había tenido sexo con nadie más, no pudo saber si era verdad o solo lo dijo para menguar su autoestima, como había conseguido con todos los demás comentarios que le había hecho durante los años que estuvieron casados.

Él ya se había encargado de señalar su cuerpo para que a nadie más pudiera gustarle.

La amargura del recuerdo le hizo soltar del cuerpo de Hugo.

«¿En qué estás pensando, Chloe? Es un hombre muy solicitado y puede tener a todas las mujeres que quiera, entre ellas a la tal Susan» se recriminó a sí misma.

—¿Va todo bien? —preguntó Hugo.

Pudo sentir cómo su cuerpo se ponía tenso de repente y las manos le aflojaban la cintura, separándose de su espalda casi por completo. Y supo que algo le pasaba.

—Sí, no te preocupes. —Sin embargo, el tono de su voz ya no era el desenfadado de antes —. ¿Por qué?

—Has dejado de abrazarme y creo que estás pensando en el pasado. Disfruta de esta noche, Chloe. Todo está bien.

No tuvo más remedio que sonreír ante ese comentario.

«¡A la mierda el pasado!» se dijo.

Volvió a abrazarlo con fuerza, suspirando feliz como una niña con zapatos nuevos.

—Eso ya me gusta más. Estamos llegando.

CAPÍTULO 9

La ventaja de ir en moto es que siempre se encuentra aparcamiento cerca del restaurante.

El puerto olía a pescado y a mar, y Chloe estuvo unos minutos admirando los barcos que estaban amarrados allí, meciéndose lentamente bajo el arrullo de las olas. Una inmensa luna llena los vigilaba desde el increíble manto azul de un cielo cuajado de estrellas que titilaban por todas partes.

En el restaurante los llevaron hasta una mesa ante un gran ventanal desde donde podían contemplar todo el puerto. El lugar era pequeño y acogedor, y tenía un acuario con el marisco aún vivo, para hacer a la brasa.

—Espero que te guste el pescado.

No sabía bien qué esperaba de una cena con él, pero debía reconocer que no era como pensaba que sería un jefe de policía. Y eso le gustaba aún más.

—A lo que me habías preguntado si me gusta el pescado, la respuesta es que me encanta.

—Dicen que aquí lo hacen muy bueno.

Esa misma noche, Hugo se enteró de que a Chloe le gustaba el vino blanco. Casi nunca bebía cerveza, excepto de las que ella llamaba especiales, le chiflaban las ensaladas exóticas y comía con más apetito del que parecía con su complexión delgada.

Estuvieron hablando de casos curiosos que le habían pasado a él, de anécdotas de su familia y de sus años de instituto.

De ella solo pudo sacarle que no tenía ningún familiar directo, cosa que ya suponía.

—Me gustaría que me respondieras a una pregunta y quiero que seas sincera —soltó Hugo.

Ella se puso seria de repente.

—Sé que me pediste que no te hiciese preguntas personales, pero esta es crucial para que lo nuestro evolucione.

Le tomó una mano mientras esperaban el postre.

—Hugo, esto no puede ir más allá del aquí y ahora. Ya te lo he dicho.

Aunque se le partía el corazón cada vez que lo pensaba.

—Y tú sabes que es demasiado tarde para eso. No sé adónde podemos llegar juntos, pero sabes que me gustas y quiero seguir viéndote después de esta noche. Si no estás casada, claro. No me gusta meterme en terreno de nadie.

Chloe pensó que tenía la excusa perfecta para que la relación se enfriara. Era un hombre tan legal que le bastaba con saber que estaba casada, aunque no viviera con ella, para no intentar ir

más allá.

Se lo quedó mirando en silencio unos minutos, la luz tenue del restaurante lo dejaba entre sombras, pero, aun así, podía percibir sus ojos azules mirándola con paciencia mientras esperaba su respuesta.

Decidió que quería ser honesta con él. Aunque no le contase todo, al menos merecía que lo que le contase sobre ella, fuese verdad.

—No estoy casada. Pero eso no hace que mi relación contigo sea más fácil ni que mi vida personal deje de ser una mierda.

Él le besó la mano con galantería. Su corazón aún palpitaba de felicidad al enterarse de que no estaba casada. Ya tendría tiempo de enterarse de los motivos que tenía para estar huyendo.

—Todo a su tiempo. De todos modos, ahora sí quiero advertirte de que no te va a ser fácil librarte de mí. A partir de ahora, date por informada de que voy a intentar conquistarte poco a poco.

Se lo dijo sonriendo, pero Chloe entendió que se lo decía en serio.

—Hay cosas de mí que no puedo contarte, Hugo. Si buscas honestidad, quizás deberías intentar echar tus redes en otro puerto.

—Me gusta el puerto en el que estoy, y espero que llegues a confiar en mí lo suficiente como para que me cuentes de quién estás huyendo, aunque imagino el porqué. Ahora somos un equipo de tres, Chloe. Te daré tiempo para que confíes en mí. No todos los hombres pegamos a las mujeres —añadió muy serio—. Puedo ayudarte. Si debes algo a alguien, podemos solucionarlo.

Lo miró sorprendida, hasta que cayó en la cuenta de que Hugo pensaba que debía dinero a alguien.

—No, los tiros no van por ahí… De hecho, mi empresa me genera unos beneficios bastante sustanciosos. —Con un toque divertido, añadió—: El dinero es el menor de mis problemas.

Hugo le acariciaba el dorso de la mano que le tenía cogida sobre la mesa y dibujaba pequeños círculos con el pulgar.

Ella sentía que esa pequeña caricia empezaba a calentarle la sangre.

¿Cómo es posible que con una simple caricia pueda conectar físicamente conmigo con tanta facilidad?

Se quedó mirando sus labios, pensando en lo mucho que le gustaría poder besarlos en ese momento. Y mordisquearle el labio superior con suavidad… Solo un leve tironcito de él.

Hugo sonrió sintiendo que su respiración se aceleraba levemente y sintió los ojos de ella fijos en su boca.

Supo lo que estaba pensando y tuvo una erección inmediata.

Siguió hablando con ella como si no se diese cuenta de nada, porque la asustaría si supiese

lo que le hacía sentir.

—O sea, que si necesito dinero tendré que ser yo el que acuda a ti.

Ella le apretó la mano que tenía entre las suyas en gesto cariñoso.

—Será un placer ayudarte si necesitas algo.

Había heredado todos los activos de Tony, su marido, que fue uno de los principales escollos con su cuñado, el cual había sido su mano derecha. Se negó a su mitad de la empresa sabiendo a lo que se dedicaba, pero vendió las propiedades que heredó y compró el coche y la casa en efectivo. El resto lo tenía en varios paraísos fiscales, donde nadie podía encontrarlos.

Aunque tenía conocimientos de hacker más que suficientes para controlar todas las cuentas y los negocios de ellos, no quería tener nada más que ver con su familia, ni volver a saber de ellos si fuese posible.

—Bueno, está bien tener una novia con dinero… Siempre puedes pagar tú la cena —soltó—. Estoy a favor de la igualdad en todo tipo de relaciones.

—De eso nada, me has invitado tú a cenar, así que te toca pagar.

Hugo río divertido.

Chloe se puso seria de repente.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras, ya lo sabes. Intentemos ser siempre sinceros con el otro, ¿vale? No me gustan demasiado las mentiras, creo que nunca sale nada bueno de una relación llena de engaños y mentiras. Lo que me quieras o puedas contar sobre ti, me gustaría que fuera verdad, ¿vale? —Esperó a que ella asintiera—. ¿Podemos empezar por algo tan básico?

Ella asintió de nuevo.

—¿Siempre has querido ser policía? No sé, creo que es más divertido estar al otro lado.

—Me gusta pensar que estoy del lado de la ley, pero, respondiendo a tu pregunta, te diré que sí. Creo que nací con un don natural para ayudar a los demás y orientarlos un poco para que se mantengan a este lado de la ley. Tampoco tengo piedad ante el que intente saltársela alegremente.

«Si tú supieras…» pensó Chloe.

—¿Quieres café, alguna copa…? —Siguió hablando Hugo, cambiando drásticamente de tema—. Yo quiero un café solo. No puedo beber más, que tengo que conducir.

Se lo pidió a la camarera cuando fue a llevarse los platos vacíos del postre.

—No, estoy llena, si tomo café ahora no podré dormir de noche.

—¿Puedo hacerte otra pregunta personal?

—Mejor no. Al final conseguirás estropear la noche —murmuró medio en broma.

—Bueno, soy un hombre paciente.

Mientras él se tomaba el café y la hacía reír con sus comentarios, estuvieron hablando de

Chester y del motivo por el que Chloe tenía un perro tan grande.

Le gustaba mucho hacerla reír. Hacía una mueca divertida con la nariz que le encantaba y conseguía que desapareciese aquella mirada triste en sus ojos.

Había conseguido que se sincerase un poco con él. De hecho, descubrió bastantes cosas de ella. Aunque lo que había descubierto volvía a crearle más dudas aún sobre quién era en realidad y de quién y por qué estaba huyendo.

Le gustaba el nombre de Chloe, pero por experiencia sabía que era lo que primero se cambiaba una mujer que quería huir de su pasado.

Todo a su tiempo.

En principio la tenía donde la había querido todo ese tiempo: pasando un rato con él, lejos de ojos indiscretos. Conociéndola y empezando a sentirse más relajada en su presencia. Poco, pero algo más, al fin y al cabo.

Volvieron por el mismo camino largo y ella podía ver la luna reflejada en el mar mientras la potente moto recorría la serpenteante carretera que los devolvía de nuevo al rincón de su isla.

Hacía mucho que no se lo pasaba tan bien y que no se divertía tanto con un hombre.

Estaba claro que Hugo le daba tiempo para que fuese conociéndolo y se diese cuenta, por ella misma, de que podía confiar en él y contarle todo sobre su vida y su pasado.

¿Qué pensaría un hombre como él, dedicado a hacer cumplir la ley y el orden, de que ella fuese una asesina?

Supuso que la repudiaría, como todos los que sabían lo que había hecho.

No pensaba arriesgarse. Entre ellos no podía haber nada serio si ella no pensaba ser sincera y contárselo. Era una pena, porque tenía que reconocer que le gustaba.

—¿Sabes que puedo oír a tu cerebro pensando desde aquí? No le des más vueltas a las cosas, Chloe. Deja que entre nosotros pase lo que tenga que pasar.

Oírlo tan cerca, gracias al bluetooth del casco, siempre le sorprendía.

—No es justo para ti.

—Bueno, soy mayorcito para saber y decidir dónde quiero meterme.

Aparcó la moto ante la puerta de su casa y la apagó para ayudarla a bajarse.

La ayudó a quitarse el casco y le acarició el sedoso cabello negro, que se le había alborotado cuando se lo quitó.

—Supongo que no me invitarás a entrar, ¿verdad?

—Sabes que no es buena idea.

—Bueno, pero esta vez sí te besaré. Quiero pasarme la noche besando esa boca hecha para el pecado. —Le acarició los labios con el pulgar, lo que hizo que ella diese un respingo—. Quiero que te vayas a la cama lamentando no haberme invitado a entrar.

Se acercó despacio hasta estar totalmente pegado a su cuerpo, le cogió la cara con las manos,

como si quisiese evitar que saliera huyendo, y acercó su boca a la de ella.

Sus labios estaban fríos y la comenzaron a acariciar con suavidad, dejando que ella se acostumbrara un poco más a él. Lo que empezó con un lento beso de reconocimiento pronto dio paso a un fuego intenso. Hugo atacó de verdad y la abrazó posesivo, pegándola más a su cuerpo mientras con la lengua le pedía paso para entrar en su boca, y ella no pudo negarse. Se pegó más a él para darle mejor acceso y enlazó su lengua con la de Hugo al mismo tiempo que se aferraba a su cuello con fuerza, rezando para que lo que estaba sintiendo con él no acabara nunca.

Unas chispas que llevaban mucho tiempo apagadas y que no esperaba que él pudiese encender con un simple beso, pronto se convirtieron en un gran incendio que amenazaba con consumirlos a los dos. Hasta que el beso empezó a ser doloroso y los cuerpos de ambos pedían más.

Hugo la cogió por aquel culo respingón que tanto le gustaba y la pegó más a su cuerpo para que pudiese sentir lo que provocaba en él.

Oírla gemir no apagó su fuego, por lo que metió las manos bajo el jersey de ella hasta tocar los laterales de sus pechos con los pulgares. Al comprobar que no llevaba sujetador casi perdió el poco control que le quedaba.

La apoyó sobre la baranda de madera de las escaleras del porche para encontrar mejor apoyo y metió una pierna suya entre las de ella, facilitando el acceso a su sexo, sobre el que presionó su enorme erección con más fuerza, haciéndola gemir de nuevo.

Sus pulgares comenzaron a frotar aquellos pezones que le reclamaban una caricia, y esta vez el que gimió fue Hugo.

Su boca no le daba tregua y las ganas de tumbarla sobre los escalones del porche como dos adolescentes fue lo que lo hizo separarse de su boca e intentar coger aire para poder controlarse un poco.

Ella se quejó y abrió los ojos al sentir que ya no la besaban.

—Un poco más, por favor. —Volvió a lanzarse contra su boca mientras metía las manos bajo la cazadora para sacarle la camisa de los vaqueros, tal y como había imaginado horas antes, y acariciarle los abdominales con manos inquietas.

No tuvo fuerzas ni confianza en ella misma para ponerse a investigar bajo sus vaqueros. La presión que sentía allí mientras la apretaba contra él la estaba volviendo loca. Le pedía más.

Quería más de él. Quería sentirse viva y quería sentir que ese incendio en el que se estaba convirtiendo su cuerpo la arrasaba.

Nunca se había sentido así cuando su marido la besó, aunque lo hizo en contadas ocasiones. Y quería más. Sentir más. Vivir más. Quemarse por completo y poder resurgir de las cenizas de su pasión, como si de un ave fénix se tratase.

Hugo sintió que su sexo crecía aún más bajo los vaqueros y la erección que tenía comenzó a

resultarle dolorosa.

Si no paraba de inmediato ya no podría parar, y no quería que su primera vez con ella fuese sobre el suelo de la terraza. Aunque su polla no estuviese de acuerdo con eso.

Volvió a separarse de ella, de nuevo respirando con agitación.

—Dios, Chloe, o paramos ahora o vamos dentro, pero la terraza no es lugar para esto. Alguien podría vernos aquí fuera.

Era poco probable que nadie pasase por allí a esas horas, sobre todo porque su casa no era un lugar de paso. Había que ir expresamente allí. Pero era una excusa tan buena como cualquier otra.

Ella lo miró respirando tan excitada como él y se pasó la lengua por los labios como queriendo aprovechar las últimas gotas de su sabor.

Sí que había atacado en serio, tan en serio que tuvo grandes problemas para no pedirle que entrase y seguir con lo que estaban haciendo.

Él le acarició la mejilla mientras acababa de recomponerse.

Ella le besó la palma de la mano.

—Será mejor que me vaya. Ahora ya sabes lo que te espera cuando decidas dejarme entrar.

—Créeme que será difícil que se me olvide. —Volvió a pasarse la lengua por los labios para sentir de nuevo el sabor sexi y potente de él.

—Bien —Le dio un último beso en la nariz antes de soltarla a desgana—, esa era la idea. ¿Quieres que mañana traiga algo para cenar?

Chloe había recobrado parte de su licuado cerebro y recordó que no quería liarse con él.

—No es buena idea.

—Tengo todo el tiempo del mundo para convencerte de que sí lo es. Lo que ha ocurrido hace apenas unos minutos nos demuestra que sí lo es. No voy a darme por vencido, Chloe, ya lo sabes.

—No puedo darte lo que quieres ni soy quien crees que soy.

Hugo la miró con una suave sonrisa en sus labios.

Sabía que en cuanto recobrara un poco el dominio de sí misma volvería con sus negativas. Pero tras el momento que habían experimentado, sabía que no la dejaría marchar tan fácilmente cuando estaba claro que existía semejante atracción sexual entre ellos. Ahora solo le faltaba que ella lo aceptara y dejase de esconderse de él.

—Lo sé. Sé que no eres quien dices ser. Sobre eso de darme lo que quiero… Ya lo hacías hace unos minutos, por si no te has dado cuenta.

—No puedes querer a alguien sin conocer su pasado.

Chloe no entendía por qué a Hugo le resultaba tan complicado de entender. Como había dicho, sabía que no era quien decía ser, y ella no entendía cómo podía querer conocerla a

sabiendas de que no quería decirle quién era.

—Aún no lo has entendido, ¿no es cierto? —Él le dio la vuelta para poder mirarla a los ojos bajo la luz de la terraza—. No me importa quién seas, no me importa tu pasado. —Ella lo miraba con sus preciosos ojos verdes muy abiertos—. Me importa tu presente y, sobre todo, nuestro posible futuro juntos. Me importas tú. Punto.

—Nuestro pasado dice mucho de nosotros. Somos quienes somos gracias a nuestras vivencias. Ya lo sabes.

Chloe no hacía más que pensar que ojalá pudiera contárselo todo para que tomase una decisión con todas las cartas sobre la mesa. Eso era lo más justo para él.

—Quiero conocer tu pasado para poder conocer tu presente. —insistió Hugo—. Para conocerte mejor. Me gusta la mujer que eres y lo que me haces sentir. Creo que eso es suficiente por ahora.

Ante aquella confesión, poco más podía decirle. A ella también le gustaba y lo que le hacía sentir. Pero no le gustaba la persona en la que se había convertido, y si no se gustaba a sí misma, difícilmente podía gustarle a nadie más. Era así de simple, aunque él no lo entendiese.

Ante su silencio, Hugo le dio un suave beso en los labios

—Mañana te veo.

CAPÍTULO 10

El sonido del teléfono lo despertó de golpe, sacándolo del sueño erótico que tenía con Chloe. Se restregó los ojos y cogió el móvil, sorprendiéndose de que solo fueran las cuatro de la mañana. Y el causante de aquella llamada fue Ezequiel, que estaba de guardia aquella noche.

Tenía que ser algo grave para que lo llamase a esas horas.

—¿Qué ocurre?

—Han atacado la casa de Chloe Salcedo hace unos minutos. Acabo de llegar.

Eso lo despertó de golpe.

—¿Está bien? ¿Le han hecho algo?

Empezó a vestirse sin mirar siquiera lo que se ponía, mientras sentía que su corazón latía a la carrera imaginándose todo lo que podía haberle pasado.

¿Por qué coño ella no lo había llamado?

—Está bien. Unos gamberros le han manchado el coche con algo rojo que a simple vista parece sangre y han escrito frases obscenas en el lateral de la casa que da al camino.

—¿Ha llamado a la central?

Hugo no tardó ni cinco minutos en subir a su coche y poner la sirena para salir a toda prisa. Se le había formado un nudo en las tripas por la preocupación. No entendía por qué ella no lo había llamado a su móvil.

«¡Maldita mujer!» pensó, golpeando el volante con la mano.

—No, lo he visto por casualidad porque la casa estaba iluminada como si fuese una feria, por lo visto, por la noche las luces de las cámaras se encienden ante un intruso. Me ha extrañado y me he acercado al lugar. Me he quedado de piedra cuando lo he visto. Ella ha azuzado al perro, según me ha dicho, y han salido por patas.

—¿Está bien? —insistió.

Rezaba con todas sus fuerzas para que de verdad estuviese bien.

—Parece que se ha llevado un buen susto cuando le ha saltado la alarma perimetral. Los tipos han roto la primera cámara para que no los grabaran.

—¿Sabe quiénes son? ¿Los ha podido identificar?

Se las verían con él. Y ella iba a tener que explicarle por qué no lo llamaba ante un caso así. No supo con quién estaba más enfadado en ese momento, si con los gamberros o con ella por no haber confiado en él para pedirle ayuda.

—No, no ha querido enseñarme las cámaras. Por lo que me ha contado, parece que iban de

negro y llevaban pasamontañas.

—Eso no parece cosa de adolescentes.

Ezequiel guardó silencio mientras sopesaba sus palabras hasta que, al final, suspiró resignado.

—Estoy llegando —masculló Hugo.

Ella iba a tener que explicarle algunas cosas.

Derrapó su coche patrulla cuando llegó junto al de Ezequiel y se bajó casi con el coche en marcha.

—¡Hijos de puta!

Se acercó a su compañero en pocas zancadas. Ezequiel estaba tomando fotografías del coche de ella, al que le habían tirado por encima algo parecido a sangre, cosa que agradeció, porque la pintura sería más difícil de quitar, aunque la sangre hacía que todo pareciese más macabro.

Olía igual que un puñetero matadero.

Todo el suelo estaba manchado de esa porquería, lo cual provocaba una sensación muy desagradable al pasar por encima.

Miró la casa alumbrada como una atracción de feria por los focos de las cámaras perimetrales y supuso que todo lo que había ocurrido debía estar grabado. En el lateral de la casa habían escrito la palabra ZORRA en letras grandes, con el mismo material rojo.

—¿Qué tenemos?

Aunque ya le había hecho un resumen por el camino, quería comprobarlo de nuevo.

—Ella despertó por la alarma de la cámara del camino, que la rompieron primero, y luego se acercaron sin molestarse en romper nada más. Como ella encendió las luces del resto de las cámaras y esto se alumbró así, parece que les hizo cambiar de planes y solo mancharon el coche y la pared lateral. Cuando soltó al perro decidieron que ya no tenía gracia y salieron por patas. Estoy haciendo fotos de todo y ya he cogido muestras de lo que parece sangre de algún animal, supongo que de cerdo. He querido esperarte para entrar a ver las grabaciones. Suponía que querrías estar aquí.

Hugo se dio cuenta de que la relación entre ellos empezaba a ser de interés público.

—Le han dado un buen susto —continuó Ezequiel caminando a su lado hacia la casa—. El perro no paraba de gemir al verla tan asustada. Es un buen animal. No me extraña que los ahuyentara en un momento; yo no querría tener que vérmelas con él cuando está enfadado.

Hugo recordó cuando le gruñó el primer día y lo que impresionaba cuando estaba enfadado.

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza sin decirle nada más.

—¿Estás bien? Dime que estás bien.

Ella se aferró a sus brazos y suspiró.

Ahora sí se sentía a salvo.

Se dejó llevar por el placer de sentirse entre sus brazos y se permitió el lujo de acurrucarse en ellos unos segundos antes de suspirar y relajar sus músculos, los cuales no se había dado cuenta de que los tenía tensos desde que saltó la alarma.

La separó un poco para poder mirarla a la cara con interés. La mirada preocupada había vuelto a sus ojos. Intentaba parecer fuerte, pero se apretaba las manos en un gesto nervioso.

—Chester los ha ahuyentado. Cogí la pistola para salir, pero se han ido en cuanto lo han visto a él.

El perro se acercó a él, gimió y le dio un golpe con el hocico para que lo acariciara también. Hugo le rascó detrás de las orejas.

—Eres un buen chico. Gracias por cuidar de ella.

Se irguió y le dio un fugaz beso en los labios para relajarse, más para él que para ella, o quizá para ambos.

Ezequiel no se inmutó al ver aquello.

—Déjame ver las cámaras, Chloe. ¿Los has grabado?

—Sí, hasta que han roto la cámara.

Ella abrió la puerta delantera para dejarlos entrar. Toda la casa estaba iluminada, igual que el exterior, y Hugo creyó que las medidas de seguridad eran esas, para evitar que alguien la pudiese sorprender si se colaba en la casa. Pasaron a una habitación anexa al salón donde se encontraba el circuito cerrado de las cámaras. Desde allí había una panorámica excelente de los alrededores de la casa, había un monitor en modo agua, que debía ser el de la cámara que habían roto.

—¡Madre mía! —Ezequiel silbó sorprendido al ver la calidad de lo que aquella mujer tenía montado allí.

Hugo sintió un absurdo placer al saber que era capaz de montar semejante sistema de seguridad.

—¿Podemos ver la grabación de la cámara hasta que la rompieron?

Hugo miró a Chloe, que estaba reprogramando los monitores para poder ver las imágenes.

—Claro, la alarma perimetral del camino saltó sobre las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Señaló con el dedo la hora del monitor cuando un todoterreno de color gris claro se detenía a unos metros de la cámara, en un ángulo en el que no se podía ver la matrícula, lo que les indicó que sabían que había cámaras, por lo que, aquellos que habían ido, sabían a ciencia cierta lo que iban a encontrar.

La conocían, y sabía la seguridad que tenía.

Salieron dos hombres con pasamontañas del vehículo. Los grabaron rompiendo la primera cámara con un bate de beisbol. Al ir los dos vestidos de negro con la cara tapada, fue imposible su identificación.

Todo aquello lo hicieron en un silencio absoluto, por lo que tampoco tenían voces que identificar.

Aunque intentaron ver la matrícula del coche, reconocieron que era imposible y ninguno de los dos pudo reconocer ni el vehículo ni a ninguno de los dos hombres, lo cual consiguió preocupar aún más a Chloe.

—Cariño, quédate tranquila, los cogeremos.

Ante su silencio, se encaró a su ayudante, el cual guardaba silencio tras ellos.

—Si tienes las fotos y todas las muestras márchate ya. Mañana por la mañana daremos una ojeada a todo lo que tenemos y haremos algunas preguntas por la isla. Seguro que alguien habrá visto algo.

—Claro, jefe. Hasta mañana.

Los dos vieron cómo se marchaba el policía.

Hugo se enfrentó a ella. Había visto cómo su rostro cambiaba de expresión cuando le dijeron que no conocían a los hombres, y supo de inmediato lo que estaba pensando.

—Bien, tú y yo tenemos una conversación pendiente, y creo que esto que ha ocurrido lo cambia todo. Vas a tener que decirme si crees que este ataque tiene algo que ver con la persona o personas de las que estás huyendo. No puedo protegerte si no sé de quién te ocultas y a qué me enfrento. Lo sabes, ¿verdad?

Ella se lo quedó mirando con atención. Sabía reconocer el enfado cuando lo tenía delante. Podía notarlo en su actitud corporal, en el modo que apretaba la mandíbula y los puños. Y sus ojos tenían una mirada feroz y supo en el acto que estaba enfadado con ella, posiblemente porque no lo había llamado para pedirle ayuda, como él esperaba.

No se consideraba una mujer indefensa y era muy capaz de cuidarse sola. Había tenido que lidiar con situaciones mucho peores que esa.

—No me importa que estés enfadado conmigo —le soltó, y vio que estaba a punto de explotar.

—Pues deberías —respondió irritado.

Ella lo miraba con precaución al verlo tan enfadado. Ya le había dicho que por más enfadado que estuviese nunca pegaría a una mujer, así que no pensaba guardarse la mala hostia por no haberlo llamado cuando la atacaron. Pensaba que tenían «algo», por eso pensaba que acudiría a él.

—Sé cuidarme sola, jefe, ya te lo he dicho.

Creía que lo mejor era que él se diese cuenta de la mujer que era; en la que se había tenido que convertir después de todo lo que pasó.

—¿Cómo crees que me siento al enterarme por mi empleado de que te han atacado durante la noche? ¿Es esa la confianza que tienes en mí? ¿En nosotros?

—No es cuestión de confianza, no tenías que haberte enterado de este modo si no fuese porque Ezequiel pasaba por aquí delante. No iré llorando para que me protejas como si fuese una mujercita indefensa. No soy ese tipo de mujeres.

«Ya no, por lo menos».

—¿Ahora vuelvo a ser el jefe?

Su tono decepcionado la entristeció.

Aquello era lo que quería evitar: decepcionar de algún modo a Hugo.

—Por favor, no hagas una montaña de esto. No tiene importancia.

—¿Que no la tiene? ¿Atacan tu propiedad durante la noche y no puedo molestarme de que no tengas el detalle, si no la necesidad, de contármelo para saber, al menos, que cuentas con mi ayuda y mi apoyo para todo lo que necesites? Y ni siquiera tiene que ver con que sea mi trabajo y tenga que ser yo el que solucione este problema. Tiene que ver con la confianza en la otra persona. Con saber que, aunque creas que puedes cuidarte sola, sepas que estaré aquí para ayudarte y consolarte o simplemente para estar a tu lado y sepas que ya no estás sola. —Ante su silencio, añadió pesaroso—: Me duele que me consideres tan insignificante en tu vida que ni siquiera hayas considerado cómo podía sentirme cuando me enterara.

—Lo siento, las relaciones personales no se me dan bien. Estoy tan acostumbrada a hacer las cosas por mí misma que no tuve en cuenta tus sentimientos.

Chloe no sabía que podía sentirse tan mal por hacer el intento de no incluirlo en sus problemas personales.

—Somos un equipo, Chloe. Si no vas a verlo así, entonces no sé qué sentido puede tener lo nuestro. Quiero que entiendas esto —La miró con seriedad—, si quieres seguir estando sola y escondida como has estado haciendo hasta ahora, no volveré a acercarme a ti para nada que no sea oficial. Estás en tu derecho de elegir. Pero si decides intentar algo conmigo, no te pido que confíes en mí así, de golpe, porque la confianza hay que ganársela como todo en la vida y supongo que contigo es todavía más difícil, pero estoy dispuesto a esperar lo que haga falta hasta que confíes en mí. Sin embargo, necesito que me tengas en cuenta en tu vida para todo aquello que te suceda a partir de ahora.

No quería verlo enfadado ni triste por su culpa.

Sabía que tenía razón, pero en principio no quería preocuparlo por algo así.

—No quería preocuparte.

Se acercó con cautela para acariciarle la mejilla. Su barba de varios días le resultaba muy sexi y le raspaba con suavidad la punta de los dedos.

El nivel de enfado de Hugo bajó un poco ante el gesto de Chloe. Hugo pensó que ella ni siquiera se daba cuenta de la mirada de precaución que lanzaban sus ojos ante su caricia, preparada para retirarse si pensaba que no le gustaba y evitar un golpe de un momento a otro.

—Preocuparse por la otra persona es lo que hacen las parejas, Chloe, incluso los amigos.

No necesitaba su ayuda, pero reconocía que le resultaba muy tierno que él se preocupara así de ella. Y no porque fuese su trabajo, como bien le había recordado, sino porque de verdad le importaba. Como amiga, porque no estaba preparada para avanzar más con él.

—Mi vida es una mierda. Por esto es por lo que no quería que te involucraras conmigo.

Supuso que se había llevado un susto de muerte cuando de madrugada le saltaron todas las alarmas y vio a dos tipos con un bate de béisbol, rompiendo sus cámaras y manchando todo de sangre, sin saber si iban a intentar entrar en la casa para hacerle daño.

No entendía cómo no se había acojonado. Cualquier otra persona, hombre o mujer, en su lugar lo habría hecho. Y ella solo pensaba en que él no debía preocuparse por ella.

Era increíble.

Se preguntó de quién podía estar huyendo si no era de la persona que la maltrató, como dijo ella. ¿Podía ser un testigo protegido? Eran las dos causas más comunes para que alguien se ocultase como hacía ella.

—Es demasiado tarde para eso, Chloe.

Se acercó a él y le dio un abrazo buscando, sin darse cuenta, su protección y su apoyo.

Hugo le devolvió el abrazo con fuerza y suspiró, soltando parte de la angustia que lo acompañaba desde que sonó el teléfono.

—Lo siento de verdad. Por favor, no te enfades conmigo. No sé cómo gestionar todo esto.

—Prométeme que intentarás confiar en mí y que me contarás todo lo que suceda a partir de ahora.

—Como un mismo equipo —aceptó ella, dándose por vencida. No tenía sentido esconderse de él cuando estaba claro que no iba a desaparecer de su vida por más que se lo pidiera.

Hugo le acarició la espalda antes de darle un rápido beso en la punta de la nariz.

—Como un mismo equipo —afirmó él.

Se separó de ella para poder mirarla a los ojos y ver su reacción.

—Si no es el alcalde, que no tengo claro que no sea cosa suya, mañana podré averiguar más cosas. —Le tomó de las manos para darle confianza—. ¿Crees que el ataque puede tener algo que ver con quien sea que va detrás de ti?

Lo pensó unos segundos, aunque llevaba dándole vueltas a esa idea desde que aparecieron los dos tipos. Seguía siendo muy raro. Su cuñado no hubiese actuado de ese modo. Si la hubiese encontrado iría personalmente a por ella a cara descubierta para que no le quedara ninguna duda de lo que pensaba hacer. Ni buscaría a nadie para asustarla y muchísimo menos se ocultaría bajo un pasamontañas. Así que no… Estaba casi segura de que su cuñado no tenía nada que ver con todo eso.

—Creo que no —dijo, y se mordió el labio por la preocupación—. Este *modus operandi* no

tiene ninguna lógica. Su estilo es más de enfrentarse a mí cara a cara. Cuando me encuentre, si me encuentra, intentará matarme; no se contentará con pintar mi casa y mi coche. Y mucho menos se conformará con asustarme.

Hugo abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—Nadie volverá a acercarse a ti sin vérselas conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya te he dicho que sé cuidarme sola.

—Aun así. Nadie pasará por encima de mí.

Ella pensó que debía tener una conversación con su amigo de la policía, que era quien estaba al tanto de los movimientos de su cuñado, y el que vigilaba que no se saltara la orden de alejamiento. Recordó el avisador que tenía y que le indicaría si su cuñado se acercaba a ella a menos de trescientos metros. Se estremeció solo de pensar que hubiese podido encontrarla. Tenía que hacer una llamada urgente en cuanto amaneciese.

Respiró hondo para intentar controlar sus nervios.

Inspira… Espira… Inspira.

No, no parecía cosa de su cuñado, pero no quería pensar que hubiese encontrado un nuevo acosador.

CAPÍTULO 11

—Deberías irte a dormir, pareces cansada.

Le acarició la mejilla con suavidad, provocando que su corazón comenzase a latir más deprisa con una caricia tan inocente.

—Ya veré qué hago, estoy demasiado nerviosa para irme a dormir ahora.

—¿Quieres que me quede aquí contigo?

La emisora de su coche patrulla se oyó en ese momento.

—¿Jefe? Tenemos un aviso. Ha habido un accidente de tráfico en la autovía.

Hugo suspiró cuando oyó la voz de Ezequiel llamándolo por la radio.

—Bien, tengo que irme. Mañana investigaré a ver si podemos encontrar a esos cabrones. —Miró su coche con consternación. Parecía sacado de una película de terror—. Me pasaré cuando acabe mi turno para ayudarte a limpiar todo esto.

—No hace falta… Puedo…

—Hacerlo sola, lo sé. ¿Qué te he dicho de que no estás sola en esto? Por cierto, ¿qué vas a hacer con la cámara del camino?

—Mañana la cambiaré. Tengo cámaras de repuesto.

—Si me esperas puedo ayudarte.

—No necesito…

—Chloe.

Su tono de aviso le indicó que no parecía tener mucha más paciencia para seguir oyendo sus excusas.

¿De verdad seguía sin entenderlo? No sabía de qué forma decírselo para que lo entendiera.

Ella sonrió ante su tono de voz.

—Lo siento, de verdad.

—Tengo que irme ¿estarás bien?

—Estaré bien. —Intentó darle un tono divertido a su voz para que no se preocupara más por ella. No sabía qué hacer cuando él se mostraba tierno—. Ve a cuidar del tráfico… o algo.

—Bien. —Volvió a darle un rápido beso en los labios antes de irse—. Intenta no darle demasiadas vueltas al asunto. Ya se las daré yo en tu lugar. Vengo a verte mañana, y, por favor, duerme un poco.

Se pasó el resto de la noche repasando las cámaras con detenimiento, y se frustró aún más al no poder reconocer a ninguno de los dos hombres, ni siquiera al coche, ya que al no poder verle la matrícula no pudo buscar a sus dueños en tráfico.

Amaneció una mañana ventosa y gris, con un viento del norte que amenazaba tormenta. Ella salió a las nueve, después de tomarse un segundo café, y se dispuso a arreglar la cámara. Había estado casi toda la noche levantada y necesitaba un pequeño descanso, pero sabía que no estaría tranquila hasta que hubiese arreglado la puñetera cámara y saber que volvía a tener todas sus medidas de seguridad en orden.

El coche que apareció por el camino de su casa la sobresaltó al pillarla fuera y no poder prepararse, así que cogió su pistola de la cintura del pantalón para sacarla, pero entonces vio que era Megan con otra mujer mayor, la cual imaginó que podía ser su madre por el parecido entre ellas. ¡Mierda, mierda! No imaginaba lo que podían querer esa mañana, pero le había caído bien cuando la conoció, y si pensaba darle una oportunidad a Hugo, no le gustaría que asustara a su madre y a su hermana con una pistola. ¿Verdad?

¡Seguramente no!

Así que se armó de paciencia y esperó a que aparcaran a un lado del camino y se bajaran del vehículo.

Chester se acercó a ella esperando instrucciones. Al parecer, el incidente de la madrugada anterior tenía nerviosa a su ama y él era muy receptivo con su estado de ánimo.

—Amigas, Chester.

Las dos mujeres se bajaron del coche mirando al perro suelto.

—¿Podemos acercarnos? —La mujer mayor la miró con una sonrisa algo titubeante.

—Claro, no os hará daño. —Centrando la mirada en Megan, le sonrió—. ¿Os habéis perdido?

—Nos hemos enterado de lo sucedido anoche. —Miró con rabia el coche que aún estaba sin limpiar y la pared de la casa—. Y a riesgo de que mi hermano nos mate cuando se entere, hemos decidido venir para ayudarte a limpiarlo.

Chloe se quedó de piedra. Había supuesto que era idea de Hugo que fuesen a ayudarla, nunca se imaginó que hubiese salido de ellas.

Se emocionó, no pudo evitarlo.

—¿Por qué?

La mujer mayor se acercó a ella

—Porque si me lo hubiesen hecho a mí, o a algunos de mis seres queridos, también me hubiese gustado que alguien se hubiese ofrecido para ayudarme a limpiarlo. Quiero que sepas que no estás sola.

—Ni siquiera me conoce.

Se obligó a decirlo porque no quería que se llevasen una desilusión con ella. No sabía mantener relaciones personales con nadie, ni amigas ni novio ni nada. No sabía lo que esperaban de ella, pero fuese lo que fuese, posiblemente no estaría a la altura y haría algo que los hiriese a todos. O a Hugo, y si le hacía daño a él…

—No, no te conozco. Pero si mi hijo se preocupa por ti, nosotros también. Eso hacen las familias.

Megan se acercó a ella y la abrazó con ternura, no se extrañó que primero se tensara para posteriormente relajarse un poco más entre sus brazos. Esa mujer pedía a gritos un abrazo, aunque posiblemente no se hubiese dado cuenta.

—Esto que te han hecho es un gesto muy ruin y cobarde. He pensado que te vendría bien unas amigas que te ayuden a limpiar.

Podía sentir a Chloe suspirando entre sus brazos. Y en ese momento la sintió indefensa y vulnerable… Muy lejos de la opinión que todos tenían de ella en el pueblo. Y que el alcalde comenzaba a manchar todavía más.

—Yo no me llevo bien con la gente —susurró ella, sintiendo las lágrimas caer por sus mejillas. Hacía mucho que nadie se preocupaba por ella—. Hace mucho que no tengo amigos.

—No importa. A nosotras sí se nos da bien la gente. Solo tienes que decirnos dónde tienes las cosas para limpiar y ni siquiera te enterarás de que estamos aquí.

—De acuerdo.

Les sacó todo lo que le pidieron y ella se puso a cambiar la cámara nueva mientras Megan y Emma limpiaban.

Hugo, por su parte, se pasó la mañana en el concesionario de coches todoterrenos del pueblo. Aunque no había podido ver la matrícula, el modelo si era reconocible, y parecía nuevo, así que estuvo con su amigo repasando los modelos vendidos en la isla en el último año, por si alguno coincidía con el de la noche anterior.

—Hay uno que fue vendido a Ana García hace unos ocho meses. Es el único de ese color que cuadra con todo lo que me has dicho.

Miguel miró al jefe de policía. Lo conocía desde que eran pequeños, ambos habían sido amigos en el colegio. Ya en la universidad cada uno tomó caminos distintos, como suele suceder a esas edades, y volvieron a encontrarse cuando los dos volvieron a la isla. Hugo como policía y Miguel como empresario. Habían seguido teniendo contacto de vez en cuando. Aún se reunían para tomarse una cerveza, cuando conseguían cuadrar sus agendas.

—¿Es la pelirroja amiga de la exmujer del alcalde?

—La misma. De hecho, el alcalde creo que sigue jugando al póquer los martes con su marido y su hermano Simón.

—Y ayer fue martes.

—¿Te cuadra el aspecto físico de ellos con los de las cámaras?

Hugo se quedó pensativo mientras intentaba recordar la apariencia física de los dos hermanos con los que había visto en el vídeo. El alcalde no iba a ser tan idiota de ir a hacer algo tan ruin en persona, si algo salía mal y los descubrían, terminaría en la cárcel y ahí acabaría su carrera política. Pero sí podía engatusar a algunos idiotas para que le hiciesen el trabajo sucio.

—No sabría decirte. Pero pienso ir a hacerles un par de preguntas a todos. Empezando por el alcalde.

—Hugo, ten cuidado con Valentín. Todos sabemos de lo que es capaz. Recuerda que hace unos siete meses se encargó personalmente de que mancharan la reputación de esa chica nueva que contrató de secretaria para su oficina. Cuando ella lo denunció por acoso, movió cielo y tierra hasta conseguir que retiraran la acusación y la chica tuvo que marcharse del pueblo.

—Eso ocurrió cuando yo no estaba aquí —espetó.

Todavía se molestaba cuando lo recordaba.

—Lo sé. De todos modos, poco podías haber hecho excepto enemistarte con él. Esa chica no se merece lo que le han hecho, pero debes tener cuidado.

—Tendré cuidado, no te preocupes.

—¿Es cierto lo que dicen? ¿que le sacó una pistola al alcalde y lo amenazó con el perro ese que tiene?

—Sí, es cierto. —Sonrió de oreja a oreja, divertido.

Le hubiese encantado ver la cara del alcalde en ese momento.

—También parece ser que te gusta. —Levantó las manos cuando lo miró entrecerrando los ojos—. Lo dicen las malas lenguas. Por eso el alcalde parece tan enfadado, dicen que le has quitado a su chica frente a sus narices.

—Para empezar, ella nunca fue su chica —replicó molesto.

—Que conste que lo dice él.

—No puedo quitarle a nadie lo que no tiene. Supongo que ella ha tenido algo que decir al respecto.

—Sí, al alcalde se lo dejó clarito. —Se echó a reír divertido—. A ti parece que ese perro no te da demasiado miedo. Ni la chica ni su pistola tampoco.

—Bueno, ya veremos cómo acaba todo esto.

—Lo dicho, ten cuidado. El alcalde no es de fiar.

Eso mismo pensaba él cuando se presentó en el ayuntamiento media hora más tarde.

—Lo siento jefe, el alcalde está ocupado —le comunicó la nueva secretaría que tenía, una morena bastante atractiva que no era de la isla—. Puedo darle cita para el viernes. Su agenda está repleta hasta entonces.

—Vengo a tomarle declaración oficial —le aclaró con frialdad—. Dígale que, si no me recibe ahora, tendrá que venir a mi despacho luego. Lo que prefiera.

La secretaria lo miró recelosa y entró de nuevo en el despacho del alcalde para salir poco después.

—Lo recibirá ahora, puede pasar.

—Gracias.

Valentín miraba las impresionantes vistas de la isla desde el enorme ventanal de su despacho. Daba al puerto pesquero y, a esa hora de la mañana, los barcos habían vuelto de faenar. Había mucho movimiento de personas y cajas de marisco de un lado a otro. Las gaviotas chillaban mientras se peleaban entre ellas por comerse los restos.

—¿Qué mosca te ha picado hoy, jefe? —Ni siquiera se dignó a darse la vuelta para mirarlo —. No puedes venir a mi despacho, amenazándome con obligarme a tomar declaración como si yo fuese un puñetero delincuente.

—Solo me tomará unos minutos.

No pensaba disculparse por hacer su trabajo. Ni amilanarse por su tono de pocos amigos.

—¿Qué quieres?

Se volvió a mirarlo y la frialdad de sus ojos no lo engañó en absoluto.

—Como sabrás, anoche entraron en la propiedad de la señorita Chloe Salcedo. Sé que las noticias como esas vuelan en una isla tan pequeña —le aclaró para que no se molestara en negarlo.

—Bien, ¿y qué tengo que ver yo con eso?

—Es lo que intentamos averiguar. ¿Dónde estuvo anoche entre las tres y las cuatro de la mañana, alcalde?

—¿Qué? —Su mirada perpleja no lo sorprendió—. ¿Me estás acusando de algo tan cobarde?

—Alcalde… —Intentó tener paciencia con él y no perder los estribos—, usted discutió con ella en la calle el otro día y sabe que había testigos. —Se sentó frente a él cuando Valentín se sentó en su silla, ante el enorme escritorio que aún lo hacía parecer más pequeño de lo que era—. Y sé lo molesto que está con ella por lo que pasó en su casa con el perro.

—Eso no tiene nada que ver.

Hugo decidió que no se levantaría más ante sus gestos nerviosos de *ahora me siento* y *ahora me levanto.*

—Es el único que tiene algo contra ella. Volveré a repetírselo, alcalde, ¿dónde estuvo anoche entre las tres y las cuatro de la mañana?

—No tengo que contestarte a eso.

—Puedes hacer lo que quieras, pero será todo más fácil si me contestas aquí y ahora y no tendrás que venir a contestar las preguntas a comisaría.

Valentín lo miró con tanto odio que Hugo sabía que podía ser él perfectamente, tenía los motivos, la oportunidad y la ira y el ego suficiente para dejarse llevar por ellos y cometer semejante cobardía ante una mujer que no le hacía ningún daño a nadie.

—Juego todos los martes con los hermanos Valero al póquer desde hace años, toda la isla lo sabe.

—Bien, ¿Dónde estuvisteis jugando anoche?

—En casa de Jaime.

—Hablaré con ellos.

—Hazlo, jefe, y luego querré una disculpa.

Hugo se levantó y lo miró desde la puerta

—Alcalde, no voy a disculparme por hacer mi trabajo ni pararé hasta encontrar a estos dos cobardes que se dedican a aterrorizar a una mujer indefensa de noche, con la cabeza tapada, como las ratas cobardes que son.

—¿Mujer indefensa? —El alcalde se acercó a él, señalándolo con el dedo—. Esa mujer suele ir armada y le azuza ese maldito bicho a la gente. No es una mujercita indefensa.

—¿Cómo sabe que le azuzó al perro?

—¿Qué? —El alcalde lo miró sorprendido por la pregunta—. Sería de tontos no hacerlo si te atacan de noche, ¿no? Hubiese sido lo normal. ¿Para qué quiere semejante monstruo si no para que la defienda?

—La próxima vez le diré que les pegue un tiro a todos, así me ahorrará todo este trabajo.

—¿No lo dirá en serio?

Por supuesto que Hugo no lo decía en serio, pero les venía bien recordar a todos que siempre iba armada y que tenía licencia para ello.

—Es bueno que la gente lo sepa. Alcalde, intente no salir de la isla en los próximos días. Espero no tener que volver por aquí.

—Estás montando todo este escándalo porque te la estás tirando, si no fuese así, te hubiese dado igual lo que le pasase a esa mujer. Solo intentas impresionarla.

Hugo se volvió y caminó hacia el alcalde, que abrió los ojos algo asustado cuando lo tuvo delante. Conocía a Hugo de toda la vida, y aunque era un hombre al que costaba sacar de sus casillas o hacerlo enfadar, también sabía que no se dejaba pisotear por nadie. Nunca lo había sido.

—Te aconsejo que tengas cuidado con lo que dices, sobre todo, porque no es verdad. Por tu bien espero que no hayas tenido nada que ver con lo sucedido anoche, porque, si es así, me verás

hacer el trabajo por el que se me paga, y no necesito acostarme con nadie para cumplir y hacer cumplir la ley.

—Vete a la mierda. A mí no me engañas.

Hugo salió sonriendo del despacho.

Pensaba ir a hablar con los dos hermanos y decidió llevarse a Ezequiel con él. No es que no pudiera encargarse solo de hacerles algunas preguntas rutinarias. Pero sabía que tenían problemas con el alcohol, y eran conocidos por todos en la isla por el mal carácter que tenían. Podía llegar a necesitar refuerzos en un momento dado.

Los hermanos Valero trabajaban en el taller que tenían montado juntos desde hacía algunos años. Y les iba bastante bien. También los conocía desde el colegio y sabía que tenían un carácter endiablado, sobre todo si llevaban algunas cervezas de más, como les pasaba todos los fines de semana.

Más de una vez había tenido que ir a casa de Jaime porque los vecinos habían llamado quejándose de ruidos y cristales rotos, seguidos de gritos y llantos de mujer.

Ana nunca había querido ponerle una denuncia por malos tratos y siempre se había quejado de lo torpe que era, que se daba un golpe tras otro sin parar.

No había podido convencerla de que, si no lo denunciaba y se separaba de él, cualquier día la mataría y ya no podría ayudarla.

Así que, como su marido sabía que había intentado convencerla de que lo denunciase más de una vez, no era el hombre preferido para Jaime. Seguramente no se iba a alegrar de verle.

—Bien jefe, hemos llegado.

CAPÍTULO 12

Hugo miró la hora. Eran casi las doce de la mañana y se preguntó qué estaría haciendo Chloe en ese momento. Esperaba que hubiese podido dormir algo después de que él se fuera. Aunque ya le había dicho que quería mirar las cámaras y que no iba a acostarse después de lo que le había pasado.

Pensó en ponerle un coche de patrulla que la vigilara día y noche, pero sabía que eso no iba a gustarle y que posiblemente perdería el poco terreno que había conseguido ganarle en los últimos días.

Solo pensar en que habría tenido que limpiar el coche y la casa de sangre… Le hubiese gustado haber estado con ella y ayudarla, aunque fuese solo para limpiar. Debía haber sido una tarea muy desagradable.

—Jefe, ¿va todo bien?

Miró a Ezequiel, que se había parado a su lado junto al coche y miraba el taller con curiosidad al ver que él se lo había quedado mirando mientras pensaba en Chloe.

—Sí. Sí, estaba pensando en otra cosa. Vamos.

—Si quiere saber mi opinión, es una mujer muy valiente y anoche demostró tener muchas agallas haciéndoles frente ella sola a dos tipos que entraron en su propiedad armados con un bate de béisbol y con clara intención de destrozar lo que pudieran. Parece que sabe cuidarse sola. Puede estar muy orgulloso de ella

Sí, eso mismo pensaba él. Y que pudiese cuidarse sola lo dejaba más tranquilo, aunque también le hubiese gustado que hubiera intentado buscar su protección en vez de hacerles frente sola, por mucho perro grande que tuviese y por muy armada que fuera.

—Sí, demasiado bien para mi tranquilidad. —Se volvió hacia su ayudante con curiosidad—. ¿Tanto se me nota?

Ezequiel sonrió divertido.

—Solo un poco, jefe, al menos, para los que lo conocemos.

—Bien, vamos allá.

A Hugo no le pasó desapercibido el golpe que le dio Simón a su hermano con el codo para llamar su atención cuando los vio entrar por la puerta del taller.

—Buenas tardes.

—Jefe, ¿qué se le ha perdido por aquí? ¿Viene a arreglar su coche patrulla?

—No, Simón, el coche patrulla es nuevo y no necesita arreglos por el momento.

—Entonces, ¿qué quiere?

Un cliente entró en el taller tras ellos y se quedó sorprendido al ver a los dos policías en la entrada.

—¿Podemos hablar en privado? —Hugo miró al cliente de la puerta y luego a ellos—. Les robaremos solo unos minutos.

Viendo que si no iban al despacho tendrían que hablar con los clientes delante, decidieron entrar buscando privacidad, no era bueno para el negocio que la gente se enterara de que la policía los estaba visitando.

—¿Pueden esperar un momento? —Jaime fue quién se dirigió a los clientes que asintieron un poco sorprendidos—. Tardaremos solo unos minutos. —Miró a Hugo—. ¿Podéis venir al despacho? Simón, entra.

Empujó a su hermano sin demasiados miramientos para que entrase tras él.

—Bien, decid lo que queráis que, cómo podéis comprobar, estamos ocupados.

—¿Dónde estabais anoche entre las tres y las cuatro de la mañana?

Los dos hermanos se miraron sin parecer sorprendidos. Hugo pensó que el alcalde los había llamado para avisarles de que iban a ir por allí a interrogarles, no se equivocó. No iba a dejar ningún cabo suelto que pudiese comprometerlo.

—Jugamos a las cartas todas las semanas con el alcalde, creo que todo el mundo lo sabe.

Ezequiel estaba tomando las notas, así que Hugo continuó con sus preguntas.

—¿A qué hora se terminó el juego anoche?

—Solemos terminar sobre las cuatro y media o así.

—¿Dónde jugasteis ayer?

—En mi casa. —Jaime se acercó a la máquina de latas y sacó una Coca-Cola que abrió sin molestarse en preguntar a nadie si quería una—. Cada semana nos turnamos, así nuestras mujeres no se quejan demasiado.

—¿Os habéis enterado de lo que pasó anoche en la casa de Chloe Salcedo?

—¿La chalada esa del perro?

Hugo apretó los dientes sabiendo que lo decían solo para molestarlo.

—La mujer de la casa de la playa, donde dos ratas cobardes decidieron ir con la cara tapada y ponerse a romper cámaras y manchar de sangre su coche y su casa.

—Tampoco es para tanto —terció Simón sonriendo—, posiblemente mosqueó a alguien o algún crío decidió divertirse un rato.

—Pues cuando coja a los cobardes, y me encargaré personalmente de pillarlos por las pelotas, se les quitarán las ganas de hacer gamberradas. Se les acusará de entrar y destrozar una propiedad privada. Y han tenido suerte de que esa loca, como tú has dicho, no le pegara un tiro a cada uno, pues tiene armas y licencias para ellas.

—No creo que fuera para tanto.

El tono estrangulado divirtió a Ezequiel; ya no parecían tan divertidos como hacía unos momentos.

—De hecho, se ha asegurado de que se corra la voz de que, la próxima vez, no soltará al perro, sino que disparará primero y preguntará después. —Ezequiel le siguió el juego a Hugo, no era cierto el comentario, pero ellos no tenían por qué saberlo, y de hecho se asegurarían de que correría la voz por la isla.

—Bueno, Jaime, quería deciros que el coche que se grabó anoche coincide con el de tu mujer, así que hablaremos con ella también, rastrearemos el GPS y nos dirá la última ubicación donde estuvo ayer. ¿Dónde están tu mujer y el coche?

—Se han ido a la península con mi suegra, que está enferma. Salió esta mañana. Estoy seguro de que hay más coches como el mío en la isla, jefe. Todo esto es un abuso de autoridad o como quiera llamarlo.

Hugo apretó los puños con frustración. No podían tener tan mala suerte.

—Bien, quiero que se pase por la comisaría en cuanto vuelva.

—Claro, jefe, se lo diré en cuanto vuelva, pero no sabe cuándo lo hará. Su madre se ha roto la cadera en una caída y han tenido que operarla esta mañana. Ni idea del tiempo que le llevará.

—¿Puedes darme su teléfono? Hablaré con ella de todas formas.

Jaime entrecerró los ojos con suspicacia, pero le pasó el número.

—Ahora, jefe, si nos disculpa, tenemos un negocio que atender.

Estuvieron toda la tarde comprobando las cámaras de seguridad de los cajeros y las que había de tráfico para intentar ver si habían tenido suerte y alguna les hubiera grabado para poder identificar el coche. Si veían la matrícula o bien reconocer a los conductores, aunque sabía que eso iba a ser demasiada suerte.

Decidió comprar comida china antes de ir a casa de Chloe. El día se le había hecho muy largo y al final tuvieron un aviso de una pelea de dos hermanos en un bar, así que cuando por fin se acabó el turno, ya estaba anocheciendo, y aunque estaba cansado, no quería irse a su casa hasta no verla y saber lo que había hecho durante ese día.

Si le abría la puerta, claro.

También debía estar cansada. Si no se había acostado de nuevo después de irse, como le aconsejó.

Se quedó de piedra cuando tras el coche de ella se encontró con el de su hermana.

¿Qué cojones pasaba?

Pudo comprobar que el coche y la pared estaban limpios y relucientes. ¡Menos mal!

No quería que Chloe tuviera que recordar lo ocurrido la noche anterior cada vez que lo viera.

Bajó con la bolsa de comida, mirando por si veía a Megan por algún sitio, y se las encontró cara a cara cuando salieron por la puerta, a la que él iba a llamar para entrar.

¿Su madre también estaba allí?

La mirada de sorpresa de su hermana fue sustituida por una divertida al percatarse de la bolsa con comida china, reconoció por el olor que desprendía.

—¿Qué hacéis vosotras aquí?

—Shhh, no hables tan alto —Su madre miró dentro de la casa con precaución antes de volverse a mirar a su hijo—, vas a despertarla.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Hugo miró por la puerta entreabierta para intentar ver algo, ya que encontrarse allí a su madre y su hermana lo había descolocado por completo.

—Vinimos esta mañana cuando nos enteramos de lo que le había pasado. —Su hermana lo alejó un poco de la puerta para evitar que ella los oyera—. Aunque ya nos lo podías haber dicho tú.

—¿Y? —Hugo levantó una ceja de forma interrogativa, ya que seguía sin entender nada.

—Venimos para ayudarla a limpiar. Ya sabes… —Su madre señaló el coche con la cabeza.

—¿Qué? ¿Habéis venido para ayudarla a limpiar?

Cada vez entendía menos. Chloe no era famosa precisamente por su simpatía con los extraños. No le gustaba la gente, se lo había dicho en numerosas ocasiones, ni que invadieran su intimidad. Pero estaba claro que su hermana y su madre aún seguían allí desde… ¿por la mañana?

¿Qué se le estaba escapando?

—¿Lleváis aquí con ella todo el día?

—No sé de qué te extrañas tanto —Su madre lo miró con cara de ofendida—, es una mujer encantadora, algo tímida, pero tremendamente necesitada de una amiga. No es tan fiero el león como lo pintan.

Hugo tuvo que sonreír, agradecido. No sabía por qué se extrañaba de que su hermana y su madre hubiesen podido acercarse a ella.

—No, no lo es.

—Y Chester es un perro increíble y está muy bien educado.

—Es cierto, sí que lo está.

Desde la puerta podía verlo echado junto al sillón, donde Chloe dormía, totalmente ajena a la conversación con ellos. O eso esperaba.

—¿Qué le habéis hecho para que se durmiera así?

Megan le golpeó el pecho, ofendida, haciendo que él amortiguase una carcajada por temor a despertarla.

—Eres un hombre horrible, ¿lo sabías?

Se acercó a darle un beso a su hermana en la frente, lo cual la desarmó, y le alborotó el pelo.

—Gracias.

—No duerme bien por las noches y anoche apenas pegó ojo. —Su madre también recibió un abrazo y un beso en agradecimiento mientras le explicaba lo que había pasado—. No ha parado en todo el día montando la cámara rota. Creo que se le ha olvidado conectarla, porque no ha sonado contigo. Así que cuando se ha sentado cinco minutos para tomarnos un café, ha caído rendida. Nos daba pena despertarla, pero no queríamos irnos sin despedirnos… Ahora has llegado tú, así que pórtate bien con ella. Todo esto la tiene preocupada, aunque no se queje ni diga nada.

—Lo sé.

—Bien hermanito, nos vamos. Dile que nos pasaremos por aquí otro día para ver cómo va todo. Y que me llame si necesita una amiga.

Las dos mujeres se fueron mientras él entraba en la casa y cerraba la puerta con cuidado de no despertarla.

No sabía bien qué hacer allí.

No esperaba que ella se enfadase cuando despertara y lo viera allí dentro, pero tampoco pensaba esperar fuera con el frío que hacía.

Chester se acercó y le lamió la mano en reconocimiento antes de volverse a sentar junto al sillón.

Decidió atender la chimenea al comprobar que se estaba apagando y que el salón se comenzaba a enfriar con rapidez.

Se volvía para mirarla de vez en cuando, por si despertaba que no se asustara, pero seguía completamente dormida.

Parecía cansada de verdad, y eso le hizo recordar que apenas había dormido la noche anterior.

Después de encender la chimenea decidió entrar en la cocina y calentar la comida.

La despertaría cuando estuviese caliente y la animaría a comer un poco antes de irse.

No quería que se pasase la noche durmiendo en el salón, que seguro no descansaría tanto como en la cama.

CAPÍTULO 13

Chloe sintió que alguien le sacudía la pierna con cuidado.

Despertó de golpe, incorporándose en el sillón y sacando la pistola en el mismo movimiento.

Hugo no había visto nunca a nadie pasar de estar completamente dormido a apuntarle con una pistola solo cinco segundos después. Mientras sus ojos lo miraban aterrados antes de reconocerlo.

—Chloe, tranquila, no pasa nada. Soy yo…, tranquila. —Levantó las manos para indicarle que no llevaba nada con lo que poder sentirse amenazada.

—¿Qué? —Lo miró confundida y buscó a su alrededor por si había alguien más en la sala—. ¿Qué haces tú aquí?

Bajó la pistola para volver a guardarla en la cintura del pantalón.

—He venido a ver cómo ibas por aquí, y de camino he traído la cena.

—¿Qué hora es? ¿Y tu madre y tu hermana? ¿Cómo coño has entrado?

Se levantó nerviosa y se enfrentó a él, que la miraba intentando encontrar de golpe todas las respuestas.

—¿Qué pregunta contesto primero?

Ante la mirada irritada de ella le contestó, levantando un dedo por cada pregunta que respondía.

—Uno: son casi las nueve de la noche. Dos: mi hermana y mi madre se fueron cuando yo llegué, hace ya casi una hora. Tres: ellas me dejaron entrar en tu casa mientras tú dormías, supongo que pensaron que era de fiar.

Hugo le sonrió con dulzura cuando terminó.

—Muy gracioso —bufó. Se frotó la cara para intentar alejar el sueño que le embotaba la cabeza y la ponía de mal humor.

—Y cuarto —Le cogió la barbilla para que lo mirara—: si vuelves a apuntarme con la puñetera pistola, al final vas a conseguir mosquearme. —Se acercó para darle un suave beso en los labios que hizo que lo mirara aún más confundida—. Y quinto: ¡hola! ¿Siempre te levantas de tan mal humor?

Chloe lo miró aturdida, no esperaba encontrárselo en su casa y el aleteo tonto de su corazón cada vez que lo veía, la molestaba.

¡Era ridículo alegrarse tanto de verlo!

Le llegó el olor de comida china y tuvo que sonreír a su pesar.

—¡Hola! Me has asustado. ¡Lo siento! No deberías acercarte a mí mientras duermo. No te esperaba en mi casa, bueno, no esperaba a nadie, para ser sincera.

—Ya, supongo. No sabía de qué otra manera despertarte. No quería que la comida volviera a enfriarse.

Se acercó a la mesa y contempló las diversas cajas que esperaban ser abiertas.

—¿Has traído comida china? —¿Por qué se sentía tan absurdamente feliz de que él hubiese ido a verla llevando comida?

—No sabía qué te gustaba, así que, como tenía hambre, he comprado un poco de las cosas que más me gustan y que pensé que podrían gustarte.

—De la comida china me gusta casi toda. ¿Quieres que abra un vino o prefieres cerveza?

—Lo que tomes tú me viene bien.

—Bien, siéntate y ve sirviendo que vuelvo enseguida. ¡Chester, a comer!

El perro la siguió de inmediato a la cocina y desde allí la oyó servirle pienso al perro, y luego trastear con algunas botellas de cristal. Apareció con dos botellines de cerveza de trigo abiertos en la mano y sendos vasos.

Le pasó uno y se sentó frente a él en la mesa del salón mientras daba un trago de su botella directamente.

Luego se centró en lo que tenía servido en su plato, cogió los palillos chinos y se puso a comer tranquilamente.

—¿Vas a contarme lo que habéis hecho durante todo el día?

—Ni siquiera le he dado las gracias a tu madre y a tu hermana. Tienes una familia encantadora.

Que ella fuese capaz de agradecer a su familia que apareciesen por su casa sin invitación y la obligaran a soportarlas durante todo el día… y que incluso les quisiera dar las gracias… era, como mínimo, increíble en ella. O al menos en la Chloe que pensaba que conocía hasta el día anterior.

—No te preocupes por eso. Que las hayas dejado ayudarte todo el día, es suficiente agradecimiento para ellas. Y para mí. ¿Y bien?

La miró con fijeza para indicarle que seguía esperando su respuesta.

—Bueno, llegaron cuando acababa de empezar a cambiar las piezas rotas de la cámara del camino. No me esperaba que nadie viniese a ayudarme para limpiarlo todo. —Se lo quedó mirando fijamente con una expresión de cachorrito apaleado.

Hugo sabía lo que había sentido cuando se encontró con la ayuda inesperada. No estaba acostumbrada a recibir visitas, ni mucho menos a recibir ayuda de nadie. Así que supuso que no sabía bien cómo digerir sus sentimientos al respecto—. ¿Es cierto que no ha sido cosa tuya?

Hugo le cogió la mano sobre la mesa y se la apretó con cariño.

—No, no ha sido cosa mía. Como ves, tienes más gente a la que le importas, a parte de mí.

—Ya lo veo… y no sé muy bien qué hacer al respecto.

—Chloe, nadie espera que hagas nada. Dejarlas ayudarte es lo único que tenías que hacer. Y dejarme ayudarte es lo único que te pido. Que me dejes acercarme un poco a ti.

—No se me da bien la gente ni hacer amigos ni abrirme a nadie, ya te lo dije.

—Lo sé y tengo mucha paciencia. De todos modos, lo estás haciendo muy bien. Todos sabemos que no es fácil para ti. Te daremos todo el tiempo que necesites.

Le besó la mano antes de ponerse a comer de nuevo.

—¿Has podido averiguar algo?

Hugo le dio un trago a su cerveza antes de contestarle. Estaba claro que, si le preguntaba por sus averiguaciones, era porque no eran los que la seguían a ella, que ya le avisó de todas formas que no parecía la manera de actuar del tipo, o tipos, o quienes coño fueran, que tenía que reconocer que se moría por enterarse de lo que había pasado.

—No mucho. El coche coincide con el de uno de los amigos del alcalde y anoche estuvieron todos jugando al póquer hasta tarde. Así que todos tienen la misma coartada. Resulta que la mujer del dueño del coche se ha ido a la península para cuidar de su madre, que se ha roto la cadera y han tenido que operarla. Estamos comprobando algunas de las cámaras de tráfico que hay desde la casa del tipo hasta aquí, por si pudiésemos pillarlo en alguna de ellas. Pero no hemos tenido suerte. Nos pondremos con la sangre mañana, a ver si tenemos más suerte por esa parte. Han tenido que comprarla o robarla en algún sitio.

—Has estado ocupado, por lo que parece.

El tono de sorpresa en su voz no supo si mosquearlo o no.

—Ya te dije que los atraparía, Chloe. No sé cuánto tiempo me llevará, pero te aseguro que no va a quedar impune.

—Ya, pero es el alcalde. Creo que no te conviene enfrentarte a él.

—Lo haré si puedo demostrar que es la cabeza pensante de todo este asunto. Y si me preguntas si he averiguado algo, significa que no son los que te persiguen, así que eso nos vuelve al punto de partida, que es el alcalde. No creo que sea una travesura de un par de niñatos. No me cuadra en la gente de este pueblo. —Al ver la seriedad de su mirada, añadió—: Pero no quiero que te preocupes más de lo necesario. Déjalo en mis manos, yo me encargo del asunto. Y no me digas que puedes hacerlo, porque en este caso, los dos sabemos que no es verdad.

—Siento causarte molestias

Lo dijo en voz tan baja que Hugo no estaba seguro de si la había oído bien.

—Chloe, no es culpa tuya.

—Sí lo es.

Que no lo mirara a los ojos mientras se lo decía, le hacía pensar a Hugo que se sentía muy

culpable por todo lo que ocurría. Y todo eso era debido a la baja autoestima que tenía, y que algún hijo de puta se había encargado de inculcarle por repetírselo una y otra vez

«La tinta con sangre, entra» pensó abatido.

—Que haya algún idiota que quiera medirse contigo, no es culpa tuya.

—Todo esto no pasaría si no hubiese rechazado al alcalde.

—¡No lo estás diciendo en serio! —Ante su semblante, Hugo suspiró e intentó no enfadarse con ella—. Escucha, no puedes obligarte a salir con alguien o ser simpática con los demás, Chloe, tienes plena libertad para hablar, salir, reírte o follarte a quien quieras, sin temor a que se sienta rechazado. Y si me dices lo contrario, al final conseguirás mosquearme. No es culpa tuya que alguien se obsesione contigo porque se sienta rechazado, el problema es de esa persona.

—Ya, pero…

—No hay peros, Chloe —la cortó cuando se levantó para llevar su plato a la cocina—. Que el alcalde no te guste es una suerte. Sobre todo, para mí.

—¿Y si resulta que tú tampoco me gustas?

Ella se levantó tras él y se lo quedó mirando mientras colocaba en otro plato el postre que había comprado y se dirigía de nuevo a la mesa. Se paró frente a ella, en la puerta de la cocina.

—Si resulta que tampoco quieres tener nada conmigo, me lo dices y punto. Me desilusionaré un poco, porque es cierto que me gustas mucho y quisiera poder conocerte mejor, pero no voy a asediarte ni a atosigarte ni nada por el estilo. No le hago daño a las mujeres. Ya te lo he dicho. Me marcharé y seguiré con mi vida hasta olvidarme de ti. Punto.

Chloe se quedó mirando su espalda cuando pasó junto a ella para volver a sentarse en la mesa y partir el postre para los dos.

No, no parecía de los hombres que hacían daño a las mujeres.

Pero su marido tampoco lo parecía.

—¿Quieres un café?

Se sentó frente a él y comenzó a servir el trozo de una tartaleta de chocolate que él había comprado.

—No, estoy lleno. Esto… —dijo, señalando el trozo de tarta de su plato, que ya casi se la había comido— es mi pequeño gran vicio al que no puedo resistirme. El chocolate me puede. Además, estoy exhausto. Debería irme ya, tú también pareces cansada.

Chloe lo observó con atención, tenía ojeras bajo sus ojos azules y éstos parecían enrojecidos y apagados.

Sí que parecía cansado. Ella recordó que él tuvo una urgencia después de estar en su casa, y parecía que no había podido dormir nada después de eso.

—Sí, bueno, que me quedase dormida teniendo visita es una grosería imperdonable. —Tuvo que sonreír, muy a su pesar—. Pero indica el grado de cansancio que tenía. No suelo ser

tan desconsiderada con mis visitas.

—¿En serio?

Ella sonrió al recordar las palabras de él, de ser muy mala anfitriona por no dejarlo pasar a su casa las primeras veces que fue a visitarla.

—Bueno, en ese momento no estabas invitado y no eras precisamente una visita demasiado grata.

Se levantó para recoger la mesa al comprobar que ya habían acabado.

Hugo la abrazó por la cintura cuando se acercó a él y la sentó sobre sus rodillas.

Chloe sintió cómo su pulso se aceleraba con ese gesto.

Lo miró a los ojos, que en ese momento demostraban diversión… y algo más. ¿Deseo, tal vez?

—¿Ahora soy un invitado más grato?

Le retiró el pelo negro de la cara y se lo colocó con cuidado detrás de la oreja.

—Me lo estoy pensando.

Hugo no quiso hacer broma al respecto, porque supo que se lo estaba diciendo en serio. Sabía que ella no iba a seguirle el ritmo que él querría ponerle a su relación. No se fiaba de él ni de nadie, así que tendría que ir poco a poco hasta ganarse su confianza.

—Bien, esa era la idea, y ese es un principio muy bueno.

Le dio un suave beso en la punta de la nariz, porque si comenzaba a besarla como deseaba y ella respondía como la última vez, quizás no tuviera paciencia para darle a ella el tiempo que necesitaba. Dejó salir un gruñido suave.

—No vas a invitarme a subir a tu habitación, ¿verdad?

Chloe pensó en su cuerpo y de inmediato sintió ese rechazo que solía sentir hacia sí misma, y no estaba preparada para que él la rechazase también. Las preguntas que inevitablemente le haría… No, no era buena idea.

Supo su respuesta por la reacción de su cuerpo ante sus palabras.

—No me contestes Chloe. Puedo esperar el tiempo que necesites.

—Hugo…

—Chloe… —Le dio un suave beso en la mejilla para tranquilizar la mirada que había aparecido en sus ojos—, esperaré a que confíes en mí. Entiende que necesitaba preguntártelo, es todo.

—Lo siento.

Se levantó de sus piernas cuando él hizo ademán de levantarse para irse.

—No te disculpes, te dije antes que aceptar o no acostarte con un hombre es tu derecho. Siempre voy a respetar tus decisiones, aunque me encantaría saber los motivos, pero te repito que esperaré a que estés lista y confíes en mí.

Le dio un suave beso en los labios y salió de la casa, asegurándose de que ella cerraba con los tres cerrojos de seguridad antes de marcharse.

Ella lo vio alejarse por las cámaras de seguridad, antes de suspirar y apagar las luces y subir con Chester a su habitación.

CAPÍTULO 14

El invierno entró de lleno en la isla y la relación entre Chloe y el jefe de policía avanzaba lenta, pero avanzaba. Al menos todo lo que puede avanzar una relación donde una persona oculta su pasado bajo siete llaves y no está dispuesta a contar nada al respecto, ni siquiera a él, o quizás él era a quien menos quería contárselo por ser justo la persona que era: el jefe de policía.

¿Cómo podía sentirse un policía, al saber que su pareja era una asesina?

Y ese era el dilema que Chloe tenía consigo misma más de una vez.

Hasta que no se lo contase, no sabría lo que él opinaba al respecto. Pero decírselo equivalía a poder perderlo… y eso era lo que ella en principio quería evitar, porque se había dado cuenta de que le gustaba.

Le gustaba su manera de ver la vida y de enfocar los problemas, siempre buscando el lado positivo de las cosas. Sabía que podía confiar en él, ya que sus valores morales estaban muy por encima de los de la gente que conocía. Suponía que por eso era un policía muy bueno y querido en el pueblo.

No habían podido averiguar nada sobre el altercado en su casa, pero ya le había dicho que no pensaba rendirse. Estaba esperando que volviese la mujer de Jaime, aunque, por otro lado, también pensaba que ella estaría mejor lejos de él, y que ojalá tomase la decisión de dejarlo y no volver nunca por la isla.

Con la sangre no habían tenido suerte. En fin, que tenía que esperar, aunque no le gustase.

Amaneció un día de diciembre muy lluvioso y con un viento que anunciaba nieve de un momento a otro.

Chloe decidió bajar temprano al pueblo antes de que el día empeorase. Solo le apetecía encender la chimenea y sentarse en el sillón con un buen libro y una copa de vino. Y si conseguía que Hugo fuese a hacerle compañía…, mucho mejor.

Había sido muy paciente con ella. Estaba consiguiendo con su saber darle espacio, que ella volviese a confiar en los hombres, o al menos en él. Aunque sabía que tocaba pasar al siguiente nivel, y ese nivel, el de meterlo en su cama, la tenía nerviosa desde hacía ya varios días que estaba dándole vueltas al asunto. Nerviosa por la anticipación.

Lo deseaba.

Deseaba esas manos grandes y algo ásperas de trabajar con ellas. Deseaba sus besos lentos que le calentaban la sangre y poder comprobar todo el placer que era capaz de darle.

Aunque eso supusiera tener que darle algunas explicaciones sobre sus cicatrices del pecho,

por ejemplo.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza con pesar para quitarse la imagen de su cabeza, y al coger la curva con la calzada mojada con la lluvia, se encontró de golpe con un enorme ciervo parado en la carretera, justo ante ella.

No tuvo tiempo más que para dar un volantazo y esquivar al animal que la miraba asustado sin quitarse de la carretera, y empotrarse ante un enorme árbol que había a un lado del camino.

El golpe en el pecho y en la cara por el airbag le cortó la respiración y la aturdió por completo.

—¿Jefe?

—Ezequiel, estoy muy liado con esto, ya te lo dije —le contestó a su ayudante sin quitarle el ojo a los informes que estaba haciendo y que había prometido terminar ese día—, si no es de vital importancia…

—Chloe ha tenido un accidente.

Hugo levantó la cabeza de los papeles y miró el móvil pensando que había oído mal.

—¿Qué?

—Ha tenido un accidente de tráfico —repitió Ezequiel más despacio—. La han llevado al hospital.

— ¿Qué ha pasado, Ezequiel? ¿Sabes cómo está?

Se levantó como un resorte y echó a correr para salir de la comisaría. María lo miró extrañada.

—Se le ha cruzado un ciervo y al esquivarlo se ha salido de la carretera y ha chocado con un árbol, por lo que me han dicho cuando llegué.

—¿Iba sola?

—Sí ¿Quieres que vaya al hospital para ver cómo está?

—No, voy para allá. Encárgate de todo, ¿de acuerdo?

—Claro, jefe, tranquilo, yo me encargo. Estoy esperando a la grúa para que se lleve el coche. Te mantendré informado.

Aparcó en la puerta de urgencias, pues sabía que allí tendría hueco de sobra. Luego saldría a disculparse con los de las ambulancias si era necesario, pero no podía perder ni un minuto buscando aparcamiento.

¡Por favor, que esté bien! ¡Que esté bien!

Entró casi corriendo en el hospital y se acercó al mostrador de urgencias.

—¡Hola! Han traído a Chloe Salcedo por un accidente de tráfico. ¿Sabes dónde está?

Clara, la enfermera de urgencias, miró sorprendida al jefe de policía. Era un hombre bastante tranquilo y en ese momento parecía muy alterado. Algo muy raro en él.

—Sí, jefe, ha entrado hace unos quince minutos, la han bajado a radiografía. Tendrá que esperar a que acaben y el doctor hablará con usted. ¿No tiene familiares?

—No, que yo sepa.

—Bien, lo dicho, le avisarán cuando acaben. Mire, ahí viene el doctor.

Hugo se volvió hasta ver a un hombre metido en los cincuenta y con una barriga cervecera bastante generosa. Conocía a Héctor desde que era pequeño y le operó las amígdalas.

—Jefe, ¿qué hace aquí? ¿Es que ya lo han llamado?

—¿Llamarme? —Miró al médico sorprendido, casi nadie sabía de su relación con Chloe, excepto su familia, los compañeros de trabajo y algunos amigos puntuales—. No, ¿por qué? Chloe es amiga mía —aclaró sin saber muy bien a qué se refería—. No he venido por motivos oficiales.

El médico lo observó atentamente unos segundos antes de asentir con la cabeza, tras evaluar rápidamente sus palabras.

—¿Cómo está?

—Ella está bien, pero quería hablar contigo de algo… delicado. Por favor sígueme y vayamos a mi consulta.

Hugo lo siguió algo preocupado. Si ella estaba bien, ¿para qué iban a llamarlo, entonces? Y más si no sabían la relación que había entre ellos.

—Por favor, siéntate, tengo algo que mostrarte.

Encendió el ordenador y se puso a buscar algo en él mientras Hugo se preguntaba qué era lo que pasaba.

—¿Desde cuándo conoce a la señorita Salcedo?

Hugo miró los oscuros ojos de Héctor, que lo miraban a través de sus gafas de culo de vaso por la miopía que tenía.

—Sé que llegó a la isla cuando yo me fui con mi familia por el infarto de mi padre hace casi nueve meses. Y mantenemos una relación más o menos desde hace un mes. Pero no me has dicho cómo está —le dijo agotando su paciencia.

—Ella está bien, se ha golpeado fuertemente el pecho y la cara con el airbag, por lo que le he hecho una radiografía de tórax, por si se había roto algo. Y tiene un esguince en la muñeca izquierda que le están vendando ahora. Pero ese no es el problema.

Hugo lo miró entrecerrando los ojos

—¿Entonces?

Le dio la vuelta a la pantalla del ordenador para que pudiese ver la radiografía que le había hecho.

—Mira atentamente aquí, aquí, aquí y aquí. —Le señaló diferentes costillas y la clavícula de la radiografía que estaba en la pantalla.

Hugo no sabía bien lo que quería que viese, pero presintió lo que iba a decirle.

Ahí tenía la evidencia, por si necesitaba pruebas de su pasado.

—Esta mujer ha tenido todas estas fracturas antiguas, Hugo. Son huesos soldados.

—Vale, doctor, ya sé lo que me va a decir. Ya sospechaba que era una mujer maltratada. No me lo ha confirmado abiertamente ni he conseguido que hable de ello, pero sabía que la cosa podía ir por ahí.

Sintió una ira tan profunda por el hijo de puta que le había hecho daño, que deseó poder estar fuera y golpear algo fuerte repetidas veces.

Respiró hondo intentando calmarse.

—No es solo eso, jefe. —El médico se inclinó en el asiento para poder mirarlo bien—. Por esas fracturas tuvieron que llevarla al hospital sin más remedio, en más de una ocasión, y, sorprendentemente, no hay ningún historial médico de Chloe Salcedo. Ni un puñetero resfriado. Nada. Nunca. Esta mujer —dijo, señalando la pantalla del ordenador— no ha existido nunca. Pensé que deberías saberlo y decidir qué hacer al respecto.

Se quedó pensando un momento antes de decidirse a seguir hablando, valorando si contarle todo lo que había descubierto sobre ella

—Hay más cosas que supongo que te lo contará ella cuando lo crea conveniente. Viendo su estado físico, puedo decirte que tiene más cicatrices en el alma que físicas…, que no son pocas.

«No habías caído en eso» pensó Hugo mientras seguía mirando al médico en silencio

—Esta mujer no es quién dice ser, y viendo un esbozo de su pasado… —dijo, refiriéndose a su radiografía—, no me extraña que esté huyendo del hijo de puta que le hizo eso. ¿Sabías algo de todo esto? A fin de cuentas, es tu amiga, ¿no?

—No. —No tenía sentido mentirle al médico—. Sé que no es quien dice ser y también que fue maltratada, aunque no con evidencias tan claras. Tampoco sé su identidad real, todavía. No se preocupe, estaré pendiente de ella. Necesito su discreción. Si está huyendo de alguien, debe tener sus razones. Nadie en el pueblo debe enterarse de esto.

—Eso no tienes que pedirlo. Miraré si han acabado para que puedas llevarla a casa. Le daré el alta porque se niega a quedarse ingresada esta noche, que es lo que debería hacer.

—Yo me encargo de ella. No se quedará sola.

—Bien, veré si han terminado ya de inmovilizarle la muñeca y le prepararé los papeles del alta. Puedes esperarla en la sala de espera.

El alcalde salió de una consulta del hospital y se quedó mirando pensativo a Hugo, que no se

percató de su presencia y seguía esperando a que ella saliese de la sala de curas.

SEGUNDA PARTE

WILLIAM FAULKNER DIJO:

«*Entre el dolor y la nada, elijo el dolor*»

CAPÍTULO 15

Se casó con su marido cuando apenas tenía veinticinco años. Lo conoció en una fiesta en la universidad y se sorprendió de que un hombre como él, tan guapo, elegante y seguro de sí mismo, que tenía a la mitad de las chicas de la clase y de los cursos anteriores locas por él, se fijase precisamente en ella, un tímido ratón de biblioteca en el que casi nadie se fijaba, porque, aunque era bastante mona cuando se arreglaba, con su cabello pelirrojo, tez blanca llena de pecas y enormes ojos verdes, ella intentaba pasar desapercibida por todos los medios, por lo que apenas se maquillaba ni se ponía ropa que llamara la atención de los hombres.

Su madre ya iba por el marido número tres y ella la había visto pasar de estar superenamorada y feliz de la vida, a estar hundida y acabada porque unos años más tarde se acababa el amor del hombre de turno. Como si estuviera subida a una montaña rusa emocional.

Y con los casi cincuenta años que tenía, seguía sin aprender la lección.

Se juró que no dejaría que ningún hombre le importase tanto como para dejar su felicidad en sus manos, así que sus relaciones con el sexo opuesto eran prácticamente inexistentes.

Hasta que conoció a Giovani Salas.

No supo qué le gustó de ella, él jamás se lo reconoció abiertamente. Aunque, como su humor era tan cambiante, y de eso se dio cuenta cuando ya estaba casada, nunca le preguntaría algo que seguramente le molestaría y le costaría una bofetada o un puñetazo en los riñones; era especialista en dar golpes donde no se viesen mucho y apenas dejase cardenales.

Pero se hubiese aterrorizado si él le hubiera dicho que lo que más le había gustado de ella era que pensaba que podía ser maleable. Podía conseguir que fuese la mujer perfecta que él quería, con el entrenamiento adecuado y la paciencia suficiente.

Sabía, porque ya lo había preguntado, que apenas tenía amigas, que tenía una relación casi inexistente con su madre, y que su padre había muerto hacía tiempo. Así que todos esos ingredientes hacían de ella la persona ideal que él estaba buscando.

Se enamoró de él casi de inmediato, dedicó todo el último curso de ella a invitarla a cenar, le mandaba flores, le hacía regalos caros, y consiguió llegar a su tierno corazón protegido casi sin gastar energías. Podía ser tierno y encantador cuando se lo proponía.

Que ella fuese virgen, fue mejor todavía, porque así no tenía opciones de compararlo con otras relaciones anteriores. Y así no sabía que hacer el amor no tenía por qué ser doloroso, sino una experiencia placentera, compartida entre un hombre y una mujer, con el fin de enaltecer los

sentimientos de la pareja. Una unión de almas y de espíritus, además de los cuerpos. El acto supremo de la confianza y el amor entre un hombre y una mujer.

Ella jamás lo había sentido así, y al no tener amigas íntimas con quienes hablarlo, no tuvo la oportunidad de vivir el sexo de manera plena y gozosa, como la mayoría de las parejas.

Por eso no entendía por qué su madre se casaba una y otra vez, por ejemplo.

Y por qué las mujeres aceptaban acostarse una y otra vez con diferentes hombres, si eso, la mayoría de las veces, no causaba más que dolor y vergüenza.

Ya se encargó él de enseñarle bien la lección.

La primera vez que la golpeó, regalándole una fuerte bofetada en la cara, fue el mismo día que volvieron de la luna de miel. Porque ella no se había apresurado a sacar la ropa de las maletas en el mismo momento en que llegaron de viaje.

Nunca la habían golpeado. Su madre había sido condescendiente y despreocupada con ella, ya que siempre estaba en brazos de algún hombre y apenas le dedicaba tiempo.

Se sorprendió más del hecho en sí, casi más de lo que le dolió el golpe, de que su marido, al que amaba más que a nadie en el mundo, fuese capaz de hacer algo así como método de enseñanza. Supo que eso no debía entrar en el ámbito de las cosas que suceden en un matrimonio. También sabía que debió marcharse ese primer día, con ese primer golpe.

Luego él volvió arrepentido y con un gigantesco ramo de rosas rojas, y consiguió hacerle ver que había sido culpa suya por no hacer las cosas como a él le gustaban. Ella lo perdonó.

Una y otra vez, mientras se dedicaba a machacar su autoestima y su cuerpo con golpes que no eran siempre físicos.

Comenzó a sentirse torpe en su presencia, siempre con miedo a hacer algo mal, lo cual, irremediablemente, le hacía romper cosas y tropezarse con todo, dando lugar a que la castigara por darle motivos reales.

La primera vez que la tiró por la escalera y se rompió el brazo, la clavícula y dos costillas, fue cuando se dio cuenta que no iba a salir bien parada si no ponía remedio. Los médicos sabían lo que le pasaba, pero ella se negó a reconocer que había sido por malos tratos.

¿Cómo había conseguido llegar a esa situación? Ella, que tenía formación académica, que era una mujer moderna, con ideales propios… su propia empresa. ¿Cómo dejaba que él le hiciera esas cosas?

Cuando llegaron a casa del hospital le dijo que quería separarse de él. La respuesta de su marido fue tal paliza, que estuvo casi una semana sin poder levantarse de la cama; esa vez ni siquiera se dignó llevarla al hospital porque llamaría demasiado la atención.

Y supo que la mataría si intentaba escapar de él. Así fueron pasando los meses.

Se mudaron a Miami casi al año de estar casados.

Era un abogado de mucho renombre allí y quería expandir sus otros negocios, no

demasiado legales, por esa zona de Estados Unidos. Así que un día le dijo que se mudaban a América por trabajo y ella no pudo ni quiso negarse.

Podía trabajar desde cualquier parte del mundo por internet, de hecho, apenas salía de casa en los últimos meses, así que cambiar de aires seguro que le podía ir bien.

Él quería tener un hijo y eso le provocaba a ella un mayor estado de ansiedad, ya que su cuerpo no parecía querer colaborar para darle un hijo, y eso, por supuesto, también era culpa de ella.

¡Que no valía para nada! Ni siquiera para poder darle un hijo.

Mudarse a Estados Unidos le abrió nuevos horizontes.

Buscaba la manera de poder deshacerse de él definitivamente, y aunque no sabía si sería capaz de llevarlo a cabo, se sacó el permiso de armas y se compró su primera pistola cuando apenas llevaba un mes allí.

Comenzó a salir de la casa por motivos laborales, o al menos eso era lo que le decía a su marido. De hecho, tenía un cliente que era agente del FBI, el cual se dio cuenta de lo que le pasaba y le prometió ayudarla y asesorarla.

Le consiguió el arma y la llevó a clases de tiro.

La estuvo asesorando de cómo podía largarse, que el gobierno le conseguiría una identidad falsa y podía ocultarla en los pisos protegidos que tenían por todo el territorio americano. Él se convirtió en el único amigo que tenía en el mundo, el único que se preocupaba por ella. Y se encargó de tenerlo tan en secreto, que su marido nunca se enteró de su existencia porque sabía que no dudaría en sacarlo del medio, y a ella también si pensaba que le estaba siendo infiel.

Gabriela lo estuvo estudiando todo detenidamente, ya tenía el nuevo nombre que le gustaría usar el resto de su vida: Chloe. Ya buscaría un apellido. E incluso sabía a qué lugar le gustaría poder mudarse…, aunque no era en Estados Unidos; quería volver a España, aunque no fuese a su ciudad de origen, sí le gustaría volver a su tierra.

Aunque demasiadas veces pensaba que el mundo no era lo suficientemente grande para poder ocultarse de su marido sin que la encontrara.

Era un hombre con los tentáculos muy largos y metidos en muy diversos temas, casi ninguno legal, así que difícilmente podía estar tranquila en algún lugar sin temor a que la encontrase y entonces… ese sería su final.

Ya se lo había advertido demasiadas veces.

«Nunca huyas de mí, porque te encontraré».

«No hay en el mundo agujero suficientemente pequeño donde puedas esconderte».

Un día fueron a una fiesta benéfica.

Aunque la mayoría de sus ingresos eran ilegales, ante la sociedad era un respetado abogado y, como tal, se obligaba a asistir a ese tipo de fiestas. Y en todas la obligaba a ir con él.

A ella cada vez le resultaba más difícil fingir ser una feliz pareja ante los demás.

Tuvo que cambiarse dos veces de vestido antes de encontrar el que le tapase todos los cardenales que aún le quedaban visibles tras la última paliza.

Él estuvo encantador con todo el mundo; ella se preguntaba cómo podía haber en una misma persona dos hombres tan completamente diferentes.

Lo odiaba y temía a partes iguales. Cada vez más. Y no conseguía encontrar el valor suficiente para dar el maldito paso. Porque sabía que, cuando lo diera, tendría que pasar el resto de su vida huyendo de él.

En la fiesta se encontró por casualidad a Bruno, el agente que la estaba ayudando y que la animaba a que lo abandonara antes de que fuese demasiado tarde.

Gabriela no quiso acercarse a él en toda la noche porque sabía que su marido no le solía quitar el ojo de encima ni cinco minutos, así siempre podía tener algo que recriminarle de lo que había hecho mal durante la noche.

Ni siquiera lo miró y rogaba en silencio para que su amigo hiciera lo mismo, porque su marido lo utilizaría contra ella en cuanto se quedasen solos. Ni siquiera importaba que ella no mirara a ningún hombre en ningún momento, bastaba que alguno la mirase a ella dos veces y él se percatara de ello para saber lo que le esperaba cuando llegaran a casa.

Ya había ocurrido con anterioridad. Aquella noche la arrastró por toda la planta baja de la casa, agarrándola del cabello, por el mero hecho de que uno de sus propios amigos le había dicho que le gustaba mucho su largo cabello pelirrojo, el cual, esa noche había decidido dejarse suelto.

A la mañana siguiente se lo cortó casi al cero y sintió un perverso placer cuando él la vio, cortado como si fuese un soldado raso recién llegado al ejército, porque sabía que le encantaba. Pero se dijo que jamás le dejaría que volviera a hacerle eso. Así que, desde ese día, aunque se ganó un par de buenas bofetadas por desafiarlo, se encargó de que su precioso cabello de color cobre encendido nunca le llegase más abajo de las orejas, en un corte asimétrico y moderno que le encantó, porque le daba a su cara, con sus enormes ojos verdes y llena de pecas, una apariencia de duendecillo travieso que atraía a todo el mundo.

Bruno se colocó junto a ella sin mirarla siquiera y fingió mirar a la gente que bailaba en la pista.

En ese momento su marido había ido al baño, así que Gabriela supo que él había aprovechado ese momento preciso para acercarse a ella.

—¿Cuándo te decidirás a hacerlo? Gabriela, estoy preocupado por ti… Cada día que pasas a su lado…

—Lo sé…, pero últimamente no consigo estar a solas en mi casa. Creo que se huele algo… y me vigila aún más que antes.

—No deberías quedarte más tiempo con él. Cada hora que pasas allí corres más peligro.

—Lo sé. Me pondré en contacto contigo en cuanto pueda organizarlo.

Gabriela miró hacia atrás para comprobar que no había vuelto su marido. Y no estaba a la vista, pero, aun así…, siempre tenía la sensación de que la tenía vigilada de cerca y no conseguía sacárselo de encima.

—Tengo que volver a la mesa.

—Toma —dijo, dándole un botón del pánico que ella cogió y guardó con rapidez en su escote al no tener otro lugar a mano donde ocultar el dispositivo—. Estarás conectada con nosotros directamente —informó, refiriéndose a su comisaría—. Si te sientes amenazada en algún momento, púlsalo, Gabi, por favor.

Se alejó de Bruno y cogió una copa de champán de un camarero que se acercó a ella con una bandeja. Así, si su marido le preguntaba dónde había estado, siempre podía decirle que había ido a por una copa porque tenía sed.

Giovani hablaba con su hermano Frank, su mano derecha en los negocios, y que había sido invitado junto a su mujer a la misma fiesta. Al fin y al cabo, los Giovani eran conocidos como un binomio y lo hacían todo juntos. Eran casi inseparables, así que siempre invitaban a los dos a todos los eventos.

A Gabriela no le gustó la mirada que ambos le dirigieron cuando ella llegó a la mesa.

Se sentó junto a su marido con el corazón a mil por hora y miró con atención hacia el lugar donde había estado hablando con Bruno, el cual comprobó que seguía en el mismo sitio, observando con atención, en este caso, a la gente que seguía bailando en la pista.

«¡Por favor, no te des la vuelta, no mires hacia aquí!» pensó.

Sabía que su marido la había visto allí, junto a él, y aunque de espaldas como estaban no habrían podido asegurar que estuvieran hablando entre ellos…, les tuvo que resultar extraño verla allí parada.

Pero que ella no viera la mesa no significaba que ellos no la hubiesen visto allí sola, ya que se suponía, o eso deseaba ella con todo su corazón, que no la habían visto hacer ningún movimiento que delatase que hablaba a escondidas con otro hombre y, peor de todo, que pensase que lo conocía de antes.

De ser así, era mujer muerta.

—¿Buscabas a alguien en la pista?

Gabriela contuvo la respiración y se obligó a mirar a su marido con calma. Sus ojos fríos le provocaron un escalofrío y por un momento pensó que lo sabía.

Miró la mano que le sostenía la muñeca con fuerza y levantó sus ojos hacia él, intentando

parecer sincera.

—No, me he acercado porque pensé que había visto a alguien que conocía, pero me equivoqué.

—Pero has estado mucho tiempo allí sin hacer nada.

Su mano le seguía acariciando la muñeca, lo cual empezó a ponerla más nerviosa todavía.

—Bueno, era divertido ver a tanta gente bailando y pasándoselo bien. Por un momento me he dejado llevar.

—Ya sabes que bailar no es lo mío.

Le soltó la mano y bebió de su propia copa de champán, aunque sus ojos claros seguían clavados en ella.

—Lo sé y no importa, de verdad.

—Bien. —Se acabó la copa de golpe y se levantó—. Nos vamos a casa, ya me cansé de hacer vida social por hoy.

Gabriela se levantó como un resorte. No quería darle ningún motivo para hacerlo enfadar y algo tan simple como pensar que se demoraba en seguirlo cuando decía de irse ya le había causado más de un problema.

Tenía la lección bien aprendida.

Era como un perro adiestrado a base de golpes.

Su hermano también se levantó para marcharse y ambos hablaron durante unos segundos.

Gabriela no era consciente de que la gente, cuando la miraba, la veía con cara de pánico siguiendo a su marido, como si fuese una cachorrita asustada detrás de su amo después de haberla apaleado en repetidas ocasiones.

Bruno los vio marcharse desde la distancia y suspiró nervioso, pensando en que ella de verdad no parecía ser consciente del verdadero peligro en el que vivía.

Los había estado investigando desde que conoció a Gabriela. Esa mujer aterrada que empezaba a ser solo la sombra de sí misma en tan solo unos meses que hacía que la conocía.

No podía soportar verla tan destruida, tan hecha polvo, su autoestima había sido pisoteada hasta hacerla desaparecer, convirtiendo a una mujer joven y llena de vida en una versión aterrada de lo que era. Había perdido el completo timón de su vida y se aferraba a pequeños jirones de carácter; lo único que la seguía manteniendo con vida.

Pero si no le echaba huevos y decidía dejarlo definitivamente…, cualquier día lo avisarían de que la había matado de una paliza de muerte y ya no se podría hacer nada por ella.

CAPÍTULO 16

Estuvo unos días más circunspecto de lo normal. Ella lo encontraba mirándola con fijeza sin decirle nada y eso le empezó a dar mala espina.

Le mandó un mensaje a Bruno para avisarlo de que tenía el extraño presentimiento de que algo se avecinaba, como una rara premonición. Igual que cuando mirabas el cielo despejado porque había soplado una pequeña brisa y sabías que se avecinaba una tormenta, aunque en el cielo no hubiese señal alguna que la delatara.

—Recoge lo imprescindible y mañana te diré dónde tienes que ir. Avisaré para que lo tengan todo preparado —le dijo Bruno. Gabriela miró la pantalla del móvil como si pudiera ver al detective al otro lado—. No quiero que te quedes con él ni un día más de lo necesario, ¿me oyes?

Sabía que era lo correcto, que debía marcharse antes de que descubriera que pensaba abandonarlo porque, si se enteraba…, estaba segura de que ya no podría marcharse.

—Está bien, intentaré tenerlo todo listo para mañana por la mañana, cuando salga a trabajar al despacho te avisaré.

—De acuerdo, estaré esperando tus noticias. No tienes más que darme un toque e iré donde estés. En la comisaría están todos avisados. No estás sola en esto. Recuérdalo, ¿vale?

Esa noche dejó preparada su pequeña maleta y la guardó detrás de unas cajas del altillo de su vestidor, donde él rara vez entraba. Comprobó que no se viese nada fuera de lugar desde el pasillo ni desde dentro del vestidor.

Bajó a cenar nerviosa. El servicio tenía los viernes libres, así que estaba sola con él en la casa.

Había llegado hacía un rato, se dio una ducha y se puso ropa cómoda. No había salido de su despacho desde entonces.

Ella sirvió la cena con cuidado de que todo estuviera a su gusto. El mantel correctamente colocado y planchado; lo había revisado más de tres veces de manera obsesiva para comprobar que no se le escapara nada que le valiese un golpe en los riñones o una bofetada traicionera. Comprobaba el estado de la mesa mientras se frotaba las manos con nerviosismo cuando lo vio bajar la escalera con su maleta en la mano, que tiró a sus pies de mala manera.

Gabriela entró en pánico, abrió los ojos aterrada y los clavó en los de él. Intentaba poder adelantarse a lo que sabía que se le venía encima.

—¿Quieres explicarme qué es esto?

No le gritó. No necesitaba hacerlo, su tono de voz frío y cortante le puso el vello de punta por el terror que le producía.

—Te he hecho una pregunta.

«Si te descubre antes de irte, niégalo todo».

Le vino la voz de Bruno a la cabeza.

«Intenta ganar tiempo y busca ayuda». «Pulsa el puñetero botón del pánico».

—No tengo ni idea de dónde estaba esa maleta.

Intentó que su voz sonara calmada y metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, tocando rápidamente el botón que tenía y rezando para que la ayuda llegase pronto. Antes que fuera demasiado tarde.

Esa respuesta lo desconcertó, porque la miró entrecerrando los ojos para evaluar si le mentía o no.

—No me tomes por tonto, Gabriela, ¿pensabas abandonarme?

—¿Qué? —Se obligó a mirarlo de cerca y a parecer sincera. No tenía ninguna escapatoria, excepto esperar la ayuda, así que debía intentar ganar tiempo y darles tiempo para llegar a socorrerla—. No, claro que no.

—¡No me mientas, maldita puta! —Le tiró su revólver a la cara y, como ella no se lo esperaba, le dio de lleno en el pómulo.

Comenzó a sentir un dolor sordo donde el arma le había golpeado, pero estaba tan asustada que ni siquiera lo sintió, tampoco la sangre que empezó a correr lentamente por su mejilla, a través del pequeño corte que se hizo por el impacto. El arma rebotó en el suelo y cayó bajo el sillón, totalmente fuera de su alcance.

—¿Para qué coño querías esto, entonces?

—Hace tiempo que la tengo. —Lo cual era verdad—. Ya sabes que la ciudad no es demasiado segura últimamente.

—Mientes, maldita sea.

Le dio una bofetada que a punto estuvo de tirarla al suelo. La sangre empezó a brotar de la comisura de su labio roto.

—No te estoy mintiendo —murmuró.

No podía controlar las lágrimas que se le desbordaban.

Empezaba a sentir pinchazos en sus costillas porque apenas podía respirar. Sabía que estaba teniendo un ataque de pánico y que no debía dejarse llevar por él.

«Respira despacio. Respira despacio y piensa algo, maldita sea» pensó para sí misma. «¡Entretenlo!»

—¿No me mientes? —le gritó, ya fuera de sí.

Sacó el móvil de ella, abrió los WhatsApp de Bruno y la cogió del cabello con fuerza para

acercarla y que mirase la pantalla con él.

—¿Vas a decirme que no has quedado con este tipo para abandonarme mañana por la mañana? Eres una puta.

Se odió por no haber borrado ese último mensaje. ¿En qué estaba pensando? Había sido cuidadosa hasta la extenuación en borrar cada palabra que le escribía a Bruno. ¿y se le había olvidado borrar precisamente el que más la comprometía?

Le tiró del cabello con fuerza para acercarla más a él y le cogió la mano que ella había alzado hasta él para intentar defenderse. Le dobló el dedo anular hacia atrás hasta rompérselo sin contemplación. El chasquido que se oyó le hizo sonreír a la vez que ella daba un grito agónico cuando sintió tal dolor en su mano que pensó que se desmayaría.

La sostuvo por el cabello, que aún le tenía sujeto, y de un fuerte tirón la obligó a levantarse.

—No volverás a mentirme, pequeña puta, ya sé quién es ese detective que estuvo en la fiesta hablando contigo el otro día. —Volvió a tirarle del cabello para asegurarse de que le prestaba atención—. No irás a ninguna parte. Tú lugar está aquí conmigo. No eres nadie sin mí, ¿me oyes?

—¡Te odio! —le gritó a la cara. Sentía tanto dolor en todas partes que ya le daba igual lo que hiciese con ella, sabía que la mataría, pero, por lo menos, quería decirle todo lo que pensaba de él—. Eres un maldito mafioso cobarde que obtiene placer pegándole a las mujeres. Eres escoria.

—¡Cállate, maldita sea, cállate!

Le dio un fuerte puñetazo en el mismo pómulo donde había recibido el golpe antes y ella cayó sobre la mesa; de allí al suelo, arrastrando consigo el mantel y todos los platos y cubiertos que cayeron con ella, formando un estruendo considerable.

—Puedes pegarme tanto como quieras, al fin y al cabo, es lo único que sabes hacer. En cuanto pueda levantarme me largo de aquí y te denunciaré a la policía.

No se esperaba que se lanzara sobre ella y la cogiera con fuerza del cuello y golpeara el suelo con su cabeza una y otra vez.

—Tú no irás a ninguna parte, zorra estúpida. Antes acabaré contigo.

Gabriela sentía su cabeza golpeando contra el suelo, pero la angustia le llegó cuando comprobó que no pensaba aflojar la presión de sus manos. Los ojos de él la miraban enloquecidos mientras seguía golpeándola y apretándole el cuello sin parar.

Ella empezó a patalear y a intentar quitárselo de encima mientras sus manos buscaban algo en el suelo para utilizar como arma.

Cuando sentía que no aguantaba más y todo se volvía negro a su alrededor, cerró la mano en un objeto alargado y, sin ni siquiera saber lo que era, acertó a golpear a su marido en el cuello la primera vez. Después en el costado en repetidas ocasiones, hasta que chocó con una de

sus costillas y se le paralizó la mano hasta el codo por el calambrazo que sintió. El cuchillo se le cayó de las manos y de repente las que le apretaban el cuello, aflojaron, soltándola poco a poco a la vez que el cuerpo de él se desplomaba sobre el suyo.

Ella empezó a respirar con agonía mientras todo le comenzaba a dar vueltas.

Y de pronto oyó unas voces lejanas.

La caballería acababa de llegar.

¡Benditos fueran!

Gabriela no despertó hasta dos días después. Estaba en un hospital y no tenía constancia de lo que había pasado desde que la cogió por el cuello para estrangularla.

Bruno la visitaba todos los días, le informó de todos los trámites que le esperaban y de todas las declaraciones que le tomarían sobre lo sucedido.

Bruno le aseguró que no tendría que ir a la cárcel, ya que tenía eximentes suficientes para que la declarasen inocente *del asesinato de su marido. Iban a alegar* defensa propia *y* miedo insuperable*, que era lo que su marido le provocaba sin ninguna duda.*

No fue a su funeral.

No soportaría tener que ver a Frank, ya que seguramente no iba a entenderlo. De hecho, su hermano le causaba el mismo terror que le había infundado su marido. Y ahora no sabía bien qué esperar de él.

No se equivocó.

Despertó sobresaltada en el hospital al sentir que la observaban y un escalofrío le reptó por la espalda como un animal vivo. Despertó pensando que le habían mentido y que su marido era el que estaba con ella en la habitación. Hasta que lo vio. Parado en el rincón más oscuro de la habitación, observándola en silencio. Parecía más delgado o quizá era efecto del traje arrugado que llevaba puesto y con el que parecía haber dormido. Cosa muy extraña, ya que, al igual que su hermano, era un hombre extremadamente cuidadoso con su imagen pública. Siempre iban vestidos de un modo impecable.

—Frank.

No sabía qué podía decirle porque aún no era capaz de asumir lo que había pasado y lo que ella había hecho.

—No quiero que digas nada. —Se acercó a su cama y ella se fijó en su rostro. Sus ojos estaban enrojecidos, suponía que de llorar y por la falta de sueño, pero su mirada enloquecida y llena de odio la marcó y supo que jamás podría olvidarla—. Parece ser que ni siquiera pagarás por lo que has hecho.

Ella se preguntó cómo era posible que él estuviese al tanto de los pormenores de la investigación. Lo cual le aclaró que tenían contactos en las más altas esferas, incluidas la policía o el ministerio fiscal.

—Pero te garantizo que no te librarás de esto tan fácilmente. Escúchame bien, puta: no sabrás cuándo, no sabrás dónde, pero te haré pagar por lo que le has hecho a mi hermano. Tu vida por la suya. Así se hará justicia. Nunca podrás volver a vivir tranquila. Vayas donde vayas, te encontraré.

CAPÍTULO 17

Hugo se sentó en la sala de espera hasta que acabaran de vendar la muñeca lastimada de Chloe y no pudo dejar de darle vueltas a las palabras del médico.

Susan, que trabajaba en el hospital desde que terminó la carrera de enfermería, se sorprendió cuando lo encontró de repente allí sentado y solo.

No esperaba verlo.

Llevaba sin cogerle las llamadas desde que había vuelto a la isla, después de irse unos meses a Madrid para tratar a su padre de la dolencia de corazón que le diagnosticaron meses atrás. Y por más veces que había intentado acercarse a él, no había tenido éxito.

Le gustaba el jefe de policía. Tan varonil, tan tranquilo y siempre dispuesto a ayudar a todos. Con esa energía de trasfondo que emanaba de él como un perfume y que sacaba a la luz solo en contadas ocasiones, lo que le hacía parecer, a veces, una pantera con apariencia de gatito, pero los que lo conocían sabían que debían tener cuidado con él.

En la isla se comentaba que iba detrás de la mujer del acantilado, una muy rara con un perro gigante… Susan no se consideraba una mujer complaciente que permitía que nadie le quitase lo que era suyo. Y Hugo Valenzuela era suyo, o al menos lo había sido hasta hacía poco y aún lo echaba de menos por las noches en su cama.

Allí precisamente era donde dejaba salir ese animal salvaje que se escondía bajo su piel de cordero. Y quería volver a meterlo en ella, de donde no pensaba que quisiera salir por voluntad propia.

No pensaba dejar escapar la oportunidad de hablar con él.

Quizás tenía suerte y lo pillaba receptivo a sus encantos, porque siempre le había dicho que tenía un cuerpo que podía volver loco a un hombre.

Se acercó a él con un movimiento de caderas que hizo que varios hombres que pasaban junto a ella se giraran al verla pasar.

Ella sonrió, satisfecha.

En efecto, a su sexapil no le pasaba nada y solo había que volver a mostrárselo a Hugo para que se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo.

Unos tacones acercándose a él fue lo que lo puso sobre aviso.

Levantó la vista para encontrarse a Susan justo delante de él. No pudo evitar la mirada de decepción que apareció en sus ojos por un momento y que ella pudo percibir con claridad

En ese momento supo que no había ido para verla a ella.

—Hola, Susan.

Se levantó para saludarla y darle dos besos.

Ella seguía oliendo ese perfume que tanto le había gustado en otros momentos, pero que ahora le resultó demasiado intenso.

— Hola, guapo, ¿has venido a verme?

No pensaba dejarlo en paz, así que estaba dispuesta a aprovechar el momento que se le presentaba.

—¿Qué? —Sonrió condescendiente—. No, he venido a recoger a una amiga.

—¿La conozco?

Hugo dio un paso atrás, ya que ella se había pegado a su cuerpo mucho más de lo que debería. Estaban en un lugar público, después de todo.

Se sintió culpable por no haber ido en persona a aclarar la situación con ella.

Su mirada se iluminó cuando vio aparecer a alguien tras ella.

—Discúlpame un momento

Pasó por su lado sin dedicarle ni una mirada más.

Susan se dio la vuelta para descubrir a la persona que él esperaba y se encontró con una mujer que traían en una silla de ruedas. Tenía el brazo izquierdo vendado y la cara parecía quemada por el roce de un airbag… y entonces recordó que había llegado hacía un rato una mujer que había tenido un accidente de coche

Así que esa era su nueva amiga.

Sentada como estaba, solo podía ver que era alta y delgada. Tenía el pelo muy negro recogido en una coleta y la zona de la cara que no tenía herida aparecía completamente llena de pecas.

Tenía unos espectaculares ojos verdes, grandes y rasgados, y en ese momento parecían apagados y tristes.

Lo oyó hablar con ella desde donde estaba.

—Hola ¿estás bien?

Se agachó junto a ella y la miró con atención. Tenía las mejillas quemadas, supuso que del airbag, y sus ojos por lo general tan expresivos parecían apagados.

—Sí. ¿Podemos irnos? El médico me ha dado el alta.

—Claro. Vamos.

Valentín salió de detrás de la columna desde donde los había estado observando y se fue a buscar a Susan.

Acababa de ocurrírsele una idea.

— Susan, ¿tienes un momento?

—¡Hola, alcalde! ¿Ya le han hecho la analítica?

—Sí, acaban de terminar. ¿Tienes tiempo de tomarte un café? Me gustaría hablar contigo de un asunto… personal.

No pudo evitar mirar hacia atrás para ver que nadie los estaba oyendo en ese momento, y al mirar hacia la calle pudo ver que Hugo ayudaba a Chloe a subir al coche oficial en el que él había llegado. A ella no le pasó desapercibido el rictus de contrariedad que marcó su boca antes de sonreírle de nuevo con esa mirada fría y calculadora que lo caracterizaba y que todo el mundo conocía en él.

—Claro, si es solo un momento.

Se moría de ganas de enterarse de lo que tramaba.

Se había enterado de algunos detalles que le habían pasado con esa misma mujer. Se rumoreaba que le iba detrás, aunque ella no le había hecho mucho caso y que esa mujer había decidido lanzar sus redes hacia el jefe de policía sin tener demasiados reparos en que él ya estaba pescado. Según su criterio, claro.

Tendría que ir a hacerle una visita y mantener una conversación de mujer a mujer; seguro que así se enteraba de una vez que no debía meterse en medio de ninguna pareja.

Pidieron el café y se sentaron en una mesa apartada, buscando algo de intimidad.

—¿No te jode que te hayan quitado el pastel justo delante de tus narices?

Susan miró al alcalde mientras se acercaba el café a los labios para probar si estaba demasiado caliente. Sopló un poco antes de decidir contestarle.

—Bueno, Hugo siempre ha sido algo escurridizo. Pero estoy segura de que se cansará pronto de ella y volverá conmigo. No le gusta demasiado el compromiso, estábamos intentando aclarar eso antes de que sucediese lo de su padre y nos distanciáramos… por los nuevos vecinos, ya me entiende.

Valentín sopló su té verde, que comenzó a remover con tranquilidad antes de volver a posar sus ojos sobre ella.

Era una mujer escultural con un cuerpo curvilíneo que atraía la atención de todos y, como ella lo sabía, solía ir vestida de manera que pudiera sacar el mayor provecho posible. Así que debía reconocer que siempre iba impecablemente vestida y maquillada. Gran contraste con Chloe, que casi siempre iba vestida con vaqueros y sudaderas anchas y que rara vez se maquillaba para tapar el sinfín de pecas de su cara. Aun así…, esa mujer tenía algo que lo había atraído hacía ella, como una polilla a una bombilla encendida, aun sabiendo que no le gustaba. Ahora era su amor propio el que hablaba. No pensaba dejar pasar la humillación de la que todo el mundo parecía haberse enterado el día de su visita, cuando ella lo apuntó con el arma y le amenazó con azuzar al perro. Y no sabía bien por qué, pero pensaba que Susan podía ayudarle a vengarse de ella.

Y de él.

—Valentín, ¿qué quieres de mí?

—Quiero saber si estás dispuesta a vengarte de esa mujer y recuperar a Hugo cuando la quitemos de en medio.

—¿Y qué es en lo que estás pensando exactamente? Te recuerdo que Hugo es el jefe de policía y no dejará que hagas nada ilegal contra ella.

—Lo sé. No quiero hacer nada ilegal. —No iba a reconocer que había buscado un detective privado para investigar su pasado y no había encontrado absolutamente nada. Muy frustrante, pero no pensaba darse por vencido—. ¿Podrías conseguirme su historial médico? La han traído al hospital por un accidente…

—Lo sé, solo le hemos hecho unas radiografías del tórax, una analítica para descartar alcohol en sangre para el seguro y se le ha inmovilizado la muñeca por una torcedura.

—Aun así…, ¿puedes conseguirlo?

Lo miró con fijeza, evaluándolo. Era un hombre poderoso con los brazos muy largos. No tendría problemas en hacer una copia de su historial médico y pasársela a él. Ella no la había mirado siquiera, pero la idea de que Hugo la rechazara por algún motivo y dejárselo libre de nuevo… Era demasiado tentador para no acariciar la idea.

—De acuerdo. Necesitaré unos días para sacar copias.

—Anota mi número de teléfono. Cuando la tengas, me avisas.

—Una cosa, alcalde, quiero estar al tanto de lo que sea que decida hacer con ella, y debe prometerme que no le hará ningún daño físico.

—Por supuesto que no —declaró muy digno, acabándose el té—. Solo quiero comprobar algunas cosas, es todo. Y si sale bien la quitaré de tu camino para que puedas retomar el romance con el jefe, justo donde lo dejasteis la última vez.

—¿Y usted qué gana con esto?

La mirada que le dirigió antes de contestarle le puso el pelo de punta

—Yo la pondré en su lugar. Digamos que debe aprender qué lugar le corresponde a cada uno. Mantenme informado.

Chloe observó el agua caer tras la luna delantera del coche patrulla de Hugo. Como no tenía conectado aún los limpiaparabrisas, solo podía ver una imagen borrosa de lo que sucedía tras el cristal, y por esa tontería, junto con lo mal que se sentía, la hizo respirar de manera superficial porque las costillas le dolían horrores y la quemadura de la piel del golpe del airbag en las mejillas le ardía, como si llevase un tizón ardiente en la cara. Aquello le hizo recordar todo lo que le pasó cinco años atrás. Todo eso mezclado consiguió derrumbar la fría barrera sobre la que se escudaba normalmente.

No quería echarse a llorar. Y menos con Hugo a punto de subir al coche.

Podía oírlo hablando con alguien en la puerta del hospital mientras ella lo esperaba sentada dentro.

Siempre había alguien que quería hablar con él. En el tiempo que hacía que lo conocía, poco, para ser exactos, y ella le tenía echado el freno para que la relación no se le fuese de las manos, se había dado cuenta que era un puesto perfecto para él. Se llevaba bien con todo el mundo y tenía un elevado sentido de la justicia que hacía que tuviese una necesidad incansable de hacer el bien y ayudar a los demás. Todo el mundo lo sabía y por eso acudían a él, incluso personas de otros lugares, para que intercediera por alguien o ayudara a alguno a volver por el buen camino.

Estaba claro que hablar era lo suyo.

Tenía una paciencia infinita y sabía escuchar, muy raro en la mayoría de la gente.

Y eso era imprescindible en el trabajo que él realizaba en la isla.

Se sorbió los mocos, buscando inútilmente un pañuelo en su bolso, aun sabiendo de sobra que no lo encontraría.

No se sorprendió demasiado cuando la puerta del coche del pasajero se abrió y Hugo le tendió un paquete de pañuelos de papel en silencio.

La miró largo y tendido, escudriñando su cara con seriedad, y esperó a que ella se sonase y se limpiara las lágrimas que le caían por las mejillas.

—¿Mejor?

Chloe solo asintió con la cabeza. Él le cogió la mano que descansaba sobre sus rodillas y le besó la palma con suavidad, haciendo que le aleteara el corazón unos segundos más rápido.

Siempre se sorprendía de la extraña conexión que había entre ellos desde casi el primer día.

—Tardo un segundo. Termino aquí y te llevo a casa. Pareces hecha polvo.

—Acaba, no te preocupes por mí. Estoy bien. Algo sensible.

—Sí, pareces algo sensible. Y algo machacada también.

Miró tras él unos segundos y suspiró resignado.

—Vuelvo en un segundo, de verdad.

CAPÍTULO 18

—Te llevo a casa.

La miró un momento mientras arrancaba el coche patrulla. El golpe que llevaba en la cara a causa del airbag debía dolerle, junto con el que sabía por el médico que se había dado en las costillas. Pero su cara no demostraba absolutamente nada.

—No quiero entretenerte, si estabas ocupado.

Hugo pensó en el montón de papeles que le esperaban sobre su mesa cuando lo llamaron para avisarle del accidente.

—No importa, volveré a la comisaría cuando me asegure de que estás bien y en casa.

Hicieron el corto trayecto en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Cogió el desvío que le llevaba a su casa. Pudo ver al perro esperándola pacientemente en la terraza, resguardándose de la lluvia.

—Gracias por venir a recogerme.

—No seas tonta.

Bajó con ella y la acompañó para evitar que se mojara con el aguacero que en ese momento estaba cayendo.

Saludaron al perro, que estuvo unos minutos pidiéndole a su dueña que le hiciese algún mimo.

—¿Tienes tiempo para tomarte un café? —propuso Chloe.

Hugo decidió que quizá era un buen motivo para hablar con ella y contarle lo sucedido en el hospital. No sabía por qué pensaba que ella debía de saberlo.

—Sí, me vendrá bien. Tengo algo que contarte. Deja que te ayude.

Se ofreció a hacer el café al darse cuenta de que ella con el brazo izquierdo en el cabestrillo difícilmente podría hacerlo con una mano.

—¿Sucede algo?

Lo siguió con la mirada, intrigada. Había mantenido un extraño silencio todo el trayecto desde su coche hasta la casa, y al ser un hombre extrovertido, estaba acostumbrada a sus casi soliloquios, ya que solo le contestaba cuando le hacía alguna pregunta directa.

Le entregó el café cuando acabó de hacerlo y se sentó junto a ella en la isla de la cocina.

—Hugo, me estás preocupando. ¿Qué ocurre?

—Como no sé de qué otra manera contártelo, iré directo al grano. Héctor ha descubierto que

no eres quien dices ser.

Los ojos de ella se abrieron alarmados.

—No es posible que sepa quién soy.

Él le tomó la mano para intentar tranquilizarla.

Su tono de alarma había rayado el pánico, y no quería que se preocupara más de lo normal.

—No, escucha, no sabe quién eres en realidad. Solo me ha dicho que, al ver tu radiografía, se ha quedado extrañado de que en tu historial médico no aparezcan las visitas al hospital por las roturas de huesos anteriores que ha visto.

«¡Mierda, mierda, mierda!»

¿Cómo se le había podido olvidar ese detalle cuando le inventaron su nueva vida? Por supuesto, porque no esperaba que nadie hurgase en su historial médico, comparándolo con radiografías actuales. Era así de simple. ¿Y ahora?

—¿Qué te ha dicho?

Su voz alarmada lo obligó a tomarle la otra mano y apretarla para intentar tranquilizarla.

—Escucha, no ha dicho nada. Él ha supuesto lo mismo que yo: que no eres quien dices ser y qué debes tener grandes motivos para que te hayan dado una nueva identidad.

—Pero, si cuenta algo…

—Chloe, Héctor no dirá nada. Tiene un juramento hipocrático, ¿recuerdas? Tenía la obligación de comunicármelo a mí, y le he asegurado que yo estaba al tanto de todo, porque, al fin y al cabo, mantenemos una relación. Y no debería haber secretos entre nosotros, ¿no crees? Y menos uno como este.

—No tenemos una relación —dijo, intentando liberar sus manos, pero él se las apretó más fuerte—. No tendríamos esto —dijo, refiriéndose a lo de ellos— si me hubieses dejado en paz cuando te lo pedí. No soy quien crees, ya te lo he dicho. —Y como habían tenido esa conversación un montón de veces, sin lograr que él diese su brazo a torcer y la dejase en paz, añadió como último recurso—: No soy buena para ti. Por favor, no pierdas tu tiempo conmigo

Se acercó a ella con rapidez, evitando dañarle la muñeca herida, y le acarició la mejilla en la zona que tenía menos quemada. Ella cerró los ojos ante esa caricia tan leve.

—Ya te he dicho que no me importa tu pasado, sino nuestro futuro. Y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta para que me cuentes lo que tanto te asusta. Haré lo que sea necesario para protegerte de quien haga falta, pero no me pidas que me aleje de ti, porque no puedo hacerlo. Ya lo sabes. Y me gusta mucho el tiempo que paso contigo, jamás lo consideraría tiempo perdido, ¿está claro?

La besó con mucho cuidado en los labios hasta que ella suspiró resignada.

No, estaba claro que no se iría a ningún sitio. Para bien o para mal, lo quería a su lado.

Se quedaron mirando unos segundos después del beso y Hugo le dio un ligero toque en la

nariz antes de separarse de ella.

—Ahora tengo que irme. ¿Estarás bien?

Hugo se terminó el café y se levantó para marcharse. La vio coger su taza y beber con cuidado

—Estaré bien. Ve a cuidar de alguien por ahí, anda

—Estaré en la comisaría. Avísame si necesitas algo. Traeré chino para cenar, ¿te parece bien?

—Por mí, perfecto, ahora vete, que tengo que hacer una llamada.

—No trabajes demasiado, e intenta descansar un poco. Te veré esta noche.

Decidió llamar a Bruno. Hablaba con él una vez al mes, más o menos, y aunque ni siquiera él sabía dónde se encontraba, no quería perder el contacto porque era el único amigo que le quedaba. Y la única persona con la que hablaba que sabía lo que había pasado con su marido.

Sentía que su lealtad y su cariño eran incondicionales, y le encantaba poder hablar con él, aunque fuese de vez en cuando.

—¡Eh, forastera! ¿Cómo va todo por ahí? Empezaba a preocuparme por ti.

La alegría de su voz era tan auténtica que ella no pudo evitar sonreír.

—Bueno, me acabo de chocar con un árbol para no atropellar a un ciervo que estaba en la carretera, pero, aparte de eso, está todo bien

—¡No me jodas! ¿Estás bien?

—Sí, algo magullada, pero bien.

—Bueno cuéntame algo de ese policía que te estaba dando la lata. ¿Ha conseguido conquistarte ya?

Chloe suspiró resignada, sabía que Bruno no dejaría pasar el tema, sentía habérselo dicho en los primeros días que Hugo comenzó a aparecer por su casa. Pero estaba tan desconcertada de que le pasara algo así que no pudo callarse y necesitaba de verdad que le diese una opinión respecto a eso.

—Sigue por aquí, no he podido espantarlo de ninguna manera.

—Y… ¿qué tal con él?

—Aún no ha pasado nada. No puedo avanzar con él, ya lo sabes

—¿Por qué no se lo has contado ya, Chloe? Tiene derecho a saberlo.

—No puedo contárselo, Bruno… ¿Qué va a pensar de mí?

Suspiró con frustración, estaba cansada de darle mil vueltas al problema con Hugo y nunca

encontraba el momento de decírselo. Sabía que él la juzgaría, y entonces todo se acabaría. Y no se fiaba de que alguien como él precisamente fuese quien lo supiera en la isla. Si la voz se corría y la gente se enteraba… Por otra parte, no pensaba que él pudiese ser tan mala persona. Posiblemente no quisiera tener nada que ver con ella y sería normal, pero de ahí a contarlo…

Dios… ¡Empezaba a dolerle la cabeza!

Como siempre cuando pensaba en su incipiente relación con Hugo.

—Escucha, preciosa, tarde o temprano se enterará. Y creo que será mejor que se entere por ti, ¿no crees?

—Tengo otro problema más acuciante.

—Eso es nuevo. Dime

Su tono serio le indicó que contaba con toda su atención.

—El doctor que me ha tratado esta mañana ha averiguado que la radiografía que demuestra las roturas de huesos antiguas no coincide con mi historial médico. Así que ha hablado con Hugo.

—Es el jefe de policía de esa isla, así que es normal que acuda a él ante un caso así. No debes preocuparte por eso. De todas formas, no sabe tu verdadera identidad, ¿no?

—No, Hugo le ha dicho que ya sabía que no soy quien digo ser y ambos han supuesto que mi falsa identidad se debe a un caso de malos tratos.

Volvió a suspirar frustrada. No le gustaba mentirle a Hugo, aunque no sabía de qué manera salir de ese embrollo si no decidía contarle la verdad.

—Chloe sufriste violencia de género. De las peores que me he encontrado en mi trabajo. Ya te lo he dicho muchas veces.

—Ninguna termina matando a su marido —respondió ella en voz baja.

—No, la mayoría acaban muertas. Lo tuyo fue un accidente y un golpe de suerte para ti, todo en uno. Deja de atormentarte y de culparte de una vez, ¿quieres? Vas a conseguir mosquearme, joder. Ni siquiera la justicia te consideró culpable. Ya has pagado durante todos estos años lo que te estuvo haciendo en vida. Seguir atormentándote le da poder sobre ti. Deberías pensar en ello y dejarlo en paz de una vez. Está justo donde merece. Si no lo hubieses hecho tú, lo habría matado yo por lo que te hizo esa noche, joder.

Chloe se retiró el teléfono de la oreja ante el arranque de mal humor de su amigo. Al final siempre acababan de la misma manera cuando sacaban ese tema.

—No te enfades, por favor, no quiero que nuestra conversación de hoy acabe así. Solo quería saber tu opinión al respecto. No sé si debo preocuparme o no.

—Conociéndote, sé que te preocuparás. Lo que me extraña es que no hayas hecho la maleta y hayas salido corriendo, como acostumbras a hacer cuando te ves acorralada. No lo has hecho, ¿verdad?

La pregunta le sacó una sonrisa

—Aún no.

—Bueno

Chloe podía ver la sonrisa en la cara de su amigo solo por su tono de voz

—Si aún no has salido corriendo…, creo que ese policía te gusta más de lo que quieres hacerme creer. Creo que voy a ponerme celoso.

—No seas tonto. Eres muy importante en mi vida, ya lo sabes. Eres mi único amigo.

—Me hubiese gustado ser mucho más que eso… y lo sabes, pero supongo que nuestros caminos no se cruzaron en el momento oportuno.

Chloe no supo qué contestarle. Había visto cómo la miraba, tanto cuando estaba casada como el tiempo que lo estuvo tratando después de la muerte de su marido, pero él tenía razón, nunca fue buen momento para ellos. Y estaba encantada de tenerlo como amigo.

—Bueno, deja de preocuparte, el médico no puede decir nada, tienen un juramento hipocrático, y tu policía ya se imaginaba algo. Esto no ha hecho más que confirmárselo. Ahora deberías contarle la verdad. Es lo más justo para él. —Ante el silencio de ella, añadió—. Todo saldrá bien. Ya es hora de que empieces a confiar en alguien. Si él no está de tu parte cuando se entere, entonces no te merece, pero solo lo sabrás cuando hables con él. ¿Lo sabes verdad?

CAPÍTULO 19

Volvió a casa de Chloe para la hora de la cena. Durante todo el día estuvo pensando en lo que había descubierto sobre ella. Ya imaginaba algo así, pero tener las evidencias médicas hacía que sus tripas ardieran al pensar en el hijo de puta que la había estado maltratando.

«No huyo del que me maltrató».

Recordaba a menudo esas palabras de ella.

Si no huía de él, entonces, ¿de quién? Y lo más importante: ¿por qué? Odiaba no tener respuestas para todas esas preguntas. Y, sobre todo, deseaba poder estar cada a cara algún día frente al tipejo que la tenía convertida en un manojo de nervios, siempre asustada y alerta.

¿Quién llevaba un arma encima las veinticuatro horas del día sin trabajar en los cuerpos de seguridad?

Se obligó a pensar en otra cosa. Ya sabía que ella se cerraba en banda cada vez que le sacaba el tema, pero deseaba de corazón que ella confiase en él y le dijese de una vez todo lo que había pasado para poder ayudarla… y protegerla.

Abrió antes de que tocase el timbre, lo que le indicó que había estado atenta a su llegada.

—Hola, preciosa ¿Cómo estás?

Miró la quemadura que le había hecho el airbag en la cara y terminó mirando sus ojos verdes con detenimiento.

Se acercó a besarla con suavidad en los labios mientras la acercaba con cuidado a él, sujetándola por la cintura con una mano, ya que, en la otra, llevaba la bolsa con la comida china que había comprado para cenar.

Chloe suspiró cuando se separó de él y dio un paso atrás para dejarlo pasar.

«¡Tengo que contárselo!»

Llevaba unos días pensando en hacerlo y que luego él juzgara lo que quería que pasara entre ellos. Pero, al menos, merecía su sinceridad.

Después de lo que sucedió en el hospital y la charla posterior con Bruno… Solo necesitaba encontrar el momento oportuno.

—Estoy mejor. Pasa. Huele muy bien.

Saludó al perro mientras cerraba la puerta tras él y la siguió hasta la cocina.

—Siéntate y deja que te ayude, anda. Ya sé dónde están los platos y los cubiertos. Pareces cansada. Conociéndote, seguro que no has descansado nada en todo el día.

—He estado ocupada. ¿Abres el vino? —No quería contarle su conversación con Hugo, pero

sí quería hablar con él de otro tema que llevaba todo el día rondándole en la cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Hugo la miró mientras terminaba de servir la comida en los platos. Era tan raro que ella le preguntara algo, que logró avivar su curiosidad.

—Claro. Tú dirás.

—¿Crees que si nos acostamos dejarás de estar interesado en mí?

Él la miró como si de pronto le hubiese nacido una segunda cabeza.

—¿Perdón?

Le dio un buen trago al vino, porque de repente se le había quedado la boca seca.

—Ya me has oído.

La miró largo y tendido, intentando averiguar a dónde quería llegar.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, por eso te lo pregunto. —Se sentó a comer frente a él y también bebió vino de su copa mientras lo seguía mirando, esperando su respuesta.

—Eso no se puede saber. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que deje de estar interesado en ti? —No pudo ocultar su sorpresa y mal humor al darse cuenta de lo que significaban sus palabras—. Mejor no contestes a eso. También puede ser que me gustes todavía más. Ese riesgo también está. ¿No lo habías pensado? —Ladeó la cabeza—. Conociéndote, seguro que lo has pensado del derecho y del revés.

Empezó a comer mientras esperaba para saber a dónde quería ella llegar.

—Creo que nuestra relación está en el punto en el que debemos tener relaciones sexuales.

—¿Por obligación? —Su tono divertido le arrancó una sonrisa a Chloe.

—No seas tonto. Sabes que te deseo. Y me gustaría acostarme contigo

—Tanto romanticismo me mata. —Le cogió la mano por encima de la mesa para que lo mirara—. ¿A qué vienen estas ganas de repente? Pensaba que querías que fuéramos despacio. Quiero que estés segura cuando demos ese paso.

—Creo que deberías saber que posiblemente no te guste la experiencia de acostarte conmigo, así que no tiene demasiado sentido alargarlo para que, al final, termines decepcionado.

Se hubiese caído al suelo por la sorpresa si no hubiese estado sentado.

—¿De qué coño estás hablando, Chloe?

Ella bajó la mirada, avergonzada ante su casi gruñido.

Hugo le levantó la barbilla con el dedo para que lo mirara. La vergüenza de sus ojos le partió el corazón y entonces lo entendió.

—No hay mujeres frígidas en la cama, sino malos amantes. ¿No lo sabías?

Ella negó con la cabeza y esa necesidad de golpear al hijo de puta que la había maltratado tanto, se intensificó varios grados más.

—Saltan chispas entre nosotros solo con mirarnos. Que tu marido fuese un mal amante seguro que no era culpa tuya. —De pronto cayó en algo—. ¿Has tenido otras relaciones, aparte de tu marido?

Ella negó con la cabeza y a Hugo le dio una idea de lo que estaba pensando esa mujer.

—Bueno. Cuando nos acostemos te podré demostrar que no todos los hombres somos iguales en la cama. —Ante la mirada de ella, le sonrió y se puso a comer de nuevo—. Ahora come de una vez y deja de atormentarme, ¿quieres? No puedes decirle eso a un hombre y esperar que no piense en el montón de posiciones y lugares donde quiera hacerte el amor sin descanso.

—¿En serio?

—Sí, ahora come de una vez, por favor, y no seas mala.

Pero no pudo quitarse de la cabeza sus palabras en el tiempo que duró la cena.

—¿Para ti nunca ha sido placentero hacer el amor?

No pudo evitar la pregunta porque se moría por saber qué coño había hecho su marido con ella para que le tuviese que advertir de que no le gustaría hacerle el amor.

¿Qué clase de hombre le hace eso a una mujer?

Chloe le sostuvo la mirada y negó en silencio.

Bastante vergonzoso le resultaba el tema, pero estaba decidida a seguir adelante con la idea que se le había ocurrido durante el día.

Era cierto que lo deseaba, pero si se acostaban y a él no le gustaba en la cama, podía dejar de estar interesada en ella y la relación se acabaría, por lo que no tendría que preocuparse de contarle lo que le hizo a su marido.

Si por el contrario fuese agradable para ambos y la relación continuaba, se plantearía contárselo en algún momento.

Pero acostarse con él era la clave para tomar la siguiente decisión.

Algo le decía que no se negaría a acostarse con ella. Aunque se lo hubiese planteado de esa manera tan poco romántica, como le había dicho.

—Bueno, creo que no será muy difícil demostrarte que tu marido era un gusano despreciable que no sabía tratar a una mujer en la cama. —Y añadió, rumiando su mal humor—: Y fuera de ella tampoco.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

Su tono divertido hizo que Hugo dejara salir esa sonrisa lenta que ahora sí conseguía que su corazón latiese más rápido.

—Si has acabado con el café y quieres subir conmigo, te lo demostraré.

Ella soltó la taza y se puso de pie.

—Deja que cierre todo antes de subir y acueste a Chester.

—Te acompaño.

Le tomó la mano y juntos recorrieron las habitaciones para comprobar que todo estaba bien cerrado, y echaron un último vistazo a las cámaras.

Todo estaba tranquilo fuera.

Subieron a la habitación aún cogidos de la mano.

Si Chloe estaba nerviosa por lo que iba a pasar entre ellos, no lo demostró. Encendió la luz de la mesita, dejando la habitación en semipenumbra.

Sacó la enorme cama del perro, que estaba colocada en un rincón de la estancia, y la llevó a la habitación contigua. Chester la siguió sin rechistar y se echó en ella cuando la puso en el suelo.

—Duerme aquí —le ordenó al animal antes de volver a su habitación, donde Hugo la esperaba en silencio.

Había observado el cuarto con curiosidad. No le extrañaba que estuviera pulcramente ordenado y la cama, gigantesca estuviera completamente llena de almohadones de colores que le daban un toque pintoresco y exótico a la habitación. La persiana de la cristalera de la terraza estaba levantada y entraba la luz de la luna por ella. Se oía el canto de algunos pájaros que llenaban la noche de melódicas sinfonías de amor.

—Puede oler el sexo —le dijo cuando cerró la puerta de la habitación tras ella y se acercó a él de nuevo—. Será mejor que hoy duerma allí, no queremos interrupciones repentinas.

—Por mí, bien, creo que es mejor así. —La observó en silencio y le cogió la mano para acercarla más a él—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto hoy?

—¿Tú no? —Su tono dubitativo le hizo sonreír

—Claro que quiero. He querido desnudarte desde la primera vez que te vi. Pero si no te encuentras bien después del accidente que has tenido, podemos posponerlo unos días más.

Miró sus ojos verdes, enormes y rasgados e intentó ver en ellos lo que esperaba de esa noche. Pero solo podía ver determinación. Ni dudas ni temores… ¿Anhelo?

—Yo no quiero posponerlo más tiempo. Quiero saber qué siento al hacer el amor contigo.

Hugo gimió bajito porque sus palabras tan sinceras lo habían puesto a cien en un solo segundo.

—Necesito que me vayas guiando y me digas si algo no te gusta o si te hago daño en algún momento, ¿de acuerdo?

Chloe se acercó a él y le dio un tímido beso en los labios

—No me harás daño.

«No de la manera que piensas» se dijo a sí mismo.

Hugo la acercó más a él para volver a besarla en la boca.

La abrazó con cuidado de no hacerle daño en el brazo que llevaba en el cabestrillo y se separó un poco de ella para quitarle el pañuelo por la cabeza. Volvió a atacar su boca, esta vez

con más dureza. Su lengua la estuvo torturando, lamiéndole con suavidad la comisura de la boca, tentándola a dejarlo entrar en ella para asolarla en un beso lento, dedicado a ir deshaciendo sus barreras una a una.

Chloe empezó a devolverle el beso con las mismas ansias con las que se sentía besada, y cuando enlazó su lengua a la de él, sonrió mentalmente, sintiéndose triunfal cuando lo oyó gemir contra su boca.

¡Lo deseaba! ¡Dios, cómo lo deseaba!

Sintió las manos de él deslizándose bajo su sudadera y empezó a acariciarle la espalda desnuda, haciendo que su piel se fuese calentando allí donde la tocaba. Su boca y su lengua seguían en ese lento danzar que poco a poco iba consiguiendo que ella se olvidara de todo lo que no fuese él, sus manos y lo que le estaba haciendo sentir a su cuerpo.

Separó su boca de la de él, respirando como si hubiese estado corriendo una larga distancia, y Chloe se dijo que tenía que probarlo. Probar su sabor por todas partes. Primero probó su mejilla, que era lo que él dejó a su alcance cuando empezó a lamerle el lóbulo de la oreja, arrancándole a Chloe un hondo gemido.

Mordisqueó su mandíbula, golosa de su sabor, y metió las manos bajo su camiseta, maravillándose del calor que emanaba de su cuerpo como si una estufa diera calor desde el interior.

Hugo se dejó acariciar, pensando que empezaba a necesitar de toda su fuerza de voluntad para no tumbarla en la cama y avanzar más rápido. Esas manos inquietas y el sabor de su boca lo estaban volviendo loco.

La ayudó a colocarse despacio en la cama.

—Déjame quitarte la ropa — le susurró al oído. Se incorporó un poco y le quitó la sudadera con cuidado, maravillándose de la piel desnuda que había liberado y que la pequeña luz de la lámpara llenaba de luces y sombras.

No llevaba sujetador. Ese detalle hizo que su pene saltara dentro de sus pantalones, queriendo liberarse ya y unirse a la fiesta.

Sabía que esa mujer acabaría con él.

—Tienes un cuerpo precioso

Se lanzó a su boca de nuevo mientras sus manos volvían a recorrer su cuerpo, ahora libre de la ropa, y se centraban en los pezones hasta conseguir ponerlos totalmente erectos y arrancarle a ella un gemido de placer. Que su pelvis se elevara para intentar frotarla con la suya estuvo a punto de hacerle perder el control.

—Quiero tocarte, Hugo.

Se irguió un poco para quitarse la camiseta y volvió a darle a ella el control de su cuerpo, como acababa de pedirle. Chloe empezó a recorrerle los abdominales con manos nerviosas.

Hugo deslizó sus labios por la piel de Chloe con un reguero de besos hasta llegar a sus pezones, que lamió, besó y succionó con fuerza, arrancándole gemidos de placer que no podía controlar.

Chloe bajó sus manos hasta tocar su sexo, lo que lo hizo gemir y levantar la cabeza para mirarla de un modo feroz.

—Quiero tocarte —insistió ella y, dejándose llevar por su intuición, le empezó a desabrochar los botones de los vaqueros para poder meter la mano y acariciar su sexo bajo el bóxer.

—¡Joder, Chloe! No puedo ser suave si me excitas así.

Ella no pudo evitar una sonrisa traviesa

—No quiero que seas suave. Quiero sentirlo todo.

Siguió acariciándolo con movimientos de arriba abajo que él empezó a acompañar con su cuerpo.

—¡Dios Chloe, eres increíble! —gruñó aún más fuerte antes de cogerle la mano para pararla e intentar recuperar un poco de control—. Déjame que te desnude por completo. Te necesito desnuda.

Se desplazó por su cuerpo mientras le bajaba los vaqueros y le iba dejando un reguero de besos suaves por el exterior de sus rodillas hasta que llegó a sus pies. Le mordió el dedo gordo y sonrió perverso cuando la oyó gemir y sobresaltarse con fuerza bajo su cuerpo.

—Hugo…

Sabiendo lo que le estaba pidiendo, empezó a subir por el interior de sus piernas hasta que mordió su monte de venus, por encima del pequeño tanga.

— Por favor… —Ella levantaba la pelvis para intentar provocarlo lo suficiente y que le hiciese el amor.

—Aún no te he visto desnuda. —Le bajó el tanga espacio con la ayuda de dos dedos mientras la miraba con intensidad—. Pienso arreglar eso ahora mismo. Joder, tienes un cuerpo de infarto. Lo sabes, ¿verdad?

¿Podía ser más sexi?

Hugo miró su sexo unos segundos al ver su depilación brasileña y luego la miró a los ojos.

Chloe no pudo evitar sonrojarse de vergüenza, al fin y al cabo, apenas lo conocía para dejarle hacer con su cuerpo lo que quisiera.

Cuando Hugo empezó a lamerla con glotonería ella dejó de sentir todo lo que no fuese un intenso placer. Le bastó con penetrarla primero con un dedo mientras seguía lamiendo a conciencia, y luego con otro más para arrastrarla al primer orgasmo que había tenido en su vida.

Ahora sí entendía por qué su madre se casaba una y otra vez y por qué el sexo podía gobernar la vida de una persona.

Hugo tenía esa mirada feroz que empezaba a reconocer en él. Sonrió satisfecha y sin una pizca de la vergüenza que había sentido minutos antes.

—¿Lista para otro asalto? —Sonrió divertido ante su cara de sorpresa—. Esto, preciosa, no ha hecho más que empezar. Ahora es mi turno.

Se lanzó de nuevo a su boca en un beso abrasador que intentaba volver a calentarla.

Chloe le ayudó a bajar el bóxer y pudo tocarlo con total libertad. Sintió temor de volver a sentir dolor. Su marido no la tenía tan grande y siempre sentía un dolor intenso cuando él le hacía el amor. Claro que nunca le habían regalado unos preliminares tan largos y tan maravillosamente placenteros.

—Necesito estar dentro de ti —susurró Hugo con sufrimiento sobre sus labios.

Ya no podía aguantar más. Necesitaba penetrarla y rogaba no hacerle daño, porque estaba en un punto que cuando la penetrara no sabía si podría detenerse.

Ella abrió las piernas en una muda invitación y volvió a pasarle los dientes por la mejilla, le gustaba mucho el tacto de su barba en la lengua.

Hugo volvió a penetrarla con dos dedos para prepararla un poco y consiguió que ella gimiera sin control. Apretó los músculos de su vagina contra ellos en un gesto instintivo que lo hizo gemir, pensando en cuánto iba a disfrutar cuando estuviese dentro de ella.

Cuando Chloe empezó a mover la pelvis para que la follase con los dedos que tenía en su interior, supo que estaba preparada.

Hugo sacó los dedos y se colocó entre sus piernas con rapidez. Colocó su sexo en la abertura de su vagina y empujó solo un poco. Ella gimió aún más fuerte y elevó las piernas para facilitarle la entrada. Él empujó un poco más fuerte hasta adentrarse por completo en ella.

Era tan estrecha que pensó que podía correrse solo con eso. Su vagina se contraía de un modo rítmico, al compás de los gemidos de ella y del vaivén de sus caderas, invitándolo a que se moviese con ella.

No se hizo de rogar.

Enlazó sus manos con las suyas y empezó a moverse con suavidad, tragándose sus gemidos cuando se lanzó a su boca de nuevo para asolarla con la lengua en el mismo movimiento que sus caderas.

—Hugo… Dios…

No sabía qué pedirle. ¡Era demasiado! Sentirlo así de apretado dentro de ella… la estaba volviendo loca. Su boca estaba por todas partes, sus manos habían vuelto a sus pezones, arrancándole gemidos cada vez que los hacía girar entre sus dedos. Había empezado a moverse más rápido y estaba haciendo que algo dentro de ella comenzara a calentarse y hervir a fuego lento.

Hugo sintió que ella se preparaba para tener el segundo orgasmo, así que empezó a moverse

más rápido para ayudarla

—Córrete de nuevo, Chloe…

—No puedo… Dios, no pares, Hugo… Dios…

—Sí puedes. Córrete para mí. Vamos, nena.

Le succionó un pezón con fuerza y la catapultó a las estrellas con un grito agónico que lo arrastró con ella en un orgasmo liberador que lo dejó totalmente noqueado por el intenso placer.

¿Qué no le iba a gustar hacerle el amor?¡Dios bendito!

CAPÍTULO 20

Estaba acariciándole la espalda de manera lenta. Agradeciendo que por fin había conseguido tenerla donde siempre había querido. En su cama, bueno, en este caso en la de ella, pudiendo tocarla sin que se pusiese tensa como las cuerdas de un violín.

Ella oía su corazón latir fuerte y lento bajo su mejilla. Y no tenía idea de qué hacer con él una vez se había apagado la pasión del momento.

No quería que se quedase a dormir. No quería tener esos momentos de intimidad que se daban después de haber hecho el amor. No tenía ni idea de qué tenía que hacer ahora…

De hecho, no quería que su relación con él cambiase por lo que acababa de pasar. Aunque no tenía ni idea de cómo conseguir eso. Porque ahí estaba, desnuda, aún sobre él, dejándose acariciar por esas manos grandes que eran capaces de tocarla con infinita ternura o darle el mayor de los placeres. Y su boca… Se estremeció al recordar cómo la había llevado a un intenso orgasmo, el primero de su vida, solo con su lengua y dos de sus dedos.

Se sonrojó y se volvió a estremecer.

—¿Tienes frío? —Hugo la abrazó un poco más fuerte y los abrigó un poco más con el pluma de la cama. Le dio un tierno beso en la coronilla, que tenía justo bajo su barbilla—. Se está bien aquí ¿no?

—Umm.

Hugo rio bajito ante aquel murmullo que podía significar cualquier cosa. Estaba bastante callada y, conociéndola, sabía que su cabeza estaba dándole vueltas al modo de pedirle que se marchara. No sabía cómo no se lo había pedido ya. Posiblemente porque pensaba que él se podía sentir ofendido o algo por el estilo. Iba a tener que pedírselo abiertamente, porque pensaba alargar ese momento de intimidad con ella tanto como pudiese.

—Deberías dormir ya —le susurró, apiadándose de ella, que no pudo evitar un gran bostezo —. Supongo que no querrás que me quede a dormir, ¿no?

Su expresión corporal le dio la respuesta; se tensó e intentó separarse de él.

El teléfono de Hugo sonó en ese momento. Alargó el brazo para sacarlo de debajo de la cama y se acercó el teléfono a la cara para ver quién era.

—Salvada por la campana. —El nombre de Ezequiel le anunció que algo había pasado para requerir sus servicios—. ¿Qué pasa? —Suspiró y la miró con detenimiento mientras oía al otro hombre con atención—. Vale, voy para allá.

Chloe se había sentado en la cama, apoyó la espalda en el cabecero y se había tapado con el

edredón hasta el cuello para no coger frío. Contempló a Hugo con el torso denudo y el cabello despeinado. Estaba muy sexi. Entendió por qué Susan no quería dejarlo escapar. Aún tenía la oportunidad de volver con la otra mujer si quería, porque no sabía lo que pasaría entre ellos ahora. Si el deseo se apagaba después de la sesión de sexo o solo había conseguido encender unas chispas que podían convertirse en una llamarada con solo mirarse.

Algo le decía que era más posible esa segunda opción.

—Tengo que irme, ha habido una pelea en un pub y un par de borrachos lo han intentado destrozar entero, así te ahorras tener que decirme que me marche, como llevas tiempo pensando

Ella sonrió un poco avergonzada.

«Poco a poco, Hugo, no ganas nada presionándola» se dijo.

Se levantó y empezó a recoger su ropa del suelo para vestirse, ella se sonrojó al verlo totalmente desnudo, pero no giró la cabeza. Que él no se sintiera cohibido le dejaba claro que no era la primera vez que lo veían desnudo. Y que estaba más que a gusto con su cuerpo, aunque, con un cuerpo así, era para estar contento con él.

—Si me acercas la bata que está colgada tras la puerta te acompaño abajo para poder cerrar cuando salgas.

La miró sin decirle nada y se fue al baño para acercarle la bata. Se la puso con rapidez, aunque notó que los ojos de él recorrían su cuerpo antes de que lo tapase.

—Te acompaño. —Se levantó y pasó delante de él para ir encendiendo las luces hasta llegar a la puerta de la calle, de la cual se encargó de los tres cerrojos y la abrió para dejarlo salir.

Un viento frío del norte se coló por la puerta abierta, haciendo que la bata de ella se moviera un poco con la corriente de aire y se pegara a sus piernas. Se le puso la piel de gallina por el frío que sintió.

—Me pasaré a verte mañana. ¿Quieres que traiga la cena?

Se lo quedó mirando sin saber qué decirle.

—Chloe, lo que ha ocurrido demuestra que se puede hacer el amor con plaer, sin provocar dolor a una mujer. No sabemos qué pasará a partir de hoy. Deja de darle tantas vueltas a todo y vete a dormir. Ya veremos qué pasa, ¿vale?

Ella asintió y le sonrió, porque tenía razón. No podía estar pensando eternamente en qué pasaría al día siguiente. Tenía que aprender a dejarse llevar y ver qué le depararían los meses siguientes.

—Haré la cena. No te preocupes.

—Está bien. Buenas noches. —Le dio un suave beso en los labios antes de salir a la fría noche.

Ella cerró de nuevo la puerta con sus tres cerrojos.

Hugo aparcó el coche patrulla frente a la floristería donde trabajaba Ana, la mujer de Jaime. El todoterreno que tanto había estado esperando ver para poder investigarlo también estaba delante de la floristería.

Le había dicho a Ezequiel que pidiese una orden al juez para poder llevarse el coche y registrarlo minuciosamente. Su instinto de policía le decía que habían sido ellos, orquestados por el alcalde, los que asaltaron la propiedad de Chloe y le hicieron las pintadas. Y que la supuesta operación de cadera de su madre había sido la excusa perfecta para apartar a su mujer y al coche de en medio unos meses, pensando que se aburriría y dejaría el tema por olvidado, ya que todas las investigaciones que había hecho hasta el momento lo habían llevado a un callejón sin salida.

Ninguna pista sobre la sangre que utilizaron, y eso que había preguntado en todas las carnicerías y mataderos de las islas de alrededores… nada. Tampoco tenía ninguna pista sobre el todoterreno, aunque era exactamente igual al que tenía delante en ese momento… y era demasiada casualidad que perteneciera justo a uno de los amigos camorristas del alcalde. Sus años de experiencia en el cuerpo le decían que no creía en las casualidades.

Se bajó del coche despacio cuando comprobó que la clienta que había entrado cuando él llegó, acababa de salir llevando un árbol pequeño en el regazo. Esperaba que estuviese sola y cogerla desprevenida.

Llevaba tiempo queriendo hablar con ella, no solo por lo sucedido aquella noche, sino también por los rumores que corrían en la isla sobre todos los tropiezos, caídas y demás accidentes que se empeñaba en tener continuamente y que él y todos los que la conocían sabían que se debían a la mano suelta de su marido.

No pensaba que tuviese suerte en que lo denunciara y se divorciara de un animal así, pero tenía que intentarlo.

La imagen de la radiografía de Chloe le vino a la mente y suspiró frustrado. Le hubiese encantado haber podido ayudarla cuando estaba claro que había necesitado que alguien lo hiciera años atrás.

Aún necesitaba que la ayudaran, que confiara en alguien, que contara lo que le pasó y pudiese pasar página y empezar de nuevo.

«Poco a poco, Hugo. Ahora céntrate en lo que has venido a hacer aquí. Quizás puedas ayudar a Ana, después de todo».

La mujer estaba preparando de manera laboriosa un centro de flores frescas en el mostrador de la floristería.

El olor intenso a flores, tierra fresca, abono y humedad, tan característico de las floristerías, le golpeó en la cara según se adentraba en el establecimiento.

Ana sonrió pensando que era una nueva clienta; su sonrisa se congeló en la cara cuando comprobó que era el jefe de policía en persona el que se acercaba con ese paso tranquilo que lo caracterizaba, como si nunca tuviese prisa y pudiese dedicarle todo el tiempo del mundo a lo que hubiese ido a hacer allí.

—¡Jefe, qué sorpresa!

Se obligó a sonreír para disimular un poco su nerviosismo.

—Buenos días, Ana.

—¿Viene a comprar flores?

Hugo estuvo observando un poco los ramos que tenía metidos en un recipiente con agua. Comprar flores no era la idea principal, pero se le ocurrió de repente que a Chloe podría gustarle que le regalase un ramo.

—Si puedes guardarme ese ramo de tulipanes amarillos para recogerlos esta tarde…, te los dejo pagados.

Ana ocultó su sorpresa. Sabía, como todos en la isla, que había estado un tiempo viéndose con Susan y que aquello terminó cuando se marchó un tiempo del pueblo por el amago de infarto de su padre, la misma Susan se lo había explicado antes de marcharse al continente por lo de la operación de su madre, así que se sorprendió de que él quisiera comprar el ramo de flores.

—¡Claro! Ningún problema. ¿Alguna tarjeta o dedicatoria?

—No, solo las flores. ¿Te las pago ahora?

—No hace falta, puedes hacerlo esta tarde cuando lo recojas. ¿Algo más? —Ana sabía que su visita no era estrictamente para comprar flores.

—Si tienes unos minutos, debo hacerte unas preguntas.

Ahí estaba. No era casualidad que se pasara por la tienda el mismo día que volvía a abrir después de la operación de su madre.

—Hugo… —Prefirió tutearlo porque hacía mucho que lo conocía y podía buscarle un problema con su marido cuando se enterara de que había estado allí haciéndole preguntas—, no es buena idea, ya te dije todo lo que sé.

—Me lo dijiste entonces, pero en este tiempo es posible que hayas recordado algo más. Por cierto, ¿cómo está tu madre?

—Está mejor, ya puede andar sola y parece que se está recuperando bien. —Se alegraba de que esa historia fuera verdad porque era muy mala mintiendo, así que, el hecho de que la operación de su madre coincidiese con lo sucedido la noche anterior a su partida había sido un golpe de suerte.

—Necesito que me digas qué pasó esa noche, Ana, es muy importante

—Ya se lo dije, jefe, estuvieron jugando a las cartas en mi casa y me acosté, no sé nada más. —Y era verdad. No pensaba contarle a Hugo de lo que se enteró a la mañana siguiente. Y que

había tenido que mandar a limpiar a fondo el maletero del todoterreno para que saliera la sangre que se había derramado allí dentro y dejar el coche como si hubiesen practicado una matanza en él, tampoco.

—Hay una mujer inocente involucrada en esta historia, Ana. Ella te agradecería mucho tu ayuda, y yo también.

Cerró los ojos mortificada, sabía lo que habían contado de la mujer de la playa. Y todo porque no quería tener nada que ver con el alcalde. ¡Maldito cobarde!

—Lo sé, jefe, y créame que lo siento. Pero le he dicho toda la verdad.

—Sabes qué puedo detenerte por obstrucción a la justicia, ¿verdad?

—Ya tengo suficientes problemas, ¿no crees? Intentar ayudarte no me hará ningún bien, jefe.

Hugo pudo ver el miedo y la tristeza en sus ojos, del mismo modo que podía verlos en los de Chloe de vez en cuando.

—Deberías denunciarlo de una vez y no intentar protegerlo. Algún día te matará.

Lo miró, alarmada por sus palabras.

«¡Reacciona de una vez, maldita sea, antes de que sea tarde!» pensó Hugo.

Pero Ana se miró las uñas manchadas de tierra de las flores antes de volver a mirarlo con ojos resignados.

—Es posible, pero, aun así, no me pidas que te ayude porque no puedo hacerlo.

Hugo escuchó el ruido de una grúa que aparcaba en la puerta

Ezequiel acababa de conseguir la orden de registro. Podía llevarse el coche.

—Bien, necesito las llaves de tu coche, tengo una orden de registro. Te la traigo para que se la puedas dar a tu marido y te ahorres un tropiezo en la ducha o golpearte contra la puerta —le dijo con seriedad antes de salir—. Y creo que las flores me las llevo ahora.

Estaba seguro de que no sería bien recibido si tenía que volver por allí en cualquier otro momento.

Valentín era un hombre tremendamente cuidadoso. Su padre le había enseñado que tener el cargo que ostentaba era lo mismo que tener una diana en el culo; todo el mundo se fijaba en ti, normalmente para pedir favores, cosa que no podía hacer abiertamente, claro estaba, o podían acusarlo de cohecho. Pero bajo mano, podía hacer muchas cosas y manejar a mucha gente sin que nadie, excepto los interesados, se enteraran. Como ocurría con los hermanos Valero. Le debían grandes cantidades de dinero, no de sus partidas semanales, que eran inofensivas, sino por lo que le debían a su camello. Lo que empezó con un consumo ocasional de coca para animar la noche de los viernes, se les había ido de las manos, como le pasaba a todo el que pensaba que

podía tenerlo controlado. Y ahora los tenía literalmente en sus manos. De ahí que, semanas atrás, les hubiese podido que se encargaran de ese trabajito para asustar a Chloe.

Que tuviese al jefe de policía respirando en su cogote, apenas le molestaba. Era de esperar. Era un policía muy bueno y sabía que, aunque todas las pruebas le llevaran a él, no podía probarlo. Salvo que sus colaboradores se chivaran, cosa más que improbable.

Sabía que Hugo había conseguido una orden hacía varios días para analizar el coche de Ana, el cual utilizaron el día del altercado, y que estaba bastante frustrado porque no había podido descubrir nada.

Él mismo se había encargado de que lo llevaran a varios lavaderos distintos. De ahí la falta de pruebas.

Estaba pensando en cómo podía engatusar a Susan para que no se fuese de la lengua por el trabajo que le había encomendado. Al fin y al cabo, había estado liada con Hugo un tiempo y todos sabían que aún estaba bastante colada por él, aunque hubiese sido él mismo el que rompiese la relación para quitarle a él, A ÉL, a Chloe frente a sus narices. ¡Había que joderse!

No estaba demasiado seguro de que ella no le fuese al policía con el cuento si resultaba que descubrían algo verdaderamente jugoso sobre ella, y así intentar ganarse de nuevo sus favores

¡Mujeres!

La aludida entró en su despacho después de que su secretaria la anunciara.

La vio entrar contoneándose. Siempre se movía con un movimiento de caderas que conseguía que todos los hombres de alrededor se giraran para mirarla.

Era una mujer muy bonita, tenía que reconocerlo. Algo simple para su gusto…

—Alcalde, tengo lo que me pediste.

Le soltó una carpeta de cartón marrón sobre su escritorio y su sonrisa triunfal consiguió levantarle el ánimo.

—No vas a creerte lo que hay ahí.

—Siéntate y dame un segundo. —Cogió el teléfono que tenía sobre la mesa y avisó a su secretaria para que no le pasase ninguna llamada.

Luego cogió los papeles que había dentro de la carpeta, miró a Susan realmente sorprendido, y volvió a centrarse en releer el informe del hospital.

—Por fin buenas noticias

La mirada que le lanzó a Susan consiguió ponerle los pelos de punta, y le recordó que debía tener mucho cuidado con él. No era una persona para tenerla de enemiga, ni siquiera se fiaba de ella como amiga.

Haría bien en cuidar sus espaldas con este tema.

Aun así, se atrevió a preguntarle

—¿Quién demonios es?

—Eso es justamente lo que intentaremos averiguar.

CAPÍTULO 21

Que Chloe pensara las cosas del derecho y del revés y luego las pensase de nuevo, era algo normal en ella. Tanto como respirar o darse un largo baño de espuma al acabar el día para relajarse.

Algunas cosas eran innatas y placenteras, y otras un hábito obligatoriamente adquirido.

Haber convivido casi diez años con un sádico hijo de puta y bipolar le habían enseñado a pensar las cosas mil veces y andar siempre con pies de plomo.

Después del accidente, y cuando comenzaron los problemas con su cuñado, fue cuando tomó la decisión de que Bruno la ayudara a empezar de nuevo en otro lugar de España.

Había un estudio que decía que las personas que se cambiaban el nombre y lo dejaban todo atrás se suicidaban en los siguientes dos años. Parece ser que nuestro ADN no está programado para que vivamos solos, sin lazos familiares ni vínculo alguno.

Chloe no había tenido demasiados problemas para hacerlo.

Ninguno, en realidad.

La relación con su madre había sido casi nula desde que era una adolescente e inexistente desde después del accidente. Así que no tenía lazos familiares, nada que romper cuando estuvo dando tumbos por España, hasta llegar a esa pequeña isla donde comenzaba a sentirse bien.

Que ella se sintiese bien en un lugar era mucho más de lo que esperaba sentir cuando llegó allí. La única persona que conocía, el único amigo que había tenido y al que echaba de menos era a Bruno, al que llamaba una vez al mes para tenerlo informado de su vida, y, además, debía reconocer que le gustaba tener ese lazo de unión con él.

Ahora también estaba Hugo. Y, lo que era peor, su madre y hermana, que se habían empeñado en incluirla en la familia y tratarla como a una más. Aunque ella se resistiera con uñas y dientes y no tuviera ni idea de que hacer.

Daba igual.

Le habían dicho que las familias eran incondicionales y se las quería y aceptaba como eran; por eso eran incondicionales.

A ella la volvían loca.

Habían estado en su casa el día después del accidente, le llevaron un ramo de tulipanes que Hugo le había comprado a ella y, cuando encontró a su familia por casualidad, aprovechó para que se lo llevaran a su casa.

Estuvieron todo el día mimándola y preocupándose por ella, aunque les aseguró que se

encontraba bien y que la rozadura de la cara apenas le dolía.

Ella todavía no sabía qué iba a pasar con Hugo. Ni siquiera había cogido confianza suficiente para contarle todo lo que sucedió. Pero que su madre y su hermana se empeñaran en acoplarla a la familia le resultaba tremendamente incómodo.

—Megan, os estoy muy agradecida por las molestias, de verdad, pero no hay nada entre tu hermano y yo —Ante la larga mirada que la otra mujer le dedicó añadió—: Nada serio, al menos.

—¿Vas a hacerle daño?

—¿Qué? No, claro que no. —Su tono de voz espantado le sacó una sonrisa a Megan—. No conscientemente, claro está. —Se mordió las uñas para intentar escapar de esa mirada azul tan parecida a la de su hermano, que parecía que podía leer sus secretos más escondidos—. Pero hay cosas entre nosotros…

—Escucha, conozco a mi hermano y sé que puede ser un poco intenso cuando alguien le interesa, así que marca tu ritmo y que él se adapte a ti. —Le dio un abrazo antes de marcharse—. No permitas que te avasalle. Y recuerda que puedes llamarme cuando desees hablar un rato. Pase lo que pase con él, somos amigas, no lo olvides.

Se despidió de las dos mujeres y se quedó pensando en el consejo que le habían dado.

Hugo llevaba varios días sin aparecer por su casa, desde la noche en que se acostaron, para ser más exactos, y eso sí que la tenía totalmente descolocada.

La noche de los tulipanes la llamó para disculparse. Le dijo que le había surgido un servicio de última hora. Los otros días sabía que tenía turno de noche.

Pero, aun así, estaba acostumbrada a tenerlo revoloteando por su casa con cualquier motivo, y ahora que no aparecía… le resultaba muy raro. Punto.

Su cabeza no dejaba de advertirle de que posiblemente se había cansado de ella y no quería seguir con la relación. Cosa que, pensándolo fríamente, le hacía un favor. Pues era lo que ella misma le había pedido que hiciese.

Pero no podía evitar echarlo de menos y no le gustaba echar de menos a nadie. Sentirse nostálgica la ponía de mal humor. Consideraba que era un gasto de energía inútil y no le gustaba perder el tiempo.

Estuvo rumiando su mal humor los días que tardó en aparecer por su casa, diciéndose a sí misma, una y otra vez, que era mejor así. Que era lo que había querido todo ese tiempo: que la dejase en paz. Pero pensaba que le había gustado hacer el amor con ella. A ella al menos le había encantado. Su amor propio no estaba listo para que le dijesen otra vez que no era buena en la cama.

Se pasó las manos por la cara con frustración y dejó de mirar la pantalla del ordenador, ya que no había conseguido concentrarse en el trabajo en todo el día.

¡Maldito fuera! ¡Por ella como si se lo tragaba la tierra!

Las alarmas perimetrales sonaron, avisándola de que alguien se acercaba a la casa.

Supo que era él antes de ver el coche aparecer ante las cámaras.

El palpitar desbocado de su corazón la puso aún de peor humor.

Le abrió la puerta después de hacerlo llamar varias veces. Ni loca le iba a demostrar que lo había estado esperando.

Hugo la miró desde la puerta, extrañado de su lenguaje corporal. La conocía lo suficiente como para saber más o menos cuál era su estado de ánimo. Y en ese momento no parecía de buen humor.

Él había tenido una semana horrorosa y había pensado en darle un descanso durante unos días. Sabía que no le gustaba que la presionaran en ningún aspecto. Pensaba que, después de lo que ocurrió la semana anterior, agradecería un poco el espacio que le había dado.

Se acercó para darle un beso en los labios y se encontró con que le puso la mejilla. Así que el problema parecía ser él.

—¿Hay algún problema?

Ella dio la vuelta para entrar en la casa, pero él le sujetó la muñeca para que lo mirara. Le sostuvo la barbilla para poder mirar sus ojos verdes.

—¿Chloe?

Silencio

—Te he preguntado si sucede algo. Me gustaría que me contestaras.

—¿No estabas ocupado?

Ese reproche encubierto estuvo a punto de sacarle una sonrisa por lo que parecía, pero no quería hacerse ilusiones respecto a ella.

—He dejado a Ezequiel de guardia, necesitaba venir a verte. Te he echado mucho de menos, ¿sabes?

Silencio.

Solo sus ojos clavados en los suyos demostraban… ¿Qué? ¿Curiosidad? ¿Alegría?

—¿Me has echado de menos esta semana?

—He estado muy ocupada.

Sabía que difícilmente le sacaría una afirmación semejante. Pero que estuviese enfurruñada con él, por lo que parecía sentirse abandonada esa semana, era muy revelador.

—¿Vas a decirme por qué estás enfadada conmigo?

Sus ojos bajaron a sus pies para evitar su mirada de nuevo. Hugo sonrió solo unos segundos.

—No sé de lo que hablas, mi vida no gira entorno a ti.

—Lo sé, Cucú, y eso es lo que más me gusta de ti. Tu independencia.

—¿Cucú? —Lo miró sin saber muy bien si sentirse enfadada o encantada con ese apelativo cariñoso.

—Eres mi pequeño Cucú. Encantador, asustadizo y misterioso.

Se acercó a besarle la punta de su nariz llena de pecas, pequeña y encantadora.

—¿Vas a decirme que estás enfadada porque no he venido a verte en toda la semana?

Parecía haber bajado un par de grados su enfado, así que ahora sí esperaba que le contestara.

—Pensaba que habías decidido dar esto por terminado porque ya no querrías tener nada que ver conmigo. Ya sabes, por el sexo… y eso.

La cogió totalmente desprevenida. Y solo pudo aferrarse a sus hombros y dejarse hacer. La apretó en un abrazo tan fuerte que le cortó la respiración cuando se apoderó salvajemente de su boca en un beso que le asoló los sentidos.

Calor, solo sentía un calor intenso dentro de ella. Y la mano grande de él sujetándole la cabeza para que no se pudiera apartar de esa boca que había conseguido borrar todo pensamiento coherente de su cabeza y le había dejado las piernas como gelatina.

Cuando la soltó con la misma brusquedad con que la había sujetado, no pudo entender lo que había sucedido, solo que sus piernas no la sujetaban

—Tengo que sentarme, dame un minuto. ¡Dios!

Se sentó en los escalones del porche, bajo la luz del atardecer.

—Nunca, ¿me oyes? —le dijo con seriedad. Ahora el que estaba terriblemente enfadado parecía ser él—. Jamás pienses que me alejaré de ti sin darte como mínimo una explicación. ¿Por quién cojones me has tomado?

—Yo… —No sabía qué decirle—. ¡Lo siento! De verdad, no soy buena con las relaciones personales —continuó en voz tan baja que Hugo tuvo que agacharse a su lado—. Te recuerdo que yo misma te dije que si después de tener relaciones había la posibilidad de que no quisieses tener nada más conmigo…

—Y como no he podido venir estos días, esa cabecita tuya se ha puesto a pensar por su cuenta. —Se sentó junto a ella en los escalones—. ¿De verdad piensas que no me gustó lo que hicimos la otra noche o que no quiero seguir contigo? —Volvió a sujetarle la barbilla para poder mirar sus ojos. Le encantaba mirarlos, sinceros y expresivos. A veces decían lo que a su boca tanto le costaba reconocer—. Si tú no quieres seguir conmigo ten la decencia de decírmelo a la cara. Pero conmigo jamás des algo así por sentado. Siempre seré claro contigo, ¿de acuerdo?

Asintió y, de pronto, todo volvía a cobrar sentido

—Bien, ya que está todo aclarado quería preguntarte si tienes mucha hambre para comer ahora o podemos subir a tu habitación otra vez y demostrarte lo mucho que me gustó lo que hicimos el otro día.

Ella sonrió encantada y se levantó tendiéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

—Creo que prefiero subir ahora. Luego, si tienes hambre, hacemos una pizza.

—Esa es mi chica

Le cogió la mano para entrar con ella en casa.

CAPÍTULO 22

El tiempo iba pasando y el alcalde no encontraba la manera de averiguar quién era ella. El informe médico solo aclaraba que no coincidía su historial clínico con la radiografía que le hicieron, pero nada más.

Y no saber cómo conseguir la información lo tenía de muy mal humor.

Para un hombre acostumbrado a lograr todo lo que quería, no era agradable tener que esperar y no tener una idea viable que le asegurara enterarse de lo que quería saber sobre ella.

Que viese florecer la relación entre esa mujer y el jefe de policía le molestaba más aún. Pensaba que él debía saber lo que ella se empeñaba tanto en ocultar. Pero ir a preguntarle no entraba en los planes. Se imaginaba la cara que pondría Hugo si le preguntaba quién era la mujer con la que mantenía una relación, porque sabía que no era quien decía ser.

¡Sí, su cara sería un poema!

Pero, como estaba dispuesto a llegar al final del asunto, no descartaba ver su cara cuando le dijese que sabía quién era la mujer que se ocultaba detrás de una identidad falsa.

De casualidad, un lunes por la mañana, se le presentó la oportunidad que estaba buscando cuando entró en el supermercado gourmet donde ella iba a comprar de vez en cuando. Él iba a comprar allí porque tenían verdura ecológica de muy buena calidad y había decidido cuidarse un poco más y cuidar así del planeta.

Se la encontró en la zona de la fruta y verdura, y no se sorprendió nada de la mirada recelosa que le dirigió.

Le gustaba que supiera que haberle rechazado como lo hizo, le había ocasionado ganarse un enemigo para toda la vida, porque si algo no soportaba Valentín, era el rechazo en ninguna de sus versiones. Y a él le gustaba saber que ella suponía que estaba detrás del ataque a su propiedad unos meses atrás. Ataque que su querido novio no había podido demostrar que hubiese sido cosa suya.

La pregunta del millón era saber por qué coño se ocultaba detrás de una identidad falsa. Lo último que necesitaba era que fuese una testigo protegida o algo parecido, porque normalmente eran los únicos a los que el gobierno otorgaba identidades nuevas. O eso, o estaba huyendo de su marido o de alguien.

Su conciencia le dio un pequeño toque de atención respecto a esto último. Pero la calló de inmediato. Por supuesto que avisaría a quien estuviese detrás de ella. Aunque solo fuese por poder dejar de verla en los lugares que él frecuentaba.

No la quería en la isla y punto.

Nadie lo rechazaba y se iba de rositas.

La gente de la isla tenía que saber que nadie jugaba con Valentín San Jorge.

Que ella bebiera de una lata de refresco de sabores que solo se vendían en esa tienda le dio la idea que tanto había buscado.

Su ADN.

Ahora solo necesitaba que la dejara donde él pudiera cogerla sin que lo vieran.

La saludó con la cabeza.

Ella imitó su saludo y terminó de beberse la lata, dirigiéndose a la caja con rapidez.

Chloe no soportaba la mirada que el alcalde le dirigía cuando la veía. Conseguía ponerle los pelos de punta y sus alarmas se disparaban, cosa que no le sucedía desde su marido. Así que se terminó la lata de refresco que Luis le había pedido que probara y que no le gustó demasiado, últimamente la consideraba como una especie de conejillo de indias y se dirigió a pagar para salir de allí cuanto antes.

Sabía que era ridículo salir huyendo cada vez que se encontraba con el alcalde, pero no quería analizar el motivo, por muy ridículo que le pareciese.

—¿Te ha gustado?

Sacó las cosas de su carrito de la compra para pagarlas, antes de contestarle a Luis

—No mucho, demasiado dulce para mí. ¿Puedes tirar la lata?

El alcalde se entretuvo en una estantería, viendo de reojo cómo el dependiente tiraba la lata en la papelera que tenía junto a su asiento, detrás de la caja, y pensó rápidamente qué decirle para alejarlo de la caja durante el tiempo que necesitaba para coger la lata de la papelera.

Vio a Chloe pagar en efectivo, cómo no, y se acercó a la caja cuando la vio salir sin mirar atrás.

—Luis, no encuentro la lasaña que me llevo normalmente.

No era cierto, por supuesto. Sabía perfectamente que estaba donde siempre y que, además, estaba en el lugar perfecto para que a él le diese tiempo de conseguir la lata mientras hacía que el dependiente fuera a por ella.

—Alcalde, está donde siempre. —No disimuló el hastío de su voz.

—¡Dónde siempre no la he visto! —insistió petulante.

Necesitaba que el hombre se fuera de ahí durante el tiempo necesario.

—No habrás mirado bien —insistió el dependiente—. Sabes que no me gusta cambiar las cosas de lugar.

—¿Puedes, *por favor*, traerme un par de cajas de lasaña de la que sabes que me gusta? De verdad que no la encuentro.

El dependiente lo miró mal. No entendía que no la viera si estaba en el mismo lugar de

siempre, pero no quería enemistarse con él porque ya sabía lo tiquismiquis que ese hombre era con todo.

—Vigila la caja un momento, anda.

Suspiró sin disimular lo que le molestaba tener que dejar la caja para ir a buscarle la pasta al alcalde.

—Yo vigilo, no te preocupes.

Aprovechó el segundo en que se perdió por el pasillo de los congelados, desde donde sabía que no veía la caja, para adentrarse tras el mostrador, y sacar con sumo cuidado la lata de refresco de la papelera, evitando tocar la parte superior por donde se bebía.

Pensó que no podía llevársela de ese modo, a la vista de todos, y miró con nerviosismo hacia el pasillo por si volvía Luis.

Le cogió *prestada* una bolsa de plástico de las que daba para guardar la compra, metió la lata vacía en la bolsa y salió de allí con rapidez.

—No importa, Luis, tengo que marcharme —le gritó, impaciente por marcharse—. Volveré otro día a por ella.

—Espera que ya te las llevo. —Se sorprendió cuando vio al alcalde, o su espalda, para ser más exacto, saliendo apresuradamente por la puerta del supermercado—. Este alcalde cada día está más idiota.

A Hugo le gustaba pasar los fines de semana que tenía libres con ella. Le había costado mucho conseguir que lo dejara dormir con ella, por ejemplo. Consiguió rebatir todas sus objeciones, que no habían sido pocas. Y se sentía muy contento de haber conseguido que se abriese un poco más con él.

Poco, pero, conociéndola, se sentía afortunado de ese pequeño gran paso.

La verdad era que el sexo la había convencido. Demostrarle que el sexo era placentero y no tenía que causarle ningún tipo de dolor, vergüenza ni nada parecido, la había convertido en una mujer que empezaba a conocer el sexo y su cuerpo, como una adolescente cuando perdía la virginidad.

A él lo tenía fascinado. *Ella* lo tenía fascinado e intrigado a partes iguales.

Había decidido darle el tiempo que necesitaba para que confiara en él y le había prometido que no investigaría nada relacionado con su pasado; que esperaría a que ella se lo quisiera contar.

Era domingo por la mañana y Hugo había quedado con sus padres para comer con ellos, como hacía de vez en cuando. Por supuesto, ella también estaba invitada y sabía que la relación había evolucionado lo suficiente como para que lo acompañara.

O eso pensaba él.

—Solo es una comida, ¡por Dios bendito! —Se detuvo frente a ella y se pasó las manos por el pelo, frustrado ante la negativa de acompañarlo—. Nadie espera nada de ti. No tenemos que llevar nada y nadie te preguntará nada, no te someterán a un interrogatorio. Relájate un poco, ¿quieres?

—Pero yo no soy de la familia y…

—No vayas por ahí. —Su frío tono de voz le advirtió que empezaba a perder la paciencia.

—Es que no lo entiendo. No soy buena para las relaciones personales, sociales ni nada que tenga que ver con relacionarse con la gente, ya lo sabes.

Se cruzó de brazos, también frustrada porque sabía que no lo podría convencer e intentaba darle algo más de fuerza a sus argumentos.

—Cariño, mi familia ya te conoce, han estado aquí varias veces cuando tuviste el accidente y también te ayudaron a limpiar la fachada, es hora de que devuelvas la visita. —Ante la cara enfurruñada de ella, añadió zalamero—: Es una norma de cortesía, además, me gustaría sentirme acompañado por mi chica.

Le guiñó el ojo para hacerla reír, pero solo le sacó una pequeña mueca.

—Nunca sé qué decir en reuniones así.

Le sujetó la cara para besarla con suavidad en los labios. Ya la tenía. No le había costado tanto, después de todo. Solo casi toda la mañana del domingo.

—No tienes que decir nada, y prometo que volveremos en cuanto comamos.

Ante el gesto torcido de ella, unió su pulgar y el índice y se lo besó haciéndole una promesa.

—Te prometo que volveremos después del café y, como recompensa… —Le mordisqueó el labio inferior para tirar de él con suavidad—, te prometo una sobremesa muy larga y placentera.

Ella se colgó de sus hombros y le exigió alargar el beso.

—¿Cómo de larga?

Rio por lo bajo antes de lanzarse a besar cada rincón de su boca con lascivia. Ella bajó las manos por sus abdominales para posarla sobre su sexo por encima de los vaqueros, le encantaba sentirlo crecer bajo sus caricias.

Hugo gimió bajito y se apartó un poco antes de dejarse llevar por las ganas que le estaban entrando de follarla allí mismo, sobre la encimera de la cocina.

—No seas mala, es casi la hora de salir. Y lo que estoy pensando hacerte nos va a llevar mucho más que el poco tiempo que tenemos antes de irnos.

Chloe no pensaba darse por vencida. Lo acorraló entre la isla de la cocina y su cuerpo y empezó a lamerle el lóbulo de la oreja con lentitud.

—Uno rapidito —le susurró al oído, acariciando de nuevo su pene sobre los vaqueros.

Esta vez lo sintió dar un salto, como si quisiera salir de los vaqueros y tomar partido.

Hugo decidió que no era tan mala idea.

—Tú lo has querido. Uno muy rápido.

La volvió con brusquedad e invirtió la posición de los cuerpos. La apoyó de cara a la isla de la cocina y se colocó tras ella, restregando su erección, ya completa sobre su trasero, lo que la hizo gemir en anticipación.

—Voy a follarte rápido y fuerte, y tendrás que apañarte con eso hasta que volvamos.

Le mordió el lateral del cuello sin demasiado cuidado. Su barba le raspó la delicada curva del cuello, lo cual hizo que su sexo se contrajera dolorosamente por la anticipación. Soltó un hondo gemido. No entendía cómo era tan receptiva a las caricias de él. Solían ir directamente a su sexo. Lo que hacía que estuviese lista sin necesitar demasiados preliminares. Aunque no hubiese conocido a ningún hombre aparte de él y su marido, estaba segura de que Hugo era el rey de los preliminares.

Le encantaba lamerla despacio y a fondo, hasta arrancarle el primer orgasmo con la boca, y luego follarla hasta quedar satisfechos.

No se cansaba de hacer el amor con él. No le importaba la hora del día o de la noche que fuese, le bastaba con besarla para que deseara sentirlo dentro de ella, follándola fuerte y duro.

Sí, debía reconocer que no siempre era cuidadoso con el sexo y que, para su sorpresa, a ella le gustaba mucho. Como un animal salvaje. En su día a día, nadie pensaría que Hugo tuviera dentro a un animal al que solo dejaba libre en la cama.

Le bajó los vaqueros con un tirón después de desabrocharlos y se llevó con ellos las braguitas, dejándola desnuda hasta las rodillas, donde se atascaron los pantalones.

Ella lo oyó bajarse la cremallera de sus propios vaqueros, que dejó también a la altura de sus rodillas, y se colocó entre sus piernas mientras le mordisqueaba el cuello.

Sus manos se colaron entre sus piernas y metió un dedo en su interior para comprobar cuán preparada estaba para él.

—Umm… —Le inclinó el cuerpo sobre la isla de la cocina mientras empezaba a hacer círculos con el dedo dentro de su vagina—. Me encanta que siempre estés preparada para mí. Ahora sujétate a la encimera, inclínate un poco más y disfruta. — Le lamió el lóbulo de la oreja y la hizo estremecerse, sacó el dedo de su interior y colocó su glande en la abertura de su sexo antes de empujar profundamente para introducirse por completo, arrancándoles a ambos gemidos de placer—. Dios, nena, me encanta que seas tan estrecha. —Empezó a moverse con rapidez y profundidad, arrancándole gritos de placer que no podía acallar.

¡Demasiado intenso!

¡Demasiado rápido!

—Hugo, por favor…

—No, no pararé. —Seguía moviéndose con rapidez mientras se adentraba en ella una y otra

vez—. Querías que te follara rápido y eso estoy haciendo. —Volvió a morderle la espalda por encima del jersey, no quería dejar marcas en su piel, pero empezaba a perder el control y si no bajaba un poco el ritmo iba a correrse antes de lo que pensaba.

—Dios…, es demasiado. —Apenas podía hablar, sus palabras se arremolinaban en una espiral de placer que se centraban en él y en lo que le estaba haciendo sentir.

—Voy a correrme, Chloe… Joder. —Se detuvo unos segundos para intentar recuperar un poco el control

—No pares, no pares. —Sacó un poco más el culo para sentirlo con más profundidad y Hugo empezó a moverse aún más rápido, y el control que había logrado conseguir lo perdió por completo en dos segundos.

Un orgasmo los catapultó a las estrellas, dejándolos sudorosos y muy, muy satisfechos.

—Un día de estos acabarás conmigo —murmuró él cuando terminó de limpiarse y vestirse de nuevo.

—Tienes que aprender a decir que no —canturreó Chloe, y lo besó en los labios con una sonrisa divertida.

CAPÍTULO 23

—¿Podemos irnos ya?

Hugo la miraba pacientemente mientras la veía meter en la cesta toda la comida que le había dado tiempo de hacer después de la sesión de sexo y que iba a llevarse a casa de sus padres.

—No sé si es comida suficiente

Lo miró con la angustia en sus ojos.

—Cucú… —Le cogió las manos para que dejase de apretarlas con nerviosismo. Sabía que ese apelativo le gustaba y lograba tranquilizarla un poco—. Has hecho pollo y llevamos salsa de queso suficiente para media isla. Prefiero no ver el táper con la ensalada de patatas. —Cerró los ojos entre mortificado y divertido—. Solo somos seis y el crío para comer, y no teníamos que encargarnos nosotros de toda la comida. —Le besó la punta de la nariz, dando la conversación por acabada—. De hecho, mi madre me dijo que no te preocuparas por eso. Verás cuando nos vean entrar con todo esto.

Chloe sonrió algo más tranquila.

—¿Demasiado exagerado?

—No, porque pienso llevarme lo que quede para comer el resto de la semana, así que, después de todo, quizás tenga que agradecértelo.

Cogió la cesta con la comida y salió con ella, sacando al perro al exterior y asegurándose de que todo estaba bien cerrado.

Le gustó el chalé de sus padres justo delante de la playa, con un jardín delantero con un precioso cerezo en un extremo que empezaba a llenarse de flores, amenazando con adelantar la primavera si fuese necesario.

La mesa estaba preparada en la terraza con vistas al mar.

Hacía un día soleado, con una temperatura suave que invitaba a largos paseos por la playa, pero estaba tristemente desierta y solo se oía el grito de las gaviotas en la orilla.

—Este sitio es fabuloso

Chloe se detuvo en la puerta de la cocina para admirar el paisaje de soledad que tenía la playa en ese momento.

Hugo la empujó con sutileza para que saliera a la terraza, donde estaban todos los miembros de su familia sentados para empezar con el aperitivo.

El bullicio y las risas provocó una sonrisa nerviosa a Chloe.

—Por favor, no te quedes ahí parada y sal, que os estamos esperando —le pidió Emma—. Esos buitres se lo habrán comido todo si no os dais prisa por salir.

La madre de Hugo le dio un abrazo rápido para darle ánimos.

—Es fantástico tenerte aquí. Estamos encantados de que por fin hayas decidido visitarnos.

—¿Lista, Cucú?

No le quedó otra que seguirlo hacia las voces que se animaron aún más al verlos salir a la terraza.

No recordaba haberlo pasado tan bien en una comida familiar desde que era una niña. Y apenas tenía recuerdos de eso. Sí sabía que nunca se había reído tanto con unos casi desconocidos.

Hugo tenía razón, apenas necesitó hablar ni contarles nada.

Todos parecían saber que ella llevaba un ritmo diferente y se dedicaron a charlar, principalmente, sobre anécdotas de Hugo cuando era pequeño que la hicieron reír y relajarse, que era lo que todos querían.

Alabaron su pollo al parmesano y tuvo que pasarles la receta a las demás mujeres. Hugo se quejaba de que le dejasen ensalada de patatas porque quería llevarse un poco a casa para comer esa semana.

Insistió en ayudarlas a recoger la mesa mientras se hacía el café y los hombres entraron a la casa para ver un partido de fútbol.

Nunca se había sentido tan integrada en una familia.

Con ellos no necesitaba ser diferente, parecían haberla aceptado tal y como era, y tenía que reconocer que Hugo parecía relajado y feliz. Se lo encontraba mirándola embelesado algunas veces, y empezaron a saltar todas sus alarmas. Si la relación seguía evolucionando así no tendría más remedio que contárselo. Y seguía sin tener claro que quisiera seguir teniendo una relación con ella después de enterarse de que había matado a su marido.

—Un euro por tus pensamientos.

Chloe miró en silencio a Megan, que se había acercado a la puerta de la cocina, desde donde ella contemplaba a los hombres sentados en el salón ante una enorme televisión para ver el partido del domingo por la tarde.

No se había percatado de que miraba a Hugo, que tenía a su sobrino dormido en los brazos.

Tenía debilidad por el pequeño y no se molestaba en disimularlo.

—No sé si valen tanto —murmuró.

Le entregó su taza de café y se sitúo junto a ella para mirar a los hombres que discutían por la anulación de un gol.

—Te has puesto triste de repente. ¿Va todo bien?

¿Cómo decirle que temía contarle su secreto a su hermano, porque posiblemente la dejaría? Y verlo allí con el niño en brazos, en un ambiente relajado y feliz… Acababa de darse cuenta de que lo quería en su vida.

No sabría seguir adelante sin él.

—Sí, me siento un poco fuera de lugar. —Le sopló al café para intentar disimular un poco, porque sabía que la había pillado mirando a su hermano.

Babeando por él, para ser más exactos.

—¿No crees que le sienta bien el crío?

Sonrió en silencio porque sabía a dónde quería ir a parar. No estaba preparada para reconocer aún sus sentimientos por él ante ella misma, mucho menos para compartirlos con su hermana, que evidentemente no podía ser imparcial.

—Sí, sí que le sienta bien.

—Te veo mucho más relajada y tranquila… con todo. —Hizo un ademán con la mano, abarcando tanto a su hermano como a la familia.

Chloe sabía que se refería a cómo parecía que estaba evolucionando la relación entre ellos, de manera sutil, claro estaba.

—Bueno, la relación entre nosotros sigue en el mismo punto donde estaba la última vez que hablamos.

—No es cierto, solo tienes que verte, y basta con verlo; con veros juntos. —La interrumpió con la mano para que la dejase acabar—. Quizás no lo veas, pero no eres, ni de lejos, la mujer de hace unas semanas, por no decirte de hace dos meses, cuando te conocí. La relación, o lo que quiera que tengáis, parece que os sienta bien a los dos.

Dicho eso, se marchó para acostar al crío y liberar a su hermano del peso para que pudiera disfrutar del partido.

—¿Vas a contarme de una vez de qué has hablado con mi hermana para que de repente estés así?

—Así, ¿cómo?

No sabía muy bien a qué se refería. Mejor dicho, sí lo sabía, pero no quería discutir el tema con él ni con nadie.

La comida y la posterior charla con su hermana le había dejado claro que todos los veían como una pareja. No sabía cuándo comenzó el cambio, pero si algo tenía claro es que no quería estar ahí, en ese punto.

Porque eso la obligaba aún más a ser sincera con él y tener que contárselo.

No tenía ninguna excusa para alargarlo por más tiempo.

Se dijo así misma que si lo que había entre ellos sobrevivía más allá del interés inicial y al posterior interés de empezar a mantener relaciones sexuales, tenía que decírselo y poder darle a Hugo la oportunidad de elegir.

Si después de todo él no le daba ninguna importancia y llevaba meses atormentándose por ello…

Pero conociéndolo, como comenzaba a conocer su estricto sentido de la justicia, no sabía bien cómo iba a sentarle que ella, precisamente su pareja, hubiese matado a un hombre. Aunque no hubiese sido a propósito y ni siquiera de manera consciente.

Había estado todos sus años de casada imaginándose que él sufría un accidente fatal o sufriría una enfermedad mortal de las que todos los años mataba a tanta gente buena y dejaba a familias enteras destrozadas y hundidas por la pérdida y el dolor…

Ahora que estaba muerto, no conseguía quitarse de encima esa sensación de culpa que la atormentaba como si llevase un puñetero cartel colgado en el pecho, alertando a todo el mundo de que era una asesina.

Como si no fuese eso lo mejor que le hubiera podido pasar.

—Me duele la cabeza.

Comenzó a llenar la bañera y lo veía reflejado en el espejo del baño, mirándola mientras veía con claridad cómo estaba calibrando sus palabras sobre si creerla o no.

No se había dado cuenta de que era verdad.

—¿Necesitas que te suba un calmante o algo?

—No, gracias. —Empezó a quitarse la ropa ante los ojos de él, que se habían propuesto mirarla de manera hambrienta según se iba quedando desnuda—. Espero que con el baño se me pase un poco.

¡Qué bonita era! Con el cuerpo lleno de pecas, igual que la cara, tenía que reconocer que le daba un aspecto de duendecillo de esos que salían en los cuentos que lo había cautivado desde el primer momento en que la vio.

Decidió que se bañaría con ella. Aún no lo había hecho porque no coincidieron con esa rutina del día en la que a ella le gustaba tanto bañarse. Pensaba remediar eso en ese momento.

—¿Qué estás haciendo?

Sus ojos verdes lo miraron divertida cuando lo vio quitarse la ropa de forma lenta y sensual mientras no le quitaba a ella la vista de encima.

—¿Tú qué crees? —Se metió en la bañera frente a ella y se relajó de inmediato con el agua caliente—. Te prometí una tarde placentera y llena de sexo. Soy un hombre de palabra, como bien sabes. Ven aquí.

Alargó su mano y le sujetó la muñeca para acercarla a su cuerpo, derramando parte del agua de la enorme bañera en el suelo del baño con el movimiento.

Ella se mordió el labio de manera sensual. Podía sentir los ojos azules de Hugo desviarse de sus ojos un momento para seguir ese movimiento. Volvió a mirarla de manera feroz.

—¿Quieres hacerlo en la bañera?

Hugo sonrió ante su tono de sorpresa.

—Quiero hacerte el amor en cualquier sitio. Puedo demostrarte lo placentero que puede ser hacer el amor en una bañera gigantesca como esta. Ven. —La sentó justo delante de él para poder ver su cara—. Primero voy a enjabonarte.

Ella lo miraba en silencio, posando sus ojos en aquellos hombros desnudos y en la parte de su pecho que tenía fuera del agua.

—No me mires así —Casi gruñó al notar la mirada de ella— o esto terminará antes de empezar siquiera. Dame tu mano.

Empezó a enjabonar desde el cuello para bajar lentamente por su brazo derecho. Ella se cambió de postura y se sentó casi sobre su sexo, pasándole las piernas alrededor de sus caderas y pegándose más a su cuerpo.

Hugo gimió cuando la sintió sobre él de ese modo, abierta de piernas y más que dispuesta. Tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo para tranquilizarse.

—Vas a matarme un día de estos.

Ella negó de manera inocente y se acercó un poco más a él, trepando sobre sus piernas. Y quedó frente a él, con sus torsos casi pegados.

El movimiento de ella le dejó los pechos fuera del agua. Unas pequeñas cicatrices redondas situadas sobre sus pezones y repartidas por todo su pecho llamaron la atención de Hugo.

—Chloe, ¿qué son esas marcas?

Ella miró a donde él señalaba con el dedo para poder ver a lo que se refería. Se tensó de inmediato cuando se dio cuenta de lo que él acababa de notar y parecía que no había descubierto antes.

Posiblemente, gracias al sin fin de pecas que tenía y que camuflaba las señales bastante bien. Y porque cuando hacían el amor en la cama nunca tenían una luz tan intensa como la que iluminaba el baño en ese momento.

Iba a levantarse de encima de él cuando Hugo se imaginó lo que eran y su rostro se llenó de ira en un segundo.

La sujetó de la muñeca para que no pudiese apartarse.

—¡Hijo de la gran puta!

—Hugo, por favor…

La intimidad del momento se evaporó como el agua que llenaba de vaho los espejos del baño.

—Son quemaduras de cigarrillo, ¿no?

La vergüenza de que él las descubriera justo en ese momento, cuando pensaba que ya las había visto y que había decidido no decirle nada, le tiñó el rostro de un rojo intenso y volvió la tristeza a sus ojos.

Intentaba taparse y salir del agua soltándose de su mano, todo a la vez.

—Chloe… —Sabía que se escondería en ese lugar tan lejano donde él no podía alcanzarla, así que intentó modular el tono—. Por favor, quédate conmigo y háblame. Lo siento, me ha cogido por sorpresa. Eso es todo.

—No sufras por mí —murmuró ella.

¡Díselo ahora, díselo ahora!

—¿Cómo no voy a sufrir por ti, Cucú? —Las palabras del médico le vinieron a la mente en ese momento.

Ella debía hablar sobre las otras cicatrices: las psicológicas.

Tuvo que cerrar los puños y obligarse a respirar despacio para que se le pasasen las ganas que le entraron de golpear al maldito hijo de puta que la había marcado con un puto cigarrillo.

—Ese hombre ya no puede hacerme más daño.

Tomó aire y decidió contarle su historia.

El teléfono de él sonó en ese momento.

—Lo siento —Se levantó de la bañera para poder cogerlo—, tengo que responder.

—Claro

Ahí se acabó la oportunidad de contárselo.

—¿Qué ha pasado? —respondió Hugo al teléfono. Levantó las cejas, sorprendido por la noticia—. Voy para allá. Que nadie entre hasta que yo llegue.

—¿Qué ocurre?

—Parece ser que han entrado a robar en casa del alcalde. —Empezó a vestirse con rapidez —. Tengo que irme, cariño. Te llamo en cuanto pueda.

CAPÍTULO 24

Valentín estaba hecho una furia ¿Cómo pudieron dejarle la casa así? Les había dejado la llave para que pudieran entrar cómodamente y luego rompieran una ventana o algo así. Solo tenían que desordenar los muebles y dejar a la vista la puñetera lata de refresco, que era la prueba que quería que Hugo encontrara…, pero le habían destrozado la casa, literalmente.

¡Cabrones!

Habían roto el televisor de plasma. Lo habían golpeado hasta dejarle una enorme grieta que cruzaba la pantalla de norte a sur. Cerró los ojos, mortificado. Le había costado más de dos mil euros, unos pocos meses atrás.

¡Lo iban a oír!

No tendría que fingir estar enfadado ante la policía cuando llegara, porque cuando entró en el salón y se encontró el desastre que pensaba que no era para nada necesario, se lo llevaron los demonios. Y pensaba vengarse de ellos en cuanto pudiera ir a ver a los hermanos Valero, que eran, por supuesto, los encargados de simular un robo en su casa.

Suspiró frustrado y entró en su habitación.

Estaba todo sacado de los cajones, esparcido por el suelo y tirado encima de la cama de cualquier manera.

Al menos, no parecía que hubiese nada roto.

Recordó que tenía que fingir el robo de su portátil y de algunas joyas, herencia de sus padres que nunca se había puesto, por supuesto, pero que tenía los papeles de autenticidad y que pensaba utilizar para cobrar el seguro.

No todo iban a ser pérdidas.

Oyó que llamaban a la puerta principal y varios hombres hablaban afuera.

Supuso que Hugo acababa de llegar, avisado por Ezequiel, que era el que le cogió el teléfono cuando llamó a la comisaría para dar el aviso.

Empezaba la función.

Sabía que Hugo haría un sinfín de preguntas. Eso solo sería el procedimiento habitual sin olerse nada raro, porque si se olía que lo del robo había sido preparado, aunque nunca pudiese imaginar el motivo real, lo de un sinfín de preguntas sería quedarse corto.

Salió de la habitación y se fijó en que la lata de Coca-Cola de cereza que había bebido ella, y era la prueba que quería que encontraran para conseguir su ADN para enterarse de una puñetera vez de quién carajos era.

Mejor aún, quería que Hugo se enterara de quién era. Porque algo le decía que ella probablemente huía de alguien, y huía por algún motivo.

¿Estaría casada?

Encontró a los dos policías poniéndose unos guantes de nitrilo, asomados a la puerta que había dejado abierta para no tocar nada

«Como estos dos idiotas no llevaran los guantes les arrancaré el pellejo a tiras» se dijo mentalmente cuando vio el desastre en el que habían convertido su salón.

—¿Podemos pasar?

Entró en la habitación mirando con ojos asombrados el amasijo de papeles, muebles tirados, figuras de porcelana rota y un sinfín de cosas más que había tiradas por todas partes.

—Se la han liado buena, alcalde.

Ezequiel entró detrás de Hugo, poniendo especial cuidado dónde ponía los pies.

—¿Alguien ha visto algo? ¿Algún testigo le ha avisado?

Esperaba que no. Les había pedido que lo hiciesen el sábado por la tarde-noche, porque él estaría fuera ese fin de semana y ya no esperaba más tiempo para entregarle las pruebas a Hugo y que la investigara de una vez.

—No, que yo sepa

—Sal a preguntar —le dijo a Ezequiel—, yo le tomo declaración a Valentín.

Su compañero sacó una libreta pequeña que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—Espero que tenga un buen seguro. —Señaló la rotura del televisor con cara de pena.

—Bueno, ya sabes cómo va esto, mucho cobrar todos los años y a la hora de pagar… todo son pegas. Hablaré con Jacinto. —Era el representante del seguro en la isla, al que evidentemente conocía en persona.

—¿Has salido hace mucho?

—He estado el fin de semana fuera. —Se pasó las manos por la cara para fingir frustración, pena o ambas cosas

Hugo no le quitaba el ojo de encima.

—Acababa de llegar cuando he visto este destrozo y he llamado a la central.

—¿Alguna idea de quién ha podido ser? —Empezó a recorrer las distintas habitaciones con calma, hasta volver al salón.

—¿Qué? —Lo miró sorprendido de verdad—. ¿Piensas que el que ha hecho esto me conoce?

Hugo lo miró con atención. No parecía realmente afectado. Nervioso, incluso algo frustrado, pero no parecía alguien a quien le acababan de destrozar la casa, incluida la tele que había sido una preciosidad.

No podía evitar que le gustasen las teles gigantescas.

Todo eso le indicaba que era posible que conociese al o a los asaltantes, entre otras cosas, porque en la isla todo el mundo se conocía.

—Todos nos conocemos en esta isla, Valentín, además, sabían que no estarías en casa este fin de semana. Así que te conocían.

Se quedó mirando la lata que estaba caída justo delante de la tele. Parecía que la habían puesto en la mesita del salón y luego la habían volcado, dejándola tirada allí. Como una diana en el culo. El ladrón no parecía ser demasiado espabilado.

—Este refresco no te lo has bebido tú, ¿verdad?

Se agachó junto a la lata y lo miró con curiosidad.

—¡Claro que no! Estaba ahí tirada cuando entré. Las compro de vez en cuando. Han debido cogerla de la nevera.

Ante la intensa mirada de Hugo añadió, nervioso:

—Se le caería en algún momento.

—Es un ladrón muy torpe, ¿no crees?

El alcalde aguantó los nervios tanto como pudo.

—No sé cómo deben ser los ladrones, jefe, solo sé que, si han olvidado la lata y sirve para conseguir su ADN o sus huellas o algo, ¿no deberías llevártela y analizarla?

Hugo la cogió con sumo cuidado por los extremos sin decirle nada más al alcalde y la metió en una bolsa de pruebas transparente que siempre llevaba consigo.

Algo le olía mal en todo ese asunto.

La isla era muy tranquila y rara vez había robos porque todos se conocían. Era cierto que en verano la población se triplicaba y entonces sí era normal que la delincuencia también se multiplicara. Sobre todo, peleas de borrachos en los bares y multas por exceso de velocidad, principalmente…, pero algo así, en pleno invierno, un domingo por la tarde… le resultaba muy raro

Su olfato de policía rara vez le fallaba. Pero tener esa lata le aclararía todo lo sucedido con rapidez.

Le daba en la nariz que había sido un ajuste de cuentas y que el alcalde había montado ese numerito para pillar a alguien. Ya se enteraría. Y el alcalde también si pensaba que él estaba allí para solucionarle sus chanchullos personales.

Ezequiel estuvo haciendo fotos de la ventana rota de la cocina por donde parecía que habían entrado y de todo lo que pensaron que iban a necesitar los del seguro, que les garantizaron que se pasarían por allí a primera hora de la mañana

—¿Tengo que pasar la noche en un hotel?

Era la tercera vez que Valentín se quejaba por el teléfono a Jacinto. Eso es lo que pasa cuando conoces a toda la gente de la isla. Que piensan que tienes que arreglarles sus problemas

personales en cuanto te lo piden, sin importarle el día de la semana ni la hora ni la situación familiar que tengas en ese momento.

—Alcalde… —Ezequiel terminó con las fotos y decidió intervenir. El alcalde había conseguido provocarle dolor de cabeza con sus quejas y gritos. Estaba deseando acabar y volver a la comisaría—, tampoco es tan terrible, solo será una noche. Han prometido venir a primera hora.

El modo en que el alcalde le lanzó una fuerte mirada al policía provocó que Hugo lo mirara con fijeza y los ojos entrecerrados.

Valentín leyó perfectamente en sus ojos lo que pensaba y decidió callarse.

Había conseguido lo que quería, y más le valía dejar de llamar la atención de Hugo sobre el asunto o lo podía echar todo a perder.

—Está bien, mañana te veo. —Colgó y salió de la casa con los dos policías y cerró tras él—. ¿Cuánto tiempo tardarás en saber algo de la lata?

—Supongo que un par de días.

—¿Me llamarás cuando te llegue el resultado?

Lo miró analizando de nuevo qué era lo que se traía entre manos

—Claro, serás el primero en saberlo.

—Bien. —Se agachó junto a la ventanilla del coche para despedirse de los agentes—. Gracias por las molestias.

El resultado le llegó tres días después.

Estaba en su despacho. Acababa de volver de hacer la ronda por la isla. Empezaba a hacer días buenos, lo que indicaba que se acercaba la primavera. Y con el buen tiempo llegaban los turistas, y con ellos se doblaba el trabajo, así que tenía que pedir los refuerzos que necesitaría para el verano.

Llevaba tiempo pensando en el modo de pedirle a Chloe que fuese a vivir con él o, en ese caso, mudarse a vivir con ella. Sería buena idea alquilar su casa para la temporada de verano. O no. Todavía no lo tenía claro.

Lo primero era lo primero.

Tenía que hablar con Chloe y prepararse para tumbar todos y cada uno de los pretextos que le daría.

Ya la estaba oyendo…

Sonrió como siempre hacía cuando pensaba en ella y abrió el correo que tanto interés parecía tener el alcalde para enterarse de quién era.

Gabriela Durán.

El nombre no le decía nada.

Pensó que el alcalde se había liado con alguna mujer que decidió vengarse. Conociéndolo, no le extrañaba. Era un hombre muy particular con ese aire de estar por encima de todo el mundo. Era sabido que no caía especialmente bien a mucha gente, incluido él, porque sabía adónde era capaz de llegar. Era un hombre sin escrúpulos que no le importaba nada ni nadie para llegar a donde él pensaba que tenía que llegar. Sin importarle absolutamente nadie, excepto él, él y luego, otra vez él.

En fin, había quedado en llamarlo cuando consiguiera el nombre que estaba esperando y así lo hizo.

CAPÍTULO 25

Valentín apenas tardó cinco minutos en llegar.

—¿Quién es? —farfulló.

Se acercó a él y se colocó a su espalda para poder ver el ordenador, cosa que no le gustó demasiado a Hugo.

Decidió meterse un poco con él, usando el nombre de la mujer.

—Parece que una de tus amiguitas ha decidido burlarse de ti.

Lo miró, totalmente desconcertado

—¿Amiga mía? No entiendo

—¿Conoces a Gabriela Durán?

Por fin sabía su nombre. Y estaba claro que, si Hugo no le había dicho nada, es porque desconocía el verdadero nombre de esa mujer, tal y como él pensaba.

Menuda sorpresa iba a llevarse.

—No conozco a ninguna Gabriela Durán. ¿Quién coño es? ¿No tenemos su foto?

—Espera — Hugo comenzó a teclear en el ordenador — vamos a buscarla a ver si está fichada, si no lo está, tendrás que preguntarle de nuevo el nombre a una de tus…

La foto de la ficha policial de Chloe en las tres posturas clásicas, frente, perfil derecho e izquierdo, le borró de la mente lo que estaba diciendo.

No podía apartar los ojos de ella. Tenía el pelo pelirrojo, lo que siempre había sospechado, pero su cara magullada por los golpes… tenía un pómulo morado y el ojo cerrado, no fue lo que lo dejó sin habla, fue la desolación de sus ojos verdes, lo que le partió el corazón.

—Madre mía, jefe.

No le pasó desapercibido el tono de diversión del alcalde, y aún con su mente en estado de *shock*, lo entendió todo. Cerró el portátil de golpe para que no pudiera seguir viendo la foto de esa mujer, y no leyera lo que ponía en la ficha policial.

Detenida por el asesinato de su marido.

Fue lo único que pudo leer y entendió de golpe todo lo que ella le había querido dar a entender y nunca le dijo.

—¡Eres un hijo de puta! —Se levantó y lo cogió por el cuello del polo negro que llevaba para que no se le escapara. Le golpeó en el lateral del vientre repetidas veces.

Recordó que en los riñones los golpes dolían más y apenas dejaban señales. Lo sabía porque las mujeres maltratadas por sus maridos se lo habían dicho en reiteradas ocasiones.

¡Qué gran ironía!

Valentín se desinfló ante los puñetazos y perdió todo el aire de los pulmones cuando volvió a golpearlo en la boca del estómago.

—Lo has preparado todo para poder enterarte de quién era ella, ¿no es así?

Valentín cayó de rodillas con gemidos lastimeros escapando de entre sus labios.

No entendía por qué le golpeaba a él cuando la delincuente era ella.

Apenas podía llevar aire a sus pulmones y le entraron unas ganas tremendas de vomitar.

—Te denunciaré —masculló en un susurro—, y a esa delincuente…

No pudo acabar la frase.

Hugo lo levantó del suelo, lo cogió por el cuello del polo otra vez y acercó su cara con mirada asesina, que se encogió asustado. Nunca lo había visto perder los papeles de ese modo. Era el jefe de policía, ¡por Dios!

—Si dices una sola palabra de esto… —Lo zarandeó sin piedad—. Si me entero de que has insinuado algo de lo que has visto o que alguien más descubre su verdadero nombre... Te mataré. ¿Me has oído? —Valentín estaba tan asustado que no le contestó—. ¡¿Me has oído?!

Lo zarandeó más fuerte todavía.

Valentín volvió a gemir y solo pudo asentir con la cabeza.

—Jefe, ¿qué sucede?

Ezequiel asomó la cabeza por la puerta, alertado por los gritos.

No esperaba encontrar al alcalde con la cara cenicienta y mirada de pánico en sus ojos, y a su jefe vociferando de ese modo.

Algo muy grave tenía que haber pasado. Hugo jamás había golpeado a nadie, al menos en la comisaría, que él supiera. Y llevaba ya muchos años trabajando con él.

—Este se queda detenido.

Lo soltó de un empujón. El alcalde chocó de espaldas con la pared del fondo y se dejó caer en el suelo, donde pensó que estaba a salvo de la ira del policía. Ni muerto pensaba levantarse de ahí.

Nunca se había considerado un hombre valiente. Huía de una pelea corporal como los gatos del agua. Al fin y al cabo, era el alcalde y tenía a la ley de su parte. Y si no estaba de su parte solía encontrar pases por la retaguardia para conseguir lo que quería. Enfrentarse al jefe de policía en ese momento no era buena idea. Ya se le ocurriría algo para poder vengarse de ambos. No iba a perdonarle lo que le estaba haciendo.

Golpearle le iba a salir muy caro, por muy jefe de policía que fuese.

—¿Él? —preguntó Ezequiel, sorprendido—. ¿Por qué?

Miró al alcalde en el suelo, pensando si debía ayudarlo a levantarse o no.

La mirada de su jefe le indicó que lo dejaría allí un poco más, hasta que le contara lo que

había ocurrido para sacar de sus casillas al jefe de policía, cosa que rara vez sucedía.

—Por fingir un robo en su casa. —Miró al alcalde de nuevo antes de gritarle—. ¡¿Verdad que sí, alcalde?! —El hombre asintió desde el suelo y se encogió un poco más—. Por utilizar a la policía para sus investigaciones particulares. —Ezequiel supo a qué se refería su jefe, aunque no supiese lo que había encontrado—. Si necesitas algo más, ya se me ocurrirá algo. Llévalo a una celda hasta el lunes.

—¿Setenta y dos horas? —Hugo lo miró de mala manera y Ezequiel asintió sin decir nada más mientras se agachaba para ayudar al alcalde a levantarse—. Su abogado me va a volver loco durante todo el fin de semana —se quejó mientras salía del despacho con un alcalde bastante maltrecho de camino a la celda.

Sabía que no era buena idea ir a buscarla mientras estuviese en ese estado, pero no podía dejar de ver su cara en la ficha policial.

Necesitaba hablar con ella, aunque no tenía ni idea de lo que le iba a decir. Bullía de rabia, como una tetera que llevaba demasiado tiempo al fuego. Se sentía engañado, y tremendamente decepcionado. ¿Por qué no se lo había dicho?

Había matado a alguien, joder, y aunque estaba seguro de que en esa historia había mucho más, la furia por sentirse engañado, lo cegó. No podía digerir lo que había hecho. Al fin y al cabo, era policía. ¿Se suponía que tenía que hacer la vista gorda con ella, por ser quién era? Había dedicado toda su vida a cuidar de los demás y hacer cumplir la ley y el orden. ¿Cómo tenía que afrontar lo que había hecho?

Frenó en la entrada del camino a su casa, aún a bastante distancia porque necesitaba golpear algo repetidas veces y soltar un poco de esa furia ciega que sentía en su interior.

Bajó del coche, dio un fuerte portazo y se acercó a un árbol joven y espigado que recibió estoicamente todos los puñetazos que le dio como si fuese un saco de boxeo, sin hacerle caso al dolor de sus nudillos arañados y raspados por el tronco del árbol, que solo perdió algunas de sus hojas por los golpes que recibió.

Volvió a montarse en el coche y aceleró de golpe, derrapando con las ruedas traseras en la curva de tierra que lo llevó directamente a su casa.

Chloe estaba en el lateral de la vivienda, enfrascada en la que era su nueva tarea de primavera: plantar un huerto.

Chester estaba echado al sol a su lado y se sentó de golpe, atento al hombre que bajó del coche con paso decidido. Que Chester gruñera en claro aviso del humor que traía Hugo la puso sobre aviso.

Sabía que había ocurrido algo, aunque no podía imaginar que supiera su verdadera identidad.

—¡Hola! —saludó un poco indecisa porque su rostro mostraba una gran ira.

La suficiente para que el perro la avisara.

—¡Chester, siéntate!

El perro lo miró dubitativo ante esa orden y se sentó mientras la miraba a ella, no muy convencido de obedecer.

—No le grites al perro —le avisó, mirándolo con los ojos entrecerrados mientras pensaba en qué podía haberlo puesto de tan mal humor—. Si estás de mal humor, será mejor que vuelvas otro día.

—Quizás seas tú la que me ha puesto de tan mal humor —le soltó, plantándose ante ella cuan grande era y, ante su cara de no entender nada, añadió—: ¿Cómo debo llamarte a partir de ahora? ¿Gabriela Durán o Chloe?

Ella perdió el color de su cara y se preguntó cómo podía saberlo.

—¿Cómo sabes eso? Me dijiste que no volverías a investigarme.

—Te aseguro que no lo he investigado yo, ha sido algo totalmente fortuito. —Y era cierto. Aunque el resultado hubiese sido el que menos se esperaba—. ¡¿Por qué no me lo dijiste?! —El grito de él hizo que el perro empezara a gruñir de nuevo.

Ninguno de los dos le prestó atención.

—¿Por qué crees? —Una gran tristeza se adueñó de ella. Pensaba que él sería distinto, quizás por dedicarse a lo que se dedicaba. Pero acababa de demostrarle que era exactamente igual que todos los que decían ser sus amigos y que la miraban con esa cara de incredulidad y desprecio.

—¡Tenía todo el derecho del mundo a saberlo!

—Sí, es cierto, y nunca encontré el momento adecuado. ¿Cuándo creías que sería el mejor momento? —Se levantó del suelo, porque no soportaba estar bajo la mirada decepcionada y furiosa de él—. ¿Cuándo te conocí y te dije que no quería relacionarme contigo ni con nadie? ¿Cuándo empezamos a acostarnos? ¿Cuándo, Hugo? Dímelo —Se limpió una lágrima, furiosa consigo misma por permitirse una debilidad ante él, que la miraba con la recriminación en sus ojos.

Él ya la había juzgado y sentenciado, como todos los demás. Y que no le hubiese preguntado cómo sucedió o el por qué, terminó de romperle el corazón.

Ahí tenía lo que pasaba cuando le abría el corazón a alguien que parecía, solo parecía, estar interesado en ella. Corazón que le pisoteó sin compasión.

—No lo sé, pero tenías que habérmelo dicho.

—¿Para qué? Tú ya me has juzgado y sentenciado, como hicieron todos los demás. Por eso

no te lo he dicho —Ante su terco silencio, añadió—: ¿No quieres saber lo que ocurrió?

No quería perderlo. Por nada del mundo quería quedarse sin él, y esa conversación empezaba a saber a una amarga despedida. Estaba dispuesta a hacer lo que fuese por evitarlo, porque era cierto que era culpa suya por no habérselo contado antes.

—Has tenido cinco meses para contármelo. Te lo he preguntado infinidad de veces. —Se pasó las manos por la cara con frustración. Una intensa pena le oprimía el pecho y la garganta. Por un momento temió echarse a llorar—. ¡No, Chloe, ahora no quiero saberlo!

A ella se le cayó el alma a los pies. Cerró los ojos, derrotada. Ahí estaba su final.

—Entonces, ¿para qué has venido?

La miró largo rato antes de decidir soltar algo más.

Su corazón roto lo obligó a continuar hablando, aunque eso significara romperlo aún más.

—Un día te dije que cuando dejara de estar interesado en seguir con la relación sería un hombre y te lo diría en persona. —La miró con los ojos tan tristes y desolados como estaban los de ella—. A eso he venido.

—Bien —murmuró Chloe—, lo he entendido alto y claro.

Él se dio la vuelta para marcharse.

Hugo no podía pensar que su corazón pudiera sentir más dolor del que ya sentía. Cuando la oyó sollozar a su espalda se dio cuenta de que sí se podía romper todavía más, hasta quedar totalmente destrozado.

TERCERA PARTE

CARL SAGAN DIJO:

«Debes conocer el pasado para
comprender el presente»

CAPÍTULO 26

Había transcurrido casi una semana ya.

Hugo pasó el fin de semana encerrado en su casa, bebiendo *whisky* e intentando olvidarse del dolor sordo que sentía en su corazón cada vez que respiraba, sobre todo, cada vez que pensaba en Chloe. Había leído la ficha policial más de cien veces. Y sabía todo lo que había pasado. El oficial que había llevado el caso, un tal Bruno no sé qué. Al parecer, la habían declarado inocente en un juicio rápido y ni siquiera tuvo que pisar la cárcel. Estuvo ingresada en un centro psiquiátrico, recuperándose del *shock* de lo sucedido y de, por lo visto, todo el daño físico y psicológico que le había estado haciendo los años anteriores.

Entendía lo que había pasado.

Estaba claro que había sido un accidente.

Pero no podía entender que ella no se lo hubiese contado.

Esa era la mayor traición que consideraba que había cometido con él, y aún no la había perdonado. Aunque estaba enamorado de ella desde hacía tiempo y no sabía cómo carajos seguir con su vida sin esa mujer.

La necesitaba.

Le dolía hasta el alma solo con pensar que la había perdido para siempre.

Su hermana pasó por su casa cuando olió que algo iba mal, porque Hugo no acudió a la comida del domingo con sus padres.

Como ella tenía una copia de la llave de su casa por si alguna vez tenía que acudir por algo cuando estuviese fuera, se presentó allí al comprobar que tampoco le cogía el teléfono.

—¿Está todo bien?

Lo miró preocupada al ver varias botellas vacías de *whisky* sobre la mesita del salón junto al sillón donde estaba tirado casi a oscuras.

Le recordó a un león lamiéndose las heridas en un documental que había visto hacía ya un tiempo.

—Lárgate, no es buen momento.

No pensaba contarle nada.

No pensaba volver a hablar de esa mujer hasta que le desapareciera ese dolor que no le dejaba dormir, respirar ni vivir,

—Ya lo veo.

Conocía a su hermano lo suficiente como para saber que algo grave debía de haber pasado para que estuviese en ese estado.

Rara vez bebía así, solo. Así que le dejaría rumiar en soledad lo que fuese que había pasado y ya lo acosaría en otro momento, cuando estuviese más receptivo.

Que su hermano estuviera tan hecho polvo le preocupó. Hugo era el más positivo de la familia. Para él todo tenía solución, todo podía arreglarse y era el que pensaba que todos los problemas del mundo se solucionarían si todas las partes se sentaban a hablar.

Pensó que quizás tenía que hacerle una visita a una amiga.

El resto de la semana no tuvo mejor suerte con su hermano, se centró en el trabajo y no le cogió el teléfono ninguna de las veces en las que lo llamó para intentar hablar con él.

Por su parte, Chloe dejó de ir al pueblo para su compra semanal.

Como ya había dejado de esconderse porque todo el mundo sabía de su relación con Hugo, iba con más asiduidad. Solía quedarse a desayunar con Megan cuando volvía de dejar al crío en la guardería y luego iban las dos al supermercado para hacer la compra de la semana. Pero lo había borrado de sus tareas diarias porque no quería encontrárselo, ni a él ni a nadie que pudiese preguntarle algo sobre ellos.

Le extrañaba que Megan no la hubiera llamado o acudido por allí. Estaba segura de que lo sabría, porque tenía una relación muy estrecha con su hermano y dudaba de que no le hubiese contado algo así.

La echaba muchísimo de menos. Era la única amiga que tenía allí y echaba mucho de menos poder hablar con alguien de lo que había pasado; que le diera alguna opinión sobre lo que podía hacer. O sobre cómo olvidarse de un hombre como él, porque desde que pasó lo de su enfrentamiento, apenas había podido comer ni dormir. Así que su vida se basaba en un sinfín de tareas impuestas para estar ocupada todo el día y no darle más vueltas a algo que ella misma tenía que reconocer que era la única culpable de que se hubiese acabado.

Lástima que Megan fuera su hermana. Estaba claro que ya la había juzgado y sentenciado, exactamente igual que había hecho su hermano.

Se obligó a parpadear para alejar las lágrimas de sus ojos. Si lloraba no conseguía ver y concentrarse en la pantalla del ordenador donde estaba trabajando en su último proyecto, el cual debía reconocer que ya estaba muy avanzado por el montón de horas que le dedicaba, ya que no tenía nada mejor que hacer durante todo el día.

«Sal un poco para que te dé el aire» se dijo a sí misma.

Regar el huerto que ya había acabado de plantar sería un entretenimiento necesario y apropiado. Que le diese un poco el sol y el aire en la cara quizás podría ayudarla a levantar un poco el ánimo y le abriese el apetito.

Ya no recordaba la última vez que había hecho una comida en condiciones.

Salió y se quedó mirando el mar con algunos de los barcos de pesca que volvían a esas horas de faenar.

Un sinfín de gaviotas rompían el silencio de la tarde con sus chillidos en la playa.

Chester le dio con el hocico en la mano para llamar su atención, quizá al notar su estado de ánimo.

Se giró para mirar el coche que acababa de entrar en el camino de tierra y se alegró de que fuese Megan. Su alocado corazón volvió a su ritmo normal cuando comprobó que no era Hugo.

Pero tampoco sabía qué decirle a su hermana.

Se la quedó mirando en silencio, intentando averiguar en su rostro si sabía algo de lo que había ocurrido. O, en ese caso, si también venía a recriminarle que le hubiese ocultado a su hermano que era una asesina.

No pensaba hacerlo, de verdad que no, pero cuando la única persona a la que consideraba su amiga se acercó a ella con cara de preocupación, se lanzó a sus brazos llorando desconsoladamente.

—Ya decía yo que había pasado algo entre vosotros —susurró Megan.

La abrazó con fuerza, dejando que pudiera desahogarse tanto como necesitaba antes de preguntarle qué demonios había pasado entre ellos. Fue una sorpresa que ella estuviera en el mismo estado desastroso en el que había visto a su hermano esa misma mañana cuando pasó por la comisaría para intentar hablar con él.

No soltó ni una palabra y le pidió que, por favor, dejara de intentar sonsacarle nada. Ya se lo contaría cuando estuviera preparado.

Así que había ido a por sus respuestas a la otra persona implicada, que daba la casualidad de que era una amiga a la que empezaba a querer como a una hermana.

—No llores, cariño. Por favor, cuéntame qué ha pasado.

La alejó un poco de ella para darle un beso en la mejilla porque sí, porque pensó que lo necesitaba después de la hincheta de llorar que acababa de darse por culpa de su hermano.

—¿Quieres un café o algo? —ofreció Chloe.

— Beberé lo que a ti te apetezca

—Si bebo más café tampoco dormiré esta noche —murmuró con voz trémula. Megan observó sus ojos cansados y supo que llevaba sin dormir no un día, sino varios—. ¿Un vaso de vino está bien?

—Por mí, perfecto. Nos sentaremos aquí en la terraza para admirar la puesta de sol, si te parece bien.

La vio entrar en la casa y se sentó con un suspiro en la silla de mimbre del conjunto con la mesa a juego que tenía en la terraza trasera con impresionantes vistas al mar.

—He traído queso y galletas saladas para el vino.

Miró la botella de vino blanco y alabó el buen gusto.

Sí, una copa de vino parecía perfecta para consolar a una amiga que lo estaba pasando realmente mal, a juzgar por los signos de fatiga de su rostro por la falta de sueño y la inmensa tristeza de sus ojos verdes. Ojos que habían vuelto a apagar el brillo que habían adquirido desde que se relacionaba con su hermano.

Se sentó frente a ella con un suspiro cansado y abrió el vino para llenar las dos copas hasta la mitad.

—No sé cómo no te pasas el día entero aquí con estas vistas. Te envidio por esto, ¿sabes? —Probó el vino antes de seguir—. Esta casa es la envidia de la mayoría de la isla.

—Si decido marcharme puedes hacerme una ridícula oferta por ella. Quizás te sorprendas.

Esas palabras que soltó con tanta pena le preocuparon. Algo muy grave debía haber pasado para pensar en marcharse.

—No lo dices en serio. El problema no puede ser tan malo.

—¿Tu hermano no te lo ha contado?

Eso le extrañaba mucho. Había pasado casi una semana, tiempo más que suficiente para que él se lo hubiese contado, al menos, a la familia más directa. Ella lo hubiese hecho de haber tenido alguna familia para contárselo.

Se lo había explicado a Bruno, pero él no contaba.

—Mi hermano está igual de hecho polvo que tú, pero no he conseguido que suelte ni una palabra de lo que os ha ocurrido. Por favor, Chloe, cuéntame qué ha pasado. Me estoy volviendo loca de preocupación.

Decidió que tenía que contarle la historia completa. Ya iba siendo hora de que algunas personas, sus amigos, por ejemplo, supiesen la verdad sobre ella.

Había aprendido bien la lección.

Si alguien más se enfadaba con ella no iba a ser por ocultarle esa información.

—Ante todo, debes saber que mi nombre no es Chloe, sino Gabriela Durán. —Megan abrió mucho los ojos, sorprendida de que por fin se decidiera a contar algo sobre ella. Aunque seguía sin entender por qué su hermano estaba tan afectado—. Y hace cinco años maté al que por entonces era mi marido.

Chloe la miró a la espera de su reacción y rezó para que su amiga no se fuera por patas, asustada por lo que acababa de oír.

Megan bebió de su copa porque de repente se le había quedado la boca seca.

No sabía qué debía decirle, pero estaba claro que aquella información había sorprendido a su hermano.

—¿Qué pasó? —Cogió su mano y le lanzó una mirada cómplice—. ¿Quieres contármelo?

Ese gesto tan humano hizo que su corazón sanara un poco más y se ganó su agradecimiento

de por vida.

No quiso evitar que las lágrimas volvieran a inundar sus ojos, aunque esa vez era de alivio.

—No tienes que contármelo si no quieres. Solo intento entender qué pasó. No se pueden sacar conclusiones si no sabes la historia completa. —La miró con firmeza y le dio un nuevo apretón en la mano para transmitirle consuelo—. Al menos en esta historia.

—Tu hermano se fue sin dejar que se lo explicara.

—Mi hermano es un asno insensible que se cierra en banda cuando se siente herido o decepcionado con alguien, ya se le pasará. Pero lo mataré cuando lo vea. Me va a oír, el muy subnormal.

—Ha sido culpa mía por no habérselo contado antes.

—Es posible, pero nadie puede juzgarte por esto sin saber la historia completa.

Por la certeza de esas palabras, Chloe se lo contó todo como nunca antes se lo había contado a nadie. Y lloró como hacía mucho tiempo que no lloraba, sobre todo, cuando Megan llamó a su marido para avisarlo de que se quedaría con ella a dormir esa noche, porque la necesitaba.

—Tienes a Mario y al niño esperándote en casa —dijo, y sintió mucha envidia de ello—. Márchate a casa, yo estoy bien.

—No, tú no estás bien y Mario puede cuidar al niño. No es la primera vez que lo hace.

—Tu hermano puede molestarse contigo si se entera de que estás aquí apoyándome.

Los ojos de ella, tan parecidos a los de su hermano, se tornaron fríos de repente.

—Hace unas semanas te dije que pasara lo que pasara con el idiota de mi hermano, tú eres mi amiga. Y yo cuido de mis amigas, tanto si le gusta como si no. ¿Vale?

Chloe asintió.

Decidieron cenar pizza y acabarse la botella de vino.

—Te seguiré llamando Chloe, si no te importa —declaró—. Me encanta ese nombre.

CAPÍTULO 27

Hugo no se extrañó demasiado de que su hermana se presentara en la comisaría para hablar con él. Nunca lo hacía, excepto si necesitaba de los servicios de la policía y, por suerte, eso nunca había pasado desde que él era el jefe de la comisaría. Así que imaginó que se había cansado de esperar a que estuviese listo para hablar con ella y decidió no darle más tregua.

Tenía una conexión especial con su hermana. Eran gemelos, después de todo, y los gemelos sabían a lo que se refería. Así que suspiró cuando María le dijo que su hermana había ido a verle y se la quedó mirando cuando entró en su despacho un viernes por la mañana. Casi dos semanas después de haber roto con Chloe.

—Megan… —Su hermana se sentó en la silla frente a su mesa después de cerrar la puerta para darles algo de intimidad e ignoró su tono de reproche.

—¿Cómo estás, hermanito?

Aunque había preocupación en su voz, también pudo percibir un deje de enfado que le sorprendió.

—Te repito que no es buen momento. Pero imagino que ya sabes lo que ha pasado, ¿no? Por eso estás aquí.

Suspiró y se cruzó de brazos, cansado y a la espera de saber lo que su querida hermana tenía que decirle. La conocía lo suficiente como para saber que no se marcharía sin sus respuestas. Seguía durmiendo un par de horas de noche y el cansancio empezaba a pasarle factura, así que no estaba en disposición de pelear con su hermana.

—Sí, sé lo que ha pasado porque he tenido que ir a hablar con ella para enterarme.

Saber que su hermana había hablado con ella despertó su curiosidad… y dolor.

Su hermana la había visto y hablado con ella, y él no encontraba motivos para acercarse de nuevo a Chloe para disculparse por ser tan idiota y no haber sabido tratar el asunto de otra manera.

Le hubiera encantado poder cerrar los ojos, volver a aquel momento con el alcalde frente a su ficha policial y hacer las cosas de otro modo.

Se le encogió el corazón cuando la recordó con las lágrimas rodando por sus mejillas, preguntándole si no quería que le contara lo que ocurrió aquel día. Y su corazón se rompía un poquito más porque, entre otras cosas, seguía sin saber de qué o quién estaba huyendo.

—¿Cómo está? —susurró.

Su hermana abrió los ojos, sorprendida por la pregunta, y decidió ser sincera. Estaba totalmente en contra del modo en el que su hermano llevó ese caso, pero se apiadó de su cara de cansancio y de la tristeza de sus ojos.

Estaba exactamente igual de demacrado que Chloe.

—Destrozada —exhaló. Que Hugo cerrara los ojos con pesar no le detuvo de decirle todo lo que había ido a decirle en persona—. Después de lo que le dijiste, ¿qué esperabas?

—¿No te ha contado todo lo que me ha estado ocultando todo este tiempo? —Todavía le quedaba un poco de chispa para hablar con un deje de enfado en su voz—. ¿Eso no te lo ha dicho?

—Me lo ha contado todo, Hugo, y aunque tienes razón y todo el derecho del mundo de estar enfadado, no entiendo por qué no te detuviste para escucharla.

—¿Escucharla después de estar cinco meses preguntándole casi a diario qué le sucedía y no tuvo los santos cojones de contarme nada? ¡Cinco meses, Megan! ¿Y ahora me dices que debía escucharla? Mira, no sé qué me pasó por la cabeza, ¿vale? Pero esperar una explicación ese día no estaba entre ellas. Sé que posiblemente lo he jodido todo y aún intento encajar las piezas para poder seguir con mi vida.

Se pasó las manos por la cara para intentar alejar la jaqueca que comenzaba a formarse justo detrás del ojo derecho. Miró a su hermana con el cansancio visible en su rostro. Realmente se sentía agotado de darle vueltas y más vueltas al asunto. Aún no se le había pasado la decepción de que no hubiese confiado lo suficiente en él como para contarle algo así.

—Lo has jodido todo porque ella pensaba que eras diferente. Tu trabajo te obliga a tratar con personas en su situación y nunca imaginé que llegarías a su casa con el juicio hecho y la sentencia firmada. No le diste ni una sola oportunidad de contarte lo que ocurrió.

—Espero que se me pase un poco la sorpresa para ir, arrastrarme como un gusano y pedirle que me cuente todo por lo que tuvo que pasar. —Miró a su hermana esperanzado—. ¿Crees que, si me arrastro un poco y le pido perdón, podré recuperarla?

—Lo que creo, hermanito, es que no habrá tierra suficiente en la isla para que te arrastres si esperas que ella te perdone después de tu falta de sensibilidad.

—¡Joder!

—De hecho, creo que hay una nueva Chloe después de esto. A esta casi no vas a reconocerla. Creo que le ha venido muy bien este empujón involuntario que le has dado.

Su hermana se levantó cuando dio por terminada la charla. Antes de dirigirse a la puerta se acercó a darle un abrazo y un beso a su hermano, porque, aunque se hubiese equivocado, no le gustaba verlo tan afectado.

—Habla con ella. Después de todo, todavía tenéis un asunto pendiente. Piensa lo que puedes hacer para recuperarla. Chloe me gusta para ti. Es una gran mujer.

Cuando encontrara la manera de poder acercarse a ella sin perder su cabeza de un mordisco, iría a hablar con Chloe.

Sabía a ciencia cierta que la barrera que tenía levantada cuando la conoció no se parecería ni de lejos a la que habría levantado ahora, después de llevarse una gran decepción con él.

No se equivocó demasiado.

Chloe había pasado del dolor inicial y la sorpresa que se llevó por su comportamiento, al enfado por haber actuado del modo que lo hizo. Nunca más permitiría que nadie, tanto si le importaba su opinión como si no, volviera a hacerla sentir como una mierda inservible que no valía para nada, como si fuese un cero a la izquierda.

Ya la habían mangoneado suficiente para varias vidas y no volvería a pasar por eso.

Lo que ocurrió fue un accidente y ya pagó por ello sin ser culpable. La ley le había dicho que era inocente y pensaba agarrarse a eso con todas sus fuerzas.

Al que le gustara, bien, y a quien no… podía irse al infierno.

Megan le había hecho darse cuenta de que las amigas y las personas que te quieren lo hacen de manera incondicional, apoyándote en tus decisiones, incluso sin estar de acuerdo con ellas.

Así que llegó a la conclusión de que Hugo no la quería lo suficiente.

Podía irse al infierno él también si pensaba que ella iba a culparse por todo lo que ocurrió.

Y así, bullendo de furia, se presentó en la comisaría varios días después de que lo hiciese Megan. Y, de nuevo, pilló a Hugo totalmente desprevenido.

—Jefe, preguntan por ti —anunció Ezequiel.

Hugo levantó la cabeza del ordenador para mirar curioso, ya que el tono de voz divertido de Ezequiel y el modo en el que se asomó por la puerta del despacho le pareció de lo más extraño.

Maldijo la falta de tranquilidad a la que estaba siendo sometido últimamente.

Y sus quejas mentales quedaron relegadas al rincón más oscuro de su mente cuando vio a Chloe, con el color de su cabello anaranjado natural, tal como siempre había imaginado que era, que entró en su despacho y cerró la puerta tras ella para sentarse en la silla frente a él.

Se quedó tan sorprendido que por unos segundos solo se quedó allí, mirándola embobado y notando que su corazón latía tan fuerte que se dijo que ella tenía que estar oyéndolo por cojones.

Miró sus ojos verdes con detenimiento. Parecían … ¿enfadados?

Sí, no había duda de que su lenguaje corporal decía claramente que estaba enfadada con él. No podía culparla por eso.

Su sexo se agitó bajo los pantalones del uniforme, haciéndole saber que la había echado mucho de menos.

—Chloe…, qué sorpresa.

No sabía cómo iba a sacar el tema para poder disculparse, pero encontrarla allí de repente lo obligaba a tener que improvisar una disculpa. Si algo tenía claro es que no la dejaría salir sin haber arreglado las cosas entre ellos.

—Necesito que me aclares algo y te pido, por favor, que seas sincero.

«Empezamos mal» pensó él.

—Siempre he sido sincero contigo. —Se mordió la lengua para no seguir hablando y empezar una discusión.

Aunque no sabía bien cómo iban a solucionar aquella situación sin volver a discutir.

—Bien, necesito que me digas cómo conseguiste mi verdadera identidad.

—Te dije que yo no volvería a investigarte y fue cierto. En este caso, el alcalde consiguió una lata de refresco que tú bebiste. —Ya se había enterado de dónde la había robado—, y fingió un robo en su casa para que analizáramos la lata en busca de ADN o huellas dactilares de los supuestos ladrones.

La miró y analizó sus gestos; la mención al alcalde le había provocado un rictus de severidad a su sensual boca.

—Todo lo demás ya lo sabes.

—¿Por qué no me extraña de ese maldito psicópata?

—No debes preocuparte por él. —Intentó calmarla al ver como cogía sus manos y se las frotaba con nerviosismo—. Ya me encargué de explicarle, y su abogado también se lo ha recordado, que no puede revelar secretos sensibles tuyos, y mucho menos de un archivo policial que ha conseguido mediante el engaño. Está penado por Ley, así que tu secreto está a salvo con él.

Por su modo de sonreírle, Chloe se preguntó qué habría hecho para divertirse tanto.

—¿Y contigo?

Su sonrisa se borró de inmediato y una expresión fría se instaló en sus ojos azules.

—¿Tú qué crees?

—Ya no sé qué creer. Después de todo, no me esperaba tu reacción, así que parece que no soy demasiado buena juzgando a la gente.

—Espera un momento. —Se levantó para acercarse y se sentó en el borde de la mesa junto a ella. Se agarró las manos en el regazo para evitar dejarse llevar y abrazarla, pues era lo que de verdad deseaba—. ¿No pensarás ni por un momento que mi reacción fue porque habías matado a esa rata cobarde que tenías por marido? —Ante el silencio de ella, añadió pesaroso—: Joder, Chloe, ¿por qué persona me has tomado? Lo que me ha dolido es tu falta de confianza en mí. Quería pedirte que te vinieras a vivir conmigo, ¡joder! ¿Y me tengo que enterar por accidente de lo que pasó con tu marido? ¿Cómo te hubieses sentido tú de haber sido al revés?

—No sé cómo me hubiese sentido, pero ni siquiera me dejaste explicar nada. En la historia hay mucho más de lo que dice ese informe y tú viniste con tu idea firme sobre mí, sin importarte mi opinión ni nada.

—Lo siento, Cucú. —Intentó cogerle la mano, pero ella la retiró.

—No me llames así. Me dejaste muy clarito que no estabas interesado en mantener ninguna relación conmigo.

Se removió incómodo sobre la mesa.

«Vas a tener que ponerte las pilas y dejar de ser tan patético» se dijo.

—Cariño, lo siento muchísimo. Ese día se me juntaron un montón de cosas. Me enteré de la noticia con el alcalde husmeando en tu informe policial y se burlaba de mí porque se dio cuenta de que yo no sabía nada y la noticia me sobrepasó. Sabía que no debía ir a verte estando tan enfadado y frustrado, y no sé qué fuerza me llevó a decirte lo que te dije, pero sabes que te quie…

—No sigas por ahí, jefe —le interrumpió—. No quiero oír nada más. Lo nuestro se acabó. Suelo entender las cosas cuando me las dicen tan claro. No soy tonta, ¿sabes?

—Me equivoqué y lo siento de corazón. Dime qué quieres que haga para que puedas perdonarme.

—Tu confianza en mí hubiese sido suficiente

—Yo podría decirte lo mismo, ¿no crees?

No pudo evitar soltarlo. A la mierda lo de intentar dejarse pisotear para ganarse su perdón. Estaba claro que lo que ocurrió había minado la relación e iban a necesitar un milagro para salvar la grieta que se había abierto entre ellos.

—Nunca encontré momento de decirte algo así. Eres policía, joder. ¿Cómo le dices a un policía que está saliendo con una ases...?

—Basta ya, por favor. —Esta vez fue él quien interrumpió—. No quiero oírte decir eso.

Cogió su mano y le dio un apretón para evitar que pudiera soltarse. Se la llevó a los labios para besar sus nudillos con cariño.

En ese instante se dio cuenta de cuánto la había echado de menos. Su olor, que había llenado sus fosas nasales en cuanto entró en el despacho y le hizo recordar un montón de buenos momentos. Estaba más delgada y parecía cansada, sus ojos estaban apagados y tenía ojeras, lo cual le demostró que estaba sufriendo tanto como él, y pensaba hacer lo que fuese necesario para poner remedio a la situación en la que estaban por su culpa. Bueno ella tampoco podía irse de rositas, pero, aun así…

No quería ni podía pasar más días alejado de ella. Se arrastraría tanto como fuese necesario.

—Siento mucho haberte mentido, Hugo, te merecías sinceridad. No tengo excusas, excepto que nunca encontré el momento de contar algo así. No esperaba tu reacción. Ya he tenido

muchos jueces y verdugos en mi vida y ya no puedo más. Lo que hice es un delito y aunque no lo pagué con la cárcel por muchos motivos, sí que lo pagué y sigo pagando de muchas otras maneras. Me he cansado de huir y de esconderme. Si mi cuñado viene a por mí estaré preparada, porque ya no me da miedo ni pienso seguir escondiéndome. Ya maté a una persona y…

—Espera, espera… —interrumpió Hugo—, ¿qué es eso de que tu cuñado puede ir a por ti? ¿Es él de quien estás huyendo?

—No tiene sentido ocultarte nada más, aunque ya no haya nada entre nosotros.

—No digas eso. —Volvió a besarle la mano. No dejaría pasar ninguna oportunidad que tuviese de besarla y abrazarla hasta conseguir que lo perdonara—. ¿Te importaría contarme lo que ocurre con tu cuñado? Aún me falta esa historia del rompecabezas para entenderlo todo sobre ti.

—Y eso que me dijiste que no te importaba mi pasado.

—Es cierto, no me importa, pero, en este caso, necesito saber todos los detalles para entender a la mujer en la que te has convertido.

Ella suspiró y se lo contó todo.

CAPÍTULO 28

—Ahora sabes todo lo que pasó y nunca más volveré a contar esta historia. Puedes juzgarme tanto como quieras, pero no pienso seguir huyendo porque ya me cansé de vivir escondida. No me importa que mi nombre real salga a la luz, si es cierto que solo tú y el alcalde lo sabéis, está en vuestras manos que todo se sepa.

—Chloe, ya te he dicho que el alcalde está atado de pies y manos, y no te imaginas lo que le jode no poder pregonar lo que sabe de ti, aunque tampoco sabe nada más que tu verdadero nombre. No terminó de leer tu informe policial. Puedes quedarte tranquila.

—Puedes llamarme Gabriela, si quieres, ya me da igual. No tengo nada más que perder. —Se levantó para marcharse y lo miró con ojos tristes—. Ya perdí lo único que me importaba.

—Joder, Chloe…

La abrazó antes de que pudiera alejarse más de él y se adueñó de su boca con un beso en el que puso todas las ansias que tenía de ella. Sus sentidos se llenaron de ella, de su olor corporal y del perfume que sabía que utilizaba. Su boca reconoció su sabor; lo reconocería en cualquier parte. Se negaba a dejarla marchar. Le sujetó la cabeza con una mano para adentrarse de nuevo en su boca en un ángulo más favorable.

La oyó gemir contra sus labios y le devolvió el beso con las mismas ganas.

No podía soltarla. Se negaba a dejarla marchar sin que le dijese que lo perdonaba y que las cosas volvían a estar bien entre ellos.

—Las cosas están como están —aclaró ella cuando por fin pudieron separarse.

Se quedó mirando cómo sus ojos azules la miraban con ese brillo de deseo que había aprendido a reconocer en el tiempo que llevaban viéndose.

—¿No vas a perdonarme?

Le pasó el pulgar por el labio inferior, que estaba un poco inflamado por el beso que se habían dado.

—Estás perdonado porque soy tan culpable como tú en todo esto, pero me costará olvidar el dolor que me has causado.

—Chloe…

Intentó abrazarla de nuevo. Estaba seguro de que, si seguía besándola, conseguiría de ella lo que quisiera. Nunca podía resistirse a lo que le pidiera cuando la besaba. No le importaba jugar sucio con ella. Estaba dispuesto a resarcirse del daño que le había causado, pero para ello tenía que conseguir que ella lo dejara acercarse. Y ya sabía que era una experta en mantener alejada a

la gente.

—¿No me llamarás por mi nombre?

Le cogió el mentón para que lo mirara atentamente.

—Llevo tu nombre grabado en mi corazón. Seguiré llamándote Chloe, si no te importa. Es una debilidad que tengo con él.

—Bien, pues me voy.

—¿En qué punto estamos ahora, Cucú?

Ella cerró los ojos y suspiró cansada. No podía resistirse a él y a lo que le hacía sentir con solo mirarla. Ni a lo que sentía cuando la llamaba por ese apodo tan ridículo e íntimo.

—No lo sé, Hugo. Supongo que necesito tiempo para que todo vuelva a ser igual que antes.

—¿Puedo ir a verte de vez en cuando?

No pensaba darse por vencido con tanta facilidad. Ya consiguió derrumbar todas sus barreras y estaba dispuesto a conseguirlo de nuevo.

—No lo sé. Por ahora, mejor no.

Ser el alcalde de una isla relativamente grande tenía sus ventajas. Se conocía a un sinfín de personas, que nunca se sabe cuánto puede interesar mantener algunos tratos, tanto de negocios legales como de los no tan legales. Solo había que saber con quién tratar y con quién no.

Valentín no se había dado por vencido y quería sacar a la luz el turbio pasado de la loca del perro, como la llamaba desde que lo rechazó de manera tan vergonzosa. Esa delincuente que debería besar el suelo que pisaba… No conseguía entender esos aires de grandeza.

Se vengaría de ella y del policía con manos largas que lo había golpeado solo porque le había dado un pequeño empujoncito para que se enterara de con quién estaba tratando. Se había enterado de que lo habían dejado, por lo que el alcalde imaginó que él no sabía sobre su pasado delictivo.

Y, además, estaba muy frustrado por no haberse enterado de todo lo que salía en el informe policial. No importaba que su abogado le hubiese explicado detenidamente que no podía airear lo que ponía en su historia, y mucho menos cuando lo consiguió de esa manera. No pensaba dejar pasar la oportunidad que tenía de vengarse de ambos. Pensaba demostrar a todo el mundo que nadie le negaba nada a Valentín San Jorge. Incluido el abogado que le había pedido que no volviera a molestarlo más por ese tema de la tal Chloe. Que no estaba para perder el tiempo y que no pensaba sacarlo del problema que se pudiera buscar con el jefe de policía si se empeñaba en seguir con ese tema.

Así que había tirado de los hilos largos que manejaba y buscó un investigador privado con

métodos pocos ortodoxos. Esos eran los buenos para investigar todo lo posible sobre Gabriela Durán.

Encima de su mesa tenía el informe que había conseguido sobre ella. Y aunque no pudiera airear lo que había descubierto, sí podía hacer algunas llamadas y dar algo de información a aquella persona tan interesada del paradero actual de Gabriela Durán.

Su cuñado.

No le extrañó que Chloe no se dignara a abrir la puerta cuando decidió hacerle una visita. De hecho, se hubiese sentido decepcionado si hubiera sido de otro modo, así que decidió volver a su rutina de visitarla algunas tardes sueltas cuando acababa de trabajar, solo por si algún día la pillaba con la guardia baja.

Después de dos semanas de pasarse por allí sin suerte, decidió cambiar de táctica y volvió a llevarle un enorme hueso de ternera que compró para el perro en la carnicería del pueblo, donde ella le compraba también algunos de vez en cuando.

No tuvo más opción que reírse cuando abrió la puerta delantera y salió Chester, solo y como un rayo a saludarlo, ladrándole encantado.

Estaba claro que también lo había echado de menos. Era un perro encantador con ese pelaje negro lustroso y esa cara de bueno. Además, estaba sorprendentemente bien educado.

—Hola grandullón, qué alegría verte.

Le rascó detrás de las orejas a sabiendas de que su mano y dedos no corrían ningún riesgo.

El perro le lamió una mano y se sentó frente a él sin quitarle el ojo al gran hueso con la esperanza de que se lo diera.

Aunque su truco no hubiese resultado, decidió sentarse en los escalones del porche, con el perro a sus pies mientras daba cuenta de su regalo.

Chloe los miraba desde la puerta del porche. Lo echaba tanto de menos…

Había pasado ya casi un mes, y sabía que tarde o temprano lo perdonaría. Además, se sentía casi tan culpable como él por lo que había ocurrido y verlo allí, acordándose de su perro, siempre le derretía un poquito más el corazón.

Sabía que se complementaban bastante bien. Solía darle su espacio tanto para el trabajo como para todo lo que ella necesitaba, y solía respetar sus tiempos, algo que debía reconocer que nadie más había hecho. Ni su madre ni su marido ni nadie.

Además, que estuviese volviendo a su casa casi todos los días, buscando su perdón, le indicaba que no le importaba lo que había pasado. Y eso era lo realmente importante.

—¿Te apetece un paseo por la playa?

Hugo se dio la vuelta de sopetón y le dirigió esa sonrisa perezosa que siempre le hacía aletear el corazón.

—Claro, las he echado mucho de menos. —Se levantó para darle la mano y ayudarla a bajar las escaleras del porche—. Casi tanto como a ti. —La acercó a su cuerpo y le dio un fuerte abrazo que la hizo suspirar.

Volvía a estar en casa.

—Has podido salir a pasear por la playa cuando quisieras, no me necesitabas para eso.

—Pero no es lo mismo sin ti.

Dejaron al perro en los escalones royendo su hueso sin molestarse en mirarlos y bajaron a dar un paseo por la playa con la promesa de un nuevo comienzo.

Un domingo por la mañana se encontraron a Susan en la puerta de la casa de Chloe. Imaginaron que como en la isla eran conscientes de que volvían a estar juntos y que él pasaba los fines de semana con ella cada vez que el trabajo se lo permitía, pues era más fácil encontrarlos juntos. O eso pensó Susan cuando decidió ir a hablar con Hugo sobre el alcalde. Y como el tema también le afectaba a la mujer, pensó que, si iba a hablar con los dos, mataría dos pájaros de un tiro.

—¿Sucede algo?

Hugo fue el que abrió la puerta, totalmente sorprendido.

Hacía mucho que no hablaba con ella. De hecho, no se la había encontrado desde el hospital, por el accidente de Chloe con el ciervo.

No conseguía imaginar el motivo por el que había ido allí.

—Supongo que encontrarme aquí es muy raro. —Entrelazaba las manos por los nervios. No quiso pensar mucho en el recibimiento que podía tener, pero decidió ir antes de perder el valor —. Tengo algo importante que contarte.

Chloe se la quedó mirando desde el quicio de la puerta. Solo la había visto una vez en el hospital, pero, por supuesto, sabía quién era. Ella tampoco pudo adivinar lo que había ido a hacer en su casa.

Llevaba una falda larga multicolor hasta los pies y una camiseta de color lila de manga corta. Estaba preciosa. Ella maldijo su cutis lleno de pecas por millonésima vez, como siempre hacía cuando veía a una mujer con el cutis limpio de manchas o pecas.

—Susan, si es algo importante deberías ir a la comisaría. Ezequiel está de guardia este fin de semana.

—Lo sé. —Se pasó la lengua por los labios en un gesto nervioso—. Vengo de allí. Él me ha dicho que te encontraría aquí.

Los miró alternativamente y añadió:

—Tengo algo que contaros… a los dos.

—¿A mí, por qué? —intervino Chloe, que la miró entrecerrando los ojos e intentando anticipar lo que esa mujer quería contarles.

—Es sobre el alcalde

Sabía que eso despertaría el interés de ambos de inmediato.

—No me interesa nada sobre ese hombre —bufó Chloe, que iba a darse la vuelta para entrar en la casa cuando oyó a la otra mujer murmurar.

—Te garantizo que lo que tengo que contaros sí te interesa, sobre todo, a ti.

Hugo vio la alarma en los ojos de Chloe y le sostuvo una mano para que se quedara allí.

—¿Quieres beber algo? Café, refresco…

—Acabo de hacer limonada —informó Chloe—, por si te apetece. Podemos sentarnos aquí, en el porche. Hace una mañana fantástica.

Chloe señaló los bancos del porche trasero.

—Una limonada estaría genial, si no es mucha molestia

—Voy por ella, sentaos mientras tanto. —Miró a Hugo—. ¿Quieres un vaso?

—Sí, por favor. Gracias.

Se sentaron en el porche, admirando las vistas de la playa donde empezaba a verse algunos turistas paseando y preparándose para sentarse un rato al sol. El mes de mayo había llegado con altas temperaturas, lo que llenaba la isla, durante los fines de semana, de turistas y actividad. Se podía ver algunos jóvenes haciendo surf y barcos de recreo por aguas más profundas, todos acompañados por las gaviotas y sus inconfundibles gritos.

El intenso olor del mar les llegaba con nitidez desde donde estaban sentados.

—Esta vista es espectacular —susurró Susan.

—Sí que lo es. —Hugo estiró sus largas piernas y también contempló la playa mientras esperaban a que Chloe volviera con la limonada.

—Bien, tú dirás. —Chloe se la quedó mirando con perspicacia.

No le gustaba en absoluto que su nombre estuviese ligado al del alcalde de algún modo. De hecho, tener algo que ver con él era lo último que quería.

—No sé qué le has hecho ni me importa —dijo Susan con rapidez—, pero puedo garantizarte que Valentín te odia. —Entonces miró a Hugo—. Y tampoco sé qué le has hecho tú, pero a ti también te odia. —Miró a Chloe detenidamente y añadió con voz suave, al mismo tiempo que volvía la mirada hacia Hugo—: Bueno, supongo que a ti es porque dice que se la has quitado delante de sus narices.

—¿Y tú por qué sabes todo esto?

Hugo se irguió en la silla y se acercó a Susan, que bebió un trago de limonada para refrescar

la boca que se le había quedado seca.

—Me pidió ayuda sobre su informe médico cuando ocurrió el accidente. —Le pidió disculpas con la mirada y se encogió un poco ante la que le dirigió Hugo. Su semblante se ensombreció de repente y apretó la boca en un rictus severo.

Él ni siquiera sabía que era la cara que ponía cuando se dedicaba a interrogar a alguien.

—Dar información médica es un delito, por si no lo sabías.

Se lo dijo tan serio que Susan se encogió un poco en su asiento, pensando si en realidad había sido buena idea haber ido a contarles nada.

—Lo sé y lo siento. En su momento me pareció una tontería porque tampoco pensaba que pudiera encontrar nada relevante. —Volvió a mirar a Chloe, que seguía escuchándola sin decir una palabra—. El problema surgió cuando descubrió el informe falso.

Se giró un poco para hablar con Hugo.

—Está loco. Es capaz de hacer cualquier cosa. Yo no quiero tener nada que ver con él, por eso estoy aquí.

—Ya has hecho suficiente, ¿no crees?

—Lo siento de verdad. No esperaba encontrar nada. De lo contrario, nunca se me hubiese ocurrido ayudarlo. Pero quiero que sepáis que no estoy involucrada en todo lo que decida hacer a partir de ahora. Debes hablar con él, Hugo… Es muy peligroso

—El alcalde ya sabe que no puede decir absolutamente nada de lo que descubrió en ese informe.

«Ni de todo lo que descubrió después» pensó Hugo preocupado.

—La ley no lo detendrá —dijo muy seria—. Se le ocurrirá cualquier cosa para poder vengarse de lo que él cree que le habéis hecho.

—¿Y tú por qué le ayudaste?

Tenía que saberlo. Ella no le había hecho nada a nadie para que le tuviesen tanta animadversión.

—Estaba celosa. Pensaba que, si encontraban algún secreto tuyo, quizás Hugo te dejaría y volvería conmigo. —Bajó la mirada avergonzada y su rostro se ruborizó, haciéndola aún más bella ante los ojos de Chloe—. Está claro que lo vuestro va en serio y no quiero ser culpable de ningún delito ni nada de lo que haga Valentín a partir de ahora.

—¿Estás dispuesta a declarar en su contra?

—¿Qué? —Lo miró con el horror en sus ojos—. Si Héctor se entera de que le pasé el informe médico al alcalde me despedirán, Hugo. Ya os he avisado, pero no me pidas que me ponga en la cuerda floja porque ya sabes que hará de mi vida un infierno y tendré que irme de la isla. Solo quería avisaros para que estéis preparados. —Se levantó y dejó el vaso a medio beber sobre la mesa—. Por favor, no me pidas eso. Extraoficialmente, puedo contarte lo que sea si me

entero de más cosas, como acto de contrición… Ya sabes.

—No te preocupes. —Chloe también se levantó—. Te agradezco la información que nos has dado. De ahora en adelante, del alcalde me encargo yo.

—¿Cómo que te encargas tú? —preguntó Hugo.

Pero esperó a que Susan se fuera para volver a preguntarle a Chloe qué había querido decir con eso.

—Lo que has oído —dijo ella en cuanto se aseguró de que Susan no podía oírlos—. Me dedicaré a buscar por mi cuenta todo lo que pueda averiguar sobre el alcalde. Seguro que encuentro algo. —Le guiñó un ojo a Hugo, que suspiró resignado.

—Será algo ilegal, ¿verdad?

—Mejor no preguntes.

CAPÍTULO 29

Días después, Hugo recibió una extraña llamada en su despacho.

—Quieren hablar contigo —informó María, que estiró el cuerpo en su silla y se asomó por la puerta de su despacho.

Hugo le había dicho más de una vez que cualquier día se caería de la silla si seguía con esa costumbre, todo para no levantarse.

—¿Quién es?

Levantó la cabeza para mirar la de ella, que era lo que se veía desde su mesa. Parecía que a la silla le hubiese nacido una cabeza. Era de lo más desconcertante.

—Un tal Bruno… no sé qué —murmuró, asegurándose de tapar el auricular para que no se enterara de que no había entendido su apellido.

Hugo sonrió divertido. La mujer no tenía remedio. Llevaba trabajando con él desde que se hizo cargo de la comisaría desde hacía más de diez años, y era la mujer más olvidadiza del mundo. Pero como sabía cuál era su problema, solía tomar nota prácticamente de todo para que no se le olvidara nada. La quería como si fuese su segunda madre, de hecho, era amiga de su madre de toda la vida. Cuidaba de ellos como una gallina de sus polluelos.

—Haz el favor de sentarte bien y pasarme la llamada, anda. —La mujer obedeció y el teléfono de Hugo advirtió de que la llamada ya estaba disponible en su teléfono—. ¿Diga? Soy Hugo Valenzuela, el jefe de policía. ¿Quién es?

—Soy el agente Bruno Montemayor. Usted no me conoce. —Guardó un segundo de silencio antes de añadir—. Soy amigo de Gabriela Durán. Usted la conoce como Chloe.

Hugo guardó silencio, recordando lo que había leído de ese hombre. Fue el agente que llevó el caso de Chloe tras el accidente con su marido. Y si no recordaba mal, ella hablaba con él algunas veces al mes. ¿Qué podía querer?

—He oído algo sobre usted, agente. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Hay algún problema?

—He querido hablar contigo muchas veces —dijo el hombre. La cobertura no parecía ser buena porque se oía ruido de interferencias de vez en cuando—, pero Gabriela nunca me ha dejado.

Eso sí llamó su atención. Ella no le había dicho nunca nada, mucho menos que quería ponerse en contacto con él.

—¿Por qué?

—Espero que no te importe que te tutee, pero he hablado tanto de ti con ella, que es como si te conociera de antes.

—No me importa, pero me gustaría saber qué es lo que ella te ha contado y por qué.

Bruno sonrió al otro lado. No le extrañaba que le picara la curiosidad o los celos, ya puestos. Con esa llamada quería asegurarse de que ella estaría a salvo en sus manos. Si por un momento pensara que no lo estaba, cogería el primer avión y se plantaría en la isla para defenderla él mismo. Pero primero pensaba que, ya que habían arreglado la relación entre ellos y era el jefe de policía de esa isla, sería lo más justo dejar que él la defendiera en el caso de que pudiese necesitar ayuda.

Bruno cerró los ojos al pensar en lo que ella diría cuando se lo contara, pero no quería adelantar acontecimientos.

—Mira, antes de nada, quiero que sepas que lo sé todo sobre ti, o al menos todo lo que Gabriela me ha estado contando durante todo este tiempo. También he hecho mis averiguaciones, por supuesto.

—Por supuesto. Supongo que, si fuese al revés, yo también lo hubiera hecho.

—Gabriela es una amiga muy especial.

El tono de voz lo puso sobre aviso y sintió una punzada de celos tan intensa que se sorprendió. No sentía celos desde que iba a la universidad y Elizabeth Moreno, la chica con la que pensaba que estaba saliendo, se lio con el que pensaba que era su mejor amigo.

—A la que conozco desde hace muchos años —añadió Bruno. Hugo volvió a prestar atención a lo que el otro hombre le decía—. Desde mucho antes de que le pasara lo de su marido. Te lo ha contado, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo que decirte que esperaba mucho más de ti.

No le gustó que un desconocido le tirara de las orejas, aunque en el fondo supiera que era verdad.

—Ya…, bueno, es algo muy complicado. Soy el jefe de policía.

Hugo pensaba que era un motivo con peso, aunque no hubiera sido ese el único punto para haber reaccionado así.

—¿Has disparado o matado alguna vez a alguien en el ejercicio de tu trabajo?

—No… Gracias a Dios, no.

«¿A dónde quiere ir a parar?» pensó Hugo.

—Yo por entonces también era agente de policía y de lo único que me arrepiento es de no haber llegado a su casa cinco puñeteros minutos antes para matar a ese hijo de puta con mis propias manos. —Siguió un silencio tan largo que Hugo miró el teléfono, pensando que se había cortado la llamada—. Ella se hubiera ahorrado todos los problemas a los que se enfrentó y ese

sentimiento de culpa que sé que todavía hoy la acompaña. Eres un hombre con suerte. —Ante el silencio de Hugo, Bruno continuó—: Gabriela es una flor rara y tremendamente valiosa. No sabes la suerte que tienes. Si no eres capaz de ver su valor, entonces no la mereces.

—Sé la mujer que es, y, aunque no la conociese entonces, imagino todo por lo que tuvo que pasar.

—Rara vez alguien pasa por lo que pasó ella y no sale mucho más perjudicado. Es una mujer increíble.

—Sí que lo es. —Bruno sonrió ante el tono orgulloso de sus palabras—. Ahora que está todo aclarado y superado entre nosotros, espero que vuelva a la calma. —No iba a contarle los problemas con el alcalde. Ella era su responsabilidad y sus problemas, a partir de entonces, eran cosa suya.

—En eso te equivocas. Los problemas no han hecho más que empezar… otra vez.

Hugo dio un respingo sobre la silla y entrecerró los ojos. Pensó rápidamente en qué había podido pasar para que el agente que, siendo el amigo que había permanecido en la sombra todos esos años, lo llamase *a él* precisamente ahora.

Sin poder evitarlo, el alcalde volvió a sus pensamientos.

«¿Qué cojones has hecho esta vez, Valentín?»

—¿Qué quieres decir?

—Te he mandado una foto actual del que fue el cuñado de Gabriela. Supongo que sabes que la estuvo acosando cuando salió la sentencia de absolución de los cargos de asesinato que puso contra ella.

—Así es. ¿Qué pasa con él? Pensaba que tenía una orden de alejamiento y estaba sometido a seguimiento.

—Así era…, hasta esta misma mañana.

Su tono de voz preocupado le puso los pelos de punta.

—¿Qué ha pasado?

—No sabemos cómo se ha quitado la pulsera de seguimiento. Lo hemos perdido —Oyó a Hugo suspirar al otro lado del teléfono—. Creemos, no me preguntes cómo, que sabe el paradero de Gabriela y ha ido a por ella.

«¿Qué cojones has hecho, Valentín?» se repitió.

No podía quitarse de la cabeza que era cosa del alcalde. Ya se encargaría de enterarse si estaba detrás de todo eso.

—Entiendo.

Tenía muchas ganas de llamar a Chloe para avisarla, pero se obligó a no colgarle el teléfono al otro hombre.

—Mi pregunta es …Si contigo está a salvo.

No quería sentirse ofendido. Imaginaba que, dadas las circunstancias, era normal que se preocupara por ella. Se recordó que era el único amigo que tenía, así que el lazo de unión era bastante fuerte. Por mucho que no le hiciera ninguna gracia.

—Ella está a salvo. Yo me encargo.

—No sé qué ha podido pasar para que todo cambie precisamente ahora.

No tenía sentido guardarse sus propias sospechas, así que le contó que podía haber sido cosa de Valentín.

—Ese hombre es peligroso —añadió Bruno cuando Hugo terminó de contarle lo que pensaba—. El cargo que ostenta le hace creer que tiene carta blanca para todo lo que quiera.

—Yo me encargaré de él. Voy a pedirle al juez una orden para poder acceder a su teléfono y averiguar si la llamada ha sido cosa suya. Me apuesto la cabeza a que no me equivoco.

—Habla con Chloe. —Un ruido de interferencias cortó un poco la línea y Hugo pensó que la llamada se había cortado por completo—. Ella me dijo que lo investigaría por su cuenta.

—¡No me jodas!

—Es muy buena buscando información con los ordenadores. Sería una buena *hacker*. Pide una orden a tu juez, porque es muy posible que te haga falta. Tengo que dejarte. —Más interferencias—. Por favor, mantenme informado.

—Lo haré.

—Y cuida de ella.

Hugo invirtió el resto del día en sacar copias de la foto del que fue su cuñado. Un tipo rubio, grande y elegante, con buen gusto para la vestimenta. Pero ni la ropa cara podía enmascarar el olor a mafioso que transmitía. Y la mirada fría y sanguinaria de sus ojos celestes todavía menos.

No quiso pensar en lo que le había estado haciendo a Chloe justo después de lo que ocurrió con su marido.

Siguiéndola, investigándola, acosándola, asustándola… Hasta el punto de aceptar la oferta que el agente de policía, Bruno, al que por fin conocía. Le cambio la identidad y la vida, y lo dejó todo atrás para intentar unir los trozos de su vida que no habían sido destrozados para empezar de cero en un nuevo lugar, sin nadie que la conociera ni juzgara.

Sin nadie a quien le importara.

Y entonces apareció Valentín… y todo volvió a empezar, poniéndola en el punto de mira de su cuñado.

Mandó las fotos al puerto para que estuvieran pendientes del ferry, y a la policía del aeropuerto en la isla vecina. Esperaba poder pillarlo antes de que pusiera los pies en su isla. Y

cuando pensó que todos los que debían tener la foto ya la tenían, se fue a casa para convencer a Chloe de la idea que pensaba llevar a cabo para protegerla hasta que pillaran a su cuñado Frank.

Cuando llegó la encontró en el huerto regando las plantas, tenía que recordarle que no debía regar las plantas en las horas centrales del día, porque el sol podía evaporar el agua sin que la planta se pudiera beneficiar de ella.

Ya se lo había dicho, pero estaba claro que no lo recordaba o le daba igual, porque seguía haciéndolo de todas formas. Se dijo que parecía feliz y relajada con su manguera en la mano, su peto vaquero y un sombrero de paja puesto. Nada que ver con la mujer que conoció meses atrás, estresada y alerta. *Siempre* alerta.

Odiaba ser el que le diera la noticia, y se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que podía hacer ella a continuación.

¿Sería capaz de dejarlo todo y marcharse con ella?

En ese momento Chloe se dio la vuelta para mirarlo cuando se bajó del coche y le regaló una sonrisa sincera. Su corazón se detuvo un momento para volver a latir más rápido, y se dijo que ya tenía la respuesta a su propia pregunta.

CAPÍTULO 30

Hugo estuvo mirando las cámaras, estudiando los posibles ángulos muertos que pudiera haber. Tuvo que reconocer que Chloe había hecho un gran trabajo. Respiró hondo antes de enfrentarse a ella. No tenía ni idea de lo que le iba a decir y mucho menos cómo se lo tomaría.

—¿Sucede algo? —preguntó cautelosa.

Estaba claro que su inspección de las cámaras no le había pasado desapercibida.

Siempre alerta. Siempre vigilando.

—Tengo que hablar contigo. —Ante la mirada interrogativa que le lanzó Chloe, cogió su mano y la besó para intentar darle algo de ánimos.

—Me ha llamado tu amigo Bruno.

Se la quedó mirando atentamente, analizando su reacción.

—¿A ti? ¿Por qué?

Odiaba volver a ver esa mirada de alarma y recelo en sus ojos.

—Entre otras cosas, porque quería conocerme y tirarme de las orejas por lo mal que sobrellevé la información de tu pasado.

Por supuesto, ella sabía que no era la verdad, al menos, no toda. Bruno no lo habría llamado para eso. Aunque en su momento le dijo que lo haría por haberla hecho sufrir.

—Hugo, por favor, ¿qué ha pasado?

No tenía sentido alargarlo más y por más vueltas que le había dado durante el trayecto a su casa, no había manera de suavizar esas palabras.

—Tu cuñado se ha quitado el circuito de seguimiento. La policía no sabe dónde está.

Ante sus ojos alarmados, le tomó la otra mano para que lo mirara.

—No podrá acercarse a ti. Ya he repartido su foto por todas partes. No tiene forma de entrar en la isla sin ser descubierto.

Excepto que hubiese entrado antes de que se diera la orden de búsqueda contra él.

—Tú no lo entiendes, ¿verdad? Es un mafioso de la peor calaña. No se detendrá ante nada ni nadie para llegar hasta mí. Ya sabía que esto podría pasar. —Abrió mucho los ojos cuando llegó a la misma conclusión a la que había llegado él—. ¡El alcalde! Si pudo averiguar mi nombre, que estaba en un fichero clasificado, no le habrá costado conseguir la información y llamar a mi cuñado. Le ha salido una jugada genial. Pero, ¿sabes qué? He entrado en su ordenador y estoy reuniendo información suficiente contra él para que pase una buena temporada en la cárcel.

—¡Joder, Chloe! —Aunque no le sorprendía que fuese capaz de conseguirla, sí le molestaba

el modo en el que lo había hecho. Aunque, pensándolo fríamente… ¡Que se jodiera el alcalde!—. Escúchame, vas a pasarme toda esa información y esperarás a que me llegue la orden que he pedido al juez para investigar sus teléfonos y ordenadores. Si es él, y estoy seguro de que, si tu cuñado ha dado contigo justamente ahora, después de cuatro años, no ha sido por casualidad, lo pillaremos. Pero lo haremos con la Ley en la mano, Chloe. Entiendo lo que haces, pero no esperes que comparta tus métodos. Al menos, no mucho.

La besó en los labios para indicarle que le perdonaba sus formas poco ortodoxas de hacer las cosas.

—Bien, ahora quiero que recojas lo que puedas necesitar, porque Chester y tú os venís a mi casa hasta que cojamos a ese maldito psicópata.

La empujó suavemente hacia las escaleras del porche. Ella se zafó de sus manos y se giró para enfrentarlo.

—¿Qué? No me iré a ninguna parte.

—No te quedarás aquí sola a la espera de que llegue tu cuñado. ¿Te has vuelto loca?

Ya sabía que se negaría, pero él pensaba hacer lo que hiciese falta para salirse con la suya. No iba a dejarla sola. Punto. Que pataleara cuanto quisiera, él era más grande que ella, y también podía ser muy terco cuando se lo proponía. Además, tenía mucha más mala leche si le tocaban los cojones o se los tocaban a alguien que le importara, ya puestos.

—Escucha Hugo… —Se sentó en los escalones y lo obligó a sentarse frente a ella, le tomó las manos, como él solía hacer cuando quería convencerla de algo—, he estado huyendo la mayor parte de mi vida adulta. No me esconderé más. Si quiere venir a por mí, lo estaré esperando.

—No vas a quedarte aquí sola. Punto. Si es necesario, te detendré y te meteré en un maldito calabozo hasta que todo esto pase. —Ante la sonrisa de ella por esa ridícula rabieta, añadió molesto—: Te lo digo en serio. No me pongas a prueba. No permitiré que estés en peligro ni un segundo.

—Hugo…

—No, escúchame con atención. Quiero tenerte controlada y saber que no corres ningún peligro.

—¿Alguna vez has disparado a alguien?

La miró totalmente desconcertado, porque no esperaba esa pregunta.

—¿Qué tiene que ver? Mataré a ese hijo de puta con mis propias manos, si es necesario.

—Debe haber un punto intermedio entre que me detengas o irme a tu casa. —Miró las cámaras del camino—. Aquí estoy protegida. Esto es una fortaleza; nadie puede entrar sin que yo lo sepa y lo vea. Soy muy buena en mi trabajo, Hugo. —Lo miró con esos ojos verdes, grandes y expresivos—. Necesito saber que puedo hacer esto a mi manera. No me esconderé ni me iré de

mi casa. Necesito que lo entiendas. Esto es importante para mí.

Hugo bufó, no muy convencido todavía.

La entendía y le alegraba que no quisiera salir huyendo de nuevo. Era un gran paso para ella y entendía su punto de vista, pero…

—Puedes quedarte con nosotros. —Acarició a Chester, que se había acercado a ellos para reclamarle un mimo a su dueña. Quizá intuía que algo estaba pasando—. Tú querías que nos fuésemos a vivir juntos…, pues creo que los acontecimientos acaban de adelantarlo todo.

—Habrá un coche patrulla en la puta puerta cada vez que te quedes sola en casa. —Ante el bufido de ella, añadió serio—: No es negociable, Chloe. Vengo contigo, pero el coche patrulla también. No permitiré que se acerque a ti, ¿está claro?

No le quedó más remedio que asentir.

Cuando pensaba en lo que significaba todo eso se le secaba la boca del miedo que le producía, pero no volvería a esconderse. Nunca más. Ya había huido suficiente. No podía irse y buscar un sitio nuevo donde nadie la conociera. Todo sería diferente si no tuviera raíces allí, porque él y su familia eran sus nuevas raíces, por las que no pensaba volver a marcharse y esconderse de nuevo.

Sonrió al observar a Hugo, que hablaba por teléfono con alguien de la comisaría, quizás dando órdenes para el coche patrulla que estaría en la puerta de su casa para defenderla a partir de la mañana siguiente.

Ella estaba convencida de que no necesitaba protección, pero lo conocía lo suficiente como para saber que no iba a ceder en eso. Tendría que acostumbrarse. Al coche patrulla y a él en su casa.

Esperaba que saliera bien.

No tenía dudas de que pillarían a su cuñado. Si no lo hacía él en sus investigaciones previas, lo haría ella cuando fuese a buscarla. Porque estaba claro que, si se había saltado las órdenes del juez y rompió el confinamiento, era porque la tenía localizada, posiblemente gracias al alcalde. Tanto tiempo escondiéndose de él, y al final para nada. Ya sabía que la localizaría. Lo conocía lo suficiente como para saber que era implacable con sus enemigos, igual que su marido. Frío con su familia y letal con sus enemigos o con todos los que se enfrentaran a ellos o los consideraran rivales, tanto directos como indirectos. Y, evidentemente, ella era el objetivo que quería abatir desde que sucedió lo de su marido.

Volvió a mirar a Hugo con ojos críticos. Sabía que era policía desde que tenía veinte años, pero al ser una isla tranquila, sabía que casi nunca había tenido que sacar el arma, solo como medida de precaución y para convencer a algunos de que era la ley allí. Pero nunca había tenido que disparar a nadie.

No tenía que ser fácil disparar ni matar a nadie. Ella lo había hecho por instinto, y ni siquiera

sabía lo que estaba haciendo, porque no estaba en su naturaleza hacer daño a nadie por ningún motivo. Pero recordar el miedo que pasaba en los días posteriores, cuando salió del centro psiquiátrico y su cuñado empezó a acosarla… Eso haría que defenderse de él resultara más fácil, llegado el momento.

Ya vería.

—Bien —Hugo colgó el teléfono y se dirigió a ella, que aún seguía sentada en los escalones del porche con el perro a sus pies. Ambos esperando acontecimientos—, ya he arreglado lo del coche patrulla para mañana cuando vaya a por los teléfonos del alcalde. —La miró divertido—. Esos informes que tenías sobre el alcalde…, ¿para cuándo los puedes tener listos?

—¿Qué coño estás haciendo? ¿A dónde creéis que vais?

—No he podido detenerle, señor. —La secretaría salió rauda del despacho al verse rodeada de tanta policía.

Hugo entró con el resto de sus hombres. Al acercarse el verano, ya había ampliado la plantilla con cinco agentes más, y fue con todo el equipo a la oficina del alcalde con la orden del juez para investigarlo todo, tanto todas sus líneas de teléfono como sus ordenadores. Llevarse los ordenadores era parte del procedimiento para poder ocultar los métodos de Chloe, que le había *hackeado* todos sus sistemas y cuentas bancarias.

Ya tenía todos los datos, pero se suponía que los necesitaba físicamente para buscar los que quería.

—Traigo una orden del juez —le aclaró. Se plantó frente a él y se la puso delante de la cara para que la viese bien—. Me llevo tus ordenadores. Todos —dijo, antes de que se negara—. Los de aquí y los de tu casa, y los teléfonos también.

—¿Te has vuelto loco?

—Esta vez has ido demasiado lejos —gruñó, acercando su cara peligrosamente a la suya. Valentín dio un paso atrás—. Si descubro que has sido el responsable de avisar a Frank Salas de que ella está aquí, nadie… ¿Me oyes? —Valentín dio un nuevo paso atrás ante su tono de voz—. Nadie podrá salvarte de esta.

Cuando vio que todo estaba recogido y que lo esperaban, lo cogió por la manga de la camisa que llevaba para que se pusiera en marcha

—Nos vamos a tu casa a por tus ordenadores, así que vienes con nosotros.

—Esto es una locura y te saldrá muy caro. Mi abogado acabará contigo

—Ya veremos. Por ahora reza para que no pueda demostrar que estás detrás de la desaparición de un hombre que estaba bajo vigilancia policial por una orden de alejamiento. —

Lo empujó sin miramientos—. Camina.

—Bien, Valentín, te tengo justamente donde quería. —Hugo se sentó frente a él en la sala de interrogatorios y abrió la carpeta donde Chloe guardó todo tipo de pruebas que lo podían dejar un tiempo en la sombra.

De hecho, se las había enseñado al juez y al fiscal, explicándoles que una fuente anónima les había avisado de que tenían pruebas contra él por prevaricación, malversación de fondos públicos —que era la que más había disgustado al juez, ya que era sabido por todos que era su amigo íntimo—, tráfico de influencias con algunos contratos adjudicados a dedo a algunos de los constructores más conocidos de la isla, y de las islas de alrededor… Pero lo que más había jodido a Hugo era que tenía fotos comprometidas y con las que le había hecho chantaje a su anterior secretaria, hasta que la mujer tuvo que marcharse.

Por entonces Hugo no estaba en la isla y no se enteró de nada de eso, pero pensaba hacerle pagar por todos los cargos que tenía contra él.

Como suponía que era el responsable de la llamada a Frank Salas… ahora esperaba que confesara si sabía dónde se encontraba el hombre.

—Supongo que sabes que tu abogado ha dimitido porque se niega a sacarte las castañas del fuego… otra vez. Así que estás solo —Inclinó el cuerpo hacia adelante para que lo pudiera ver bien—, y en mis manos. Y te garantizo que vas a estar aquí metido mucho tiempo. No le importas a nadie, Valentín...

—No es cierto, tengo muchos amigos que intentarán sacarme de esta.

Su voz sonó desesperada, y eso era justamente lo que Hugo quería.

—Solo te queda confesarlo todo y quizás el juez Saura se apiade de ti.

—No tengo nada que confesar.

—Quizás si me cuentas lo que quiero saber, hable con el fiscal para que puedas hacer un trato.

Hugo siguió hablando sin hacerle caso. Esperaba que le contara todo lo que sabía sobre Frank.

—Sé lo que quieres.

—¿Vas a decírmelo?

No tenía sentido hacerse el desentendido cuando estaba claro que Valentín sabía lo que él quería.

—No sé nada de ese hombre.

—Tú le avisaste de que ella estaba aquí. —Le lanzó una mirada fría como el hielo. No entendía cómo había podido hacer todo lo que había encontrado sobre él—. Estoy seguro de que, conociéndote, te aseguraste de que tuviera alojamiento aquí en la isla, donde puede pasar desapercibido.

—No sé de qué me hablas.

—Ya te dije que si contabas algo de lo que sabías de ella te meterías en un gran lío. Si le ocurre algo por lo que le has contado a ese tipo, serás cómplice de asesinato y te juro que te meteré en un agujero tan pequeño, que tirarán la llave y nadie se acordará nunca más de ti. ¿Es eso lo que quieres?

—No tengo nada más que perder, ¿no crees? Y te recuerdo que tengo derecho a un abogado.

Hugo llamó a Bruno para contarle todo lo que habían encontrado sobre él.

—¿Puede tener casas o cabañas por algún sitio que tú no conozcas? Si lo ha llevado hasta ella, pienso igual que tú: le habrá dado alojamiento para que lo vea el menor número de gente posible.

Hugo se pasó las manos por el pelo y la cara y suspiró cansado. Llevaba todo el día con el alcalde y ni siquiera había salido a comer, pero tenía una extraña premonición que lo obligaba a intentar encontrar a ese hombre lo antes posible. Y por eso no había querido tomarse un respiro.

Tenía un coche patrulla con Ezequiel en la puerta de su casa, y le había dicho que no podía salir sin escolta a ningún sitio. Pero, aun así…, no podía quitarse esa sensación de inquietud de encima.

—Me centraré en eso a partir de ahora. Mañana hablaré con los hermanos Valero. Sin el alcalde al mando, es posible que si les aprieto un poco las tuercas canten. Estoy seguro de que la pintada en su casa también fue cosa de él.

—Ese alcalde tuyo es un hombre muy polifacético.

Estaba claro que había leído el informe que Chloe redactó con todas las pruebas que consiguió contra él.

—Sí que lo es. Solo me faltan las pruebas de que esconde a un fugitivo para terminar de ponerle la soga al cuello.

—Habla con Chloe y, por favor, cuida de ella.

—Lo haré, no te preocupes.

Llegó a su casa al atardecer. Apenas había tenido un respiro en todo el día y saludó a Ezequiel, que estaba en el coche patrulla y que ya se preparaba para irse, ahora que Hugo había llegado a casa.

Sabía que la noticia correría como la pólvora por la isla cuando se supiera que tenía un coche patrulla en su puerta todos los días, y que él mismo pasaba con ella todas las noches. Se dijo que tenía que avisar a su familia y aclararles algunas cosas o tendría que enfrentarse a su familia si se enteraban por alguien que no fuese él.

—¿Todo bien por aquí? —le preguntó a Ezequiel en cuanto lo vio.

—Hola. Sí, todo tranquilo. No sabía que cocinaba tan bien. —Ezequiel miró a la casa, donde ella acababa de salir al porche al verlo llegar—. Eres un tío con suerte.

Él miró también hacia la casa y sonrió. Estaba loco por ella, no podía negarlo. Era una mujer con una personalidad arrolladora que se ganaba a todo el que la trataba, aunque fuese solo unos minutos. Aunque estaba algo oxidada, como le reconocía ella. Adoraba la mujer que era y aun con todo lo que había tenido que vivir, tenía una personalidad brillante que lo había cautivado desde el primer día. Reservada y discreta, tímida hasta decir basta y amiga de sus amigos, como le había dicho Bruno, que era amigo de ella de antes y la seguía defendiendo a muerte.

La vio sentarse en los escalones y acarició al perro, que la seguía siempre a todas partes como su más fiel compañero. Quiso llegar a su lado cuanto antes y abrazarla. Todo esto no tenía que ser fácil para ella. Volvía con fuerza para recordárselo todo de nuevo. Aunque esperaba que fuese más fácil esta vez, porque no estaba sola y estaba allí para hacérselo notar.

—¿Quieres una cerveza? —le ofreció Hugo a Ezequiel y miró la hora—. Tu turno acaba de terminar.

—No, gracias, me marcho a casa. ¿Quieres que venga mañana?

—No, mañana iremos a hablar con los Valero, a ver si les sacamos algo sobre la pintada de hace unos meses. Le he dicho a Luis que venga él.

—Vale, entonces te veo mañana

—A las ocho en la comisaría. Te pondré al día de todo lo que tenemos contra el alcalde.

Hugo se acercó a la casa, se sentó junto a ella en los escalones y la abrazó con fuerza. Sonrió cuando la oyó suspirar profundamente.

—¿Estás bien?

Ella suspiró de nuevo entre sus brazos, esa vez por puro placer.

—¿Qué tal tu día?

—Aburrido, Ezequiel me avisó de que no debía salir de la casa —se quejó enfurruñada—. Ha sido muy frustrante.

—Te recuerdo que, hasta hace poco más de unos meses, no salías de la casa para nada más que ir a comprar. —Le acarició él pelo cuando se apartó de ella—. No debe ser tan difícil

quedarte en casa unos días hasta que pillemos a ese tipo, ¿no?

—¿Qué has estado haciendo? — No quería responder a eso porque sabía que tenía razón.

—Hemos pillado al alcalde gracias a todos tus informes y a la orden judicial para rastrear sus llamadas. Fue el que avisó a tu cuñado. Tanto tu instinto como el mío, estaban en lo cierto.

—Entramos, abrimos una copa de vino y me lo cuentas todo, ¿vale?

—Me apetece una copa de vino, sí. —Tiró de ella para ayudarla a levantarse—. Vamos.

CAPÍTULO 31

Le estuvo contando todo lo que habló con el alcalde y los planes que tenía para los siguientes días. Pensaba hablar con los hermanos Valero y presionarlos ahora que ya tenían al alcalde, a ver si por fin alguno le decía quién estaba detrás de la pintada de su casa. Estuvieron haciendo la cena y tomándose una copa de vino mientras tanto, charlando tranquilamente como hacían las parejas al llegar a su casa después de un largo día de trabajo.

Hugo debía reconocer que le encantaba estar ahí con ella. No quería pensar en lo que le depararían los siguientes días a ambos. Estaban juntos en eso, y si conseguían sobrevivir, y estaba seguro de que lo harían, podrían decir que habían superado problemas mucho más duros e importantes de los que la mayoría de las parejas se enfrentaban en sus matrimonios.

Se habían sentado a cenar cuando a Hugo lo llamaron de la comisaría.

—¿Qué sucede?

Escuchó la conversación mientras sentía los ojos de Chloe sobre él.

Estaba preocupada.

—Voy para allá. Que no entre nadie hasta que yo llegue.

Se levantó con pesar y le dio un rápido beso en la cabeza.

—Tengo que irme. Han llamado a la comisaría por una pelea doméstica en la casa de Jaime Valero. Me llevo las llaves. No me esperes levantada. No sé cuánto tardaré.

—Ve con cuidado.

Acarició al perro cuando pasó por su lado, cogió el arma reglamentaria y salió en silencio.

Chloe se extrañó de que su teléfono sonara escasos diez minutos después. Casi nadie sabía su teléfono, excepto Hugo, su familia y Bruno, y ninguno de ellos la llamaría a esa hora si no fuese algo verdaderamente serio. El número privado de la pantalla activó sus alarmas.

—¿Diga?

Silencio.

Se acercó a los monitores para ver las cámaras del camino, aún con el teléfono en la oreja.

Sabía quién era y no se esperaba ese miedo irracional que hacía mucho tiempo que no tenía, pero que podía reconocer sin problema.

Si la llamaba ahora que estaba sola, era porque la tenía vigilada.

Sintió miedo por Hugo. Era cierto que las peleas en esa casa eran bastante frecuentes, por lo que no quería pensar que fuera una falsa alarma para hacerlo salir de la casa.

—Tendrás que venir a por mí. Lo sabes, ¿verdad? —Silencio—. ¡No te tengo miedo! —le gritó al teléfono.

Ante el terco silencio, colgó.

Es curioso cómo el cuerpo reacciona ante el miedo. El cerebro estimula las glándulas que generan adrenalina. Los sentidos se agudizan. El olfato y el oído, principalmente, provocando que escuches con suma atención aquellos ruidos cotidianos que, por norma general, no les haces mayor caso al oírlos en cualquier otro momento.

Comienzas a sentir ansiedad. Se libera cortisol, que eleva la presión arterial, la frecuencia cardíaca y el azúcar de la sangre, para que el cuerpo entre en un estado de alerta por si tiene que salir huyendo o pelear.

Todo eso de manera inconsciente e involuntaria.

Y ella no pensaba volver a salir huyendo.

Se acostó, cansada ya de estar oteando en la oscuridad que había en el camino detrás de lo que iluminaban sus cámaras. Sabía que no podría acercarse a la casa sin que ella se enterara.

Pero, aun así…

Pensó si avisar a Hugo. No quería que alguien saliera herido. Si ella no salía de la casa, él no podía alcanzarla. Pero lo conocía lo suficiente como para saber que aquel detalle no lo frenaría. Haría lo que fuese por llegar hasta ella y no dudaría en atacar a quien se interpusiera en su camino.

Lo hablaría con él en cuanto tuviera la oportunidad. No se perdonaría que hiciese daño a alguien por su culpa.

Cayó en un sueño inquieto, lleno de jirones de recuerdos que la volvían a situar en una casa en la que no quería estar y con un hombre al que odiaba y temía por igual. Se miró las manos que sabía que estarían pringosas y calientes, con un olor metálico que le revolvía las tripas. Miró frente ella, oteando una oscuridad que se empezaba a aclarar poco a poco, y que sabía que le revelaría al que había sido su marido.

Sintió el miedo trepándole por la espalda como si fuese un animal vivo y el vello de sus brazos se erizó ante la voz que le hablaba.

No quería mirarlo, no lo vio muerto, porque esa noche ni siquiera estaba plenamente consciente, pero aún en sueños sabía que lo vería muerto, como debió quedar esa noche.

—¡No te acerques a mí! ¡Déjame!

Cerró los ojos para evitar ver el cadáver de su marido cuando la oscuridad se retiró para mostrarlo ante ella. Pero podía oír cómo se acercaba a ella lentamente.

Y cuando ya no pudo soportarlo más, empezó a gritar aterrada.

—Chloe, cariño…, despierta, estás soñando.

Ella empezó a manotear para soltarse y a gritar aún más fuerte al mezclar la realidad con su

pesadilla.

—Soy yo… ¡Despierta, Chloe!

Hugo la zarandeó un poco para que despertara del todo. Acababa de llegar y la había oído desde la ducha. Sus gritos de terror le habían puesto el pelo de punta.

—¡No me toques! —Ella siguió manoteando para alejarlo—. ¡La sangre! ¡La sangre!

Hugo la miró desconcertado. No sabía a qué se refería y la recorrió con la mirada para intentar descubrir algo que se le hubiese pasado por alto. Pensó que era parte de su pesadilla y por suerte no había sangre por ningún sitio.

—Cariño no hay sangre. —Cogió sus manos para que lo mirara e intentar tranquilizarla un poco—. No hay sangre, ¡mírate! —Le mostró sus propias manos para que le creyera.

Estaba bañada en sudor y su pelo se le pegaba a la frente. Pero el terror que tenía en sus ojos era lo que más le preocupó a Hugo.

Chester se acercó a la cama, gimoteando al sentir el malestar de su dueña.

—Estoy bien, estoy bien.

Acarició al perro, más para tranquilizarse ella que al propio animal, y miró a Hugo, que no apartaba sus ojos azules y preocupados de su rostro.

—¿Qué hora es?

Hugo cogió el móvil de la mesita de noche, donde lo dejó antes de meterse en la ducha, para poder ver la hora.

—Casi las cinco.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace apenas quince minutos. Me estaba duchando. —Señaló la pequeña toalla que se había enrollado a la cintura para salir en su auxilio cuando la oyó—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Lo siento!

Se sentó junto a ella en la cama y le retiró el cabello sudado de la cara con ternura. Sus ojos ya no mostraban ese terror de unos minutos antes

—¿Qué soñabas?

Comprobó que se mojaba los labios con la lengua antes de contestarle.

—Suelo soñar con lo que sucedió esa noche.

—¿Tienes pesadillas a menudo? No lo sabía.

—Hacía algún tiempo que no las tenía.

—Supongo que todo esto ha vuelto a recordártelo, ¿no?

Se removió algo inquieto para buscar una postura más cómoda que la que tenía en el filo de la cama.

—He recibido una llamada telefónica esta noche… Supongo que me ayudó a abonar mis

sueños otra vez.

—¿Has hablado con tu cuñado? —La miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué coño no me has llamado para avisarme?

—No sé quién puede ser, porque nadie me contestó cuándo hablé.

—Bueno, contando con que casi nadie tiene tu teléfono móvil, excepto tres o cuatro personas…, quedan pocos candidatos para esa llamada.

—Lo sé. Voy a ducharme y vuelvo. —Sus ojos se encendieron de deseo al verlo con el pecho desnudo, musculoso y aún mojado por su ducha—. ¿Estarás despierto cuando vuelva?

Se levantó con ella y la atrapó por una mano para volver a acercarla a él. Se lanzó a besarla hasta hacerla gemir.

—Despertarías a un muerto con esos ojos lujuriosos. Creo que me volveré a duchar contigo.

La cogió en brazos mientras volvía a apoderarse de su boca para dirigirse, a paso lento, hacia la ducha.

Hugo tenía un plan y esperaba que funcionara.

Tuvo que ir a la casa de Jaime por una pelea con Ana la noche anterior, lo había detenido y pasó la noche en el calabozo. Lo tenía separado de su hermano y pensaba utilizarlo para ver si conseguía buena pesca ese día.

Solía tener un método infalible; mentir para sacar la verdad.

Eso pensaba hacer.

—Bueno, Jaime, esta vez estás metido en un buen lío. Y tu adorable amigo, el alcalde, no podrá hacer nada por ti.

—¿Qué quiere, jefe? Ya he dormido en su maldito calabozo y le he asegurado que pagaré la multa que me pongan por el escándalo de anoche. Lo siento, ¿de acuerdo? No volverá a pasar.

—Creo que no me has entendido… —Se sentó frente a él en la sala de interrogatorios, donde lo había llevado cuando llegó a la comisaría—. Esta vez conseguiré que te encierren, no solo por lo que ocurrió anoche con tu mujer; pienso hacer que ella te denuncie de una maldita vez, porque tu querido alcalde ha cantado y os ha culpado a tu hermano y a ti de lo que ocurrió en casa de Chloe hace tres meses. Te acuerdas, ¿verdad?

—Eso no es cierto. —Hugo podía ver el miedo en sus ojos.

—El alcalde tiene tantos cargos en su contra que no ha dudado en culparos a vosotros y lavarse las manos. Esta vez os he pillado por los cojones y te aseguro que no os voy a soltar.

—El alcalde no ha podido decir eso porque no es cierto.

—Normalmente dejaría pasar una gamberrada así —Se cruzó de brazos de manera

despreocupada—, pero sabes que ella me importa, y entre la denuncia del alcalde y lo que pasó anoche, estarás fuera de circulación durante un tiempo. El justo para que tu mujer te pida el divorcio y se largue con su madre o con quién quiera, porque eres un cobarde y un hijo de puta. —El hombre bajó la mirada, derrotado—. ¿Qué tipo de satisfacción puede tener pegar a una mujer indefensa? Si tanto te gusta pelear, búscate a alguien de tu tamaño. Pero golpear a tu mujer como si fuera un saco de boxeo se acabó anoche. Ya me encargaré de que tu mujer lo entienda.

—¡Por favor, no hable con mi mujer! —Hasta parecía estar arrepentido de lo sucedido—. Me declaro culpable de todos los cargos, pero quiero pedir ayuda médica para no volver a golpear a Ana. ¿Puede conseguir eso para mí?

Que le pidiese ayuda era lo mejor que podía pasarle esa mañana. Tiraría un poco más de la cuerda a ver lo que conseguía.

—¿Qué puedes darme a cambio? Aunque te aseguro que aceptaré la denuncia de tu mujer si decide ponértela.

—Hable con ella y dígale que me someteré a tratamiento o a lo que haga falta. —Se lo quedó mirando con ojos enrojecidos y la cara demacrada, posiblemente por la resaca que debía tener—. A cambio haré una declaración jurada de todo lo que pasó esa noche.

—Primero quiero oír lo que sea que tienes que decir.

Jaime suspiró cansado

—¿Puede traerme un café sólo y un analgésico? La cabeza me está matando.

—Claro —Se levantó para salir—, dame un segundo

Asomó la cabeza para pedírselo a María y volvió a sentarse frente a él.

—Mi hermano y yo hicimos lo de la pintada. El alcalde nos pagó por ello.

Así fue cómo Hugo se enteró de todo lo que pasó esa noche.

El alcalde tenía un cargo más que sumar a los muchos que ya tenía.

Aunque seguía sin saber lo que de verdad necesitaba: el paradero de Frank Salas.

CAPÍTULO 32

Chloe decidió salir para preguntarle, al policía que había en el coche, si quería algo fresco para beber. Se llamaba Luis y sabía que era uno de los chicos nuevos que Hugo contrató de refuerzo para el verano. Apenas era un crío y debía tener mucho calor dentro del coche patrulla.

Hacía un día soleado de abril, con temperaturas más altas de las que solía hacer normalmente en esa época del año. El cambio climático, decían todos los entendidos, y los que no lo eran tanto. El cambio climático parecía ser la respuesta a todas las anomalías tanto atmosféricas, como del resto de los males del mundo. Pero nadie parecía querer ponerle solución. A veces pensaba que el ser humano merecía extinguirse por creerse por encima de la Madre Naturaleza…

—Hola.

El chico soltó el móvil sobresaltado y la miró con cara de culpabilidad. Chloe solo sonrió y se hizo la loca por lo que había visto. A fin de cuentas, el pobre debía estar muy aburrido ahí solo.

—Hola. —El chico miró a ambos lados, por si pudiese advertir algún peligro—. No debería salir de la casa.

—Solo quería preguntarte si querías algo de beber. Hace mucho calor aquí fuera.

Y era cierto, aunque los cristales delanteros del coche estaban bajados, el chico sudaba bajo las mangas largas de la camisa del uniforme.

—¿Tiene una Coca-Cola?

La mirada esperanzada de sus ojos la hizo sonreír.

—Claro, ahora te la traigo ¿quieres un vaso con hielo?

—No, si está fría, en la lata me vale.

—Ahora mismo vuelvo. Puedes venirte al porche, si quieres. Prometo no decirle nada al jefe.

Ambos sonrieron cuando ella le guiñó un ojo cómplice.

El chico salió del coche para acompañarla.

El primer disparo espantó a los pájaros de alrededor, pasó silbando junto a los dos cuerpos y rompió el espejo retrovisor izquierdo del coche.

—¡Nos disparan! ¡Al suelo, al suelo! ¡Tírate al suelo!

Luis la miró con desconcierto, y ella se dio cuenta de que el joven nunca se había enfrentado a una situación así.

Al ver que tardaba en reaccionar, Chloe le tiró del brazo y lo obligó a tirarse junto a ella. La segunda bala le dio de refilón en el hombro. Si no lo hubiese tirado al suelo, posiblemente le hubiera volado la cabeza.

—¡Me han dado, joder!

Ella le miró la herida un momento, antes de sacar su arma y arrastrarse por el lateral del coche para poder ver quién les disparaba.

—Solo es un rasguño, pide refuerzos por la emisora. Te cubriré mientras tanto. ¡Date prisa!

—¡Nos están disparando! ¡Repito, nos disparan! ¡Necesitamos refuerzos! —Con la respuesta que recibió por la radio, respondió más enfadado que dolorido—: ¡Me han herido, joder!

—¡Quédate en el coche y mantente agachado! —ordenó Chloe.

Ella no conseguía ver de dónde le disparaban y su corazón latía desbocado.

Un ladrido procedente del porche la puso sobre aviso

«¡Chester!»

Se giró un poco para mirar al perro que la observaba desde el porche, atento a cualquiera de sus órdenes.

—¡Entra, Chester! ¡Entra en casa!

Sonó otro disparo y dio en la pared de la casa, justo donde segundos antes había estado Chester, que se había vuelto a meter en casa ante la orden de ella.

Tenía que agradecer las innumerables horas que había invertido para enseñarle todas esas órdenes. Eso le acababa de salvar la vida.

Volvió a mirar entre los árboles del camino y entonces lo vio parapetado junto a uno de los árboles. Incluso en la distancia, pudo sentir su mirada fría sobre ella. Le disparó, sabiendo que difícilmente le daría desde tan lejos.

Las sirenas de la policía que se acercaban rompieron el momento y lo vio desaparecer con rapidez entre la maleza.

Permaneció agachada tras el coche patrulla, por si hubiese más tiradores, pero en el fondo sabía que solo estaría él.

El camino se llenó de coches de policía y una ambulancia que aparcó a pocos pasos de ellos.

Hugo salió del vehículo con cautela cuando comprobó que no se oía ni veía a nadie por ningún sitio, y desplegó a todos los hombres para que buscaran por los alrededores, aunque pensaba que no encontrarían nada.

—¿Estás bien? —La revisó en un momento para comprobar que no estuviese herida y después la abrazó con fuerza. Podía sentir los temblores de su cuerpo, fruto de la adrenalina por la situación—. ¿Por qué coño estás fuera? ¡Tenías que permanecer dentro, joder! —Miró al joven policía herido a su lado—. ¿Tú estás bien?

Luis estaba sentado en la ambulancia mientras le curaban la herida de su brazo. Miró a su

jefe, enfadado consigo mismo. Ni siquiera le había dado tiempo a reaccionar.

—Solo es un arañazo. Sus reflejos me han salvado la vida. Ni siquiera lo vimos venir.

—Nadie te avisará cuando vaya a dispararte. —Le lanzó una sonrisa condescendiente.

Era casi un niño, pero le serviría de lección para la próxima vez. Con el susto que llevaba en el cuerpo, difícilmente se le olvidaría la experiencia.

Se enfrentó a Chloe para obtener respuestas.

—No me has dicho por qué estabas fuera si sabes que debías permanecer dentro.

—Salió a preguntarme si quería algo de beber. —Luis miró el vendaje que le acababan de poner y comprobó la movilidad de su brazo—. Iba a entrar con ella para tomar una Coca-Cola cuando ese tipo empezó a dispararnos. Estaba claro que estaba allí fuera, esperando una oportunidad. No nos esperábamos esto. ¡Ha sido culpa mía, lo siento! ¡No volverá a suceder!

Hugo lo miró e intentó controlar su enfado.

—Vete a casa y no vuelvas hasta que estés recuperado al cien por cien. —El agente sabía que Hugo no admitía réplica alguna, así que solo asintió—. Y tú y yo vamos a tener una charla en privado —le dijo a Chloe.

Le dijo a Ezequiel que estarían dentro y la cogió de la muñeca con brusquedad para obligarla a que lo siguiera.

Ella intentó soltarse de su mano y se encontró con que se la apretó aún más fuerte.

—Me estás haciendo daño.

Miró su muñeca atenazada y luego su cara, que mostraba toda la rabia que sentía.

—¡Te aguantas! ¡Podías haber resultado herida o haber matado a ese hombre! ¿Es que no te das cuenta de la gravedad de la situación? —le gritó, tan fuerte que ella entrecerró los ojos y empezó a cabrearse.

—Por supuesto que me doy cuenta. Pero no permaneceré aquí encerrada. Y no quiero que dejes a nadie fuera. Ya ves para lo que nos ha servido.

—El coche patrulla se queda —murmuró en tono frío. Estaba oyendo sus réplicas y sabía que tenía razón, pero se negaba a dejarla sola en la casa durante el día.

—Frank no hará ascos a matar a quién haga falta para acercarse a mí. Y eso incluye a todos los que dejes en mi puerta. Incluso a ti.

—Soy capaz de cuidarme solo, y a mis hombres se les paga para proteger a quien haga falta.

Parecía que su mal humor se apaciguaba un poco. Ya no la miraba con ojos asesinos y su lenguaje corporal se había relajado.

—No permitiré que nadie muera por mi culpa. Y un hombre ahí es un blanco fácil. La prueba está fuera, con un herido y asustado muchacho.

Ezequiel asomó la cabeza para informar que no había nadie por los alrededores, pero que habían encontrado algunos casquillos donde había estado el tirador y que los llevarían a balística

para analizar.

—Esta conversación no ha terminado. —Le sostuvo la cara con ambas manos para que lo mirara y supiera que seguía enfadado—. Dejaré a Ezequiel fuera y te aseguro que nadie lo cogerá por sorpresa. Te pido que te mantengas a salvo aquí dentro.

Ante el terco silencio de ella para hacerle saber de su enfado, añadió en un suspiro:

—Dije en serio lo de llevarte al calabozo y vigilarte desde allí si hace falta.

—No te resultará tan fácil detenerme —le soltó arisca.

—No, posiblemente no. —Sonrió divertido al imaginar la escena—. Si te mantienes en casa no tendré que ponerme en peligro. —Se arriesgó a darle un leve beso en la frente—. Volveré en cuanto pueda. Estoy intentando dejar atado el caso del alcalde. Tener a su abogado en la comisaría todo el día me está volviendo loco.

Parecía realmente sobrepasado por todo lo que estaba sucediendo. Tener dos frentes abiertos igual de importantes, lo hacía sentirse como un barco arrastrado por la corriente que no poseía las riendas de la situación por completo.

Algo bastante frustrante.

Por su parte, Hugo quería estar con ella. Sentía que dejar a alguien a su cargo, sin ser él en persona, le dejaba mal sabor de boca. Pero tampoco podía centrarse solo en ella y dejar todo lo demás en segundo lugar. No le pagaban para eso.

Pero, aun así…

Esperaba poder dejar el caso del alcalde zanjado y listo para sentencia. De hecho, solo le faltaba enterarse dónde coño había escondido a Frank.

Los hermanos Valero habían jurado y perjurado, ambos dos por separado, que no sabían nada del tipo ese. Que ellos solo se habían encargado de la pintada de la casa y de algunos delitos leves que el alcalde les había encargado durante todos esos años, por importantes cantidades de dinero. Nada más.

También tenía en sus manos el caso de agresión doméstica de Jaime. Habló seriamente con el matrimonio y accedieron a que fuese a terapia, tanto por su costumbre de agredirla como por los problemas con el alcohol. A ver cómo terminaba ese asunto.

No entendía cómo se le habían amontonado todos los casos a la vez, cuando normalmente se pasaba los días poniendo multas de tráfico y acudiendo por alguna bronca en un bar. Pero se acercaba el verano…, la gente acudía en manada a la isla y, con ella, una gran variedad de problemas añadidos.

A Chloe le sonó el teléfono esa misma tarde.

No tenía dudas de quién era. Aunque fuese un número oculto.

—¿Qué quieres?

—¡Hola cuñadita! ¡Cuánto tiempo sin verte! Me ha gustado verte esta mañana. Te veo bien.

Empezó a mirar las cámaras por si lo podía ver desde allí. Si la estaba vigilando, como parecía ser, sabía que tenía un coche patrulla en la puerta y las mejores cámaras del mercado, así que era prácticamente imposible acercarse a ella. Así que tenía que buscar un plan alternativo…

—Eres un cobarde por disparar a una persona inocente. No era más que un niño.

—Escúchame bien —su voz se tornó tensa; estaba enfadado—, si te empeñas en esconderte y poner a inocentes de escudos entre nosotros dos, no me importará matar a quien haga falta. Voy a por ti. Ya lo sabes. Está en tu mano la gente que muera en el camino.

—Eres un cobarde. Si me quieres, ven a por mí.

—¡Oh, todo a su tiempo, querida! Veo que has hecho amigos importantes aquí. Creo que voy a divertirme un poco más antes de ir a por ti.

—Te cogerán y te meterán en un agujero muy oscuro, como en el que está metido tu hermano.

Silencio.

Podía palpar su furia desde allí.

Bien, esa era la idea, enfurecerlo para que cometiera un error y pudiesen cazarlo.

—Es posible —reconoció sin inmutarse demasiado. Su voz seguía sonando igual de fría—, pero antes creo que te haré sufrir un poco y mataré a algunas de las personas que te importan.

—¿Qué vas a hacer?

Esperaba que no fuese lo que estaba pensando.

—Veo que tienes buena amistad con la hermana del policía, y ella tiene un niño muy bonito… Rodrigo se llama, ¿no?

—No te atrevas a acercarte al niño.

«¡Por favor, ellos no!»

—El tiempo que tarde en cogerte, será el que emplee para divertirme con tus amigos. Estate atenta, no vayas a perdértelo.

Colgó.

Llamó a Megan por teléfono y nadie contestó.

No quiso perder los nervios. Volvió a marcar y nada.

—¡Por favor, por favor, coge el teléfono!

Nada.

Llamó a Hugo para que mandara refuerzos a casa de su hermana, pero tampoco le cogió el teléfono.

¿Dónde tenían todos el puñetero teléfono?

Salió corriendo de la casa para avisar a Ezequiel de que fuera a casa de Megan para comprobar que todos estuviesen bien.

El coche patrulla estaba justo ante los escalones del porche, encarado al camino de entrada para que nadie pudiese cogerlos desprevenidos esta vez.

—¡Ezequiel…!

El hombre la miró sorprendido de que estuviese fuera otra vez, sobre todo, teniendo en cuenta lo que había ocurrido esa misma mañana.

—Quédate ahí —le avisó desde el coche mientras sacaba el arma, alarmado por el grito de ella, pues estaba claro que algo había pasado—. ¿Qué ocurre?

—Ve a casa de Megan. ¡Va a por ellos!

—¿Qué?

—Acaba de decirme que matará al crío. Por favor…, ve. Yo llamaré a Hugo. Ese tipo está loco y es capaz de hacer cualquier cosa.

—No me moveré de aquí —le dijo el policía, no muy convencido—. Avisaré a la central para que manden refuerzos.

—No hay tiempo, por favor tú estás más cerca. Prometo quedarme aquí dentro, pero ve.

—Hugo me matará si te dejo sola.

—¡Matará al niño! —gritó desesperada—. Por favor, ve. Yo me quedo aquí. No puede acercarse a mí sin que me entere.

—Está bien. —Arrancó el coche y salió derrapando mientras cogía la emisora para avisar del cambio de planes.

Chloe llamó a Hugo y esta vez sí se lo cogió.

—¿Qué ocurre?

Que ella llamara después de lo de esa mañana solo podía significar que había problemas.

—¡Va a matar a tu sobrino!

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso? —Se le heló la sangre al oír sus palabras.

—Acaba de llamarme. Me ha dicho que si no puede acercarse a mí irá a por tu familia. A por el niño, para ser más específico. —Empezó a llorar desesperada—. Por favor, haz algo. Avisa a tu hermana. Ezequiel va para allá.

—¿Qué has dicho? —Se levantó de la mesa de su despacho y echó a correr hacia la salida, ante la mirada sorprendida de todos los que estaban en la comisaría.

—Ezequiel va para su casa —repitió, llorando— . Se lo he explicado y le he pedido que fuera a casa de tu hermana, ya que él estaba más cerca.

—Chloe, mi hermana y toda mi familia, incluido el crío, están fuera de la isla desde que comenzó todo esto. Los mandé a otra casa que tenemos para las vacaciones. Pensé que te lo había dicho. Están todos a salvo. Es una maldita trampa para que te quedes sola. ¡Entra en casa

inmediatamente y ciérralo todo! Voy para allá ahora mismo.

Se quedó desconcertada ante la jugarreta de su cuñado y miró el teléfono, sorprendida por haber sido tan tonta de caer en su trampa.

Ni siquiera se lo pensó.

Llevaba la pistola encima, como siempre, y llamó al perro para que la siguiera.

Ya estaba cansada de esconderse.

Esta vez pensaba hacer algo.

CAPÍTULO 33

Entró en casa y cerró la puerta. Le echó un rápido vistazo a las cámaras para comprobar que no estaba cerca y conectó las perimetrales. No se acercaría sin que se enterara.

—¿Vienes de caza? —le preguntó a Chester, que la miraba como si intentara averiguar qué estaba pensando hacer su ama—. Tienes que ser muy cuidadoso.

Aunque, con el tamaño que tenía, era algo difícil.

No tuvo corazón de dejarlo encerrado, así que salió con sigilo por la puerta de atrás, la que daba a los acantilados.

Nadie conocía esa zona mejor que ella. Incluso sabía por dónde se escondería su cuñado para poder vigilar sin que saltaran sus alarmas.

Ya era hora de acabar con todo eso. No pensaba pasar el resto de su vida escondiéndose y mirando por encima del hombro. Y, por supuesto, no pensaba poner en peligro a las personas que le importaban.

Rodeó la casa, caminando con cuidado por el borde del acantilado. Ni siquiera miró a Chester, ya que él correteaba toda esa zona a diario, así que no tenía miedo de que cayera al agua por accidente.

Se internó en el bosque andando agachada para que no la viera y sonrió cuando Chester intentaba andar con cuidado por entre las matas y los trozos de ramas sueltas que había en el suelo. Era un animal adorable. La había acompañado en sus muchas mudanzas por el mundo y se había convertido en su gran compañero de vida. Que en ese momento caminara con cuidado, pesando casi setenta kilos, para hacer lo mismo que ella…, la enterneció.

Llevaba el corazón a mil. Nunca había sido una mujer violenta ni valiente, pero conocer a Hugo y a su familia le había dado la valentía para acabar con esa historia definitivamente.

Iba a ser o él o ella, pero la historia acabaría ese mismo día.

Rezó para que la policía no llegara antes de que lo hiciera ella o de nuevo se escondería y no tendría una oportunidad tan clara de pillarlo.

Le había costado mucho echar raíces en esa isla y darle una oportunidad a un hombre que la veía como realmente era, y no estaba dispuesta a perderlo todo de nuevo sin pelear.

Se adentró en el bosque, abriéndose en abanico para intentar sorprenderlo por detrás, así que estuvo alejándose de la casa dando un enorme rodeo, pero si iba en línea recta, posiblemente se lo encontraría de cara y perdería el factor sorpresa. Sabía que él nunca esperaría que ella fuese a por él. No cuando llevaba tantos años huyendo.

Creyó oír las sirenas de la policía a lo lejos y supo que se le acababa el tiempo.

Aceleró el paso mientras oteaba con cuidado el lugar donde pensaba que estaba. Ella estaba colocada en su retaguardia y él iría a su encuentro si intentaba girarse hacia su coche para marcharse de allí.

Se obligó a mantener la cabeza fría y pensar en lo que haría cuando se lo encontrara de frente. No era una asesina ni mataría a nadie a sangre fría, o por lo menos esperaba no tener que hacerlo. Que Hugo fuera un defensor acérrimo de la Ley la convencía de que debía creer en la justicia y para eso tenía que coger a su cuñado vivo. No importaba el dinero que tenía y que le podía ayudar a que ni siquiera entrara en la cárcel; ella esperaba no tener que usar su arma para detener a su cuñado. Siguió rodeando el bosque de la casa para intentar pillarlo por detrás y eso fue justamente lo que pasó. Intentaba alejarse de la casa para marcharse a donde fuera que tuviera el coche y se encontraron los dos de frente.

Se apuntaron con la pistola con la misma rapidez, ignorando la sorpresa inicial al verse cara a cara.

—Vaya, vaya…, mira a quién acabo de cazar.

—¿Tú me has cazado a mí? —Las sirenas se oyeron mucho más cerca—. Me parece que todavía no te has dado cuenta de quién es el que ha sido cazado.

Por la mente de Chloe pasaron imágenes de todos los días, meses y años que llevaba huyendo. Escondiéndose y mudándose de casa sin poder hacer amigos, siempre sola, y no pensaba volver a eso nunca más. O se acababa en ese momento o moriría en el intento.

—¿Qué crees que me impide matarte en este momento?

Frank dio unos pasos hacia ella mientras los coches patrullas llegaban a su casa y apagaban las sirenas. Cuando la alarma perimetral saltó, supo que Hugo sabría que no estaba en casa y saldría a buscarla por el bosque.

—Puedes matarme antes de que yo te dispare. Es posible. Pero no saldrás de este bosque con vida. Dentro de unos minutos todo esto se llenará de policías.

Oyó la voz de Hugo llamándola y eso la distrajo un segundo en el que miró a un lado.

A su cuñado le bastó ese instante para golpearle la muñeca y tirar su pistola al suelo, que cayó a sus pies.

—Al final creo que no necesitaré matarte —le dijo al oído. Apestaba a tabaco, sudor rancio y alcohol. Algunas cosas no cambiaban nunca—. Vendrás conmigo.

CAPÍTULO 34

Frank llevaba unos vaqueros raídos y una sudadera negra con capucha. Esa ropa era tan distinta a los trajes de marca que siempre se ponía, que ella pensó que así intentaba pasar desapercibido. Chloe no lo hubiera mirado dos veces si lo hubiese visto en cualquier otro sitio.

—¿Quién te ha dicho dónde encontrarme? —Esa era la pregunta que le llevaba de cabeza desde que había dado con ella. No podía haber sido Bruno. Su amigo jamás la hubiera traicionado y, por supuesto, Hugo tampoco. Entonces… La idea le vino de repente—. Ha sido el idiota del alcalde, ¿verdad?

Frank tiró su pistola a lo lejos para que no pudiera alcanzarla.

—Ese idiota me hizo llegar un mensaje para decirme que tenía tu dirección. No puedo estar más agradecido, ¿no crees? Ese alcalde es un completo hijo de puta y no sé por qué tu jefe de policía todavía no se ha dado cuenta.

—Oh, créeme que Hugo lo sabe mejor que nadie. Y acabará contigo igual que lo ha hecho con él.

La cogió por el brazo para obligarla a andar con él. La apuntaba con la pistola y Chloe sabía que, de ese modo, iba a tener muy difícil, por no decir imposible, lo de poder escapar. No quería que Hugo se pusiera en peligro, así que decidió andar junto a él hasta que bajara la guardia.

Vio que Chester se acercaba por detrás con sigilo, esperando su orden. Nunca había estado más contenta de haberlo educado tan bien. Sentía que el perro tuviera que defenderla, pero era su mejor opción.

—Tu amiguito no volverá a verte jamás.

Su comentario le puso el pelo de punta y no esperó ni un segundo más. Necesitaba que el perro lo pillara por sorpresa. Parecía que su cuñado se había olvidado de él.

—Chester, ¡ataca!

El perro soltó un único gruñido y su cuñado intentó darse la vuelta para defenderse. Ella aprovechó ese momento de descuido para golpear su muñeca y tirar la pistola al suelo. En ese instante, Chester cayó sobre él con sus buenos setenta kilos de peso y lo tiró al suelo. No necesitó hacerle nada más. Le enseñaba sus enormes dientes en clara advertencia de que no se moviera.

Su cuñado quizás pensó que el perro no le haría nada y cuando intentó quitárselo de encima, Chester le mordió un antebrazo para mantenerlo inmovilizado. Gritó de dolor, pero Chloe sabía que el perro no lo soltaría hasta que ella se lo ordenara.

Recogió su pistola y se la metió en el bolsillo de la sudadera. Alejó la de él con el pie para

que no pudiera alcanzarla y llamó a Hugo para que supiera dónde estaban.

—¡Quítamelo de encima, maldita puta!

Ya no le impresionaron sus amenazas. Parecía que por fin el tiempo del terror había acabado para ella.

—Chloe, ¿estás bien?

Hugo le sujetó la cara y le recorrió el cuerpo para comprobar si estaba herida.

—Estoy bien.

—¿Qué coño haces aquí fuera? —Aunque le estuviese riñendo, podía percibir su preocupación—. Casi muero del susto, joder.

—Hemos salido de caza.

Señaló a su cuñado, que seguía debajo de Chester mientras maldecía en italiano y español.

—Debería dejar que se lo comiera, pero no quiero que el animal tenga problemas por eso. Sé buena y llámalo.

Chloe podía ver al perro sobre el hombre, que aullaba de dolor y de miedo. Verse en manos de un perro de ese tamaño tenía que ser una experiencia aterradora.

—Chester, aquí. Suéltalo ya.

El animal dejó de forcejear con el hombre que aullaba de dolor, lo soltó despacio y se dirigió hacia su dueña, donde se sentó ante ella con cara de «¿lo he hecho bien?»

Se sintió tan agradecida y orgullosa de él, que se derrumbó y abrazó al perro, llorando en silencio. Su amigo había dado su vida por ella sin dudarlo un segundo. Su cariño incondicional le llenó el alma de amor por ese grandullón que haría lo que fuera por ella.

Hugo no dijo nada, sabedor de que esa terapia le iría mejor que todo el consuelo que él pudiera darle en ese momento.

Recogieron los despojos del hombre del suelo, que tenía un antebrazo mordido, pero nada grave. Curiosamente ninguna otra herida ni arañazo en ningún otro sitio.

Lo metieron en un coche policía para llevarlo al hospital.

Cuando terminaron de tomarle declaración oficial a Chloe ya era noche cerrada y al fin se marcharon todos los agentes, dejándolos solos en la casa.

Hugo salió donde ella estaba sentada y se la quedó mirando pensativo.

—¿Te apetece una copa de vino?

Ella aceptó sin mirarlo y siguió contemplando el mar, tal y como estaba haciendo antes de que llegara.

—¿En qué piensas? —Se sentó a su lado en el sillón de mimbre y le pasó la copa de vino

blanco. Ella bebió y suspiró—. ¿Te encuentras bien?

No tenía muy claro cómo podía sentirse ahora que por fin parecía haber terminado todo. Tantos años huyendo y ahora, al fin, podía olvidarse de todo y vivir en paz.

—No tengo ni idea de cómo me siento. No puedo creerme que haya acabado todo.

Él cogió su mano y le besó los nudillos.

—Ahora espero que no pienses en escabullirte mientras duermo.

Ella sonrió. Sabía que se refería a no tener la necesidad de volver a huir.

—Me gusta este sitio. Me gustó desde el primer día. La gente parece que me ha aceptado como soy. —Lo miró con ternura—. Y, contra todo pronóstico, me gustas… mucho.

—Iba a sentirme halagado, pero resulta que tú también me gustas… mucho. —Se acercó a darle un suave beso en los labios—. ¿Qué pasará con nosotros a partir de ahora? —susurró, mirándola con adoración.

—No lo sé. ¿Quieres volver a tu casa? —No pudo evitar la desilusión de su voz.

—Quiero estar donde tú estés. Pensé que ya lo tendrías claro. No necesito nada más. Te tengo a ti, tenemos esto —dijo, señalando el entorno tan hermoso que les rodeaba—, lo tenemos a él. —Sonrió al mirar a Chester, que saltaba tras una mariposa como si unas horas antes no hubiese sido el héroe del día, derribando al hombre que la había atormentado durante tantos años —. Yo no necesito nada más.

—Solo nos queda ver qué nos depara el futuro.

—Es cierto, y tenemos toda la vida para comprobarlo, ¿no crees? Te recuerdo que soy un hombre paciente.

Ella, por fin, se sintió a salvo y en casa.

EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

—Me alegro muchísimo por ti.

Bruno acababa de llegar para unirse a la celebración de la boda que por fin habían decidido celebrar. Abrazaba a la radiante novia minutos antes de que saliera para la iglesia.

—Gracias. A mí me encanta que hayas podido venir.

Se resistía a soltarlo. Solo quería abrazar a Bruno, su mejor amigo y su ángel de la guarda desde hacía tantos años, y tenerlo allí con ella para llevarla al altar era un sueño hecho realidad.

—No todos mis amigos me piden que sea su padrino de boda. Tengo que preguntarle a Hugo cómo ha podido convencerte con lo poco amante que eres tú de estos eventos sociales.

Chloe bufó y su amigo rio más fuerte.

—Sabes que la novia es la protagonista del día, ¿verdad? Todo el mundo va a estar pendiente de ti.

Ella le pellizcó en el brazo para vengarse de sus palabras.

—No me lo recuerdes. Eres muy mal amigo.

Bruno se apartó de ella y se la quedó mirando. Estudiaba su rostro con una sonrisa.

—Estás preciosa. Ese velo de estilo pirata te hace parecer una niña. ¿Te han salido más pecas desde la última vez que nos vimos?

Esa era su broma entre ellos. A él siempre le habían gustado sus pecas y, aunque ella las odiaba, reconocía que el velo sobre la cabeza, como si fuese un pañuelo, realzaba las pecas de su cara y el verde de sus ojos.

—Espero que no.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Bruno mientras le acariciaba la mejilla con suavidad.

—Le diré a Hugo que intentas hacerme cambiar de idea.

—No me importará Hugo ni nadie si me dices que tienes dudas de casarte. Te sacaré de aquí sin dejar rastro, como ya hicimos una vez.

Ella sabía que, aunque Bruno intentaba que pareciera una broma, en el fondo iba muy en serio. Él se la llevaría sin dudarlo dos veces si pensara que no era eso lo que ella quería.

—Aquí soy feliz. Hugo me hace feliz. Por primera vez tengo una familia que me quiere y se preocupa por mí. —Ella le besó en la mejilla—. Créeme si te digo que no querría estar en ningún otro lugar.

Estaban en casa de ella desde dónde saldrían juntos para ir a la iglesia en la que ya debería

estar Hugo esperándola, rodeado de su madre, su madrina, y casi todos los habitantes del pueblo. Es lo que pasaba cuando se casaba el jefe de policía en una isla donde todos se conocían.

—¿De verdad que Chester debe llevar los anillos? ¿No había ningún niño para eso?

Ella sonrió divertida y le ató al collar la bolsita con los anillos para que no se le cayeran y los perdiera.

—El sobrino de Hugo es muy pequeño todavía. ¿Estás listo?

—Cuando la novia quiera.

—Pues vamos.

AGRADECIMIENTOS

Nunca me ha gustado escribir los agradecimientos porque siempre he pensado que se me olvidan la mitad de las personas.

En este voy a ser breve.

Agradezco la ayuda de mis lectoras cero, como siempre:

Silvia.

Rosa

Juani

Flor.

A mi editora Jenn Fresquet, de Ediciones Hic Sic, por su buen hacer.

Y, sobre todo, agradezco a todos mis lectores incondicionales que me siguen apoyando y comprando mis libros, gracias. Mil gracias por querer leerme.

Recordar que esta novela me ha sacado de mi zona de confort ya que es mi primer thriller…no me matéis si no os gusta.

Siempre he dicho que un escritor no es nadie sin su público que lo lee, así que gracias por estar siempre ahí.

Recuerda dejarme tu valoración en Amazon, por favor, así me ayudáis a crecer.